

Toledo insólito

Ensayo sobre lo oculto, mágico y misterioso



Luis Rodríguez Bausá



Lectulandia

“Cuenta la leyenda que, durante la Antigüedad, muchos seres infernales, magos, brujas, astrólogos, nigromantes, sortílegos, hadas y duendes, vinieron a poblar el montículo rocoso que luego sería Toledo. Protegidos por hechizos infernales mostraron a algunos de los habitantes de aquella ciudad los secretos de la nigromancia, la cábala, la alquimia y otras artes malditas que desde entonces fueron conocidas como las “ciencias toledanas”. Este cúmulo de saberes prohibidos permaneció oculto durante siglos en herméticos manuscritos, o quedó grabado en la piedra en forma de símbolos, sólo accesibles para quienes supieran interpretarlos...”.

El libro de Luis Rodríguez Bausá, profesor de la Facultad de Educación de Toledo y miembro de la empresa “Rutas de Toledo” en exclusiva, propone un “paseo fabuloso para la búsqueda de los arcanos secretos de esta urbe mágica, el encuentro con lo misterioso, el viaje hacia lo oculto, el análisis de todos aquellos elementos que pertenecen al mundo de lo mágico”.

Temas como la Mesa de Salomón, el Santo Grial, los templarios, las cuevas, las momias, las reliquias, los seres elementales, los lugares encantados, las vírgenes negras o las artes mágicas..., todo tiene cabida entre estas páginas, que pretenden rescatar la parte más insólita de la ciudad de Toledo.

Un libro indispensable para todo aquél interesado en lo que se puede encontrar “más allá” de los muros que cierran tantas casas, palacios y conventos enclavados en la mágica Toledo.

Lectulandia

Luis Rodríguez Bausá

Toledo insólito

Ensayo sobre lo mágico, oculto y misterioso

ePub r1.0

Titivillus 29.06.17

Título original: *Toledo insólito. Ensayo sobre lo oculto, mágico y misterioso*

Luis Rodríguez Bausá, 2003

Ilustraciones: Margarita Monreal Andreu, Víctor Soler

Diseño de cubierta: Raquel Monreal Andreu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Índice

Prólogo

Capítulo Primero.

Introducción de obligada lectura para comprender mejor el sentido de esta obra

Capítulo Segundo.

La Mesa de Salomón: un enigma aún por resolver

Capítulo tercero.

Los enclaves templarios de Toledo

Capítulo Cuarto.

Referencias de la presencia del Santo Grial en Toledo

Capítulo Quinto.

Seres elementales y enclaves encantados a la luz del folclore, la superchería y la rumorología

Capítulo sexto.

A través del laberinto urbano, a vueltas por algunos topónimos y recovecos

Capítulo séptimo.

Sobre Cristos ocultistas, reliquias y milagros, Vírgenes negras, estatuas hechiceras y cuestiones sobrenaturales

Capítulo octavo.

Momias, cuevas y sótanos: la fascinación por el mundo subterráneo

Capítulo noveno.

Iconografía fabulosa: demonios, dragones y seres fantásticos e imaginarios. Aproximación al bestiario toledano y a las fiestas paganas

Capítulo décimo.

Artes mágicas en la ciudad del Tajo

Capítulo décimo primero.

Lo que se nos quedó fuera

Bibliografía

Prólogo a la tercera edición. Primera digital.

Corría el año 2003 cuando la primera edición de este *Toledo insólito* veía la luz. Aquella obra pronto caló entre los lectores, y en menos de un año se agotaban los 3.000 ejemplares de que constaba la edición.

Años después, en formato impreso se editaba la segunda edición que ya venía corregida, y ampliada con multitud de datos nuevos que aumentaban lo entonces escrito. Ahora, que he hecho la versión digital, de nuevo me he puesto manos a la obra, vale decir, que he vuelto a introducir cuestiones y datos nuevos que enriquecen aquellos manuscritos.

Confío, una vez más, que la lectura de estas páginas resulten tan gratificantes para el lector como para mi haberlas escrito.

Toledo, abril de 2012

El autor.

Capítulo Primero. Introducción de obligada lectura para comprender mejor el sentido de esta obra

*Quería un gato negro, negro, negro,
me diste un gato blanco, me quisiste engañar.*

CANCIÓN POPULAR

*El estado de la duda es incómodo, pero
el estado de la certeza es estúpido.*

VOLTAIRE

Rilke fue seguramente el último de los viajeros que supo captar todo el halo de leyendas e historias que Toledo ha retenido a través del paso del tiempo; tal vez por eso, dejó escrito que, para comprender lo que es Toledo, hay que imaginarse una realidad que tiene en sí, el mismo sentido que una aparición. Ciertamente no andaba errado el genial poeta checo, porque las posibilidades de imaginar, de soñar o de dejarse llevar por tiempos pretéritos cargados de maravillas y fantasías, son prácticamente inagotables en nuestra ciudad, donde magos, astrólogos, alquimistas, espantanublados, duendes, hechiceras, posesos, alumbrados, penitenciados, conjuradores, sortílegos y demás enviados del averno se dieron cita entre nuestras callejas por los siglos de los siglos (y aún perduran si hemos de hacer caso a los lenguaraces).

Se impone una explicación ¿por qué este título de Toledo insólito: ensayo sobre lo oculto, mágico y misterioso? Tratemos de dar respuesta a este interrogante. En el año 1988, se celebró en Toledo un excepcional —e inusual— congreso que llevaba por título “Toledo mágico y heterodoxo”, al que asistieron como invitados algunos de los más distinguidos y prestigiosos especialistas sobre el tema. Como todo buen congreso que se precie, al poco se publicaron las actas del mismo, las cuales suponen, sin duda, un excelente punto de partida para quienes deseen adentrarse por estos minoritarios^[*] vericuetos. Sin embargo, a nuestro entender, y tras haber ido recopilando, a lo largo de muchos años datos, recortes de prensa, lecturas, conclusiones a “vuelapluma” testimonios personales y referencias más o menos rigurosas, creemos que se hacía necesario revisar cuanto de *mágico* en relación a esta ciudad se había ido publicando, e incluir otra serie de aspectos a los que, tal vez, no les cupiera el epíteto de mágico, pero sí el de *oculto*, por cuanto se trata de cuestiones que no son conocidas por el común de los toledanos al no estar incluidas en referencias escritas habituales ni tradicionales, o por permanecer en un segundo plano; y de igual forma, también pueden ser historias y leyendas etiquetadas con el adjetivo de *misteriosas*, en su sentido menos restrictivo, es decir, haciendo referencia a sucesos extraordinarios, paradójicos, incomprensibles..., todos ellos, en definitiva, envueltos en ese velo

invisible que el ser humano ha llamado misterio. Y es que, nos guste o no, el misterio, lo mágico y lo fabuloso ha atraído constantemente, y atrae siempre, y si la llamada “historia oficial” no lo aborda con más asiduidad e interés, bien pudiera ser porque le resulta difícil replantarse cualquier tema que pueda poner en entredicho esquemas anteriormente aceptados.

Nosotros hemos hecho caso omiso a aquel axioma de Ortega que rezaba *donde las cosas están huelga contarlas*, y nos hemos puesto justamente a contarlas de manera clara, sin excesivas concesiones a lo literario, sino con afán divulgador. Déjenos que insistamos en este término *divulgador*, y permítasenos, para dejar sentado que este volumen tiene como finalidad principal la de dar a conocer secretos, misterios, fantasías... (¿Milongas?...tampoco estaría mal) que conforman la historia de la ciudad. Y junto a ello, reflexiones más o menos osadas, pero siempre bajo el prisma de la divulgación, no de la ciencia infusa. Por tanto no está el lector ante un libro de historia argumentado con documentos incontestables y fruto de esforzadas investigaciones, no era nuestra intención. Pero tampoco estamos ante una compilación de meras supercherías y banalidades mojigatas quede claro, o en todo caso, sea el lector quien lo juzgue tras el ocaso de la última hoja, si tiene a bien alcanzarla. Amén.

Tampoco quiere ser esta obra epítome de nada, introito majestuoso de poderosas páginas venideras, ni cronicón de Luitprando donde narrar la venida de Mahoma a España, ni la historia del Pilar de Zaragoza, el devenir del lagarto de la Malena, o los milagros del pozo de Jarandilla. Líbrenos quien sea de tanta desmesura. Dicho queda también.

Vayamos pues a lo que interesa, vale decir, a lo que sí es este libro: fácil, una guía insólita de las cuestiones mágicas de la ciudad. Merece otra explicación, pero antes de ello, y de aventurar las supuestas causas que hicieron de Toledo una ciudad con tantas connotaciones mágicas, insólitas, ocultas y misteriosas, deberíamos interrogarnos, tal vez, sobre el significado de *lugar mágico*, vocablo del que Juan García Atienza, infatigable investigador de los misterios y encantos de nuestra geografía nos dice que es:

Aquel en el que, a lo largo de la historia se ha amontonado, a veces sin orden y a veces con una continuidad sorprendente, una serie de circunstancias insólitas que lo han convertido en centro sagrado permanente, o en un lugar en el que, secularmente también, se han dado citas los anatemas y maldiciones que han podido acumular fuerzas espirituales predominantes de cada periodo cultural^[1]

O lo que es lo mismo, algo así como un lugar en el que la religiosidad del hombre lo ha convertido en protagonista y centro de cultos y manifestaciones rituales, un enclave en el que se han ido acumulando a lo largo de los siglos leyendas, tradiciones, reminiscencias asombrosas, apariciones celestiales e infernales, buenas dosis de hechizos y sortilegios junto a milagros, y donde han convivido fieles devotos (estrictos observantes de la ortodoxia cristiana) junto a herejes condenados, místicos,

símbolos esotéricos, histerias y cultos paganos o prohibidos, tradiciones mágicas seres infernales, montañas sacralizadas, subterráneos misteriosos... lo cierto es que a poco que uno escarbe en la historia de nuestra ciudad, en la oficial y en la “otra”, la que escapa al academicismo, nos van a ir surgiendo abundantes ejemplos de todo esto en el estrecho espacio amurallado que define nuestra ciudad. Por eso había que hacer esta especie de mágica e insólita guía.

No queremos dejar pasar la oportunidad sin precisar algunas cosas importantes. La primera de ellas es que los estudiosos y aficionados al tema echaran en falta cuestiones importantes como la famosa Cueva de Hércules y el Palacio Encantado, o el núcleo de hechiceras del Toledo de los siglos XVI y XVII, Entendíamos que estos temas habían sido ya tratados, en los dos primeros casos, con excelente acierto, enorme profundidad y rigor, en un volumen monográfico a cargo de Fernando Ruiz de la Puerta (véase bibliografía comentada) y en el segundo de los casos, por numerosos autores, entre los cuales nos incluimos, y que, por tanto, cuanto pudiéramos reseñar al respecto no sería sino repetir lo ya dicho, y para ese viaje no necesitábamos alforjas. En todo caso remitimos al lector interesado a la bibliografía recogida al final de esta obra para acercarse a estas cuestiones. Con todo, el libro de Fernando Ruiz de la Puerta se publicó hace ya la friolera de veintiséis años^[*], y las actas del congreso mencionado otros quince o diez y seis^[*]. Demasiado tiempo en ambos casos como para que no se hubieran producido nuevos hallazgos que mereciera la pena narrar, máxime cuando parece producirse cierto renacer del interés general sobre estos temas, y cuando la esforzada labor de algunos arqueólogos e historiadores empieza a escorarse hacia estos derroteros.

La segunda cuestión relevante hace referencia precisamente a la bibliografía que se recopila al final del libro y que creemos cumple dos objetivos fundamentales: el primero de ellos es el de ofrecer a quien esté interesado, una compilación exhaustiva, de aquellos volúmenes y artículos en los que Toledo aparece en alguna de las vertientes de lo oculto, mágico o misterioso, (salvo excepciones que serán fácilmente identificables por el lector, y que constituyen obras en las que Toledo no aparece de manera directa, pero que, sin embargo, son manuales básicos para entender contenidos como los que se explicitan en la obra) con el aliciente además de que, salvo contadas excepciones, los ejemplares citados pueden ser encontrados con cierta facilidad, en nuestros archivos y bibliotecas, encontrándose además escritos en lengua castellana. El segundo objetivo es el de permitir a quien lo desee, iniciar sus propias averiguaciones a partir de los autores y/o volúmenes, o artículos que se señalan, y continuar así la labor de desentrañar los arcanos de esta urbe, mágica como ninguna. Confiamos en que seguidores no faltarán, porque, aunque le pese a alguien, el ser humano se ha movido en múltiples ocasiones por los senderos de lo mágico, lo secreto o lo oculto, por más que lo hayan negado los racionalistas más acérrimos. Por otra parte, como dice García Atienza, en contra de ese dogma establecido de que el único método de acceso al conocimiento es el establecido como oficial, el ser

humano conserva en la raíz misma de su identidad un equilibrio entre lo racional y lo intuitivo, y es gracias a ese equilibrio que accede a otro tipo de conocimientos menos doctrinales y más espirituales. Est tiene que dejar su impronta en forma de escritos, huellas, símbolos, leyendas o tradiciones fantásticas. Insistimos, a buen seguro hay más de un toledano deseando tomar el testigo. Por eso no importará tanto dejar cosas sin concluir o verificar, ni esbozar preguntas que no tienen fácil respuesta, la idea es provocar las ganas de saber más, de buscar las propias respuestas, abrir puertas en definitiva.

Quisiera señalar también que, para la confección de este trabajo, se han revisado todos los ejemplares existentes en la Biblioteca Regional (gracias Gonzalo, tu buen hacer solo es comparable a la grandeza de tu corazón) de un buen número de diarios: El Ateneo, La Campana Gorda, La Verdad, El Tajo, Diario de Toledo, La Opinión o El Castellano..., a veces tan sólo para encontrar una breve reseña. No nos quejamos, el esfuerzo, a nosotros, nos mereció la pena.

No piense el lector que esto de la búsqueda de los arcanos prohibidos de la ciudad es una cuestión actual, ya Pedro Alcocer en 1554 escribió la *Hystoria o descripción de la Imperial cibdad de Toledo*, que, junto con la que pocos años después escribiera el Dr. Francisco de Pisa, constituyen algunos de los primeros intentos de dar a conocer los secretos históricos y medio-mágicos de nuestra ciudad, y a la vez unos de los primeros ensayos para recoger algunos de los elementos ocultos que han caracterizado a Toledo. Ciertamente lo hicieron sin adentrarse demasiado —suponemos que por temor o ignorancia— pero al fin, y aunque con pies de plomo, se pueden vislumbrar sus apuntamientos “insólitos” por el correr de las líneas. Desde entonces esta labor ha sido incesante, y ya son numerosos los que se han atrevido a correr el “velo de Isis” de esta ciudad antitética entre el racionalismo cristiano ortodoxo y los sentimientos mágicos perseverantes. Eso sí, no siempre con el mismo acierto ni rigor. Quede tal consideración a juicio del sagaz lector y sus criterios.

Es posible, que el origen de esta fama de ciudad mágica y secreta haya que buscarlo en la acumulación de numerosos factores, que son los que, más o menos, proponemos como responsables de ella, y que son, *grosso modo* los siguientes: un incierto origen —incluso mitológico— de la ciudad; la presencia por espacio de muchas centurias de las culturas judía y musulmana en supuesta convivencia con la cristiana; la fuerza del ascetismo cristiano representado por el orden del Temple junto al rigor de nuestro contra reformista tribunal del Santo Oficio; la leyenda griática de Eschembach, la inmensa obra cultural que emergió de la Escuela de Traductores; los numerosos magos, astrólogos y nigrománticos que ejercieron sus artes en nuestro suelo; los viajeros ilustrados que se acercaban hasta aquí ávidos de conocimientos y de saberes prohibidos; el importante núcleo hechiceril que vivió la ciudad en los siglos XVI y XVII; un paisaje urbano oscuro, cavernoso y por tanto propiciador de ensoñaciones y maravillas; una especial iconografía de seres fabulosos en nuestras iglesias y monasterios... a lo que hay que añadir la gran cantidad de documentos

impresos que, desde la Edad Media, fueron construyendo un corpus documental que relacionaba inevitablemente a Toledo con las artes mágicas, llegando incluso a conocerse a éstas como el *Arte Toledana* o la *Scientia toletana*, admitiéndose la presencia dentro de nuestros muros de una importante escuela de nigromancia según terminología de Ferreiro Alemparte, o como siglos más tarde expresara el historiador Jules Michelet: “...en Toledo, existe una universidad para los magos que allí habitan...” Junto a todo ello, pensamos que nuestra altanera milagrería ampliada como corresponde a la Sede Primada, a la vez que una toponimia muy especial, y la localización de enclaves donde están presentes fenómenos poco normales (a veces hasta paranormales, con perdón) todo ello, insistimos, ha reforzado esta idea que venimos señalando de Toledo como ciudad de lo mágico y de lo insólito. Por supuesto en este libro no podían faltar las leyendas; pero no es este un libro de leyendas, otros ya lo hicieron infinitamente mejor.^[*]

Ya que de ellas hablamos, me atrevería a sumarme a la vieja idea de que las leyendas son, más a menudo de lo que parece, las señas de identidad de los pueblos, una parte de su acervo cultural e histórico, y en nuestro caso, la acumulación de éstas con protagonistas árabes y hebreos, nos indica claramente, la influencia de estas culturas en nuestra historia, nuestra sociedad y nuestro modo de vivir, no podía ser de otra forma, pero a la vez, la presencia de connotaciones fabulosas e imaginarias nos vuelve a poner de manifiesto la ancestral tradición mágica de la ciudad. En un grupo importante de tradiciones y leyendas, lo “imaginario o fantástico” no surge como algo accesorio más o menos disparatado o irracional que va a transformar la realidad palpable, sino que constituye la esencia misma de la narración, o lo que es lo mismo, en ellas lo sobrenatural forma parte del texto como factor fundamental, relegando incluso a sus personajes protagonistas a un segundo plano *Atienza dixit*. Como aseguraba Jüing la leyenda mágica surge de arquetipos presentes en el inconsciente colectivo, que se manifiestan para explicar lo que no entendemos de la realidad. Bastará hojear los libros de Olabarría, Moraleda, Delgado o Gamarra sobre nuestras leyendas, o mejor aún, consultar las que se recogen en el índice de Tradiciones y Leyendas que con tanto acierto elaborara hace unos años el académico Mariano Goitia, para comprobar el elevado número de éstas en las que se respira cierto tufillo a herejía, magia o superstición, cuando no tendencias luciferinas siempre castigadas, siempre perseguidas... siempre presentes.

Toledo está construida y formada por una serie de culturas y pasados superpuestos e incardinados que conforman un presente casi difuso, envuelto en una niebla invisible de esencias ocultas que perdura hasta la actualidad. La frase no es nuestra pero la asumimos y suscribimos como tal. Quizá eso fuera lo que indujo —e induce aún— a numerosos viajeros a acercarse hasta Toledo, y cuyas referencias nos han ido quedando a través de las crónicas y los escritos que legaron o las piedras que tallaron. Pensemos además que durante la Edad Media la península tenía dos referentes fundamentales: Santiago de Compostela y Toledo. El primero de carácter

popular, fruto de la devoción al Santo Apóstol, (aunque más acertado sería decir de la devoción a Prisciliano, pero esa es otra historia) mientras que el segundo estaba reservado a una pequeña élite de intelectuales, ávidos de los conocimientos que emanaban de la floreciente Escuela de Traductores, y de unas enseñanzas que se diferenciaban radicalmente de las contenidas en el trivium y el cuadrivium oficial e infalible, y esta circunstancia, estos conocimientos heterodoxos al igual que los sacramentos, imprimía carácter.

Sabemos que mucho de lo expuesto en este libro son hipótesis no demostradas — ni demostrables, nos tememos— o simples ideas, y sabemos también que las ideas no son evidencias, pero hay que tener en cuenta que sobre las ideas (así en abstracto) se puede reflexionar, sacar conclusiones aunque sean erradas y sin duda forjarse una imagen aproximada, o no, de algo que por su carácter nunca podrá ser del todo desvelado. ¿Qué hay pues de malo? A nuestro entender nada, y por eso, este es el fin principal de este libro que tienen entre las manos, ofrecer ideas más que datos o evidencias, claves o enclaves en forma de símbolo, para que luego, quien esté interesado/a profundice en cuanto se dice y saque sus propias conclusiones, y si tiene a bien, nos enmiende la plana que no somos gente orgullosa ni vanidosa.

Además, ¡qué demontre! sucede que de la manera más ilusa, un buen día se coló de rondó el desasosiego y la impaciencia por dar a conocer el fruto de estas pequeñas y poco ortodoxas —es verdad— investigaciones, y ya no hubo reposo del guerrero ni sueño reparador, ni lluvia de abril, ni febriles carnestolendas ni nada similar hasta ver esta pequeña contribución a la historia más olvidada de la ciudad en ese formato impreso llamado libro^[*], que tantos buenos ratos nos ha proporcionado a quienes amamos la lectura. Somos conscientes de que hay mucho más esperando para ser narrado, y que quedan muchos cabos sueltos, datos por confirmar y circunstancias que se han pasado por alto. Tal vez haya una segunda parte, aún a sabiendas de aquello de que segundas partes nunca fueron buenas, por eso reclamo la connivencia de quienes deseen colaborar en futuros encuentros con lo insólito. Invitados quedan.

Un apunte final que deseamos hacer es que el 90% aproximadamente de lo que se recoge en este volumen hace referencia a la ciudad de Toledo, pero no hemos podido sustraernos a la tentación de mencionar ciertas cuestiones referidas a su provincia y que constituyen el otro 10% que nos resta. La llamada a la colaboración de los lectores se hace ahora más necesaria que nunca. Están todos/as convidados a contarnos cuantas noticias tengan sobre misterios, brujas, cuevas, alquimistas, fenómenos paranormales, arquitecturas mágicas, fiestas extrañas, cultos ancestrales, vírgenes negras, leyendas, enclaves templarios, santos curiosos, inscripciones extrañas, fuentes o montes sagrados, tumbas, reminiscencias griáticas, apariciones, casas encantadas, seres elementales etc. El compromiso es para un futuro segundo volumen sobre los aspectos mágicos de la provincia. Prometemos, llegado el caso, citar a todos, convirtiéndose así en coautores. Les esperamos impacientes^[*].

No quisiéramos terminar esta introducción sin transcribir las tres citas que siguen:

“De todas formas, y para el lector escéptico —el cual nos merece todo tipo de atención— quiero insistir en que en que aún en el caso de que la tesis central se manifestara, corriendo el tiempo, incierta, habría merecido la pena el esfuerzo de internarse en estas páginas. Demostraría que el azar se alía magistralmente a veces con la necesidad, la espontaneidad con la exactitud, la tradición con la historia, lo popular con lo secreto”.^[2]

“El secreto velado durante siglos, la existencia de cristianos nuevos en Toledo, con sus saberes ocultos, tal vez religiosos pero sin duda, los científicos y técnicos de la civilización de al-Ándalus, permitió la existencia de las escuelas de traductores, y rodeó a la ciudad de su fama medieval de nigromancia. Toledo no fue tolerante, fue esotérico”.^[3]

“Todas estas circunstancias reunidas hacen de Toledo un prodigioso centro donde se acumulan los indicios mágicos y espirituales, que hacen de la ciudad del Tajo un axis mundi fundamental del saber esotérico de Europa. Por eso, sin duda, se convierte en referencia imprescindible de prodigios ecuménicos en los que encajan, con envidiable coherencia, las tradiciones hebreas, islámicas y cristianas en una macroidea religiosa universal que sólo puede traducirse en la visión de Toledo como acumulador de energías sagradas”.^[4]

Amen...

Así pues, demonios, agoreros, hechiceras, cruces, vírgenes negras, reliquias, laberintos, gigantes, grifos, arpías, serpientes, dragones, tumbas, fantasmas, criptas, cuevas, momias, templarios, invocaciones, satanismo, templos, alquimia, libros prohibidos, casas de mancebías, santos imposibles, tarascas, danzas paganas, duendes, hadas..., todo esto tiene cabida en las páginas que siguen, de eso se hablará, advertido vuelve a quedar el lector, por si quiere apearse en esta estación y terminar aquí su ruta. Tal vez equivocó el destino, la ciudad o el tren.

El Toledo mágico e insólito es un mundo, para muchos, todavía pendiente de ser descubierto, pero está tan próximo a nosotros, que llevará al viajero-lector a enclaves y situaciones sorprendentes, que deberá ir desvelando a medida que se adentre en las empinadas rampas que lo cobijan. Le ayudaremos, sin duda, a través de unos itinerarios recomendados que el viajero podrá elegir, o desechar, pero que se van a presentar en la mayoría de los capítulos. No es más que una posibilidad opcional, seguramente ni siquiera la mejor de ellas.

No olvide que es usted el viajero-lector a quien interpelamos continuamente.

Afile pues el lápiz, por aquello de las notas, cálcese sus más cómodos zapatos, y póngase en marcha por nuestras cuestas en busca de lo trascendente, de la huella mágica, sacando cada cual el provecho que le plazca, que nuestro objetivo se verá cumplido si encuentra entre estas páginas el inicio para adentrarse por las coordenadas mágicas que le permitan disfrutar de los secretos de la ciudad.

LUIS RODRÍGUEZ BAUSÁ 2012

Capítulo Segundo. La Mesa de Salomón: un enigma aún por resolver

“Cuando se ve un rincón de Toledo, o una estampa o una descripción de la ciudad no se sabe desde el primer momento lo que es en ella realidad y lo que es leyenda. Vano empeño el del erudito que pretende con sus documentos empolvados discernir el límite exacto de esa realidad y del espíritu inmensurable de la historia y de la fábula. Todo lo que se cuenta que ocurre en los recodos de las callejuelas toledanas, en sus cobertizos, en sus subterráneos mitológicos, en sus palacios, en las orillas de sus ríos, todo pasó o no pasó, pero todo pudo pasar”.

GREGORIO MARAÑÓN

PUNTO DE PARTIDA: Escuela de Traductores de Toledo. Plaza de Santa Isabel

PUNTO DE FINALIZACIÓN: Necrópolis de Malamoneda.

El viajero bajó al fin desde la habitación del gremio de los plateros, esplendido lugar adornado con algunos de los útiles de este oficio, sabiamente distribuidos por el espacio con la maestría y el buen gusto de Mario y de Manolo, propietarios de este enclave La Posada de Manolo.

Llegó ayer, de noche, sin apenas tiempo salvo para localizar su refugio, echar un vistazo rápido a la catedral (pobrementemente iluminada por no ser fin de semana) y tumbarse a descansar. Ahora que es de día, mientras saborea el desayuno humeante que le han servido en el mirador de la cera, mientras se maravilla con la preciosa imagen del sagrado templo que desde aquí se contempla, decide pasar al segundo “grado de iniciación”, y transformarse de simple turista en viajero-lector. Acaba de abrir las páginas de esta obra, le ha sorprendido e inquietado el título de este capítulo, tanto, que estuvo tentado de comenzar por otro de ellos, pero al final, el sentido común le ha recomendado empezar por el principio. Buen consejo. No defraudemos, pues, a nuestro interlocutor y vayamos con el primer enigma porque...

Enigmático resulta, sin duda, y más, si tenemos en cuenta que aún hoy, a comienzos del tercer milenio, se acerca hasta nuestra ciudad (o hasta Jaén, Ceuta, Alcalá de Henares o Medinaceli por ser éstas las otras urbes que comparten por méritos propios la supuesta posesión de la Mesa) algún que otro estudioso o investigador para recabar “pistas” sobre la presencia de este fantástico objeto de culto y de poder. Vayamos entonces por partes, y comencemos a recoger algunas de las claves de este entresijo.

Aviso. No son estas páginas lugar para convencer de nada, sino para aportar, en la

medida de lo posible, elementos que puedan servir para que cada viajero-lector configure sus opiniones en base a los datos que se aportan. Para ello, nada mejor que buscar información en nuestro punto de partida: la Escuela de Traductores de Toledo.

El viajero-lector podrá comprobar la belleza de esta irregular plaza de Santa Isabel, y adentrarse en la Escuela lo que fácilmente le trasportará hasta tiempos pretéritos e imaginarse caminando por estos lares al rey Pedro I con un reducido séquito, en cuyo palacio se asienta hoy la institución universitaria que buscamos. Dejemos claro al viajero-lector que este edificio no perteneció al monarca, sino que fue construido por Teresa de Ayala y su marido Fernán Álvarez de Toledo allá por los finales del siglo XIV y comienzos del XV, pero el nombre lo pone la tradición, y ésta manda. Su copiosa biblioteca, y el buen hacer de quienes allí trabajan, nos va a proporcionar una interesante cantidad de datos que nos servirán para esclarecer en parte las incógnitas salomónicas.

Comencemos pues. Salomón fue el tercer Rey de Israel, elegido sucesor de su padre David en el año 1.011 a. C. y cuyo reinado transcurrió entre los años 978 y 931 a. C. Su monarquía, a caballo entre el mito y la historia, pasa por ser uno de los momentos de máximo esplendor israelita, y a él se debe, entre otras muchas hazañas reseñables, la construcción del templo de Jerusalén, cuyas ruinas servirían siglos más tarde para albergar —y dar nombre— a la orden de los templarios. La leyenda sobre la vida de este personaje nos dice, entre otras cosas, que era capaz de fabricar oro, tal vez de ahí surgiera la idea de que su mesa, por encima de otras consideraciones era un objeto valiosísimo al ser de enormes proporciones y estar construido por este metal.

Fue un rey venerado por todo tipo de credos y religiones de su época, apareciendo incluso en el Corán, concretamente en los versículos 11 y 12 de la Sura XXXIV, donde se afirma que *Salomón tenía espíritus que trabajaban para él con permiso de Dios, y hacían lo que él quería*. Quizás, esta sea la explicación al hecho de que sea representado, en no pocas ocasiones, con un pequeño genio o demonio encadenado, en recuerdo de aquel al que consiguió dominar y poner a su servicio.

¿Qué era en realidad la mesa de Salomón? Mucho nos tememos que a esta pregunta nadie pueda responder con certeza, ya que al igual que sucede con el Grial o con el Arca de la Alianza, existen numerosas versiones de difícil conexión. Sin embargo, la hipótesis más admitida es la que hace referencia a cierta tradición por la cual Salomón hizo construir una mesa de oro y piedras preciosas en la que inscribió —mediante una escritura cifrada y jeroglífica— los secretos de toda su sabiduría, incluyendo el nombre verdadero de Dios así como las claves arquitectónicas para construir el Templo.

Para ciertos autores, la mesa tenía propiedades mágicas, y su basamento estaba formado por un espejo, en el que, si se era conocedor de los rituales previos, se podía ver cualquier parte del mundo y *los siete climas del Universo*. Más tarde habremos de volver sobre este particular.

En algunas otras leyendas (fundamentalmente de origen árabe) la mesa es de color verde *con incrustaciones de rubíes y perlas*. El cronista Al-Maqqari precisamente recoge la leyenda que tiene su base en la Sura mencionada del Corán, según la cual la mesa habría sido construida por los “djins” (genios) que el Rey de Reyes tenía a su servicio. Precisamente este cronista afirma que el hallazgo de la mesa sobre *un altar de la iglesia de Toledo* hizo extender rápidamente la noticia por todos los confines del orbe entonces conocido.

En versiones más tardías se pasa a denominar a este objeto no como mesa, sino como “*espejo de Salomón*”, habiéndose grabado, también de manera cifrada, el conocimiento esencial del universo y la fórmula de la creación, entre otras sutilezas. El infatigable historiador —y gran amigo Jesús Callejo— nos recuerda que en muchas versiones la mesa, convertida en este espejo-mágico, permitía ver los siete climas del Universo, pudiéndose encontrar referencias de este cuento o leyenda en las noches 202 y 203 de *Las mil y una noches*.

Apuntemos otra hipótesis sobre la esencia y significado de la Mesa, esgrimida con frecuencia por investigadores de este apasionante misterio: ¿y si la mesa de Salomón no fuese más que un arquetipo, de manera similar al Santo Grial o al Vellochino de Oro? Estaríamos entonces ante una recreación fabulada y legendaria de algo que no debe buscarse en su sentido material, sino en el interior de cada persona, algo así como la búsqueda del verdadero conocimiento sobre sí mismo. Como en tantas ocasiones, quede lo dicho y baste, que cada cual extraiga las reflexiones que mas le plazcan, que nosotros debemos continuar.

Una descripción completa —si es que hablamos de la misma mesa, porque sobre esta cuestión tampoco hay unanimidad— es la que podemos leer en el Éxodo, donde se indica que la mesa (llamada *mesa de los Panes de la Presencia*) era de madera de acacia, con una longitud de dos codos, por un codo de anchura, y codo y medio de altura. Estaría recubierta —siempre por mandato divino— de oro, y tendría un sencillo y eficaz sistema para ser transportada, basado en anillas y varas de madera que cargarían sobre los hombros, algo parecido al sistema de transporte del Arca de la Alianza.

En el *Libro de los Reyes* (1 Melajim /1 Reyes 5:7) puede leerse como los gobernadores proveían cada uno durante un mes a Salomón, y a todos los que venían a la mesa del rey haciendo que nada faltase. Si hacemos una correcta lectura de este texto, no observamos nada insólito más allá de la referencia a su funcionalidad sino que está usando una imagen que refleja el hogar de Salomón y las riquezas que allí había, pero nada extraño parece derivarse del texto en relación a la mesa, por tanto estamos ante una versión sustancialmente diferente alejada de todo misticismo y leyenda, lo cual no deja de ser lógico tratándose de la obra en que se recoge.

De su hermosura, que fascinará a tantos cronistas, quedémonos con dos relatos, el de Alwardi quien llega a firmar *que no se había visto nunca cosa igual, ni más hermoso que ella*, y el testimonio de Abu al-Hakam, quien nos dicen que *tenía tanto*

oro y aljófar como nunca antes se viera ¿Exageración? vaya usted a saber, nosotros ni quitamos ni ponemos rey, queden ahí los testimonios.

Sigamos. Juan Menéndez Pidal cree que la mesa no era más que un arca con piedras preciosas construida para guardar los evangelios y que se encontraría en *alguna iglesia de Toledo*. De paso, este autor se despacha a gusto con el pobre monarca Rodrigo, llegando a afirmar que este avaricioso rey quería apoderarse de la mesa (que previamente le había sido regalada al rey Turismundo por el patricio Aecio) por una cuestión de poder y orgullo. Jesús Callejo, considera —muy acertadamente— que aquí se produce un error de interpretación, y que no estamos hablando del mismo objeto, sino de cierta bandeja de oro y piedras preciosas que fue en realidad el obsequio recibido por Turismundo, y por tanto, la codicia de Rodrigo hubiera sido el desencadenante del intento de apropiación de tan importante tesoro, pero nunca del objeto de poder al que nos venimos refiriendo.

La versión o forma más extraña que se ofrece de la mesa es la que proporciona la crónica Ajbar Machmud, donde se narra la muerte del rey Rodrigo en la batalla de Guadalete. Aquí se afirma que el rey se hundió en un lodazal junto con una extraña silla de montar *confeccionada con diamantes y perlas, guarnecida de rubíes y esmeraldas y el manto de brocado de oro*, descripción ésta que la crónica se empeña en identificar como la mesa de Salomón reconvertida en silla para corcel. Como se dice en este relato, *del rey nada se supo, Solo Aláh sabe lo que le pasó...* pero eso sí, la mesa quedó a flote como si tal cosa, que para eso, a pesar de las pedrerías era una mesa mágica ¡qué diantre!

Tras la toma del Templo por las legiones de Tito en el año 71, un testigo presencial que ejercía las funciones de cronista oficial, Flavio Josefo, afirmaba que, entre la gran cantidad de tesoros amasados en la campaña militar del César, los más notables eran los que habían sido encontrados en el Templo de Jerusalén, y cita textualmente *una mesa de oro que pesaba varios talentos*. La crónica de Flavio Josefo reza lo siguiente en el sexto de sus libros:

“Los que entrauan venian à dar en otra parte mas baxa, cuya altura tenia bien sesenta codos, y la largura otros tantos, y la anchura veinte, diuidos otra vez en cuarenta: la primera parte estaua apartada cuarenta codos, y tenia tres cosas muy maravillosas, y dignas de ser por todos muy alabadas. Un candelero, una mesa y un incensario. Auia en este candelero siete candelas, que significauan los siete planetas; en la mesa auia puestos doze panes, que significauan el curso de los signos y de todo el año”.^[1]

Hemos de decir que, aunque las Sagradas Escrituras no lo mencionan de manera directa entre los objetos sagrados conservados en el Templo, la tradición posterior es machaconamente reincidente en considerar la presencia de este objeto entre los

objetos sagrados que aquí se guardaban.

Por cierto que no lo dijimos antes, pero la historia de la mesa se remonta tiempo atrás, y hasta Jerusalén parece ser que fue llevada por Moisés sustrayéndosela a los egipcios, quienes a su vez, la habrían traído, nada más y nada menos, que desde el continente perdido de Hiperbórea. Dicho con otras palabras, lo de *objeto mágico y de poder* le venía de lejos a la mesa.

Aportemos más testimonios sobre este asunto. Para Pilar Tormo, al estudiar numerosas de las versiones conservadas, queda patente que existen dos tradiciones orales que han sido recogidas por las fuentes escritas, una que recoge la tradición oriental, y otra la andalusí. Un ejemplo, Al-Razi en la descripción de Al-Ándalus dice:

“En ella (Toledo) encontró Tariq la mesa de Salomón, que pertenecía a los Tesoros de Isban, rey de los romanos, que es quien construyó Sevilla, que la había tomado de Jerusalén como ya se ha visto”^[2].

Benito Ruano se hace eco de las referencias sobre la mesa y afirma que:

“La fama de un Toledo medieval, asiento de cenáculos o academias mágicas está estrechamente vinculada en sus orígenes a las leyendas referentes a la llamada Cueva de Hércules, casa encerrojada y a los fabulosos tesoros en ella guardados; singularmente la Tabla esmeralda o Mesa del Rey Salomón”^[3].

Antonio Martín Gamero recogió entre los documentos de su obra *Historia de la ciudad de Toledo* uno de ellos titulado *Sobre la mesa de Suleyman, su primitiva procedencia, uso a que la destinaban los cristianos, material de que se componía y lugar en que fue encontrada por los conquistadores árabes* donde, después de pasar revista a algunos de los autores árabes y cristianos que mencionan la presencia de la mesa en nuestra ciudad, afirma textualmente:

Nosotros creemos, sin embargo que puede haber algo de verdad en tal relación, cuando tan propagada se encuentra en las historias, y únicamente nos resistimos a admitir sin escrúpulo alguno, que la mesa citada perteneciera en su origen al Templo de Salomón hijo de David^[4].

El cronista y geógrafo Ibn Al-Kardabus se refiere hasta tres veces a la mesa en su historia sobre Al-Ándalus:

“Entretanto Tariq siguió su camino hasta Toledo y la conquistó amen de lo que había tras de ella. Encontró en la más grande de sus iglesias la Mesa de Salomón, hijo de David, sobre el sea la Paz, y un espejo en

el que si uno miraba veía todo el mundo ante sus ojos. Era de arcilla seca de una mezcla de piedras y drogas, y grabado con magnificas letras griegas. Dijo a Tariq “tráeme todo lo que has conseguido como botín y los tesoros que has encontrado”. Entonces él le trajo todo aquello y la Mesa con dos patas, pues la tercera la había quitado y escondido en razón de lo que había planeado”.

“Sulayman ibn Abad al-Malik preguntó acerca de esta mesa y se le dijo que los yinns se la habían regalado a Salomón el profeta, sobre él sea la paz con estas riquezas que había ido a buscar al fondo del mar y sacado”^[5].

Acabamos de reseñar el lugar señalado como la ubicación de la mesa, “*la más grande de sus iglesias*”, lugar impreciso, pero tremendamente esclarecedor por cuanto ésta es una de las pocas ocasiones en que se menciona una ubicación exacta como emplazamiento del objeto sagrado. Por tal lugar podemos entender que se está refiriendo a la catedral, que sin tener la magnificencia del templo actual, existía desde tiempos de Recaredo (quien abjuró del arrianismo para convertirse al catolicismo) erigiendo este templo en torno al año 587, tal y como acredita cierta lápida que todavía puede verse en la catedral. De no ser éste el templo referido, estaríamos hablando de la basílica erigida tiempo después por Sisebuto en el emplazamiento conocido como la Vega baja extramuros de la ciudad, o, como última posibilidad, la Iglesia de San Pedro y San Pablo, que posiblemente se ubicara en el actual emplazamiento del Convento de Santa Fe. En cualquiera de estos toledanos lugares se pierden las últimas pistas, en cualquiera de ellos puede comenzar la epopeya de la salida del tesoro visigodo.

Aún hay más, el geógrafo, Xerif Aledris afirma que:

“Y la ciudad Tolaitola fue en tiempos de los romanos la ciudad del rey, y morada de sus perfectos, y en ella se encontró la mesa de Soliman alei Salam, y muchos otros tesoros que no se pueden contar”^[6].

Llegados a este punto, surge la pregunta de cómo pudo llegar hasta nuestra ciudad tan preciado tesoro. Sobre esta cuestión también existen versiones dispares cuando no contrapuestas. En algunos casos se apunta la posibilidad de que viniera hasta la ciudad en el mismo cargamento que contenía el Santo Grial, es decir, formando parte del llamado *Tesoro Antiguo de los visigodos*. Recordemos que entre los visigodos existía un cargo de guardián oficial del Tesoro Antiguo, quien recibía el nombre de *Conde de los Secretos*, y que figuraba como uno de los presentes, en los Concilios toledanos, al menos desde el VIII Concilio; lógicamente si había un guardián del tesoro, parece presumiblemente veraz el que el tesoro existiera (más si tenemos en

cuenta que el título de Conde era un título importante entre los visigodos). Siguiendo con esta tradición, la mesa habría sido trasladada a Roma junto con los demás objetos de veneración del pueblo judío tras el saqueo y posterior destrucción del Templo por el César Tito, y allí, en Roma se habría custodiado en el templo de Júpiter Capitolino (o Capitolio) hasta que, en el siglo v, allá por el año 407, (recordemos que fue Flavio Josefo quien narró este acontecimiento). Alarico I asolara la ciudad eterna, de ello dio cumplida cuenta el escritor bizantino Procopio de Cesarea en su libro v de *Historia de las Guerras*. A partir de aquí el camino es sencillo de trazar. Tras instalarse en Carcasona, posteriormente en Barcelona, y tras emprender luchas casi constantes con los francos y los merovingios, en el año 510, fundaron la nueva capital en Toledo ¿es lógico que se dejarán un tesoro tan importante por el camino? ¿Tiene lógica que, caso de ser así, no exista ningún documento, o tradición que narre la desgracia por haber perdido tan imponente cargamento? Sinceramente creemos que no, lo que implica necesariamente que le tesoro llegó hasta Toledo.

Gerard de Sede se suma a esta hipótesis y mantiene que, entre las joyas más bellas del botín, se encontraba, además del Misorium, la Mesa de Esmeralda, que es otro de los nombres con los que se conoce a la mesa de Salomón:

“Se ignora el origen de la Mesa de Esmeralda. Pese a su nombre esta pieza tallada en una sola pieza, está probablemente hecha de una piedra secundaria. El Arzobispo de Toledo Roderico afirma que estaba sostenida por trescientas sesenta y cinco patas de oro macizo”^[7].

Tal vez por eso, el cronista musulmán Al-Maazin, experto conocedor de la historia de los reinados godos, escribiría que *en el año 93 de la Hégira Tariq conquistó Al-Ándalus y el reino de Toledo, y llevó a Walid, hijo de Abd el Maleq, la Tabla de Salomón, hijo de David, compuesta por una aleación de oro y plata y con tres rebordes de perlas.*

Cuestión aparte es la hipótesis de que, ante la llegada de los musulmanes con Tariq al frente, el tesoro saliera de Toledo para evitar su robo, siendo numerosas las posibles rutas de peregrinaje. Juan Eslava Galán está convencido de que marchó hacia Jaén, otros prefieren apostar por Medinaceli (que se puede traducir como la *ciudad de la Mesa*). Sea como fuere, a día de hoy estamos igual que hace trece siglos sin saber donde toparlo.

Sigamos. Muy significativo, por lo que supone de duración y extensión en el tiempo, nos resulta el hecho de que todavía en el siglo xix podían encontrarse reseñas de libros y autores extranjeros que vinculaban la Mesa con nuestra ciudad. Tal es el caso de la Relación que de Toledo se hace en la *Geografía de Edrissi*, publicada en París en el año 1840 por Amadeo Jaubert, y que fue incluida por Martín Gamero en su libro sobre las aguas potables de Toledo. En ella podemos leer:

En la época de los primitivos cristianos (los godos) Toledo fue capital de su imperio y centro de comunicaciones. Cuando los musulmanes se hicieron dueños de Andalucía, encontraron en esta población provisiones y riquezas incalculables (...) innumerables cientos de vasos de oro y plata, y la mesa de Salomón hijo de David^[8].

Bien hemos comenzado el viaje, hemos podido comprobar —y no será la última vez que lo hagamos— como un buen número de geógrafos, historiadores y cronistas, judíos, cristianos y musulmanes dan por cierta la presencia del mueble sagrado por estas latitudes. Hora es de proseguir el viaje y avanzar que el tiempo apremia...

Deshaciendo una parte del camino que nos trajo hasta aquí, pasando por delante de la magnífica fachada del Convento de Santa Isabel (al que habremos de volver en venideras ocasiones) y *serpenteando* por la calle de Santa Isabel, de *galdonianos* recuerdos ya que aquí escribiera este autor la exquisita obra *Ángel Guerra*, podremos volver hasta la catedral. Una vez allí, subiendo hasta la calle de Hombre de Palo, deberemos acudir a otro de los archivos importantes de la ciudad, el Archivo del Cabildo. Cualquiera de sus trabajadores nos podrá proporcionar el documento que nos ofrecerá otra posibilidad de la llegada de la Mesa, y que se recoge en la *Crónica de Santo Toribio de Liébana*, ampliada en datos por el Arzobispo Ximénez de Rada, personaje fundamental para la ciudad de Toledo, entre otras cosas porque el lugar en que nos encontramos existe, en parte, gracias a él, por ser autor de la colocación de la primera piedra del templo catedralicio en 1.226 junto con el monarca Fernando III.

Sus pías obras, dentro y fuera de la ciudad lo reconocen como un personaje excepcional de la España medieval, al que le sobraba tiempo para dedicarse a una de sus aficiones: la historia. Tal circunstancia le llevó a reunir una ingente cantidad de documentos y manuscritos (desgraciadamente una buena parte hoy perdidos) tanto latinos como árabes, con los que conformó la que está considerada como la mejor crónica de su tiempo, la *Historia de rebus Hispanie* (como dato a tener en cuenta citemos que precisamente, este arzobispo fue el primero de los cronistas cristianos en narrar la historia de la Cueva de Hércules en su relación con el Rey Rodrigo y la supuesta violación de Florinda la Cava).

Volvamos sin embargo nuestros ojos a la otra crónica, la del Santo de Liébana, en la que se nos cuenta la venida del Arca de las Reliquias (hoy custodiada en la Cámara Santa de la catedral de Oviedo) desde Jerusalén hasta Hispania, y en cuyo interior estaría, ¡asómbrense!, la Mesa, lo que equivale a presuponerla de tamaño muy reducido en contra de lo que venían afirmando muchas de las crónicas como hemos visto. El Arca, según esta hipótesis, fue traída entre los años 614 a 637, y antes de llegar hasta Toledo pasó por Alejandría y Sevilla. García Atienza mantiene que:

“Parece ser que en Toledo permaneció cien años y que, con la invasión musulmana, monjes mozárabes la hicieron salir de la ciudad, la

embarcaron —¿en el Tajo tal vez?— y, bordeando la costa la llevaron a un puerto que correspondería a la actual villa de Luarca”^[9].

Esta tradición, en su versión clásica, relata que fue el rey de los persas, Cosroes, quien invadió Tierra Santa, por lo que el obispo de Jerusalén tuvo que esconder el Arca —quizás en Alejandría, quizás en Egipto— y de ahí, a manos de fieles devotos, obligado por las invasiones árabes, vendría hasta Toledo, de donde partiría posteriormente hasta la cueva del Monsacro, para finalmente llegar hasta la capilla de San Miguel en Oviedo.

Ni que decir tiene que, según esta suposición, lo que embarcaría sería el Arca con las reliquias, pero no la famosa mesa, ya que en este caso hubiera aparecido junto con el resto de objetos valiosos, cosa que no sucedió. A juicio de Eslava Galán, la mesa de Salomón se puso en marcha con una fuerte escolta, pero desapareció misteriosamente en el trayecto que separaba Toledo y Sevilla. Páginas atrás ya mencionamos que autores contemporáneos mantienen la hipótesis, basada en una arraigada leyenda popular, de que, tras la caída de Toledo a manos de Tariq, sus ciudadanos huyeron a Medinaceli llevándose con ellos el tesoro y la mesa de Salomón. Sin embargo, en otras versiones Tariq envió al califa de Bagdad la escurridiza mesa (suponemos que, con la intención de rendirle vasallaje y ganarse sus favores) y como ya dijimos, terceras versiones apuestan por le envío de la Mesa con una pata de menos que sería la que quedaría en poder de Tariq, para poder demostrar que él era el feliz descubridor del hallazgo.

El arzobispo que acabamos de citar Rodrigo Ximénez de Rada, es más partidario de otorgar veracidad a la salida de la Mesa en dirección a Alcalá de Henares, y lo hace basándose en textos de Al-Razi y de Ibn al Qutiyya, quienes describen como Tariq atravesó con ella unos montes llamados *Gebelculema*, cuya traducción castellanizada vendría a ser “Montaña de Salomón”, tras de la cual se encontraría Complutum, la actual Alcalá de Henares.

La última de las posibilidades de llegada de este objeto hasta nuestra ciudad carece de cualquier fundamento histórico, y hay que achacarla a la excesiva fantasía y credulidad del Conde de Mora, quien afirmaba que este precioso objeto habría llegado hasta Toledo con el rey Pirro, uno de los mitológicos presuntos fundadores de la ciudad (sobre las posibles míticas fundaciones de Toledo volveremos páginas adelante, y, en todo caso, remitimos a este autor ahora citado para conocer un espectacular ejemplo de fantasía desorbitada).

A nuestro juicio lo importante en todo caso, es comprobar como de forma permanente surgen, en el mundo musulmán y en el cristiano, continuas referencias a la mesa que la relacionan con Toledo. Por ello, y para que no se me tache de exagerado, permítanme seguir ofreciendo autores y reseñas, como la de Ibn Qutaiba, continuando por el Historiador Ben Aben Al-Hakam, quien refiere que *cuando España fue conquistada por Muza, éste tomó la mesa de Salomón, hijo de David y la*

corona. Dijéronle a Tariq, que la mesa estaba en un castillo llamado Faras, a dos jornadas de Toledo, y que su gobernador era un hijo de la hermana de Rodrigo. En breve retomaremos la cuestión del castillo de Faras, por su interés y para descartar algunas posibilidades.

Como estamos viendo se gesta sobre Toledo, en extraña mezcolanza, lo mitológico y lo histórico, tal vez por ello, nuestra ciudad es de las pocas ciudades reales, no imaginadas, que aparecen recogidas en el legendario libro *Las mil y una Noches*, donde se relata —concretamente en la noche 272— la *Historia de una ciudad de Al-Ándalus, conquistada por Tariq ben Ziyad*. En ella podemos leer:

“Encontró grandes tesoros en la ciudad: más de ciento setenta diademas de perlas y jacintos, piedras preciosas y una sala de audiencias tan grande, que los hombres a caballo habrían podido celebrar fiestas. También halló vasos de oro y de plata, imposibles de describir, y la mesa que había pertenecido al profeta Salomón, hijo de David, (sobre ambos sea la paz). Según cuentan la mesa era de esmeralda, y aún se conserva en la ciudad de Roma”^[10].

Hay quien asegura, que Tariq tenía tanta prisa por conquistar Toledo no solo por lo que suponía de enclave estratégico, sino precisamente para no dejar que se perdieran irremediabilmente las pistas que conducían hasta la mesa. Tariq siempre Tariq, eterno protagonista de tantos relatos, será otra vez más, personaje reincidente en estas hojas.

Antes de abandonar el Archivo y la catedral, contemplemos las marcas de cantero que se encuentran en el muro del templo situado en la calle de Sixto Ramón Parro, y de las que con más amplitud nos hemos ocupado en el último capítulo de este libro. Su lectura ahora nos proporcionará alguna pista. Fijemos nuestra atención en la presencia de la *marca de la pata de oca*, porque también guarda relación con la historia salomónica:

La historia de los canteros malditos, que asesinaron a Hiram, el gran arquitecto de Salomón, y se ven obligados a llevar en su destierro el símbolo de la pata de la oca como emblema infamante, no parece sino una tabulación posterior a Salomón, cuando sus sucesores abolieron el sincretismo que él había implantado y vuelven a los cultos patriarcales”^[11].

Para seguir sumando interrogantes, Eslava Galán (aunque refiriéndose a Jaén) mantiene que esta marca de pata de oca, esos tres trazos convergentes, *constituye uno de los símbolos acerca de la mesa de Salomón, ¿hay quien dé más?*

Otro dato para la reflexión. En el año 1986 se publicaron las actas del V Coloquio Internacional de Gliptografía, donde se recoge, a lo largo de sus dos volúmenes, una enorme cantidad de ponencias y comunicaciones sobre las marcas de los pedreros medievales. Una de estas comunicaciones nos interesa sobremanera, la titulada *Gliptografía de la Orden del Temple en la península Ibérica* de Rafael Alarcón Herrera. En esta comunicación se dibujan y compilan las que, presuntamente, son referencias gliptográficas de canteros que trabajaron para la orden templaria, señalándose como tales, entre centenares de ellas, las que se pueden contemplar en los muros exteriores de la catedral, y más concretamente estos de la calle Sixto Ramón Parro. Esta circunstancia nos lleva a la vieja historia de si pudieron ser los templarios quienes apoyaran económicamente los inicios de las obras de nuestra catedral junto a Fernando III (y por supuesto junto al gremio de los hortelanos y ganaderos). Más aún, ¿guarda esta circunstancia alguna relación sobre la presencia del Temple en nuestra ciudad y la saga griálica de Eschembach? Tiempo habrá de volver sobre ello.

Subamos con paso decidido las calles y cuestas que nos separan del Alcázar, nuestra siguiente parada y fonda. Amador de los Ríos sostiene que fue aquí donde Tariq se apropió de los tesoros reales, aunque afirma que entre ellos no estaba la mesa, sino que ésta se encontraba en algún templo, sin especificar cuál:

“Luego que Tariq penetró dentro del Alcázar real, mandó abrir sus puertas y se apoderó de copiosos tesoros, entre ellos veinticinco coronas que, algún escritor árabe hace subir hasta el número de ciento setenta. No saciada su codicia con este botín, entró en los templos no respetados en las capitulaciones, y halló innumerables cientos de vasos de oro y plata guarnecidos de piedras preciosas, muchas ropas de oro y seda, libros de rezo, de ciencias y secretos de artes, y sobre todo esto, más rico y apreciable que todo esto, la famosa mesa de Suleyman, hijo de David”^[12].

El conocido autor de los *Cuentos de la Alambra*, Washington Irving, también se ocupó de la mesa en las *Crónicas Moriscas*, concretamente en el capítulo VI que lleva por título *De cómo Tarik el tuerto tomó la ciudad de Toledo con la ayuda de los judíos y de cómo encontró la famosa mesa encantada de Salomón*, dejando claro que Tariq había encontrado un inmenso tesoro en el alcázar real, ¡pero atención! no así la Mesa, que sería hallada en Medinaceli, quien sabe si como consecuencia de haber sido sacada apresuradamente de nuestra ciudad, pasando a describir la Mesa como una esmeralda:

“Tarik dirigió luego una expedición contra Guadalajara, la cual se

rindió sin ofrecer ninguna resistencia. Tomó además la ciudad de Medina Celi, donde encontró una mesa de valor inestimable, que había formado parte del botín tomado en Roma por Alarico, cuando la ciudad eterna fue conquistada por los Godos.

Dicha Mesa, tallada sobre una sola y enorme esmeralda, tenía poderes maravillosos. Afirma la tradición que era obra de los genios, y que había sido elaborada por ellos para el rey Salomón, el Sabio, el hijo de David”.^[13]

Lo cierto y verdad es que desde tiempos remotos, y no precisamente por Occidente, se conoce la leyenda, casi mitológica, de que la mesa estaba formada por una esmeralda situada en la frente de Lucifer, la cual, habría caído a la tierra tras la batalla inicial contra el *Hacedor*, siendo posteriormente tallada por unos genios. Aquel que conociere los secretos de las artes mágicas (esas que tiempo después se dieron en llamar *Scientia toledana*) tenía a su disposición un auténtico espejo mágico desde donde otear cualquier parte del universo

Jesús Callejo proporciona otra interesante referencia, la recogida en el siglo x en *Ajbar Machmua* o *Colección de Tradiciones españolas* que antes mencionamos, según la cual, Tariq no ocultó la mesa en Toledo sino en una ciudad denominada Al-Meida volviendo después a Toledo sin el preciado objeto, que de esta forma, permanecería aún oculto en aquel enclave. En honor a la verdad, y tal y como verificara Ramón Menéndez Pidal, esta leyenda se forjó copiando otra más primitiva enclavada fuera de nuestras fronteras, y poco tiene, pues, del mínimo fundamento histórico exigible a cualquier narración que se quiera tildar de leyenda.

Si descendemos unos metros por la calle de la Soledad arribaremos hasta la Iglesia de San Miguel. Llegados a este punto (si es que la prisa impone su tiránica ley al viajero-lector) recomendamos que lea cuanto de esta iglesia se reseña en el capítulo siguiente, porque ahora, la única pista que nos interesa está en el interior de los arcosolios de la capilla mayor, y en las pechinas del crucero, donde podremos contemplar seis escudos idénticos correspondientes al linaje de mesa. Quien esto escribe es fiel conocedor de las reglas heráldicas (permítasenos la inmodestia que justificaremos por los tres años cursados en la Diplomatura en Heráldica, Genealogía y Derecho Nobiliario) ciencia ésta de la heráldica mal tratada en muchas ocasiones, y por eso mismo, no seremos nosotros quienes contribuyamos a reavivar el fuego de la ignorancia convertido en charlatanería de tienda de *souvenir*. Pero negar la parte simbólica de los blasones tampoco es acertado, porque desde sus orígenes, los escudos nacieron por, y para simbolizar algo (quede el aviso para lo que acontece en los párrafos siguientes, y sirva de inicio para lo que se afirma ahora, y se hace extensivo al resto de la obra: nosotros, a diferencia de los intransigentes de “*enseño-yo-solo-la-ciudad*” no queremos convencer a nadie de nada. Si estamos errados, mala

suerte, pero dejemos claro que los apologetas radicales con carné oficial nunca fueron de nuestro agrado.



Ilustración 1. Escudo en la Iglesia de San Miguel.

Blasonemos este escudo. En su primer cuartel se recogen dos mesas, confirmando a este emblema el carácter de armas parlantes, ¡ojo!, recordamos que el escudo está en la iglesia del Temple, a quien en múltiples crónicas se le considera custodios del Grial, y por ende, de la mesa. Además el linaje familiar es en singular, “Mesa” mientras que el emblema heráldico aparece en plural, dos mesas, que bien podrían representar la dualidad que caracterizaba al Temple. Sobre cada una de ellas hay dos platos, otra vez la dualidad, y otra vez el enigma, porque a la mesa, igual que al Grial, se le ha referido en múltiples ocasiones como “bandeja” o como “plato”.

Más datos sobre esta supuesta dualidad: las mesas del primer cuartel están rodeadas por una bordura jaquelada de azur (azul) y plata; pues bien, Ángel Almazán, al analizar cierto escudo soriano similar, afirma que el ajedrezado está configurado por cubos con sus lados contrapuestos, y continúa escribiendo que la dualidad blanco-negro nos transporta a la filosofía dualista y al estandarte templario, el bauçant. El cubo por su parte, nos conduce a la piedra cúbica del arte alquímico. Todo se enreda, se enmaraña y conduce a Toledo, ciudad acogedora de alquimistas medievales.

Suma y sigue, en el cuartel que se encuentra en segundo lugar aparece un castillo. Esta fortaleza aparece —como hemos visto— en alguna de las versiones de la mesa, castillo además bordeado por estrellas en color oro. El castillo bien pudiera ser la referencia a cualquiera de los que custodiaron esta Mesa-Grial— incluido el de Faras que antes mencionamos.

El tercer cuartel presenta dos dragantes (cabezas de dragón) engolados de oro y linguados de gules (color rojo) acompañados de dos lobos, que también se dibujan en el último cuartel. Según Ángel Almazán, los dragones en heráldica, nos adentran de lleno en la alquimia y en las fábulas del tesoro difícil de encontrar (¿la mesa?). Como broche final este autor mantiene que el lobo es un animal hermético muy apreciado por los maestros constructores medievales.

Mesas, dualidad en el jaquelado, el castillo, los dragones guardianes de tesoros, los lobos medievales... tendríamos que buscar más información sobre este linaje y sus andanzas, para apostillar posibles relaciones con la búsqueda de la mesa, pero esta historia requiere de más arrestos que los que nos acompañan esta vez, pero quede claro que, al menos para nosotros, tanta coincidencia nos parece inaudita.

Cualquiera de las indicaciones de salida de la ciudad habrán podido llevar al viajero-lector hasta la carretera de circunvalación de la ciudad, y si se dispone de más tiempo, recomendamos perderse por el laberinto de callejas de la judería toledana que nos van a conducir hasta nuestra siguiente parada: el torreón del Baño de la Cava; enclave que, para seguir añadiendo controversias a este singular enigma, nos proporciona un ensamblaje directo con la leyenda de la Cueva de Hércules y la derrota del Rey Rodrigo. Es más, —y aquí comienzan algunas de esas casualidades o causalidades tan frecuentes de nuestra ciudad— cuando Juan Eslava Galán empezó a interesarse por este enigma fue cuando descubrió, de modo fortuito, en el interior de una Biblia del siglo XVII, una relación de nombres bajo el encabezamiento de “*los que buscaron la Cava*” y que resultaron ser las personas que habían buscado afanosamente la mesa a lo largo de varios siglos.

Entre esos nombres figuraban los de los reyes Fernando III y su hijo el Rey Alfonso X, el obispo Alonso Suárez o el condestable Miguel Lucas de Iranzo. ¿Qué significado tiene todo esto? A nuestro entender (y al de Eslava Galán), la “Cava”, en una de sus acepciones más habituales es *la cueva*, que trasladada a Toledo posiblemente esté refiriéndose a la Cueva de Hércules, o a la de Higares, o a cualquiera de los enormes subterráneos de la ciudad, supuestos contenedores de tesoros (aún por encontrar) entre otras muchas cosas. De ser esto cierto, la “cava” no sería más que una metáfora, una pista donde buscar la mesa:

¿Qué era el Cava? En su acepción antigua la palabra significa cueva u hoyo. La lista de los que buscaron la Cava parecía abarcar a una serie de personas que vivieron entre los siglos XIII y XVIII^[14].



Ilustración 2. El Baño de la Cava, uno de los enclaves mágicos toledanos mantiene una estrecha relación con el arcano de la Torre del Tarot.

En el próximo capítulo se retomará la idea de la supuesta relación entre los arcanos mayores del Tarot y esta ciudad, ahora sólo esbozamos un apunte referido al arcano que nos corresponde: *la Torre*, que guarda una simbología inquietante que nos acerca a la historia de la pérdida del Toledo visigodo a manos de las huestes musulmanas. Nos explicamos, en el dibujo aparece una torre destruyéndose, unas figuras que caen, y un rayo destructor. La leyenda de Florinda la Cava también presenta un enclave con torreón, donde es *violada* (¿) por el Rey Rodrigo, y tras ésta afrenta, su padre el conde don Julián permite la entrada en la península de los musulmanes, quienes originan la caída de la monarquía visigoda. Resulta ahora sencillo interpretar que las figuras representan a la España conocida, mientras que la torre pudiera ser a su vez, la que destruyó cierta ave gigantesca en la versión mágica de esta leyenda que recogió Fernando Ruiz de la Puerta, y que con tanta profusión de versiones se puede leer en la *Floresta de leyendas heroicas españolas* compiladas en tres volúmenes por Ramón Menéndez Pidal.

Aprovechemos que la vista del torreón junto al río es una imagen que incita al sosiego, para retomar la lectura de las notas que hemos ido acumulando en la visita a la Escuela de Traductores y al Archivo del Cabildo, y ya de paso, asomémonos hasta el cipo izquierdo del torreón (para los profanos, el cipo es esa pequeña columna cilíndrica que se encuentra a la entrada de la puerta del torreón) para ver los únicos restos —en este tipo de emplazamientos, esto es, en las puertas de la ciudad— con escritura cífica que no fueron borrados en tiempos pretéritos de ultraortodoxa

defensa del catolicismo. Lo dicho, como la quietud y el paraje invitan, léase cualquiera de las versiones legendarias que entrelazan este lugar con la pérdida de España tras la caída del último rey godo Rodrigo, episodio que, como vemos, tiene como protagonistas a Florinda “la Cava” y a la llegada de Tariq hasta la ciudad tras derrotar al monarca visigodo en Guadalete. Otra vez Tariq, otra vez la Cava... a veces uno está tentado de pensar que esta leyenda, en el fondo y en la superficie, no deja de ser una velada tradición metafórica que nos está ocultando su verdadero significado.

Volvamos a nuestros apuntes, para recomponer las últimas referencias de la mesa y Toledo. Esta vez será Caro Baroja quien nos consigne una referencia relevante:

Y así, cuando entraron los árabes en la ciudad (Toledo) buscaron la mesa del Rey Salomón, que se decía poseían los mismos judíos desde tiempo remotísimo^[15]

No hemos hallado en nuestras lecturas muchas más indicaciones en referencia a que fueran los judíos quienes guardaran la mesa, pero tampoco debe extrañarnos esta circunstancia. Caigamos en la cuenta, de que este lugar en el que nos encontramos, está ubicado dentro de la judería mayor de la ciudad, y algo que se torna difícilmente discutible: si la mesa fue escondida por las comunidades hebreas llegadas hasta España ¿no sería lo lógico que fueran los judíos de Toledo los encargados de su custodia, por ser nuestra judería la mayor y más importante de cuantas se asentaron en la península?

Continuemos por esta senda, para citar otra referencia que relaciona al “*pueblo elegido*” con la Mesa, esta vez cedemos la palabra a Pedro Voltes, quien afirma lo siguiente:

Otra leyenda que tiene su punto culminante en Toledo hilvana nada menos que cuatro civilizaciones: la hebrea, la romana, la visigoda y la musulmana, y cuenta con bastante fundamento y verosimilitud. Trátase de las vicisitudes de la Mesa de Salomón, que sin duda existió en la realidad, aunque en su acepción más popular se la dispute el cuento de las Mil y una Noches entre los cuales figura.

Y continúa diciendo:

La suerte de la mesa de Salomón es objeto de noticias tan diversas y vagas antes de su paso por Toledo como después de su expolio por los musulmanes (...) Lo que parece claro es que donde estuvo segura una buena temporada fue en Toledo^[16].

Juan Eslava reflexiona en voz alta, y sus reflexiones se convierten en algo muy significativo, que vamos a tratar de resumir en breves líneas: los que buscaron la

Cava buscaban la mesa, la mesa contenía el nombre de Dios, lo que en la Cábala hebrea es el *Shem Shemaforash*, o lo que es lo mismo, el nombre del Poder; en definitiva, la búsqueda de la mesa, al menos para una buena parte de buscadores cabalísticos constituye la búsqueda del ideal de perfección que nos acerque a Dios. Exactamente igual que la búsqueda del Grial. ¡Ah! un pequeño dato que no debe escapársenos; los mejores cabalistas de la España medieval estuvieron siempre en Córdoba..., y en Toledo. ¿Casualidad? No lo creo.

Presten atención porque seguimos añadiendo aportaciones. Según cierta medieval tradición, recogida en el *Victorial de Pero Díaz de Games*, el lugar o palacio donde se custodiaba la mesa habría sido construido por el mismísimo Hércules, lo cual nos devuelve otra vez hasta Toledo y su famosa cueva o Palacio encerrojado. Pero sigamos que aún hay autores más osados como Antonio Enrique, quien sostiene que cabe la posibilidad de que Samuel Leví alzaré la Sinagoga del Tránsito para conservar los antiguos ornamentos y tesoros del Templo de Salomón, no en balde, los “levitas” fueron siempre los guardianes y custodios del Templo. Incluso, este autor se hace eco de cierta tradición según la cual las estrellas de ocho puntas, que se pueden localizar en la sinagoga, en algunas obras castellanas y nazaríes se relacionaban con la Mesa de Salomón, de tal manera, que esta estrella vendría a ser algo así como la ¡¡representación esquemática de la Mesa!!.. Todo ello se recoge de manera compleja y completa en uno de los capítulos del excelente libro *Tratado hermético de la Alhambra*, donde por cierto —aunque el título indujera a pensar en que se trata de un tema muy alejado de nuestra ciudad— son numerosas las referencias a Toledo, siempre vinculadas a cuestiones herméticas.

Claro está, que puestos a conjeturar podemos ir más lejos, y volver sobre algo de lo que acabamos de escribir. Me estoy refiriendo a lo que señalamos del segundo cuartel del escudo del linaje de Mesa, donde aparece una bordura con trece (número simbólico que representa a los miembros de la última cena, los doce apóstoles y Jesús, o lo que es lo mismo, otra vez la representación e igualación de la mesa con el Santo Grial) estrellas de ocho puntas. ¿Cómo son posible tantas coincidencias en un único blasón?

Fernando Ruiz de la Puerta en su magnífica obra sobre la Cueva de Hércules (ver bibliografía) recopiló tres crónicas más que hacen mención a la mesa, la de Aben Khordâdhbeh escrita en el siglo IX, la de Ahadith Al-Imâma del siglo XII, y la de Al-Makkari (posiblemente sea el mismo autor que mencionamos en páginas anteriores). En los tres relatos la presencia de la Mesa se asocia a la existencia de la Cueva de Hércules.



Ilustración 3. La cueva de Hércules en la actualidad.

Recojamos estos testimonios brevemente. Aben Khordâdhbeh en su *Libro de los caminos y de los reinos*, escrito en el siglo noveno escribe que cuando los reyes árabes llegaron a España y conquistaron Toledo, abrieron la que se llamaba “‘Casa de los Reyes’, *encontrando en ella veinticuatro coronas, tantas como reyes habían gobernado aquel país, y también se encontró la mesa de Salomón*”. En la crónica del siglo XII Ahadith Al-Imâma, se cuenta la misma historia: “*Dicen que Ibn Iyâhid se lo contó con referencia a un sabio doctor que acompañó a Muza en la conquista del Ándalus, y presencié la apertura del palacio donde fue encontrada la mesa que, según el pueblo dice, perteneció a Suleymán, hijo de Daud*”.

Una última reseña nos la ofrece Rafael Alarcón, uno de los máximos investigadores sobre el Temple en España:

El sabio monarca hebreo (Salomón) guardaba tan preciado objeto, que le habría permitido edificar su fabuloso imperio, dentro de un cofre. Cofre, que los antiguos romances españoles denominaban Mesa de Salomón, y decían estar guardado en la ciudad de Toledo...^[17].

Existen también erróneos indicadores que pudieran haber contribuido a la formación de este enigma. Nos estamos refiriendo concretamente a dos datos: uno la aparición en Adra de una lápida de mármol, que posteriormente se traería hasta Toledo, y que contiene un epitafio latino de una niña pequeña, cuyo cognomen parece haber sido “Salomonula”, y que, posteriormente, algún autor confundió la localidad, creyendo que la lápida se había encontrado en Toledo, dando lugar así a potenciar la leyenda de la relación entre este Rey y Toledo. Un segundo dato nos lleva hasta la

aparición —no hace demasiado tiempo— en Ocaña de unos manuscritos árabes, uno de los cuales ha pasado a denominarse *Misceláneo de Salomón* que contiene información sobre este Rey, su trono, su anillo, su sello, sus poderes mágicos etc. Tal vez el conocimiento y la difusión de este documento durante la dominación musulmana de la ciudad potenciara también la leyenda de la Mesa.

Ha llegado el momento de que el viajero-lector se ponga de nuevo en marcha, aunque eso sí por esta vez, y créanme que no será la última, deberemos coger un vehículo para encontrar las últimas pistas, ya que tenemos que salir de la ciudad.

Lo primero es llegar hasta el puente nuevo que atraviesa el Tajo en dirección al enclave llamado *La venta del Alma*, del que nos ocuparemos pronto. Aparquemos el vehículo donde podamos —tarea ésta harto difícil— e iniciemos la subida que nos conducirá hasta la Ermita de la Cabeza, ese es nuestro destino.

Parro nos dice que esta ermita se fundó en el siglo XVI en memoria y devoción de otra que hay del mismo nombre en el cerro titulado de la Cabeza a dos leguas de Andujar (Jaén) porque parece que se apareció allí milagrosamente una imagen de Nuestra Señora. Lo fascinante del asunto es que en el relato de Juan Eslava, las vírgenes de la Cabeza juegan un papel importante como piezas del *puzzle* de la mesa de Salomón. Dejémosle a él la palabra:

Las Vírgenes antiguas que fueron a suplantarse al monolito esférico de la Diosa Madre estaban sobre el badajo del dolmen, es decir, sobre la cabeza. Eran Vírgenes de la Cabeza. Éste es el origen de la famosa advocación mariana de Andujar, y de otras muchas Cabezas que jalonan el nomenclátor español^[18].



Ilustración 4. Ermita de la Cabeza, lugar relacionado con vírgenes extrañamente emparentadas con la historia de la Mesa.

Veamos por enésima vez las insólitas casualidades: estamos en un enclave directamente relacionado con la Virgen de Andújar que participa directamente de la leyenda de la mesa en Jaén. Además la imagen original (no la actual) era una virgen negra, lo que le une a toda la tradición esotérica de estas imágenes (en el capítulo séptimo se habla largo y tendido de ello). Seguimos, esta imagen se aparece milagrosamente a un pastorcillo para indicarle que allí debe ser construido su santuario, y por el lugar donde se construye la ermita pasaba un arroyo (el arroyo de la cabeza) cuyas aguas se han tenido por curativas desde tiempos inmemoriales, lo que confiere al lugar el carácter de milagroso. Por si fuera poco, parece ser que este mismo emplazamiento fue usado como cenobio por monjes mozárabes durante el siglo XII... demasiadas casualidades como para no ser tenidas en cuenta.

Es nuestra obligación insistir más en las teorías de este autor, brillantemente expuestas en la obra de referencia sobre el tema que nos ocupa, y es que nos ha llamado poderosamente la atención el extraordinario cúmulo de coincidencias que existen entre la ciudad de Jaén, estudiada por Juan Eslava Galán, y Toledo. Resulta difícil sintetizar en pocas líneas tanta casualidad, esbozada magistralmente por este autor a lo largo y ancho de estos volúmenes pero la empresa, a buen seguro, valdrá la pena:

En ambas ciudades, el rey que descubre el enigma de la mesa y comienza su búsqueda es Fernando III, el mismo que manda construir nuestra catedral y se vincula de manera directa con el templo jienense. Hasta tal punto es importante su presencia en esta trama que Eslava se pregunta en voz alta si llegó a participar directamente en la búsqueda de la mesa, para terminar auto-respondiéndose que existen una serie de

indicios más que razonables de que así fue.

Existen en Jaén, al igual que en Toledo, en el entorno inmediato a la catedral una serie de calles, de antigüedad toponímica difícil de precisar, que ofrecerían “pistas” sobre la mesa y que son, entre otras la cuesta de la Mona, la calle del Ave María y el callejón del Toro. En el caso toledano, todas ellas se encuentran como comprobaremos en los capítulos siguientes en el entorno de la catedral y del barrio de San Miguel, el barrio templario y mágico por excelencia de la ciudad.

También en las catedrales de ambas ciudades existen unas extrañas cruces dobles, que Eslava Galán identifica casi como emblemas de la presencia de nuevas pistas salomónicas y como recordatorios del secreto mantenido.

Cerca de Jaén, en Torredonjimeno, apareció un tesoro visigodo importante, como cerca de Toledo, en Guarrazar, ocurriría lo mismo, ambos intrínsecamente relacionados con este tesoro antiguo visigodo.

Uno de los personajes que buscaron afanosamente la mesa en Jaén fue el Cardenal Moscoso Sandoval, quien también fue Deán y Cardenal de nuestra Primada, y cuya vinculación entre ambas ciudades está sobradamente contrastada.

Ambas catedrales están construidas sobre lugares sacralizados anteriormente por cultos precristianos, y en ambos templos existe un pozo sagrado con aguas milagrosas recuerdo imperecedero de tradiciones antiguas en las que también se inserta una parte de la historia de la mesa.

En fin, como siempre lo mejor que se puede hacer es leer la obra que acabo de reseñar, y que cada cuál saque sus conclusiones. Me consta que ya hay gente que está en ello, ojalá sigan trocando sus meras intuiciones por aciertos.

Para continuar nuestro viaje descendamos por la misma carretera que hemos subido hasta alcanzar la carretera CM 401 con destino y dirección al pueblo de Navahermosa. Una vez allí deberemos tomar la desviación que se dirige al pueblo de Los Navalmorales hasta llegar al cruce que conduce al pequeño pueblo de Hontanar si eligiéramos la carretera de la derecha. Nosotros tomaremos el camino de la izquierda, y estaremos atentos a un camino blanquecino y polvoriento que se encuentra sin asfaltar; tras unos cinco kilómetros habremos llegado hasta nuestro destino: el despoblado de Malamoneda. Avisamos que el acceso es complicado y que es fácil perderse, pero también es sencillo encontrar agricultores o pastores que nos indicarán acertadamente el camino “*hasta las tumbas*”, nombre con el que se suele conocer este paraje.

Ventura Leblic conoce como nadie los lugares “monteños”, y quienes hemos tenido la fortuna de caminar a su lado por estos parajes, sabemos de su buen hacer y de sus extensos conocimientos sobre la historia el folklore y la cultura y antropología de los Montes de Toledo^[*]. Para él nuestro sentido reconocimiento y gratitud, y a él vamos a recurrir por tanto para ilustrarnos sobre este singular paraje, y ya de paso recomendar que consulte el viajero-lector su interesante artículo sobre Malamoneda citado en la bibliografía.

Parece ser que este lugar fue repoblado en la Baja Edad Media, incluyendo parajes que se encuentran en la zona de influencia de Montalbán, una de las encomiendas más importantes del temple en Castilla, monjes que se asentaron allí por encargo expreso del rey Alfonso VII con la misión de repoblar la comarca. Siguiendo al Conde de Mora, y fruto de hallazgos fortuitos de cerámica hispano-musulmana, ha quedado demostrado que el lugar fue anteriormente ocupado por comunidades musulmanas. Hilemos estos datos: en Malamonedá se instalaron comunidades musulmanas, supuestamente por tanto posibles buscadores de la Mesa, y posteriormente los templarios, custodios del Santo Grial-Mesa.

Ya tendríamos la respuesta de por qué este es otro de los lugares de nuestra provincia hasta el que se acercan los “buscadores” de la Mesa (refiere Juan Eslava en una entrevista a un conocido diario nacional, que todavía en la actualidad existen sociedades secretas que recaban pistas sobre su existencia, no tanto por su valor como joya, cuanto por su carácter mágico).

Piense además el viajero-lector que este despoblado se encuentra, más o menos, a dos “jornadas” de Toledo, tal como sostiene la leyenda, y que también se encuentran los restos de una antigua torre (¿restos del castillo Faras?), y que este paraje además guarda leyendas relacionadas con caballeros templarios y comunidades islámicas.

Un último apunte, muy cerca de aquí, a los pies del castillo de *Dos Hermanas* en Navahermosa, se encuentra cierto arroyo de sugerente nombre y referencia griática: el arroyo *Merlín*, nombre artúrico por excelencia, y por tanto nombre que nos sumerge de lleno en las tradiciones trovadorescas de la búsqueda del Santo Cáliz como veremos en otro capítulo.

Aunque no se descubra nada, el viaje habrá merecido la pena. El entorno es privilegiado, abundan los rebaños de ganado, las encinas y la vegetación propia del bosque mediterráneo, el agua fluye entre brezos y jaras, y entre medias de todo ello, perfectamente integrado en el paisaje, se descubre las sepulturas que componen la necrópolis de Malamonedá, que se cuentan por decenas, también hay petroglifos en algunas rocas, los restos de la torre y las casas de labranza... un mundo evocador de pretéritos y mágicos tiempos, un paraje excepcional sin duda.

Ventura nos proporciona otros datos que nos van a servir para calificar este lugar como un centro con importantes connotaciones mágicas y sagradas desde tiempos inmemoriales. Estamos refiriéndonos a los hallazgos prehistóricos, que ponen en relación este enclave con la extracción de mineral de hierro, circunstancia ésta que suele pasar desapercibida, y que sin embargo es un excelente indicador de la presencia de comunidades de herreros directamente relacionados con los alquimistas, tal y como demostrara Mircea Eliade, o a la instalación de los monjes templarios y la creación de un santuario dedicado a Nuestra Señora, o al toro celtibero que también aquí fue hallado, o al petroglifo con una serpiente o culebra que se oculta entre los roquedales y que es un elemento propio de la cultura celta... Demasiadas coincidencias una vez más, máxime, si admitimos la hipótesis de que en este lugar se

rendían culto a deidades antiguas celtas, y que las aguas que bañan el paraje han gozado tradicionalmente de fama de poseer virtudes terapéuticas.

Ventura se atreve incluso a mencionar tres posibilidades de ubicación de santuarios paganos en el paraje, uno de ellos, mantiene en la actualidad una pila redondeada con un pequeño desagüe, lo que nos invita a pensar que estamos ante un ara que pudiera ser utilizado para llevar a cabo sacrificios rituales, o entrega de ofrendas. Malamonedá, como vemos, es a todas luces, un enclave sagrado y misterioso para numerosas culturas desde tiempos lejanos.



Ilustración 5. Imagen de la torre de Malamonedá.

Según el investigador Rafael Alarcón la iglesia que hubo en este paraje era románica, de los siglos XII o XIII, y en ella se veneró una imagen conocida como Nuestra Señora de Gracia de Malamonedá, cerca de la torre cuyos restos aún se pueden ver (por cierto existe una leyenda que afirma que en este lugar nació, ni más ni menos que el rey Wamba). De la virgen nada más se sabe pues desapareció en la contienda civil, pero, como en tantas ocasiones, un culto cristiano se había asentado encima de otro anterior, posiblemente celta, para dar testimonio de una nueva forma de sacralización. Ya saben, aquello del sincretismo...

Suficientes datos rebosan en nuestra mochila, quédese el asunto de la mesa tranquilo por ahora, pero, en todo caso, y por aquello de finalizar el capítulo envuelto en la nebulosa del misterio, daremos la palabra a Clara Delgado por si acertó con la interpretación de este misterio al afirmar que:

La leyenda de la mesa de Salmón podría hacer referencia al tesoro que, para los visigodos, simbolizaba su soberanía real. La pérdida de estos atributos de poder

equivaldría a la pérdida de la soberanía y la instauración de una nueva dinastía en la Península^[19].

Y como lo prometido es deuda, y toda vez que hemos tenido que coger nuestro vehículo para llegar hasta aquí, no estaría de más volver a subirnos para acercarnos hasta Guadamur pueblo monteño donde se pueden admirar el restaurado castillo construido por Pedro López de Ayala en el siglo xv. ¿Por qué nos interesa este enclave? Pues ni más ni menos porque Jesús Callejo, mantiene la hipótesis de que este es realmente el castillo de Faras mencionado en la leyenda. A esto hay que añadir varios datos: el primero de ellos es que éste es el lugar elegido por Mario Roso de Luna en su obra *Cuentos Teosóficos* como el destino final de la mesa (no olvidemos que aquí mismo se ubica el paraje donde apareció el conocido como tesoro visigodo de Guarrazar al que antes hicimos mención) a lo que se añadiría que la distancia de *dos leguas de Toledo* reflejada en la leyenda coincide —más o menos— y que el escudo de este pueblo presenta dos torres de oro. Esta cuestión del blasón merece la pena ser tenida en cuenta y analizada un poco más

Se trata de un escudo con el campo cortado (partido por la mitad en horizontal). En el primer cuartel, aparecen dos lobos pasantes de sable (de color negro); bordura de gules (rojo) con ocho aspas de oro. El segundo cuartel presenta de sinople (verde) dos torres de oro mazonadas y aclaradas de gules (perfiladas y con las puertas y ventanas rojas) puestas en faja (una al lado de otra en horizontal). Estas armas se justifican de la siguiente manera: el primer cuartel son las armas representativas del señorío de los López de Ayala, feudales de Guadamur, y que posteriormente, serían también Señores de Fuensalida, mientras que las torres representan las erigidas por los árabes, en una de las cuales radica el origen del castillo que hoy podemos contemplar.

Con permiso de Jesús Callejo, y en honor a la verdad, la hipótesis de las Torres como enlace con la leyenda del castillo de Faras tiene poca consistencia, y de hecho, escudos municipales de la provincia de Toledo que incluyan castillos o torres son enormemente frecuentes. Sin ánimo de ser exhaustivo, señalamos los siguientes municipios que lo incluyen en sus armas municipales: Ajofrín, Alcaudete, Belvis, Cabezamesada, El Carpio, Castillo de Bayuela, Consuegra, Corral de Almaguer, Cuerva, Escalona, Gálvez, La Guardia, Illescas, Madridejos, Malpica, Mejorada, Mocejón, Navahermosa, Ocaña, Oropesa, Pepino, La Puebla de Montalbán, El Romeral, Santa Olalla, Seseña, Sonseca, Talavera, Tembleque...

A la espera de que algún día se encuentre la mesa, o nuevos datos que aporten luz sobre el misterio, tendremos de momento que conformarnos con saber lo que hasta aquí se ha expuesto: que este objeto pudo existir más allá del mito, que personajes absolutamente enraizados con la ciudad como el Rey Rodrigo, Tariq, Alfonso X, o el Arzobispo Ximénez de Rada^[*] la buscaron, y que existen referencias claras, o cuando menos intrigantes, que la unen a Toledo.

Lo dicho, a la espera quedamos. Hasta entonces, feliz regreso.

Capítulo tercero. Los enclaves templarios de Toledo

*La historia es un gigante / un esperpento.
Sin rostro ni motivo / una quimera
Sin principio ni fin / sin cardinales.*

MARIO BENEDETTI

PUNTO DE PARTIDA: Plaza del Seco

PUNTO DE FINALIZACIÓN: Convento de las Concepcionistas

La del Alba sería —permítasenos plagiar la cervantina frase— cuando se despertó el viajero-lector ciertamente destemplado. Se acurrucó presto entre las sábanas, seguro de que la vigilia le duraría poco, y no pudo reprimir una sonrisa al recordar que, más o menos sobre esta hora, era el momento de amanecer para los que van a ser los protagonistas de su siguiente paseo, los caballeros del temple. Tal vez sea un buen augurio que invite a comprender mejor la vida de los monjes-guerreros. Sonríó también al comprobar que era irónico sentirse “des-templado” justo cuando, al cabo de pocas horas, emprendería su caminar en pos del temple toledano. Pudo más el remanso de paz, y cayó en profundo sopor. No lo despertemos que todavía puede guarecerse un buen par de horas bajo las cálidas sábanas, el reposo del guerrero creo que lo llaman..., sagrado placer, no tocar...

El tema de los Pobres Comilitones del Templo de Salomón, más conocidos como templarios, provoca intrigas, pasiones, euforias desmedidas, mareos adolescentes, y polémicas pseudo-históricas a juzgar por la ingente cantidad de libros que cada año se publican sobre ellos, así como por la cantidad de sectas, grupúsculos y asociaciones (algunas) de dudosa reputación que se pelean por adquirir la paternidad de ser los herederos directos de aquellos monjes-guerreros. Los marcadores de ADN hacen milagros, pero a tanto no se atreven... No es cuestión ahora de analizar las causas de este renacer, ni siquiera del origen de la verdadera *Milicia de Dios*, para ello, remitimos al lector interesado a la bibliografía^[*] reseñada al final del libro para conocer datos sobre estas cuestiones. No obstante, y presuponiendo cierta confusión en quien lea estas líneas, permítasenos realizar unas pequeñas notas *a vuela pluma* como introducción, sobre todo para hacer valer el afán divulgador de la obra tal y como se dijo en el capítulo primero.

El origen de la orden es ya de por sí un enigma. La primera vez que aparecen mencionados es en la *Historia rerum in Partibus Transmarinis Gestarum* escrita por Guillermo de Tiro hacia 1174. Las versiones más aceptadas hacen a Hugo de Payens (bajo el prisma Europeo y francés) o a Hugo de Pinós (en la versión catalana-

aragonesa) junto a otros ocho caballeros, los fundadores de la orden, quienes llegarían sobre los años 1118 a 1124 a Tierra Santa con el sagrado deber de proteger estos Santos Lugares de las hordas infieles.

Balduino II les hizo poseedores de las ruinas del Templo de Salomón, de donde tomarían años más tarde su nombre de Templarios. El espíritu de cruzada siempre estuvo presente entre estos monjes, pero sin duda, un tipo de cruzada radicalmente distinto al que alentó al Papa Inocencio III contra los cátaros en la región del Languedoc, que terminó como uno de los episodios más despiadados y crueles del fanatismo religioso católico.

Su historia está plagada de misterios, fundamentalmente porque no se sabe a ciencia cierta de donde sacaron las ingentes cantidades de dinero que les permitirían adquirir tantas posesiones en Europa y construir tantos castillos, catedrales, capillas... y de paso, crear inmensos latifundios, todo ello, en menos de dos siglos, ya que en el Concilio de Vienne en 1312 se suprimió la orden. Ciertamente huele extraño. A la vez, el enigma se acrecienta porque mantenían estrechas relaciones con el mundo del ocultismo y del esoterismo, o al menos eso es lo que afirman numerosos investigadores, y nunca terminaron de llevarse mal con los musulmanes, ¡ahí es nada!

Su aparición en España también es incierta, fechándose el año de 1131 como el de su aparición en Cataluña y Aragón, siendo algunos decenios después la fecha más posible de su presencia en Castilla. En el reino de Toledo algunas de sus posesiones son conocidas a partir de bulas del Papa Alejandro III y por documentos de cesión de Alfonso VII, por tanto estaríamos hablando de fechas algo más tardías.

Y ahora al ruedo del Temple en la ciudad; recibamos a este morlaco de difícil lidia como mandan los cánones: ¡en la puerta de chiqueros!, no sin que antes de adentrarnos por estos vericuetos, recordemos que tropezamos con un gran problema a la hora de investigar sobre estos caballeros, no sólo en Toledo sino prácticamente en toda Castilla, ya que, a diferencia de otras zonas (Aragón, Valencia, Cataluña...) los documentos brillan por su ausencia:

El Temple castellano, a menudo mal documentado y hasta controvertido, se manifiesta fundamentalmente a base de claves y de signos que confirman su presencia activa más allá de cualquier documento que, a menudo, ni siquiera existe^[1].

Existen frecuentes testimonios históricos que atestiguan la presencia de los *freires* en la ciudad, concretamente en el barrio de San Miguel, como también en algunos pueblos de la provincia, pero mucho nos tememos que esos testimonios no llevan el respaldo documental mínimo que nos garantizara lo que no dejan de ser conjeturas más o menos fiables. A pesar de ello, repasaremos brevemente las referencias más interesantes que hemos encontrado. Antes analizaremos algunas notas interesantes que posteriormente iremos desgranando.

En primer lugar recordemos que las tres deidades a las que el Temple veneraba especialmente por así figurar en la regla primitiva de la orden, eran San Miguel, San Bartolomé, y la Candelaria^[*]; las tres están presentes en este barrio como pronto

veremos. En segundo lugar constatamos la existencia de una toponimia muy especial en el entorno de la barriada de San Miguel, que podemos intuir como simbólicamente referida o relacionada con la orden, y finalmente, la presencia de una magnífica cueva justo frente a la iglesia de San Miguel, de incierto origen y posible utilización por parte de los monjes para llevar a cabo algunos de sus rituales, nos permiten mantener eso que se llama el beneficio de la duda a pesar de la inexistencia de pruebas documentales. Por tanto —algún que otro investigador ya lo avisó— desde el callejón del Locum, hasta la calle del Can, existe toda una serie de claves simbólicas que a modo de “ruta oculta templaria” pueden constituir un mensaje velado, menos para quien sepa desvelarlo.

Otro apunte que queda para la reflexión, García Atienza en su obra *La nueva Guía de la España mágica* mantiene que templarios y brujas forman un curioso binomio, que se repite de forma casi constante en la península, pues bien, en el barrio al que estamos haciendo referencia existen al menos dos leyendas “*La casa del duende*” y “*El callejón del infierno*”, en las que las protagonistas son brujas toledanas. Dicho esto, comencemos...

Amador de los Ríos en su *Toledo pintoresca* nos dice que:

Al lado de la Parroquia de San Miguel, entre Norte y Mediodía, se encuentra una manzana de casa de singular aspecto, que revelan desde luego su antigüedad, y que presentan multitud de inscripciones árabes, talladas en el maderamen de los techos, las cuales conservan la pureza de los primeros caracteres usados por los musulmanes en sus edificios (...) Es fama en Toledo que fueron estas casas morada de los caballeros del Temple, que, como hemos visto al hablar del Castillo de San Cervantes, se encargaron de la defensa de éste fuerte en el reinado de Alfonso VIII (...) los templarios conservaron en su poder estas propiedades, ya como anejas al castillo de San Cervantes, ya como adquiridas en razón de otros derechos, hasta su total extinción a principios del siglo x^[2].

Por su parte Ramón Parro en *Toledo en la mano* señala que:

Tanto los monjes benedictinos como los Caballeros del Temple, tuvieron además sus casas hospederías con iglesias dentro de la ciudad; a saber, los primeros en la celebre ermita de Santa María del Alficén que les fue donado por D. Alonso en 1095, y los segundos en donde es ahora parroquia de San Miguel el Alto. (...) Se conserva tradicionalmente la memoria de que ocuparon un extenso edificio que subdividido ahora en multitud de habitaciones pequeñas y miserables para vecinos pobres,

forman una manzana a la izquierda de dicha iglesia entre las calles de San Miguel y de la Soledad y plazuela del Seco^[3]

El Vizconde de Palazuelos en su obra *Guía Artístico-Práctica de Toledo* lo afirma de la siguiente manera:

Casa de los Templarios: con ese nombre es conocida en Toledo la manzana de edificios (en su mayoría estrechos y miserables) situada a poniente de la parroquia de San Miguel y comprendida entre las calles de San Miguel y de la Soledad, y la Plazuela del Seco. Débese a la constante tradición según la cual ocupó aquella orden religioso-militar un gran edificio emplazado en este sitio y destinado a casa-hospedería^[4].

Este supuesto se mantiene hasta la actualidad, en que autores como Suárez Quevedo se hacen eco de esta tradición:

Su origen estuvo, al parecer, en relación con la Orden del Temple, sirviendo de capilla a la hospedería, que según tradición, tuvieron los caballeros de esta orden, frente a esta iglesia^[5].

También Ramírez y Benito apuesta con seguridad por la pertenencia templaria, proporcionando datos precisos en cuanto a la ubicación:

Otro dato más seguro y fidedigno, que corrobora lo relacionado es que la manzana de casas que hay a la izquierda de la iglesia, o sea la que hace la calle de San Miguel esquina de la plazuela del Seco, hasta llegar a la calle de la Soledad, las edificaron los árabes y después las ocuparon para monasterio los caballeros templarios^[6].



Ilustración 6. Escudo del Temple en la Iglesia de San Miguel.

Parece pues casi seguro que en el entorno del barrio de San Miguel es donde se asentaron los templarios en nuestra ciudad. Lo que corresponde ahora, es que comentemos algunos de los supuestos enclaves templarios de este barrio, aunque, insistimos, no dejan de ser meras suposiciones.

En primer lugar, destaca por su importancia, como hemos ido viendo, la denominada *casa de los templarios* ubicada en la Plaza del Seco, casa ésta que actualmente se puede visitar por haberse convertido en un lugar de hostelería. Su estructura inicial data de los siglos XI o XII conservándose de esta época un salón, una alcoba y la algarfa del ala occidental con su correspondiente alfarje. Las posteriores modificaciones y restauraciones hacen difícil verificar las trazas iniciales. A lo largo de todo el edificio se repite una interesante ornamentación muy rica y numerosas yeserías, así como vigas con inscripciones árabes que relatan, entre otras cosas, suras del Corán, e incluso medallones con motivos heráldicos. Según Julio Porres, el objeto más valioso que contenía la casa era una alacena mudéjar, descubierta por Amador de los Ríos en 1845, y que tras ser desmontada se exportó al museo South Kensington de Londres, donde aún debe permanecer formando parte del inmenso legado expoliado a naciones extranjeras para mayor gloria del imperio británico. (Dios haya perdonado a esta banda de filibusteros, salteadores de caminos y bucaneros de poca monta que enajenaron tanto bien ajeno). Lástima de verás, porque una buena parte de la información esencial que nos ayudaría a penetrar en la historia de la orden, en el día a día de los freires en Toledo debe encontrarse entre los cajones de ese armario.

En el año 1919 el numerario de la academia de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo Vicente Cutanda, en un informe realizado tras la visita a la iglesia de San Miguel, se hacía eco de cuanto aquí afirmamos, para concluir diciendo que:

Al salir de San Miguel visitamos la casa frontera, llamada desde hace

siglos la casa del Temple, donde es tradición tuvieron su claustro o perceptorio los caballeros templarios, atribuyéndoseles también el dominio de San Miguel. Hasta hace pocos años, y sea lo que quiera de cierta dicha afirmación, la Casa fue muy visitada por constituir uno de los más típicos y precisos restos arábigos que la ciudad conservaba^[7].

Por desgracia no se conserva ningún documento que atestigüe la cesión de esta casa a la orden del Temple, por tanto, su relación, aunque fundada, no está probada. La hipótesis más probable es que la casa fuera cedida por Alfonso VIII, quien había encomendado a la orden la defensa del puente de Alcántara desde el castillo de San Servando (que es otro de los enclaves templarios de Toledo como luego veremos) sirviendo esta casa, y la iglesia de la que ahora vamos a ocuparnos, como lugar de reposo para los caballeros.



Ilustración 7. Cruz paté en la casa del Temple.

Avancemos apenas 50 metros para llegar hasta nuestro siguiente destino: la Iglesia de San Miguel el Alto, segundo de nuestros enclaves templarios. Se trata de una de las antiguas parroquias latinas de la ciudad, y una de las pocas que tuvo en su día un pequeño claustro adosado al muro de la epístola, claustro que fue destruido para construir tiempo después una escuela parroquial. Este claustro sirvió de enterramiento desde el siglo XII, y aún hoy se pueden observar algunas lápidas (bastante deterioradas) dispuestas por el suelo del patio, que es todo lo que queda del espacio que debió ocupar ese claustro.

De esta iglesia Parro nos dice que:

Es opinión bastante general que esta iglesia sirvió algún tiempo para los templarios, pues mientras estos caballeros tuvieron el Monasterio y Castillo de San Servando, establecieron su casa hospedería dentro de la ciudad...^[8].

Actualmente, y tras las numerosas transformaciones que ha sufrido, la iglesia consta de tres naves con crucero, media naranja con pechinas y un camarín. Tal vez, lo más interesante, en este momento, sea la presencia en un capitel gótico, a la izquierda de la nave central, de un escudo con la cruz del temple: en campo de plata, una cruz llana de gules. Este mismo escudo aparece grabado en una de las campanas del campanario, demostrado, si bien no documentalmente, al menos si testimonialmente, la presencia de los caballeros en esta iglesia.

Caigamos en la cuenta que ya hemos topado casi de bruces con el primero de los santos que anunciamos al comienzo de este capítulo, San Miguel. Los templarios, dado el profundo trasfondo de sincretismo de este arcángel lo eligieron como protector, por eso aparece en tantos enclaves de la España Templaria. San Miguel es representado siempre con una lanza venciendo al dragón infernal, o con una balanza pesando las almas de los difuntos, lo que es una clara reminiscencia-copia del dios egipcio Hermes-Toht que tenía asignada idéntica misión.

Salgamos de la iglesia, la calle que nos queda a la derecha nos llevaría hasta el siguiente de nuestros enclaves, precisamente el dedicado a la segunda de esas deidades templarias San Bartolomé, representado por el Hospital de San Bartolomé, que se encontraba justo a la vuelta de la iglesia. San Bartolomé es después de San Miguel el santo más relacionado con la orden del temple. Se le suele representar con un cuchillo en su mano, en recuerdo del terrible martirio al que fue sometido (le arrancaron la piel a tiras según el martirologio) también aparecen a veces soldados romanos que son sus verdugos, y en algunas ocasiones, asemejándose a su compañero San Miguel, aparece a sus pies un dragón, lo que conlleva una estrecha relación con las fuerzas telúricas de la tierra.

Por desgracia la antigua casona que albergaba este hospital amenazaba ruina y se había convertido en un foco de inmundicias, así que de él no queda nada; hoy es un insulso bloque de apartamentos. ¿Qué sabemos de este hospital? Poco la verdad, parece ser que se trataba de un hospital de peregrinos y mendigos, (aunque no entendemos muy bien hacia donde se dirigía esa peregrinación, toda vez que “peregrinos” eran solamente quienes iban a Santiago de Compostela, al igual que “romeros” lo eran, tan solo, quienes iban a Roma) y que lo mantenía la hermandad del mismo nombre, hermandad que debió heredarlo con antelación, pero cuyos documentos están, una vez más perdidos. En la Iglesia de San Miguel se puede admirar, en el exterior del camarín, un escudo perteneciente a la Cofradía de San

Bartolomé, que tuvo su sede precisamente en esta iglesia. Para los monjes del Temple, el artículo LXXIII de su regla, incluía la obligación de santificar esta fiesta y guardar ayunos. En definitiva, aunque su datación es posterior a la presencia del Temple, no deja de resultar paradigmática la acumulación de lugares nominados bajo advocaciones templarias en tan poco espacio. Bueno es recordar aquí que en nuestra provincia hay varios pueblos que le tributan a este santo homenajes y fiestas, como Navahermosa o Añover de Tajo.

Un dato resulta altamente significativo en relación al tema que nos ocupa. Ya dijimos que, además de San Miguel, otra de las advocaciones especificada en la regla del Temple como de obligada adoración, era la Virgen de la Candelaria, concretamente se alude a su culto en el artículo 75 de la primitiva regla. Curiosamente a pocos metros de la iglesia se encuentra la calle de la Candelaria; aún más, el 2 de febrero se celebra en esta iglesia de San Miguel (y en muchas otras, claro está) la citada festividad, manteniendo un curioso rito de carácter eminentemente pagano, pero que el sincretismo que el pueblo llano siempre ejerció, y que los templarios incitaban, obligó a la iglesia cristiana a asumirlo como propio, aunque a todas luces es una reminiscencia de las “*Amburbale*” que se celebraban en honor a la diosa Ceres y a la Madre Tierra. Resulta interesante comprobar como todavía hoy, en determinados países de América, fundamentalmente Bolivia y Guatemala, el dos de febrero, sigue siendo una de las principales fiestas del calendario, pero no con un sentido religioso, sino que este día se convierte, dependiendo de los lugares, en la fecha elegida en la que se realizan ofrendas a los dioses de la naturaleza, como si la presencia del ultraortodoxo Santo Oficio no hubiera podido acabar con creencias ancestrales, que adquieren de esta manera la categoría casi de universales (gracias Gerardo, excepcional antropólogo, por darnos esta noticia que desconocíamos y que incluimos gustosos entre estas líneas).

Sin tener que desplazarnos hasta allende de nuestras fronteras, existen algunos pueblos de la vecina —y también mágica— Cuenca donde se celebran fiestas en honor de la Candelaria, y los “Diablos” que así se llaman los participantes en el acto, se encomiendan y rezan a San Blas y a la Candelaria, todo ello bajo las indicaciones del Diablo Mayor. Nos referimos básicamente a la fiesta de la *Endiablada* de Almonacid del Marquesado.

Fue el Papa Gelasio en el siglo V quien prohibió las fiestas llamadas *lupercales* que se celebraban en honor al dios Baco, y las sustituyó por la veneración a la Purificación, que con el paso del tiempo, y en recuerdo de las candelas llevadas en procesión por los fieles, se transformaría en la Candelaria. Como vemos hay cierto regusto a paganismo en las celebraciones a esta virgen se mire por donde se mire.

Otra cuestión. A poco que uno escarbe en la geografía mariana española descubrirá que no son pocas las vírgenes veneradas en capillas templarias, casi siempre imbuidas de los atributos propios de la Candelaria, que son vírgenes negras, y que, al decir de los entendidos, eran reminiscencias ancestrales de la Diosa Madre,

de la Diosa Tierra, y que también tuvieron que ser admitidas por la iglesia oficial para acaparar y no perder el sentimiento devoto de los fieles, eso sí, previa explicación de que el color oscuro se debía al humo de las velas y argumentos semejantes. En todo caso, lo que parece innegable es que contienen un fuerte componente esotérico, lo que se une a su devoción por parte de los templarios, y que en Toledo, tenemos algunos ejemplos, que serán comentados en un capítulo posterior. Nos toca profundizar en aspectos de la simbología templaria, concretamente en dos símbolos clásicos de la orden como eran la rosa y las espinas, como representativos emblemas de Cristo. En este barrio de San Miguel, a espaldas de la iglesia aún se mantiene cierta calle que, en la actualidad, se llama calle de la flor, y a su lado, otra que hoy recibe el nombre de calle del Can, pero cuyo nombre primigenio fue el de calle del Espinar del Can. Julio Porres nos da noticia de que este nombre existía al menos desde 1435 fecha en que aparece citado en un documento de alquiler de unas casas del cabildo, y Madoz lo incluye en su Diccionario al hablar del asiento de la ciudad:

La montaña sobre la que tiene asiento la ciudad se divide en siete cerros con sus valles: el primero abraza el espacio que media entre la puerta de Visagra y Zocodover; el segundo desde esta plaza hasta el Alcázar, conocido con el nombre del Espinar del Can^[9]

Pero con esta misma denominación de “Espinar del Can” ya lo había mencionado Pedro de Rojas en el capítulo VII de su Historia de Toledo precisamente al tratar del sitio sobre el que se asienta la ciudad:

El segundo es el de Zocodover al Alcázar, cuyas vertientes son a San Miguel, donde dicen el espinar del can. El tercero baxa desde el mismo espinar del can al rio, por el corral de vacas^[10]

Xabier Musquera insiste en la relación entre el topónimo “espinas” y el Temple:

Una de las bases para este tipo de investigación es la localización de topónimos que posean las características afines a los asentamientos de la Orden (del Temple). Un ejemplo de ello es el término espina. En el simbolismo medieval uno de los términos que veremos con cierta asiduidad es el de la espina. La espina o el rosal designaban algo oculto o bien era el punto de partida para alcanzar un enclave trascendente, mágico^[11].

En definitiva, la espina, en el lenguaje esotérico, aparece como un signo de reconocimiento de pertenencia a un colectivo que tiene como norma la defensa del

secreto de su orden, por tanto, le viene que ni pintado al Temple. Charpentier nos aporta otra opinión interesante:

Con muy raras excepciones que parecen debidas a una desaparición posterior del nombre, todas las encomiendas del Temple, o por lo menos todos los grupos de dos encomiendas hermanadas, tienen más o menos cerca un lugar llamado de la espina. Hoy quizás sólo sea el nombre de un campo, de un caserío, a veces de un pueblo, pero se puede estar seguro de que no lejos de allí hubo una encomienda (...) Pero ¿qué relación puede haber ante los lugares de la Espina cercanos a las encomiendas? No puede dejar de pensarse que, por subterráneos o caminos cubiertos, existían unos caminos para los iniciados. También se puede pensar que se trataba de una entrada clandestina y subterránea que iban directamente desde aquel lugar hasta la casa del Temple^[12].

Repare el lector que Charpentier analiza estas circunstancias para el caso del temple francés, pero, para nuestra ciudad podrían ser extrapoladas sus conclusiones de forma directa, ya que, como hemos dicho se mantiene la calle del espinar del Can, y muy cercano a ella, se encuentra el subterráneo de San Miguel, uno de cuyos ramales hoy cegados pudo enlazar con la cercana casa del Temple, y otro con su iglesia, es decir, lo mismo que nos cuenta Charpentier pero trasladado a Toledo casi punto por punto.

De la cueva de San Miguel hablaremos en otro de los capítulos de este libro. Bástenos por ahora decir que se ignora su origen, función y antigüedad, y que ha sido explicada como catacumba, como la prisión de Santa Leocadia, como mazmorra romana, como hipogeo sagrado... Sea como fuere, no podemos obviar la posibilidad ya apuntada, dada la proximidad de que fuera utilizada por el Temple para celebrar aquellos ritos, de carácter iniciático u ocultista, que sin ser heterodoxos, pudieran sin embargo ser mal interpretados por la ortodoxia cristiana, evitándose así inconvenientes difícilmente resolubles. ¿A qué ritos nos referimos? Fácil, a aquellos que figuran en la Regla Secreta del Temple:

ARTÍCULO 11: Ritual de la recepción de los elegidos: Juramento de guardar el secreto de la Orden, la menor indiscreción se castigará con la muerte. El Receptor besará al neófito sucesivamente en la boca, para transmitirle el aliento; en el plexo sagrado, que ordena la fuerza creadora; en el ombligo, y por último en el miembro viril, imagen del principio creador masculino.

ARTÍCULO 13. El neófito pisa y escupe a la Cruz: El neófito pisará la Cruz y escupirá encima; a continuación recibirá la túnica blanca con

el cinturón.^[*]

Por si esto fuera poco, es bien conocido que los templarios instalaban sus encomiendas, casas y bailías en enclaves que tradicionalmente habían sido ungidos por el sello de lo “mágico” en su acepción más general, bastando con echar un vistazo a los lugares templarios de la geografía española para ver que un buen porcentaje de sus posesiones se hayan en puntos sacralizados por la sabiduría popular: montes sagrados, simas, cuevas, o enclaves dolménicos eran frecuentes puntos de arribada de los freires. Una buena parte de los especialistas en los caballeros templarios aseguran que conocían las denominadas “energías telúricas” que emanan de la tierra en puntos precisos, y que son capaces de provocar estados alterados de conciencia. En palabras de García Atienza:

“Los templarios sabían algo que la tradición ha transmitido a través de las costumbres y del sentimiento esotérico de todos los pueblos del mundo, a saber, que la tierra y el cosmos comparten e intercambian corrientes de energía que actúan fundamentalmente sobre los seres humanos, determinando su comportamiento, condicionando sus reacciones e incluso, estimulando su conciencia y alterándola”^[13].

Pues bien, en la cueva que nos ocupa, no son pocas las personas que han experimentado algún tipo de sensación extraña o paranormal, aunque es imposible discernir cuanto de cierto hay, y cuanto de superchería o fantasía. Lo que parece innegable es la existencia de esas “energías sutiles”, capaces de provocar estados alterados de conciencia, y por ende, capaces de modificar nuestra percepción de la realidad, o incluso de otorgar la capacidad de percibir realidades o dimensiones diferentes, produciéndose una ruptura con los modos cotidianos de asunción de la realidad, lo cual, visto con los ojos del acercamiento de las divinidades, debía ser una herramienta utilísima. Charpentier escribió con claridad sobre estas energías:

Los celtas denominaban tanto a las serpientes que se deslizan por el suelo como a las corrientes que recorren la tierra, con el nombre de Wouiwres. A estas corrientes cuyas causas pueden ser las aguas subterráneas, las fallas de terreno que ponen en contacto minerales de distinto potencial, o las profundas presiones procedentes del magma, se las denomina hoy con el nombre de corrientes telúricas. Estas corrientes son la manifestación misma de la vida de la tierra, y allí donde no llegan, la tierra está como muerta, como sin fecundidad^[14].

Continuemos. Al releer la interesante obra de Rafael Alarcón titulada *A la sombra*

de los templarios, este autor da cuenta de la persistencia en tres de los principales enclaves templarios peninsulares —la iglesia de la Vera Cruz en Segovia, la ermita de San Baudelio en Casillas de Berlanga, y en la Torre de los templarios de Caravaca de la Cruz en Murcia— de lo que denomina “el árbol de la vida arquitectónico”, que viene a ser como la estructura en la edificación en la que convergen tres grados de iniciación o de ritual por los que tenían que pasar los freires: una estancia inferior o pseudocripta, donde los que iban a ser iniciados recibían la instrucción, una cámara en el segundo piso donde velar las armas y meditar, y una tercera cámara, a veces llamada “linterna de los muertos”, donde se produciría esa parte del ritual iniciático de la muerte y resurrección. Estas tres cámaras las encontramos perfectamente definidas en los tres niveles o alturas de la cueva, con una parte más baja, con apariencia de cripta, una estancia superior más amplia, y una galería con escaleras que conduciría al piso superior (hoy tapiado).

Por tanto, no sería descabellado pensar en que algunos de los monjes neófitos realizarán algunos de los ritos de iniciación que antes señalábamos en este subterráneo.

Dos enclaves más del barrio, con nombres de animales nos invitan a buscar una interpretación simbólica, —por encima de la explicación oficial— relacionada con lo templario. Nos referimos a la cuesta del pez, y al callejón del Toro, calles ambas muy cercanas a la Plaza del Seco. Con independencia de la explicación oficial de los topónimos, que como siempre debemos a Julio Porres, no nos resistimos a transcribir las palabras de Fernando Sánchez Dragó:

El símbolo del pez, y la mágica virtud del individuo capaz de arrancarlo a las profundidades suministran otra fecunda ilación con el Grial (...). Pescador era llamado al guardián del cáliz. (...). La conexión entre el animal marino y una búsqueda equivalente a la del grial se establece también en varias leyendas árabes^[15].

No olvidemos que también existe una fortísima relación entre los caballeros templarios y la custodia del Santo Grial, tal y como se expondrá en el siguiente capítulo de esta obra, y por tanto, pudiera ser que la tradición mantuviera viva, a través de la toponimia, otra de esas señales que quedaban para quien supiera interpretarlas. La calle del pez sería bajo este prisma, una nueva seña de identidad templaria. Sigamos...

Los primitivos cristianos eligieron este símbolo del pez porque el acróstico de esta palabra en griego contiene las mismas iniciales de Jesucristo Hijo de Dios, para otros autores en cambio, fue elegido porque tras la muerte de Cristo, se entró en una nueva era, la de Piscis; tal circunstancia no puede resultarnos extraña si pensamos que en las antiguas tradiciones cristianas existía una abundante relación con la mitología astral (bastante alejado por cierto de todo el universo zodiacal tan

desvirtuado en la actualidad). Un último apunte al respecto, el Papa Silvestre II utilizó dos peces como su escudo pontifical, y este Papa del nuevo milenio es en quien reconocían los templarios a la verdadera iglesia^[*]. Volveremos sobre esta calle y sobre el Papa en el próximo capítulo, quedémonos ahora con la mención textual tal cual se recoge en la *Regla Secreta*:

“ARTÍCULO 18: La iglesia del verdadero Cristo: (...) No es la práctica exterior la que hará venir el Reino de Dios; y los que así lo pretenden mienten. El Reino de Dios está en nosotros. La Iglesia del verdadero Cristo en tiempos del Papa Silvestre se ha transformado en Sinagoga del Anticristo, y la Roma de Pedro, en la Babilonia moderna”.^[16]

En lo que respecta al símbolo del toro, debemos señalar que el culto a este animal tuvo sus raíces en la era de Tauro, que se prolongó entre los años 4380 y 2217 a. C., teniendo manifestaciones por toda la tierra, desde la vaca Athor y el buey Apis de los egipcios, al minotauro cretense, pasando por los toros alados de Babilonia o por las representaciones galas del toro Tarnos, pero lo realmente curioso es que en los antiguos cultos taúricos, a este animal se le representaba, exactamente con la misma letra que, en no pocas ocasiones, utilizaban como reconocimiento los templarios: la letra Tau. ¿Curioso, no? Tampoco debemos obviar que las religiones místicas concebían el saber como un elemento peligroso, y que por tanto debía mantenerse celosamente guardado por unos pocos que lo distribuirían entre el común de los mortales con cuentagotas, generalmente en forma de enigmas o símbolos, que solo los más preparados (los iniciados) supieran interpretar.

Toledo no ha sido una ciudad en que se haya tratado especialmente bien a este animal y sus fiestas asociadas, si tenemos en cuenta que el mismísimo rey Sisebuto reprendió a cierto obispo catalán su afición por las fiestas de Toros, y mucho después, el Padre Mariana o Cristóbal Lozano, capellán de la catedral mantenía la teoría de que los toros tenían cierto regusto pagano; ciertamente no se equivocaba el clérigo. El contrapunto se había publicado en Toledo, por parte del licenciado Diego de Yepes en 1592, quien ponía al toro como modelo de templanza, a pesar de su ferocidad e ímpetu amoroso, llegando a afirmar que debería servir de ejemplo para los hombres.

Existe la posibilidad que esta veneración pagana del culto al toro se haya mantenido hasta nuestros días en el pueblo de San Pablo de los Montes, donde tiene lugar la “fiesta de la vaca”, fiesta que fue profusamente estudiada por Ismael del Pan, al que nosotros no podemos ni queremos enmendarle la plana, manteniendo que podría tratarse de uno de los cultos más antiguos de la península en relación a este animal.

Stephen Sharbourg se preocupó mucho de analizar el significado simbólico de este animal y su relación con el culto a las Diosas Madres en la Europa precristiana,

encontrando una enorme similitud entre estos cultos y la pervivencia de determinados ritos de adoración a vírgenes, generalmente de tradición templaria.

El siguiente enclave del barrio nos lo topamos al descender pocos metros, hasta la plaza de la cabeza, hoy Plaza de Abdón de Paz. Con poca imaginación nos resultará sencillo, relacionarlo con el famoso bafomet templario, aquella misteriosa cabeza parlante que ayudaba a quien la poseía, y que fue una de las causas más graves de acusación de la orden por parte de Felipe el Hermoso, a pesar de que, para algunos investigadores, no debió ser más que un rudimentario artilugio movido por palancas que respondía si, o no, o un relicario en forma de cabeza:

Parece cierto que los templarios celebraban ceremonias secretas en las que figuraba una cabeza. Según algunos investigadores, esta misteriosa cabeza tenía relación con la alquimia, concretamente con la fase denominada cabeza de los muertos.

La acusación, tal y como se recoge en los interrogatorios, decía lo siguiente:

Adoraban con culto de latría una cabeza blanca, que parecía quasi humana, que no havia sido de santo alguno, adornada con cabellos negros, y encrespados y con adorno de oro cerca del cuello, y delante de ella rezaban ciertas oraciones, y ciñéndola con unos cíngulos se ceñían después a si propios con ellos como si fueran saludables.^[17]

Lo cierto es que esta historia del bafomet no acaba de ser desvelada por completo, nadie sabe exactamente lo que significó, ni el origen de su nombre, ni como se utilizaba, si es que se hacía, en los rituales templarios. De hecho, ni su forma se conoce, ya que en según que fuentes podemos encontrarlo como una cabeza de un viejo con barba, un monstruo y hasta un andrógino, por eso se suele confundir esta imagen con algunas quimeras medievales, o con otro tipo de representaciones habituales en canecillos de capillas e iglesias que se suponen pertenecieron a la orden templaria. ¿Qué dice la regla secreta sobre esto? En el *Libro del Bautismo de fuego*, también llamado *Regla Secreta* o *Estatutos de Roncelinus*, firmado hacia 1240 por Robert Samfort, podemos leer:

ARTÍCULO 17. Baphomet: La figura de baphomet es retirada de su sagrario y el receptor dice: “El pueblo que camina en las tinieblas ha visto una gran luz y ésta ha brillado para todos los que estaban sentados a la sombra de la muerte”. Todos los hermanos exclaman “Yah allah”, es decir esplendor de Dios, besan la imagen y la tocan con su cinto.

¿Hubo en Toledo alguno de esos famoso bafomet? Tal vez algún día sepamos la respuesta. Mientras tanto, recordemos que algunos mitos relacionados con la cabeza son universales, y a la vez suponen una de las constantes en los relatos del grial de los que hablaremos más tarde. Asociado irremediamente a los caballeros templarios se encuentran las cabezas de San Saturio que se venera en Soria, la de Gregorio Ostiense en Sorlada y la de San Guillermo en Amotegui (Navarra). Esta última cabeza mantiene una extraña tradición, y es que el día de la fiesta del santo, sacan el relicario de plata con la cabeza dentro, y hacen pasar por ella agua y vino, que se conserva luego como elemento propiciador de milagros y remedios. En Toledo no podíamos ser menos y también tenemos nuestro relicario con cabeza completa, que pertenece, a San Mauricio, y que se encuentra en el convento de Jesús y María, relicario que no guarda relación con el temple, pero ¡qué diantre! Relicario cabezón al fin y al cabo.

Rafael Alarcón tiene por cierto que Enrique de Villena también gozó de una cabeza mágica (véase *La otra España del Temple* de este autor) y que gracias a ella pudo escribir su famoso tratado de alquimia. Hasta el mismo Cervantes sucumbió al enigma de las cabezas parlantes dedicándole su espacio en la inmortal obra. En las “mil y una noches” aparece también una misteriosa cabeza parlante cuya posesión se atribuía al Viejo de la Montaña, que era el “Gran Maestre” de los Ismailíes, es decir, de los monjes guerreros musulmanes, los mismos que mantuvieron frecuentes contactos en sus *ribats* (algo así como monasterios musulmanes) con los *freires* templarios. Pero la historia no es nueva ni propia de nuestra cultura, dicho quedó ya, los rituales de veneración a las cabezas se cuentan por centenares en todos los continentes. Robert Graves, Margate Murray o Frazer (su obra “*La rama Dorada*” sigue siendo un manual imprescindible para conocer rituales de víctimas propiciatorias) han descrito y reconstruido el sacrificio ritual de los que se conocen como Hércules redentores, personaje al que se emborrachaba con hidromiel —el néctar de los dioses— se le colocaba en el centro de un círculo mágico formado por doce piedras y se le sacrificaba. Después quedaba desollado y se comía su carne entre todos los asistentes, incinerándose sus restos, a excepción de la cabeza que pasaba a ser utilizada como oráculo. No se inquiete el lector, que este Hércules sacrificial al que nos referimos solía ser una animal al que se le suponía con los poderes y atributos del héroe.

Este topónimo de la cabeza también nos recuerda la presencia en Toledo del famoso monje Gerberto de Aurillac y su fantástica historia, historia que nos disponemos a dar comienzo: Gerberto fue preceptor del rey franco Roberto y del Emperador Oton III, arzobispo de Reims y de Rávena, y famoso Papa Silvestre II, quien, según la tradición, recogía oro en los ríos de Aurillac con ayuda de pieles de carneros. Su vida sigue envuelta en el misterio, siendo para algunos, hijo de un pastorcillo, y para otros, descendiente de los Duques de Aquitania. Se educó en la abadía de Saint-Geraud d’Aurillac donde su inteligencia maravilló a la comunidad benedictina, siendo precisamente esta comunidad quien lo enviaría a España para

aprender, entre otras cosas, árabe. Merece la pena detenerse un poco en este enigmático personaje. Sobre este personaje y su relación con la cabeza mágica, escribiría Menéndez Pelayo lo que sigue:

Cuéntase de Gerberto que aprendió de los mahometanos la necromancia o evocación de los muertos, la interpretación del canto y vuelo de las aves etc. Sabedor de que otro mago poseía un libro de conjuros de extraordinaria virtud, enamoró a su hija y robó al padre aquel tesoro. Con ayuda de tal volumen hizo maravillas, entre ellas una cabeza de plata que hablaba y revelaba el porvenir^[18].

Gerberto llegó a construir un astrolabio de enorme precisión, un reloj de pesas y péndulo, un curioso órgano hidráulico que funcionaba con vapor, o una especie de calculadora primitiva. De él se cuenta que, gracias a intrigas, accedió al obispado de Reims, y años más tarde accedería a la silla pontificia gracias también a las artes mágicas aprendidas en Toledo, y a una misteriosa cabeza parlante que pasó de mano en mano hasta llegar a Roger Bacon. Gerberto estuvo en España tres años entrando en contacto con la Ciencia árabe, posiblemente en Córdoba, y casi con total seguridad en Toledo. La leyenda en torno a su figura cobra nuevos bríos a partir del siglo XII gracias a Guillermo de Malmesbury y su obra *De Gestis regum Anglorum*, escrita en 1114 con amplia difusión entre círculos de monjes eruditos.

Louis Charpentier no tiene dudas sobre los lugares que visitó Gerberto en España:

Quando de joven pastor se había convertido en Saint-Géraud de Aurillac, había manifestado unas dotes extraordinariamente desarrolladas de matemático y físico, hasta el extremo de que, cuenta la historia, un día en que un príncipe de Aragón había hecho escala en el convento de Aurillac, el prior le preguntó si había en su país algunos profesores que fuesen capaces de enseñar al joven Gerberto algo más de lo que ya se había hecho en el convento. Ante la respuesta afirmativa del príncipe, el novicio se fue con él a España. Por lo tanto, había aprendido en las escuelas españolas que entonces, sólo podían ser árabes o judías, en Toledo o en Ripoll.^[19]

Poco después afirma que:

El sabio Papa Silvestre II fue famoso por haber traído de España una de estas cabezas que contestaba a las preguntas que se le hacían con un sí, o un no^[20].

De su paso por Toledo quedan por esclarecer un buen número de misterios. Se cuenta que consiguió saber que un hebreo anciano —o un árabe en otras versiones— poseía cierto libro de alta magia, *Abacum*. En la casa de este anciano existía una cámara decorada con pinturas hechas por demonios que habrían sido obligados por el viejo a realizarlas.

Considero interesante conocer la leyenda tal y como la recoge Guillermo de Malmesbury, y la transcribió Ferreiro Alemparte:

Se hospedaba Gerberto en la casa de un filósofo de aquella secta, al que intentó ganar primero con fuertes sumas de dinero y luego también con promesas. Pero al sarraceno no le hacía falta vender su ciencia. Se veían, no obstante, con frecuencia y hablaban, a veces de cosas serias y a veces de cosas sin importancia. Y le dejaba los libros para copiarlos. Pero había un códice en el que se contenía toda la ciencia y que Gerberto no podía obtener por ningún medio. Ardía por tanto en deseos de hacerse con él, pues siempre anhelamos lo que se nos veda, y cuanto más se nos niega más se apetece. Le rogó, le suplicó por Dios, por su amistad, le obsequió con muchas dádivas y le prometió muchas más. Y al ver que por este camino no adelantaba, maquinó nocturnos ardides.

De acuerdo con una hija del sarraceno, de la que se había hecho amigo mediante un trato asiduo, embriagó al hombre y tras sustraerle el volumen que guardaba debajo de la almohada huyó. Aquel al despertar persiguió al fugitivo guiándose por el juicio de las estrellas, en cuya ciencia era perito. Pero Gerberto valiéndose también de la misma ciencia comprendió el peligro que le amenazaba y se ocultó debajo de un puente de madera que había cerca, y abrazando el puente se mantuvo así suspendido, sin tocar tierra ni agua, y de esta manera consiguió burlar a su perseguidor, quien al ver frustrados sus intentos, se volvió a su casa. Gerberto reanudó entonces aceleradamente la huida y llegó hasta la orilla del mar. Allí por medio de encantamientos, conjuró al diablo y le ofreció pacto de homenaje perpetuo si, para librarse de las persecuciones del sarraceno, le transportaba al otro lado del mar, y en efecto el diablo lo puso a salvo^[21].

En el siglo XIV un autor llamado Fernán Pérez Guzmán, de ascendencia toledana y de noble estirpe por ser hijo de Pedro Suárez de Toledo, sobrino del Canciller de Ayala, tío del Marqués de Santillana y bisabuelo de Garcilaso, (ahí es nada el curriculum del fulano) escribió un interesante libro titulado *Mar de Historias* (hay edición actual, véase bibliografía). En esta obra, el autor incurre en numerosos errores

que, sin embargo, no restan ningún valor a la misma. En ella decimos, Fernán Pérez recoge la vida de reyes y príncipes, y en una segunda parte nos habla de la vida de Santos y sabios. Pues bien, este autor recogía la visita a España de Gerberto en el capítulo titulado *De Quilberto, nigromántico que después fue Papa Silvestre*, aunque en esta ocasión no se menciona la ciudad de Toledo:

So el imperio de Oto tercero, año de noucientos e ocheta e quatro fue fecho Papa por el fauor del emperador, Quilberto, natural de Guiana, grand filosofo e mayor negromántico. Este Guilberto desde su niñez fue monje en el monasterio de Floriaco e por engaño del diablo salió de la claustra e fuese a España, a la ciudad de Seuilla, e allí estuvo mucho tiempo, la qual en aquel tiempo era de moros e alli usaua de adeuinaciones y encantamientos e nigromancia. E tanto supo del quadriuio e de las artes liberales que las tornó a Francia, donde eran ya casi perdidas e olvidadas. Posaua este Gilberto en casa de un moro filósofo, el qual tenia un libro en que estuana todas las reglas e figuras de la negromancia; el qual, como no lo pudiese auer, ouo allegamiento con la fija del moro, e con la ayuda de ella ouo el libro e fue se con él. E por temor de ser alcançado, hizo jura al diablo de lo seruir, si el moro no le alcançase. E ansi escapadp con la ayuda del diabl, llegó a Francia e allí publicamente touo escuelas. E ouo por compañero en la Filosofía en el estudio a Constantino, abad de Sant Máximo, e al deuoto obispo. E por siscipulos a dos moços de alta generación de Francia. E Oto tercio, que después fue emperador, lo fizo arçobispo de Remes, en la qual iglesia este Guilberto fizo por arte mecánica un relox muy marauilloso. E después este mismo emperador le hizo elegir Papa. Era en este tiempo en Roma un campo llamado marcio o de Mares, en el qual esteua una estatua de mármol en que el dedo de la diestra mano tenía letras que dezían. “Aquí fiere”. E muchos que antes lo auian visto, creyan que la cabeza de la estatua tenía algún tesoro e auían la quebrantado en muchos lugares. Pero Guilberto considerando lo de otra manera, reguardo quando el sol amedio día fazía sombra en derecho del dedo de la estatua e fincó allí un palo, e desde fue noche, solo con su cubiculario se fue allí usando sus artes mágicas fizo abrir la tierra y entro con su compañero. Y entrados vieron dentro una casa como casa real e todas las paredes eran de oro e muchas estatuas de oro e muchos vasos de gran precio, todos de oro e ansí obrados que la obra sobraba a la materia. Y en la otra pared contraria de aquella estatua un moço que tenía un arco tendido con una saeta, para que si alguno tomase alguna cosa de aquellas; e ansi mesmo todas las otras ymágenes se mouerían contra aquel que lo fiziese. E con este temos Quilberto no osó tocar nada de lo que allí era. Pero el su

cubiculario, creyendo que en tan grandes riquezas e joyas muy poco se faría aquello, tomó un cuchillo de inestimable precio e de maravillosa obra que allí era. E luego el moço que guardaua, embió una saeta e firió en un carbunco que allí era, que de su resplandor alumbrava toda la casa. E luego fue gran teniebla allí fecha; e por si mandado de Guilberto no dexara el cuchillo, perdieran se amos allí. Este Guilberto fue después el papa llamado Siluestre. Qual fin ouo o cómo murio, en la historia martiniana se cuenta complidamente^[22].

Resulta curioso que esta historia de las estatuas que custodian de tesoros también tiene su referente en Toledo, concretamente en la cripta de la Catedral, al decir de cierto investigador (creemos que el calificativo le queda grande...) del que nos ocuparemos en el capítulo de las cuevas, llegando a afirmar que estos robots-estatuas, golpean los cimientos de la catedral cada poco tiempo. En fin, leer para creer, y paciencia que todo llegará. Más verosímil se nos antoja, la tan traída y llevada cuestión de las aguas subterráneas que supuestamente recorren el subsuelo de la catedral; no este el momento ni el lugar para dirimir sobre ello, baste tan solo con recordar que fueron precisamente los templarios quienes retomaron el culto a las aguas, culto que hasta entonces la iglesia había considerado como pagano y herético porque los ancestrales ritos de muchas civilizaciones giraban entorno a los enclaves relacionados con las aguas.

Volvamos con el pobre Gerberto al que abandonamos a sus suerte hace algunos párrafos. No fue éste el único Papa que ha sido tildado de nigromante, ya que existió al menos otro más: Gregorio VII, quien estuvo en la silla pontificia desde 1073 hasta 1085, siendo acusado por sus detractores de practicar todo tipo de artes mágicas. En la obra *Hechos de los obispos de Halberstadt* se afirma que estudió en Francia artes liberales, y que en España, en Toledo concretamente, *se saturó de nigromancia*.

Como vemos la historia de Gerberto está llena de mitos medievales: la magia, el libro maldito, la cueva encantada, las estatuas guardianes de esos tesoros... mitos todos ellos que se pueden rastrear en nuestra ciudad, y que irán apareciendo a lo largo de las siguientes páginas.

¡Casi lo olvidamos! este mismo autor, Fernán Pérez, también recogió una pequeña noticia sobre el temple en el libro que antes citamos, y que vamos a reseñar:

So el imperio de... año del Señor de mil e ciento e veynte, algunos nobles caualleros e deuotos christianos fizieron voto en las manos del patriarca de Jerusalem de seruir a Dios, renunciando sus propias voluntades e guardar castidad e obediencia.(...) E después en tiempo del Papa Eugenio pusieron en los mantos cruces coloradas. E porque al principio morauan en los portales de los templos, fueron llamados freyles de la

Terminemos este asunto de las cabezas haciendo notar la presencia de un cuadro en el convento de Santo Domingo el Antiguo, de claras proposiciones bafométricas, representado por un cristo con un solo cuerpo y tres caras. Sobre él volveremos en el último capítulo de esta obra al analizar las pinturas extrañas de nuestra ciudad, baste por ahora decir que es una pintura heterodoxa que fue acusada de representar al bafomet, y cuya imagen se ha usado como portada en, al menos, dos libros sobre los templarios. Cuando el río suena...

Continuemos. A escasos cien metros de esta plaza de la Cabeza, se encuentra una preciosa iglesia, la Iglesia de San Justo. En ella está enterrado Juan Guas, el mítico constructor del Monasterio de San Juan de los Reyes. En su capilla de enterramiento hay un friso en el que aparecen dibujados caballeros templarios, y es que creemos, que Juan Guas era un hombre enamorado de la historia de estos freires, por eso puso su divisa en la fachada del templo, (ver foto en este mismo libro) y tal vez por eso, en la pared lateral de esta iglesia de San Justo, la casualidad nos ha vuelto a jugar una mala pasada, esta vez al sentido de la vista, ya que podemos observar, a unos 4 metros del suelo cierta mancha de tonos grisáceos que representa con todo lujo de detalles la cara de un caballero templario. Sin duda nos es más que una mancha de humedad, pero el parecido es inaudito e inexplicable. ¿Recuerdan el fenómeno de las caras de Bélmez de la Moraleda en Jaén que todavía sigue poniendo en jaque a los sesudos investigadores?. Esto se parece mucho. Ofrecemos la imagen tal cual se puede observar a simple vista, y después de ser sometida a un filtro bajo un programa de ordenador por si al viajero-lector le resultara más sencillo de ver.

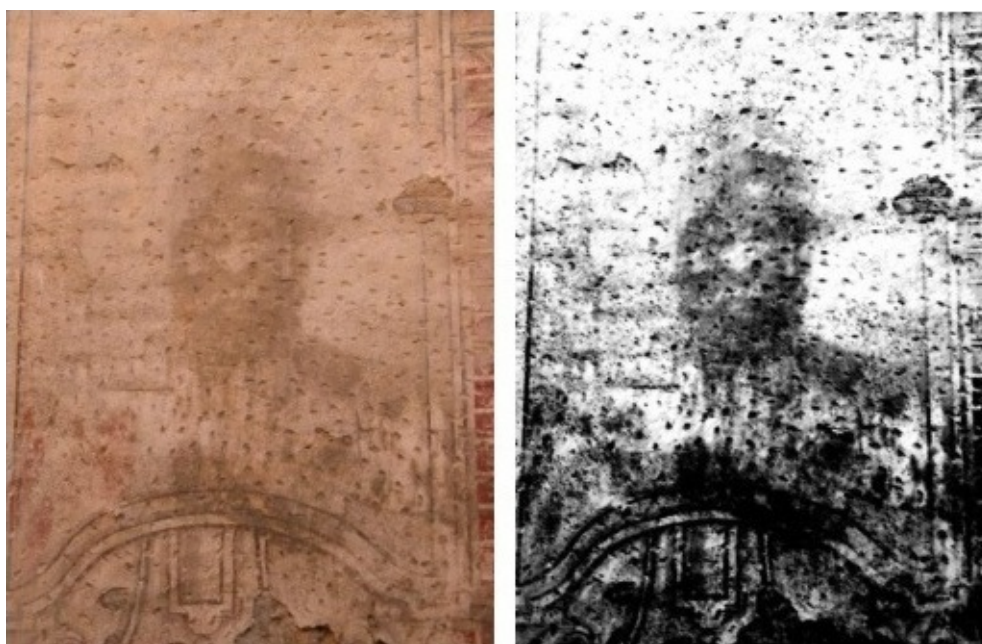


Ilustración 8. La enigmática cabeza del templario en la Iglesia de San Justo.

Abandonemos con pesar, pero con paso decidido, el barrio de San Miguel, no sin

antes acercarnos hasta la vista que se ofrece desde el corredor de San Miguel para apreciar otro de nuestros enclaves el Castillo de San Servando, que les fue entregado a la orden como lugar estratégico de defensa del puente de San Martín por Alfonso VIII, junto con el desaparecido monasterio del mismo nombre, y que se encontraba en las inmediaciones del castillo. Este castillo lo conservaron los caballeros templarios hasta el año 1308, y fue el protagonista de cierta leyenda entre el templario Nuño Alvear y la muerte, leyenda a la que nos referiremos al hablar de los enclaves encantados.



Ilustración 9. Vista del Castillo de San Servando.

Para finalizar nuestro recorrido templario por la ciudad, no estaría de más que nos acerquemos hasta San Juan de los Reyes, y admiremos (entre otras cosas) la inscripción que aparece encima y debajo de la gran ventana de la fachada principal, y que no es otra que la divisa del Temple “*Non nobis domine, non nobis sed tuo da gloria*” (nada para nosotros señor, sino a tu santo nombre hemos de glorificar), y que es, además de una bella letanía, la divisa templaria por excelencia, la cual presidía una buena parte de las entradas a sus capillas y encomiendas, (máxima que aparece recogida también en la Capilla de Santa Ana en la catedral) y a la que no vemos ninguna explicación para que se encuentre en un monasterio que se levantó casi doscientos años después de suprimida la orden, y más cuando la prohibición de repetirla se hizo efectiva desde el Concilio de Vienne. Lo cierto es que la máxima templaria se encuentra ahí, al igual que un buen número de figuras con cálices en sus manos y otros elementos simbólicamente templarios, y es que o mucho nos equivocamos, o Juan Guas construyó este monasterio como un homenaje a la idea griálica, y, lo dicho, los elementos quedan allí para quien desee indagar más al respecto. De igual forma, también podemos rebuscar por el claustro bajo para hallar una marca de cantería, que ya recogiera Cruzada Villaamil, que es una letra “tau” emblema templario por excelencia y seña de identidad de alguna de las logias de pedreros aleccionados por el temple.



Ilustración 10. Encima y debajo de la ventana aparece el Non nobis..., del Temple

Ya que estamos con los gliptogramas, si observamos con detenimiento alguno de los muros exteriores de la catedral de Toledo veremos innumerables marcas de cantero, signos de identidad propia de las logias de estos constructores medievales, y de los que también hablaremos al final de este libro, pero también veremos signos similares al conocido como la cruz de ocho beatitudes, que era una cruz sobre la que supuestamente estaba basado un alfabeto gráfico secreto que emplearon los templarios entre otras cosas para llevar a cabo sus construcciones, y para validar y autentificar transacciones comerciales. No olvidemos que fue durante los años de existencia de la orden, más concretamente entre 1150 y 1300 cuando se emprendió la construcción de, al menos, ciento cincuenta catedrales en Europa, financiadas, en menor o mayor medida por las arcas de los caballeros templarios. Como afirma Jacques Huynen las catedrales góticas que habían sido financiadas por los templarios y realizadas por gremios de artesanos nacidos de la misma tradición, tanto por sus proporciones como por los símbolos que las adornan, son verdaderos libros cabalísticos. Louis Charpentier apostilla sobre esta idea lo que sigue:

Además la tradición pretende que en cada una de las grandes catedrales dedicadas a nuestra Señora se ha construido un pequeño escondrijo que encierra un trocito de la piedra filosofal, resultado logrado de la Obra^[24])

Para llegar hasta la catedral tendremos que haber bajado por calle del Locum, pero poco antes, habremos llegado hasta la conocida como casa de obra y fábrica de la catedral, lugar de agrupamiento de esos maestros canteros de la catedral durante algunas centurias, siendo ésta, al menos, una de sus ubicaciones (otra ubicación más conocida es el actual Taller del Moro), precisamente en pleno barrio de San Miguel.

Para terminar de embarullar el tema que nos ocupa, y ya que estamos en la

catedral podemos desplazarnos hasta la Bajada del Pozo Amargo, en cuyo número 7 podemos descubrir pintada en color rojo una cruz de Malta, o una cruz paté, de características muy similares a la enseña de los freires, y de antigüedad desconocida por haber estado cubierta de innumerables revocos.

Aprovechando la benignidad de las cuestas desde la catedral, y el Pozo Amargo, podemos acercarnos hasta la Plaza de Zocodover, y unos pocos metros nos separan del actual convento de las Concepcionistas, final de nuestro viaje, convento éste cuya fundación se debió a D^a. Beatriz de Silva en el año en el año 1484, pero edificado sobre otro existente al menos desde el año 1280 según reza una lápida del claustro, es decir en tiempos de Alfonso X el sabio. Lo curioso de este convento, es que posee una de las dos únicas capillas octogonales que existen en la ciudad, (actual capilla de San Jerónimo y antigua Capilla de Santa Quiteria, santa ocultista que fue sometida a tortura, como Santa Catalina en una rueda que dicen tener en paladar quienes se dedican al curanderismo) y decimos curioso porque este modelo octogonal era el elegido por los freires para la construcción de sus capillas y cenobios, tal y como está sobradamente demostrado en la literatura científica, y que posiblemente fuera conocido por ellos por la forma del santuario de Omar, levantado sobre las ruinas del Templo de Salomón, o incluso por la primitiva construcción del Santo Sepulcro en la Vía Dolorosa. Nad tienen que ver temple y capilla, pero ahí queda el dato.

Ahondemos un poco más en esta cuestión. Para los simbolistas, el octógono representa el enlace entre el cuadrado y la curvatura de la esfera, siendo la interpretación simbólica del primero la Tierra por sus cuatro elementos, mientras que el círculo, por su perfección y su sentido de la globalidad que todo lo abarca, es una representación del cielo. Por tanto el octógono sería algo así como el puente que resuelve la unión entre el cielo y la tierra.

Además, esta figura geométrica del octógono se relaciona con la Cruz templaria y el alfabeto hermético usado por los freires tanto para sus transacciones comerciales como para sus construcciones. Los interrogantes siguen vigentes ¿Por qué la insistencia en levantar edificios octogonales? ¿Son acaso la síntesis entre el cuadrado (terreno) y el círculo (celestial)?. ¿Son homenajes a su primitiva morada, esto es, el Templo de Salomón? Tal vez la explicación sea mucho más sencilla, y no halla que andar buscando los pies al gato, porque los templos circulares y las capillas poligonales fueron asumidas como formas sagradas de construcción, fundamentalmente en baptisterios y capillas funerarias.

Nota a pie de página: un importante miembro del temple, escritor de poemas sobre el grial y del que vamos a ocuparnos en el próximo capítulo, escribiría en la obra *Titurel*, que cuando este rey se propuso la construcción de un templo para custodiar el Santo Grial confió su custodia a doce caballeros templarios, y el templo del grial simulaba la forma radiante del octógono.

En todo caso, no vamos a ser nosotros quienes nos decantemos sobre la posibilidad de que el primitivo inmueble fuera costado por los caballeros (lo cual

parece muy improbable y sin ningún documento que lo avale) pero dejamos el interrogante en el aire para quien lo quiera recoger (extrañamente la otra capilla octogonal de la ciudad es la capilla de Santiago en la Catedral, fundada en el siglo xv por el Condestable de Castilla don Álvaro de Luna, público, notorio y afamado nigromante toledano).

En definitiva, tendremos que apostillar que tenía razón Alarcón cuando manifestaba que en la mayoría de los lugares templarios, a través de los siglos los fenómenos místico-transcendentes se han ido produciendo con inusitada persistencia. El barrio que acabamos de caminar está lleno de estas circunstancias transcendentales, sean paganas o cristianas. Es más, se produce en algunas zonas de esta barriada otro fenómeno mágico singular, partiendo de la afirmación que realiza García Atienza:

Se ha dicho, y hay datos suficientes para que la sospecha no se deseche, que el Tarot pudo ser en sus orígenes, lo mismo que el juego de la oca, un mensaje cifrado, divulgado crípticamente por los constructores que fueron aleccionados por el Temple en los secretos de la construcción sagrada^[25]

Permítasenos una licencia narrativa, y es que en nuestra ciudad, con el barrio de San Miguel a la cabeza, se puede establecer un itinerario basado en los arcanos del Tarot, que incluye enclaves con características extraordinariamente similares a los dibujos de la baraja, a veces como representaciones y otras veces como leyendas que acompañan a esos enclaves. Repasar ahora los 22 enclaves sería una tarea inadecuada con las pretensiones de esta obra, por eso confórmese el lector con la reseña de algunos de ellos, y quede para mejor ocasión la correspondiente explicación, o mejor aún, ármese el lector-viajero de paciencia e intente descubrir cual es la relación que los une: El arcano 16, *La Torre* estaría ubicado en el Baño de la cava. El arcano nº 11 *La Fuerza* aparece en San Juan de los Reyes. El arcano nº 15, *El diablo*, nos lleva hasta el Convento de Santa Isabel. El arcano 18, *La Luna* lo encontramos en la Puerta del Sol El arcano 17, *La Estrella* en la ermita de la Virgen de la Estrella, mientras que el arcano 20, *El Juicio* está representado en San Román.



Ilustración 11. El arcano del diablo está representado en el convento de Santa Isabel.

Ha llegado la hora de pasar revista a los enclaves templarios de nuestra provincia^[*], pero como hacerlo de manera exhaustiva es algo que escapa a las pretensiones de este libro —no así del monográfico sobre la provincia— nos vamos a limitar a enumerar los principales enclaves, dejando al viajero-lector la posibilidad de incidir en ellos a través de la bibliografía que acompaña esta obra, y sugiriendo al mismo tiempo que trace cada cual el itinerario que considere más oportuno. En el caso de los enclaves pertenecientes a la comarca de los Montes de Toledo, remitimos al interesado a la asociación cultural Montes de Toledo —y mejor aún, a Ventura Leblic— que ha editado un interesante folleto en el que se describe una ruta de los templarios por esta comarca.

Se hace precisa otra vez cierta aclaración, y es que un buen número de los enclaves supuestamente templarios que se relacionan a continuación, lo son exclusivamente basados en conjeturas, más o menos fundadas, pero conjeturas de autores dispares, que van desde eruditos locales, a investigadores de dudosa reputación. No hay que olvidar que la constitución de la tierra de Toledo mantiene una herencia histórica con tras grandes órdenes que no son la templaria, sino las de San Juan (meseta meridional), la de Santiago (parte oriental) y la de Alcántara. Juan Ramón Palencia lo define perfectamente:

Desde la llegada de los cristianos, en torno a la Tierra de Toledo se libró una pugna entre varias entidades poderosas con intereses en la zona: el propio Concejo urbano, la iglesia toledana, órdenes Militares y más tarde, linajes nobiliarios y centros monásticos^[26]

Así pues no será oro templario todo lo que reluzca...

Sin duda, de todos los enclaves el más importante es el de San Martín de Montalbán y su impresionante castillo, entregado a los monjes por Alfonso VII al mismo tiempo que Calatrava, y que al menos hasta el año 1993 seguía acogiendo, en la noche del Jueves Santo a los Caballeros del Nuevo Temple Sendero del Grial, para “nombrar nuevos caballeros y rezar por los hermanos perdidos” tal y como se recogió en la prensa del momento. Fue este castillo la cabeza de una importante encomienda, hasta tal punto, que para no pocos autores, la fortaleza es una de las más impresionantes y emblemáticas posesiones del Temple castellano. El pueblo de Malpica parece ser que también estuvo relacionado administrativamente con la encomienda de Montalbán, pero, por el momento, no dejan de ser suposiciones

En segundo lugar por su importancia podríamos citar el paraje de Malamonedas, en el término municipal de Hontanar —enclave que recomendamos visitar en el capítulo anterior— que guarda aún la leyenda del fantasma de un caballero templario, que traicionó a sus hermanos permitiendo la entrada al castillo de Cedena de los sarracenos a cambio de una moneda de oro, para después originar una matanza entre los templarios y conquistar el castillo. Cuando los cristianos reconquistaron el lugar, todos los cadáveres de los templarios se habían derretido en la roca, excepto uno de ellos, el del traidor, que había sido devorado por las alimañas mientras sujetaba en su mano una moneda de oro. Quizás por eso al paraje se le bautizara con este extraño nombre. A veces, en noches de tormenta aun se puede ver el fantasma del caballero, condenado a vagar buscando aquella moneda de oro que fue el precio de su infamia. Ya adelantamos alguna cosa sobre Malamonedas; no está demás consignar ahora otros datos. Este paraje fue lugar de repoblación por parte de los caballeros del temple por orden directa de Alfonso VII, y sabemos que erigieron allí una pequeña iglesia dedicada a la Virgen, desgraciadamente desaparecida, y de la que nos quedan las descripciones que la señalan como una imagen de talla pequeña, puesta en pié y con un niño en los brazos. Nada se sabe de su origen, aunque se la tiene por muy antigua, ni de su color, pero tanto la descripción, como el emplazamiento, como el hecho de que fueran los templarios quienes le erigieran una iglesia, nos invita a pensar que se trata de una virgen negra.

Otro enclave, templario toledano es el de: Carranque cuyo castillo, antes de pasar a manos de los Caballeros de San Juan de Jerusalén perteneció al temple según Giménez de Gregorio, también encontramos aquí ensoñaciones legendarias, y es que, según Rafael Alarcón, para explicar el hecho de que Carranque de Abajo fuese abandonado tras la desaparición de los templarios, se cuenta que hubo una plaga de sabandijas que infectaron el río y las fuentes, obligando a fundar Carranque de Arriba. El caso de Carranque es singular además, por cuanto una antigua basílica romana, parece ser de la época de Teodosio III, fue conservada como recinto sagrado por los visigodos, y posteriormente por lo musulmanes, para ser finalmente

convertida en ermita por los templarios. Ciertamente es un caso ejemplar de sincretismo religioso, tan defendido por los freires.

Además tenemos que referirnos a Castillo de Bayuela en cuyo término municipal aparecieron los conocidos como “verracos de bayuela”, figuras celtibéricas con forma de toro, que fueron en buena parte destrozados por pensarse que en su interior estaba parte de un supuesto tesoro templario.

A ellos hay que añadir el castillo de Cebolla, donde se veneró la imagen del Cristo de la Salud por parte de los freires, imagen que en la actualidad se encuentra en la parroquia del pueblo, junto con la reverenciada imagen de la Virgen de la Antigua, entronizada como Alcaldesa perpetua del pueblo.

El castillo de Consuegra^[*], es una importante fortaleza, cuyos orígenes hay que buscarlos en la época romana, aunque la fortaleza creció bajo la dominación musulmana, con claras intenciones defensivas frente a posibles ataques cristianos desde el norte. El castillo pasó definitivamente a manos castellanas allá por el 1147, cuando Alfonso VII reconquistó Calatrava y su comarca, siendo entregada la fortaleza a la Orden de San Juan, desconociéndose por tanto, si con anterioridad los templarios fueron propietarios de la misma, aunque Domingo Aguirre, en el prólogo de la “*Orden de Cavallería del Templo*” da por cierto que así fue, e incluso afirma que manejó cierta documentación, hoy desaparecida con la regla de los templarios castellanos y ciertas ordenanzas.

El castillo de Malpica y el cercano de Villalba parece ser que también les pertenecieron, y que servirían para permitir el control de los pasos del río Tajo entre Toledo y Talavera.

Juan Carlos Fernández-Layos asegura en su artículo sobre los templarios en la comarca de los Montes de Toledo que, desde mediados del siglo XIII, la orden contaba con el señorío de Maqueda, y dos de sus aldeas: San Pedro de la Mata y El Carpio

También parece ser que fue templario el castillo de Dos Hermanas en Navahermosa:

“...por un camino rural se llega al castillo de Dos Hermanas que posiblemente levantaron los templarios de Montalbán primeros en repoblar esta zona de la comarca”.^[27]

También dijimos en su momento que este castillo se encuentra situado junto a un pequeño arroyo que todavía se llama *Merlín*, como el mago de las leyendas artúricas que tanta relación guarda con el Santo Grial, ya que aparece en una buena parte de los relatos, caracterizado siempre como un gran mago, siendo el protagonista de relatos como “Merlín el encantador” de Robert de Boron, o la obra española *Balandro del sabio Merlín*, escrita en 1498.

Siguiendo desde Navahermosa hacia oriente al camino que corre paralelo a la Sierra Galinda, nótanse desde luego dos altos aislados riscos o peñas bravas, inmediata una de otra, entre las cuales discurre el arroyo Merlin, o Marlin, que baja de la sierra^[28]

Finalmente otros supuestos enclaves templarios de la provincia son: Oropesa, que aunque nunca se ha podido demostrar su filiación templaria, conserva en sus armas municipales el recuerdo de la leyenda de cierta doncella que fue rescatada de los “moros” (perdón por el palabro) por los caballeros templarios, mediante el pago de su peso en oro, el castillo de Santiesteban en San Martín de Pusa, del que apenas quedan tres muros, (eso sí, de gran envergadura), el antiguo monasterio templario (hoy desaparecido por completo) de Talavera de la Reina del que se extrajo una imagen de Nuestra Señora del Temple, (virgen negra por supuesto) que Enrique III regaló a uno de sus criados, después de andar por el convento de Mercedarios de Santa Bárbara en Madrid como mejor estrategia para borrar su procedencia templaria, o la capilla y castillo de Val de Santo Domingo, así como el castillo de la encomienda de Villalba, las ruinas del castillo de Guadalerzas en Los Yébenes, que cuando fue visitado por el Conde de Cedillo no era ya más que una torre cuadrada y el recinto del castillo:

Ganados por Alfonso VI a fines del siglo XI, la comarca de Yébenes y el valle superior del Algodor, construyose sin duda a poco este castillo por los cristianos en situación muy estratégica. (...) Dícese del Castillo que perteneció a la orden del Temple, indudablemente es que más tarde lo poseyó la de San Juan^[29]

Hemos encontrado a cierta investigadora de Ajofrín que está realizando unos interesantes estudios sobre el Temple en este pueblo, con la inestimable ayuda de varios arqueólogos. En sus estudios parece asegurarse que los caballeros del temple poseyeron otra importante encomienda que abarcaría desde Ajofrín hasta Marjaliza, pasando por Arisgotas. Esperemos a que vean la luz sus trabajos para confirmar este extremo. La prudencia impone sus normas^[*].

Por último estaría la encomienda de Yuncos que se cita por los freires en 1310 siendo éste el único testimonio, ya que no poseemos ningún otro documento con excepción de una mención dada, según García Atienza, a uno de sus comendadores frey Fernán Fernández, y el hecho de que se les mandara llamar para “pechar” a Medina del Campo a comienzos del siglo XIV.

Si hemos de hacer caso a las referencias de la página web de Temple España, aún tendríamos que añadir a la lista Caudilla, Hinojosa de San Vicente, Lagartera, La Iglesiasuela, Noéz, y San Illán.

Aquí finaliza nuestra noble andanza por tierras castellanas en pos de las huellas

mistéricas del Temple. Otro día más.

Capítulo Cuarto. Referencias de la presencia del Santo Grial en Toledo

*Ha llegado a tal punto nuestra debilidad,
que ya no podemos sufrir ni aún el remedio.*

TÁCITO

PUNTO DE SALIDA: Biblioteca Regional de Castilla-la Mancha (Alcázar)

PUNTO DE FINALIZACIÓN: San Juan de los Reyes

El rostro del viajero-lector deja entrever las huellas de la dulce fatiga de la jornada anterior, lo peor es que esas incipientes pero insistentes rozaduras del talón, han trocado en cierto dolor lo que otrora fueran alegrías y euforias que rozaban la locura. No quiera el destino que la desazón se le adentre en el ánimo sereno y gallardo, que el deambular por estos parajes no ha hecho más que comenzar. Una buena ducha y otra buena cena con los manjares de caza que celebrara don Quijote bastarán para sosegar el espíritu y después al tálamo; ya lo decía el tango ¡no sé sueña nada ilustre cuando el buche está vacío! Así que la cena es menester.

Hora es pues de retirarnos y abandonar a su suerte al viajero-lector, con la seguridad de que mañana, la luz que emana de sus ojos volverá a alumbrar las sendas de nuestro empedrado.

La ya clásica obra de Louis Charpentier *El misterio de los templarios*, finaliza con un párrafo que, paradójicamente, nos va a servir como inicio de las andanzas que nos preparamos a llevar a cabo. Dice así el citado texto:

Y las novelas de Chrétien de Troyes, las de Gyot de Provinzal, la de Wolfram Von Eschembach, ¿acaso no serían sino guías de itinerarios?^[1]

Esta afirmación nos dio qué pensar ¿y si realmente fuera cierto? ¿Y si estuviera “codificado” un itinerario en algunas de estas novelas que condujera hasta la meta soñada? La sugerencia era tentadora, lo confesamos. Precedentes sobre cuestiones similares en la literatura no faltan, así pues, por qué no intentar reconstruir, en la medida que aún sea posible, el itinerario marcado en la leyenda del grial. Cosa de locos sin duda, pero pronto comprobará el viajero-lector como se van acumulando las coincidencias de lugares, enclaves y circunstancias en esta línea. Leer para creer.

Como siempre, antes de emprender el peregrinaje, ofrecemos al viajero-lector algunas precisiones que le ayudarán a entender mejor la búsqueda que estamos a punto de iniciar. Hemos optado por comenzar estas disquisiciones en la Biblioteca

Regional, donde a buen seguro encontraremos copiosa información sobre el Santo Cáliz, por si fuera menester proveerse de ella. Volvamos por tanto a cerciorarnos de que nuestro calzado esta bien prieto, y nos resulta cómodo para cabalgar por la historia a lomos de creencias, leyendas, mitos, datos históricos y fantasías que nos permitirán acercarnos hasta la ensoñadora meta.

La búsqueda del Grial y por tanto, las aventuras de los caballeros de la Tabla Redonda, ha fascinado a la cultura occidental desde la Edad Media hasta la actualidad. El Grial ha constituido en sí un enigma sujeto a las más variadas interpretaciones, sin que ninguna de ellas haya logrado revelar totalmente el significado esotérico o iniciático que encierra. Acaba de leerlo el viajero-lector. Lo escribió uno de los grandes. Buen comienzo sin duda, adelante con firmeza y decisión.

Un buen puñado de ciudades, fundamentalmente europeas, pero también allende de nuestras comunitarias fronteras, pugnan por mostrar entre sus múltiples encantos la posesión de la que sin, duda, sea la más preciada de las reliquias: el Santo Grial, y lo que ahora proponemos no es más que una serie de reflexiones a modo de novela caballerescas para recrear la búsqueda, dentro de nuestros muros toledanos, de uno de los mitos más importante de la historia de la humanidad. No se tratará por tanto de esgrimir sesudas investigaciones que desvelen importantes noticias sobre la presencia de la copa, cuanto de hacernos ecos de algunas líneas de investigación que mantienen esta hipótesis, y a la vez, recabar otra vez, —y no sé cuantas llevamos ya— en un buen número de causalidades o casualidades que se dan cita en la ciudad.

Lo primero que debemos recordar es que este mito del graal, o greal o grial, que tanto da, no es algo exclusivo de la cultura cristiana europea, sino que pertenece a esa rara colección de mitos universales, y común a la mayoría de las religiones. Para los antiguos, era el cáliz donde los jefes de la confederación atlante recogían la sangre del toro (atención, que es la segunda vez que nos aparece este animal sagrado) quienes después lo bebían para adquirir las virtudes que se le suponían, y que no eran otras que la nobleza, la fuerza y la sabiduría. En la cultura celta era el supremo heliotropo (recordemos que en la mitología celta se encuentra precisamente el precedente más inmediato del graal) que se contenía en el caldero de la abundancia o en el de la resurrección. Para los hindúes, su grial en el samundra era la esmeralda o tercer ojo incrustado en la frente de Siva, a la vez que el vaso que contenía el licor iniciático o sangre de San Agni que les aproximaba a la divinidad. Para los musulmanes el grial era el anillo de Aladino que otorgaba poder y conocimiento a quien lo poseyera, en tanto que para los hebreos venía a asemejarse a la mesa del profeta Salomón, y al arca de la Alianza, contenedor entre otras cosas de las Tablas del Sinaí que Dios entregara a Moisés. Finalmente, para los caballeros de la mesa redonda no era más que un símbolo de infinitud anhelada. Finalmente para la tradición cristiana el Santo Grial era la copa con la que Jesucristo celebró la última cena, y en la que José de Arimatea recogiera en el Gólgota la sangre que manaba del

costado del crucificado tras la lanzada de Longinos, y que después, este mismo José de Arimatea llevaría, junto con algunos discípulos hasta Francia, de donde pasaría a Inglaterra permaneciendo oculto por espacio de muchos siglos... Pero cuidado, este no es más que uno de los innumerables conceptos del grial, seguramente el más popular, el que más relatos ha ido acumulando, y que gira sin duda sobre a las leyendas artúricas, las cuales, dicho sea de paso carecen de toda base histórica, al contrario que las versiones hispanas de la leyenda. Pensemos que este tipo de leyendas conocieron su auge y apogeo con las peregrinaciones a Compostela, pero tanto éstas, como las versiones que circulaban impresas, son posteriores a un documento crucial, cual es cierta carta del rey Alfonso VII, fechada en el año 1135, y en la que ya se habla de la presencia de cierto santo cáliz (aunque no usa la palabra grial) en el Monasterio riojano de San Juan de la Peña.

Para hallar la etimología de grial demos la palabra a Enric Crespi:

La mayoría de lingüistas, romanistas y estudiosos de están de acuerdo en que la palabra Graal procede del griego Kratarion, un tipo de vaso o recipiente que en latín se llamó originariamente crateris, (voz que designaba una copa grande) y más tarde cratalis o gradalis, voces que originaron las francesas cratale, grasale, grazal en provenzal y grasal en catalán. Posteriormente evolucionó en Francia hasta graël, graaus y graal, la más extendida, y Grial en español, grail en inglés y gral en alemán.^[2]

En breve habremos de volver sobre la etimología del grial para esgrimir una de las primeras hipótesis que relaciona la copa santa con nuestra ciudad... ahora continuemos Malcon Godwin escribió una de las obras más reveladoras sobre el grial, en ella se afirma lo siguiente:

En estas leyendas, los puntos de vista heterodoxos del cristianismo pagano celta se mezclan con ingredientes importados del mundo apócrifo del Próximo Oriente y sus enigmáticas escrituras ocultas. De aquí surgen extrañas historias insertas en tradiciones que envuelven el sacramento conmemorativo de la última cena^[3].

Con independencia de la forma física que se le atribuya al grial (copa, piedra, mesa, plato, caldero...) en realidad su búsqueda constituye un misterio, una meta que debe alcanzarse como máximo éxito de la fe triunfante, sea cual sea ésta. Por eso, tenemos que suscribir las palabras de Mircea Eliade cuando sostiene que:

Un objeto, una acción o una piedra llegan a ser sagradas por el hecho de

que su forma acusa una participación en un símbolo determinado, o también porque constituye una situación increíble. El objeto aparece entonces como un receptáculo de una fuerza extraña que lo diferencia de su medio y le confiere sentido y valor^[4].

Juan Pedro Morín expresó estas ideas de manera magistral:

En el siglo XIII, posiblemente recuperado y cristianizado en los monasterios cistercienses se esparce por Europa la leyenda de la búsqueda del Santo Grial como ideal caballeresco. El grial se convierte así en el atanor en el que se verificó la gran Transmutación, y su búsqueda en la aventura iniciática en pos del conocimiento. El grial en último extremo sería uno mismo, sujeto de la transmutación tras la búsqueda interior del nacimiento a una nueva vida^[5].

La primera vez que se menciona en castellano al Grial es en una traducción del Libro de Gamaliel que hizo cierto obispo jienense allá por los años 1228-1230, pero por tierras occidentales la leyenda ha tenido ocho grandes relatores o narradores, de los cuales, sin duda el más importantes es Geoffrey de Monmouth, quien recreo la versión celta del Rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda en su obra *Historia Regum Britannie*, escrita entre 1135 y 1139, y que serviría de modelo para que años más tarde escribiera su versión el que sin duda fue el más popular de los relatores: Chretien de Troyes, poeta y trovador del que poco sabemos, y que debió morir hacia 1182, habiendo dejado una profusa obra literaria, de la que sin duda destacó Perceval, o el cuento del grial escrito para Phillippe d'Alsace. El tercero de los relatores importantes es el que más nos interesa: Wolfram Von Eschembach, autor de dos poemas gríalicos: *Titurel* y *Parzival*, que es la obra que nos interesa y de la que pasamos a ocuparnos:

*La vida de Wolfram es poco conocida, teniendo apenas constancia sobre su persona y los acontecimientos históricos o sociales con los que pudo tener contacto. A juzgar por un pasaje del *Parzival*, siempre escrito en primera persona, y como si se dirigiera viva voce a un público concreto se consideraba bárbaro*^[6].

Parece seguro que este trovador y poeta alemán perteneció a la orden del Temple, de hecho, en la obra, se afirma en numerosas ocasiones que los caballeros que custodian el grial son templarios (“templeisen”). Profundicemos un poco más en esta relación Temple-Grial, a propósito de lo cual Ramiro Calle escribió lo siguiente:

Los caballeros templarios custodiaban las rutas de peregrinaje, pero además algunos conservaban y guardaban el Santo Grial (...) ¿Qué pasó después con la sagrada copa? Misterio. Para unos el grial fue hallado por los cruzados en Cesaréa; para otros fue entregado por los ángeles a unos santos varones que habitaban en la soledad del monte. Existe también la creencia de que fue conducido a España por el rey de Capadocia Titurel^[7].

Von Eschembach es el más insólito de los escritores templarios, porque fue capaz de hacer de esta orden y de sus caballeros, las piezas fundamentales de un buen número de narraciones iniciático-esotéricas. Algunos autores sostienen la idea de que Parzival se inspiró en parte en el Libro de los jueces, y en el Poema del Templo de Salomón de Achard d'Arrouaise, aunque lo que parece innegable es su inspiración en la obra de Chrétien des Troyes.

Lotus Peraltes incide en esta idea de relacionar a los caballeros templarios con la custodia y salvaguarda del graal:

Y así es, como por estos caballeros templarios, la leyenda de los siglos en los que ellos vivieron se religa a las antiguas leyendas que emanaron igualmente de focos ocultos. La historia de Geoffroi de Mommouth, los poemas legendarios de Robert de Boron, el romance de Chretien de Troyes, o la obra de Wolfram Von Eschembach, son los originales que contienen el verdadero núcleo, pero a medida que avanza el siglo XIII, el tema legendario se altera corrompiéndose cada vez más. Vemos por lo tanto que la leyenda cristiana de la Edad Media salida de la orden del Temple, se religa a las antiguas tradiciones legendarias y se injerta en ellas^[8].

La lista de autores que aseguran esta vinculación es extensa, baste una aportación más y demos por zanjada la cuestión:

Pero lo que constituye la auténtica singularidad de Parzival es, por una parte, la atribución a los templarios de la custodia del grial, y por otra parte, lo que Jean Frappier llama su lado árabe y oriental^[9].

La obra suscitó un inusitado interés para su tiempo, y de ello, da buena cuenta el hecho de la existencia de más de ochenta manuscritos conservados, de los cuales, al menos 16 están completos, algo francamente inaudito para una obra medieval. Atención, porque en nuestra opinión, no es detalle banal el hecho de que otro de los libros directamente relacionados con el ciclo del grial, el titulado La demanda del

Santo Grial, escrito en el año 1515, se publicara precisamente en Toledo, como tampoco debería serlo la publicación en 1512 del libro de Fernán Pérez (libro del que nos ocupamos en el capítulo anterior) quien dedica una breve reseña al santo grial:

“So el imperio de León, año del Señor de dcccxxx, fue en Bretaña a un ermitaño fecha una maravillosa revelación, según se dize, la cual diz que le reueló un ángel de un grial o escudilla que tenía José de Abarimatia, en que cenó nuestro Señor Jhesu Cristo el jueues de la cena. De la qual revelación el dicho ermitaño escribió una estori, que es dicha del santo grial. Esta historia no se halla en latín sino en francés e dizese que algunos nobles la escribieron. La qual, quanto quier que sea deletable de leer e dulce, empero por muchas cosas estrañas que en ella se cuentan, assaz déuele ser dada poca fe^[10].

Según declaración del propio Wolfram, la fuente de este poema habría sido un pagano llamado Flegetanis (nombre persa que significa: familiarizado con las estrellas) quien habría escrito el manuscrito en árabe. Pero entre Flegetanis y Wolfram existe un tercer personaje, al que el poeta debía el conocimiento de esta historia, y que según él mismo dice, le había rogado que no desvelara su nombre. Es el toledano maestro Kyot, a quien Wolfram designa como fuente verdadera de la leyenda, el cual aparece con bastante frecuencia a lo largo de todo el poema.

Kyot, el famoso maestro encontró archivado en Toledo el texto originario de esta historia, escrito en árabe. Antes tuvo que aprender los signos mágicos, sin estudiar el arte de la magia negra. Le ayudó su fe cristiana, pues si no, esta historia sería aún desconocida. Ningún saber pagano nos puede revelar la esencia del grial, ni como se descubrió su secreto. Un pagano llamado Flegetanis alcanzó gran fama por su saber.^[11]

Varias cosas nos resultan tremendamente intrigantes: la primera es que Wolfram nos cuenta la existencia de un pagano de origen oriental, concedor de las estrellas, lo cual es fácilmente veraz en el caso de que nos ocupa, es decir situándolo en la ciudad de Toledo, puesto que en ese momento Toledo era la cuna de una buena población hebrea y musulmana, además de ser el lugar donde la astronomía florecía, no sólo por las traducciones llevadas a cabo por la Escuela de Traductores, sino por una caterva de personajes relacionados con estas ciencias que pululaban por la ciudad al decir de las crónicas. En segundo lugar, nos relata que el texto estaba escrito en árabe, algo bastante habitual en esa época en nuestra ciudad, como ya hemos dicho en otra ocasión durante la Alta Edad Media en Toledo se hablaba y se escribía en árabe. Y atención al dato, el grial de Valencia que pasa por ser el auténtico lleva en su peana

una inscripción ¡EN ÁRABE! Flegetanis ciertamente merecerá, a la vuelta de unos párrafos, que volvamos a ocuparnos de él.

Wolfram quiso dejar claro que Kyot hubo de aprender los signos mágicos para el conocimiento de la leyenda, lo que pudiera estar indicándonos que, posiblemente, la fama de Toledo como centro de las artes mágicas era ya de sobra conocida por el poeta alemán.

Pierre Ponsoye en su libro sobre el Islam y el grial añade innumerables datos de unión entre la leyenda caballeresca y las tradiciones musulmanas, y analiza rigurosamente el tema del pagano Flegetanis y su relación con el grial:

La existencia del grial, su origen celeste y su presencia en la tierra bajo la custodia de cristianos “tan puros como los ángeles” fue revelada según Wolfram por un sabio pagano, es decir, musulmán, pues con este vocablo es como se designaba comúnmente a los musulmanes durante la Edad Media, por oposición a los cristianos y los judíos. Esta condición, confirmada por el hecho de que había nacido de padre árabe, da un carácter particular a la ascendencia israelita que se le reconoce además: la vinculación de ésta al linaje de Salomón hace de ella en realidad, una filiación de sabiduría profética, es decir, esotérica. En Flegetanis se hallan confirmadas expresamente, pues, tanto la fuente islámica de la noción del grial, o mejor quizás, de su toma de conciencia, con el nexo de esta fuente con la tradición esotérica con la que, por otra parte, la Orden del Temple alegaba estar vinculada^[12].

Antes de seguir avanzando indagemos un poco más en estos personajes, comenzando por el controvertido Kyot:

No existe ninguna constancia histórica de este Kyot. Muchos estudiosos creen que era imaginario y que Wolfram lo creó para dar mayor autoridad e interés a su relato. Otros opinan que podría tratarse de un poeta francés del siglo XII actualmente desconocido. Podría tratarse también de Guyot de Provins, que peregrinó a Tierra Santa y tuvo estrecha relación con la Orden del Temple^[13].

Una vez más, y ya van demasiadas, nos aparece el Temple relacionado con el grial. Sigue diciendo este autor:

Wolfram se inspiró, a su vez, en un tal Flegetanis pagano del linaje de Salomón, quien escribió la historia del Graal. Flegetanis era mago, astrólogo y profundo conocedor de la naturaleza (...). Este sabio leyó en

las estrellas claramente todo lo relativo al grial y quienes lo custodiaban^[14].

Las dudas acerca de la existencia de este mago son las mismas que en el caso de Kyot, pero sigue siendo significativo que Wolfram le tilde de mago, astrónomo y astrólogo y... vecino de nuestra ciudad. Lo importante en todo caso es que este personaje es clave en la narración, y por eso Wolfram le dedica un buen número de párrafos para describirlo con total claridad. Respecto a la etimología de este nombre, según René Nelli, es una deformación de un vocablo persa que significaría astrólogo, o en la misma línea etimológica, sería la adaptación o evolución del nombre de un libro árabe llamado “Felek Thani”, algo así como “esfera segunda”, concepto éste íntimamente relacionado con la alquimia.

Refiriéndose a estos personajes Ferreiro Alemparte nos dice lo siguiente:

... Dejando a un lado cuestión tan dilatada, lo cierto es que ese supuesto provenzal llamado Kyot, está en Toledo, y que en Toledo, y escrita en árabe o en caracteres arábigos encuentra la Historia. De admitir en Kyot un sujeto histórico distinto de Wolfram, habría que pensar más bien en un mozárabe español, o en un árabe cristianizado bautizado^[15].

Tras algunas disertaciones sobre nuestro toledano protagonista, termina por afirmar:

Los especialistas de Wolfram quizá sigan hablando del problema Kyot. Pero tal como está, está mal planteado, está desplazado de su verdadero centro. El misterio de Kyot está unido inseparablemente al misterio de Toledo, a su complejidad cultural y religiosa. Kyot está unido a Toledo y no podrá ser aclarado, y menos comprendido, sin ese contexto. Para nosotros es evidente que el maestro Kyot es uno más, aunque excelso, dentro de la lista de los maestros nigromantes^[16].

Como no podía ser de otra forma hay autores que disienten de la “toledanidad” de Kyot, como es el caso de Henry Kahane, quien en su libro *The Krater and the Grial*, supone que el nombre Kyot corresponde, en realidad, al aragonés Guillot, y que el lugar donde escribió la obra, no es Toledo, sino Tudela. Sinceramente a nosotros nos parece mucho más verosímil la hipótesis de la vecindad toledana del maestro, no sólo por las circunstancias que concurren en su entorno, sino también por salir de la letra del autor esa vecindad de Kyot, y porque Toledo era paso casi obligado en las rutas de peregrinaje compostelano —que como ya dijimos eran las vías de distribución de las leyendas griálicas— conocidas como vía de la Plata, mientras que Tudela no

entraba en ninguno de los caminos norteños.

Sumemos otro dato revelador, Wolfram habla de Kyot en los siguientes términos: Kyot el maestro bien conocido, el sabio maestro, y lo convierte en el verdadero relator de la historia del grial, por cuanto afirma que el maestro Chrètien de Troyes había contado la historia pero alterándola, causando la irritación de Wolfram por desvirtuar el cuento verdadero. De esta manera Kyot se habría convertido en el primer transmisor de la leyenda con carácter de certeza; maestro y sabio, para algunos autores, Kyot no podía ser otra cosa que un clérigo, de ahí su rechazo a conocer los signos mágicos y la nigromancia como hemos visto.

Cabe también la posibilidad de que Flegetanis no fuera ni siquiera un personaje, sino un libro como ya dijimos, las incomprensibles causalidades siguen:

Encontramos aquí las tres principales características principales de Flegetanis: su condición de astrónomo y la de narrador, y la orientación crística de su actividad intelectual. Añadimos asimismo que Flegetanis estaba más particularmente consagrado al Toro^[17].

Ponsoye se refiere con esto de orientación crística, a lo que se traduciría en los Pantocrator de las iglesias, en las que aparecen rodeando al Salvador el toro, el hombre, el león y el águila, los símbolos de los cuatro evangelistas. A estas alturas confiamos en que ya haya saltado la incógnita al viajero-lector sobre la presencia, en el barrio del temple de aquel callejón con el nombre del Toro y su relación con los monjes, y por tanto, con el grial.



Ilustración 12. Pila bautismal de la iglesia de San Miguel.

Por si fuera poco, no son estos (Kyot y Flegetanis) los únicos personajes toledanos que aparecen en la narración. Wolfram hace intervenir repetidamente a otro misterioso personaje llamado Kaylet, quien posee reinos en España y entre ellos Toledo, y al que define como sobrino de Parzival. En el libro primero Gahmuret interpela a Kaylet con estas palabras:

Vive Dios, Don Kaylet que sería una villanía por mi parte si os arrebatara Toledo y vuestro país en España porque así lo quiere el rey de Gascuña^[18].

Sigamos analizando las coordenadas mágicas de la presencia del grial en la ciudad. Para Sánchez Dragó la presencia del mismo en Toledo es casi segura, y ello le lleva afirmar que:

Parece ser que en la ciudad del Tajo se sitúan las Tablas del Sinaí y la vagabunda copa^[19].

Más adelante señala que:

Otro presunto Grial se conserva en la Cámara Santa de la Catedral de

Oviedo. Como es de rigor, su historia comienza en Toledo^[20].

Sin duda se está refiriendo a aquel otro cáliz que supuestamente viajó desde Toledo por expreso deseo del monarca Alfonso VI para ser protegido de las incursiones sarracenas, y del que se hablará más tarde.

Herbert Kolb basándose en diferentes fuentes, termina por afirmar que la comunidad de elegidos para la custodia del grial parece en evidente relación con la tradición del judaísmo sefardita, tal y como se halla representada en la obra del toledano Jehuda Ha-Leví, escrita entre 1130 y 1140. ¿Cabos sueltos? no seré yo quien lo discuta, pero muchas veces atando los cabos se construye la historia, y en la cuestión que nos ocupa otro dato nos parece esclarecedor, como es que no podemos olvidar que la supuesta dificultad del origen hebreo de la lengua del Grial en la leyenda de Wolfram, y su redacción en árabe, quizás pueda ser explicada si se considera que los judíos, tal y como sostiene el erudito Sánchez Palencia, empleaban en Toledo el árabe con preferencia en sus documentos.

Una de las notas diferenciadoras del Parzival respecto a las otras redacciones del graal es que en este caso no se le representa como una copa, sino como una piedra, denominada “*Lapsit Exillis*”, palabras sobre las que también han corrido ríos de tinta intentando explicar su significado. Veamos que podemos extraer de todo ello. “*Lapsit*” parece una clara transposición de “*lapis*” que significa piedra, mientras que “*Exillis*” significa humilde, insignificante, de escaso valor. Sin embargo denominar al graal como “piedra insignificante” no parece muy acorde con la idea que de él se trataba de difundir. Tal vez fuera una deformación de “*Lapis Exilir*” que era como se denominaba a la Piedra Filosofal de los alquimistas, de los que como sabemos, en buen número se instalaron en Toledo para realizar sus experiencias. Pero hay más, otros investigadores lo hacen derivar de “*Lapis ex Caelis*”, o “Piedra del cielo”, recogiendo la tradición medieval de aquella esmeralda que cayó de la frente (o de la corona) de Lucifer, y que fue recuperada por los ángeles neutrales, y que, según algunas otras versiones, se convertiría en ¡la Mesa de Salomón! tal y como vimos en el segundo capítulo. La piedra desde los albores de las civilizaciones ha tenido el carácter de ser algo inmutable, duradero, eterno, y esos mismos atributos son transferidos a quienes son capaces de “dominarla”, y si a la piedra se asocia el elemento lumínico, estamos entonces ante uno de los principales mitos del ser humano: la luz eterna, la misma que se recoge en la mágica leyenda del Cristo de la Luz. Bajemos pues, si se nos antoja desde el Alcázar hasta este lugar, donde podremos rememorar esta fantástica —e iniciática— según García Atienza leyenda y de paso contemplemos la extraordinaria belleza de este pequeño templo, aunque advertimos al viajero-lector que no encontrará en este enclave ninguna referencia griálica. Alejandro Vega ofrece una versión simbólica de la leyenda del Cristo de la Luz, manifestando:

Ahora vamos a estudiar sus leyendas. La primera y la que más trascendencia simbólica tiene y más analogía guarda con la historias del grial es una en la que se dice que...”[21].

Una vez llegados a este punto Alejandro Vega relata la más que conocida leyenda del Cristo de la Luz, para terminar insistiendo en que:

... Ya tenemos aquí a Longinos, ejecutor de una parte del grial, y encontramos también a los cristianos recogiendo la sangre del costado del crucificado tal y como nos recuerda la leyenda del grial[22].

Señalemos cosas importantes que según la tradición antigua esta piedra sagrada (mesa de Salomón, tabla esmeralda, Graal, arca de la Alianza o como quiera llamársele) la había robado Moisés a los sacerdotes de Tebas (contraviniendo, por cierto, el mandato impuesto por Jesucristo de no robar) cuando estuvo en Egipto, donde habría llegado procedente de alguno de los continentes perdidos. Moisés entregaría esta piedra al pueblo judío en Jerusalén, y a partir de aquí, se repetiría la historia de los saqueos que ya comentamos anteriormente.

Otro dato revelador nos lo aporta, como no, Ferreiro Alemparte cuando dice:

...El hecho, sin embargo, de que el Graal aparezca visto en la caracterización simbólica como una piedra, nos lleva directamente a la tradición oriental de la que es síntesis Toledo[23].

Una piedra que, no debemos olvidar, desde el punto de vista graálico simboliza la piedra filosofal como ya hemos señalado, la cual es precisamente esa piedra que solo con tesón, voluntad y conocimientos se puede alcanzar, exactamente como el graal, y que desde el punto de vista simbólico es la fuente del conocimiento y la sabiduría.

Analicemos ahora como pudo llegar el graal hasta la ciudad, y para ello daremos la palabra a Rafael Alarcón:

Pero regresemos a Toledo, sentémonos a la sombra mudéjar de la Iglesia Templaria de San Miguel e interroguémonos por la enigmática reliquia que los antiguos romances dicen que se guardaba en esta ciudad del Tajo. Los visigodos guardaron su Tesoro Antiguo en Tolosa hasta el año 419 que fue llevado a Carcasona ante el avance de los francos merovingios, y en el 507, tuvieron que volver a evacuar hacia el sur diciendo algunos cronistas que se llevó hasta Toledo, donde fue guardado en una cueva sobre la que edificó un palacio[24].

Aquí tendríamos otra vez una de las hipótesis de cómo llegó el graal hasta nosotros. En este caso, tendríamos que aceptar que junto a él viajaría, —como ya dijimos— la mesa de Salomón, y el resto de las reliquias y tesoros que se habían guardado en Jerusalén en primera instancia, y posteriormente en Carasona. Existen, no obstante otras dos hipótesis de la llegada del graal hasta la península, una hace referencia a San Lorenzo, y se explicitará en páginas posteriores, y la otra tradición sostiene que fue el Pontífice Marcelino el quien alrededor del año 300, se lo entregara al Rey Recaredo, quien habría acudido a Roma en peregrinación, y es de suponer que lo traería hasta la ciudad del Tajo por ser ésta la cuna de las monarquías visigodas y de este rey.

Ya que hemos llegado hasta la Iglesia de San Miguel, segunda de nuestras paradas, si hacemos un esfuerzo de abstracción, y admitimos a los templarios como guardianes de la reliquia, tal vez, y digo sólo tal vez porque jamás lo sabremos, esta iglesia pudo custodiar el graal, y en momentos difíciles, ser trasladado hasta la vecina cueva de San Miguel, que, como ya sabemos, esconde secretos, tesoros aún por descubrir según la tradición legendaria toledana.

En este templo de San Miguel, en una de las columnas de la nave del lado izquierdo, podremos observar un capitel en el que se encuentra esculpido un joven dejando escapar una paloma. Wolfram relata en un pasaje de su obra como el Viernes Santo, aguarda en el cautiverio de los templarios una paloma, que desciende del cielo con una oblea en la mano que siempre deposita sobre una piedra, y con esta oblea se alimenta toda la comunidad caballeresca por el poder del grial. Sin duda este milagro recuerda mucho aquel otro de la multiplicación de los panes y los peces, pero no es esto lo que nos importa, sino que esa representación de la paloma, tan importante en el relato graalico, esté representada precisamente en nuestra iglesia de San Miguel, y no como símbolo del Espíritu Santo, sino con este otro mensaje mucho menos explícito, y de manera parecida, la imagen del joven con la paloma se encuentra en el griálico templo de San Juan de los Reyes.



Ilustración 13. Extraño capitel de la Iglesia de San Miguel.



Ilustración 14. Escena del claustro bajo de San Juan de los Reyes.

En su obra *Guía de la España Griálca*, García Atienza pasa revista a los principales lugares de la geografía peninsular que mantienen recuerdos de la presencia del graal (Huesca, Yebra, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Cuenca, Soria...) para terminar refiriéndose a Toledo en estos términos:

Es también así como Toledo se convierte en marca de garantía que avalará la verosimilitud de lo improbable, la que materializará el

símbolo y volverá real e inmediato lo que sólo se concibe como ideal quimérico. Así es como Wolfram recurre a un sabio toledano, que habría sido el transmisor de ideas que, el seguramente templario germano diera a luz través de los perdidos del trovador Kyot. Todo parece salir de Toledo. Todo llama a volver a Toledo^[25].

Descendamos por la Cuesta de Carlos V para llegar hasta Zocodover, y tras cruzar el Arco de la Sangre nos toparemos con nuestro tercer enclave: el Museo de Santa Cruz. Entremos, que la ocasión y los fondos del museo bien lo merecen, y percatémonos de que en uno de sus muros permanece colgado el llamado Tapiz de los astrolabios o del Zodíaco. Este tapiz es uno de los tres que existían en este lugar sobre astrología. Es de origen flamenco de finales del siglo XVI, de rico colorido y excelentes dibujos. Aparte de la numerosa iconografía esotérica, lo más destacable es, sin duda, la aparición de un cáliz coronado por una corona real —disculpen la redundancia— que representa el Santo Grial. Este tapiz estuvo largo tiempo colgado de los muros de la Catedral hacia donde nos encaminamos, tras retomar el camino anterior hacia Zocodover y avanzar por la calle del Comercio.

Realmente el número de coincidencias entre el relato de Wolfram y diferentes símbolos y enclaves de Toledo es asombroso, o tal vez sea que ponemos excesivo celo en encontrarlas, quien puede saberlo... continuemos esbozando algunas de estas concordancias, acercándonos hasta la Catedral y dando la palabra una vez más, a García Atienza:

A ciertos niveles, las procesiones de la fiesta del Corpus Christi podrían considerarse como un homenaje popularmente cristianizado al recipiente contenedor del misterio fundamental. En España la iglesia instituyó como fundamental la festividad del Corpus, especialmente destinada a propiciar la misteriosa santidad de la transustanciación. Esta fiesta que a niveles eclesiásticos se distingue por la grandilocuente exhibición de las numerosas custodias destinadas a servir de albergue a la copa sagrada, se traduce en importantes desfiles procesionales en ciudades como Toledo, Valencia o Sevilla^[26].



Ilustración 15. El Tapiz de los Astrolabios.

Este dogma de la transubstanciación al que hace referencia Atienza fue proclamado en el Concilio de Letrán en el año 1215, pero estaba implícito y en las mentes populares, al menos desde el siglo XI. El graal cristiano nació, en cierta medida, de la necesidad mística de experimentar o representar este dogma de forma tangible de manera que los fieles pudieran sentirlo como algo cercano, y no sólo como parte de una leyenda. ¿Será casualidad, entonces, que precisamente en Toledo sea donde esta festividad resulta más popular e importante, y una de las más antiguas de cuántas se celebran en España? ¿Será también casualidad que en la Catedral se venera como reliquia el supuesto mantel de la última cena que bien pudo llegar en el mismo “lote” que la copa?

Antes de salir del recinto catedralicio podemos caminar hasta la Capilla de San Juan Bautista, en cuyo muro Occidental hay un pequeño arcón, donde se custodian varias reliquias, y que está adornado con unas estatuillas de la Virgen y San Juan, junto a las cuales hay tres ángeles que están recogiendo en vasos la sangre que vierte el Redentor de sus llagas, siendo esto una clara alusión al misterio griálico.

Con unos pocos pasos nos situamos en la sala capitular donde podremos observar el escudo del arzobispo Gutiérrez Ruiz Dolea, del que nos dicen los heraldistas Leblic

y Arellano que es: en azur, un pez de plata puesto en faja, y además nos informan de lo siguiente:

Según el genealogista Pedro Salazar y Mendoza el antiguo apellido o mote de este arzobispo fue “pescador” de ahí el origen de las armas parlantes de su escudo^[27].

Tres casualidades, de esas que venimos apuntando, y que sólo se pueden producir en Toledo, rodean la figura de este arzobispo y su relación con el graal. La primera de ellas es que eligiera como armas este símbolo del pez (viene a colación revisar cuanto dijimos de la calle del pez en el capítulo anterior, y desde luego no estaría de más que nos fuéramos hasta el muro exterior del templo, a la izquierda de la Puerta Llana, para apreciar, entre los numerosos signos lapidarios, varias marcas de cantería que son precisamente peces, que, insistimos, es un antiguo símbolo que aparece repetidas veces en los relatos del graal).



Ilustración 16. Marcas de cantería simbolizando peces en el muro de la catedral.

José de Arimatea coloca trece asientos alrededor de una tabla y emula con sus fieles la última cena. El asiento de Jesús es ocupado por un pez. En otra ocasión Bron, cuñado de José de Arimatea da de comer a todos sus seguidores con un solo pez. En cuanto al Rey pescador, el sobrenombre es lo suficientemente explícito para sacarlo a colación como ejemplo. (...) En otras culturas como la antigua frigia, el pez se asocia a la vasija o copa^[28].

El rey pescador al que hacemos referencia es también uno de los personajes centrales del Parzival, (también de otros relatos griálicos) cuyo nombre es “Anfortas”, herido por una lanza en los testículos, y cuyo primer encuentro con Parzival es precisamente cuando éste trata de encontrar un puente para traspasar un caudaloso río de aguas profundas. Wolfram nos lo describe como un hombre con

ropajes muy ricos, y tocado con un sombrero de piel con piedras preciosas.

Casi por casualidad, en cierta visita al archivo del cabildo catedralicio, nos mostraron un libro del siglo XVI, escrito por Alonso Ortiz (nº 7 del cajón 72), y que contiene pequeñas obras de teatro, de las que solían celebrarse en los alrededores de la catedral o en su interior, la primera de las cuales lleva el griálico título de “Tratado de la herida del Rey”. No seremos nosotros quienes extraigamos conclusiones apresurada sobre la enésima bambarria (entiéndase como sinónimo de casualidad). Recaiga esa responsabilidad sobre otros con mayores méritos.

Segunda casualidad, si admitimos como cierto que Wolfram Von Eschembach escribiera Parzival hacía el año 1210, y que alguno de los manuscritos medievales se editaran en fechas posteriores (por qué no en Toledo, cuna de un inmenso legado bibliográfico y numerosas publicaciones) entonces podemos afirmar que nuestro arzobispo es prácticamente coetáneo con la obra, ya que ocupó la sede toledana en el año 1249, muriendo al año siguiente, y tal vez por esa razón deseara ser conocido como “pescador”.

Tercera casualidad, si leemos los anales toledanos, nos indican:

Finó el arzobispo D. Gutiérrez Ruiz Dolea en Atienza. Vigilia de San Lorenzo en el mes de agosto. Era MCCLXXXVIII^[29].

La cuestión estriba en que San Lorenzo está también relacionado con el Santo graal como explicaremos un par de párrafos más adelante, nada más abandonar la catedral. ¿Podiera ser que este arzobispo conociera la obra de Wolfram y por eso decidiera recurrir a poner un pez en su escudo? Jamás podremos saberlo, pero lo que está claro es que en las inmediaciones de la casa del temple y de su iglesia templaria se haya la cuesta del Pez, con claras reminiscencias griálicas.

Recuérdese de paso que los templarios, en su regla primitiva, mencionaban siempre la como iglesia verdadera la del Papa Silvestre II, el mismo que portaba en su escudo ¡dos peces!

Bordeemos la catedral hasta llegar a la conocida como Puerta de los Leones, allí podremos encontrar, a la derecha del parteluz, una escultura de Egas, que representa a San Nicodemo, autor de uno de los evangelios apócrifos, y que participa de la leyenda del grial en tanto que es quien ayuda a desclavar y a bajar a Jesús de la cruz, de ahí, que se le suela presentar con herramientas (martillos, y tenazas fundamentalmente) en las pocas ocasiones en que este santo es representado, y al que, por otra parte, se le hace acompañante de José de Arimatea, en el supuesto viaje que éste realizara hasta tierras europeas, portando el graal. Nicodemo está representado o dibujado con cierta frecuencia además en el interior del Templo. A su lado se encuentra otra figura cuyos rasgos no nos permiten identificar a primera vista si se trata de un hombre joven, o una mujer, pero que, clarísimamente porta entre sus

manos un graal. La inscripción de su corona lo delata: “Jacobo”, Santiago, el discípulo amado de Jesús.



Ilustración 17. San Nicodemo y Santiago el Menor en la Puerta de los Leones.

Descendamos unos pocos metros desde la cercana Plaza de San Justo para encontrarnos semioculta entre una manzana de casas, una de las mezquitas-iglesias más fascinante de la ciudad: San Lorenzo. Es este un santo muy relacionado con la leyenda griálca, ya que siendo diácono del Papa Sixto II, en plena época de las persecuciones a los cristianos, quiso permanecer al lado del Pontífice en todo momento. Sin embargo el Santo Padre le encargó la misión de repartir los bienes de la Iglesia entre los pobres de Roma, lo cual hizo San Lorenzo con excepción del grial que fue entregado a un legionario romano, de nombre Recaredo^[*], para que lo trajera hasta Loreto, cerca de Huesca. San Lorenzo sufrió martirio quemado en una parrilla en el año 258, muriendo fruto de este tormento si nos atenemos a la leyenda contada por Santiago de la VoráGINE.

A partir de la llegada a Huesca del cáliz, parece ser que la copa estuvo mucho tiempo en el monasterio San Juan de la Peña desde donde pasaría a Valencia, pero esta es otra historia... Aunque debe quedar claro que la historia del Santo Cáliz de Valencia mantiene un buen número de referencias históricas difícilmente rebatibles.

En el Santoral diabólico de García Atienza se dice textualmente:

La relación de San Lorenzo con el Grial ha sido ampliamente estudiada como origen de la presunta presencia de tan importante reliquia en el reino de Aragón. Curiosamente se da el caso de que sólo allí se forjó la leyenda, que fue deliberadamente ignorada en otras latitudes (...) En relación con San Lorenzo, no debemos olvidar que el rey Felipe II debió plantearse la dedicación de El Escorial como un homenaje a la idea griálica^[30].

Líbresenos de entrar en polémicas, pero, a decir verdad, la patria chica de este santo está aún por demostrar, incluso Santiago de la Vorágine, habitualmente tan meticuloso y prolijo en datos, tan sólo dice que era español, diácono y mártir, pero nunca lo cita como natural de Huesca como pretenden los oscenses:

Dice el maestro Juan Beleth que, en un viaje que San Sixto hizo a España, conoció en ella a dos jóvenes, primos entre sí llamados Lorenzo y Vicente, ambos tan virtuosos y de tan excelente cualidades que el santo, prendado de ellos se los llevó consigo a Roma^[31].

Ramírez de Arellano consignó que en la citada iglesia toledana de San Lorenzo se conservaba un relicario de plata con un hueso del santo (un poco chamuscado suponemos a juzgar por el tipo de martirio que sufrió, dicho sea con todo respeto) y con las armas del cardenal Mendoza, y tanto en el techo, como en el retablo existieron sendas pinturas representando el martirio del santo. Como siempre lamentamos que se perdieran, el tiempo que todo lo cura parece ser que también todo lo deteriora.



Ilustración 18. Iglesia de San Lorenzo.

Cambio de tercio que se hace necesario para que el viajero-lector recupere el resuello y el hálito, y vaya asimilando cuantos datos en tropel se van acumulando. Como casi siempre invitamos al viajero-lector para realizar esta parada a que baje hasta el río, lo cual le será especialmente sencillo desde San Lorenzo, porque bastará que termine de descender la cuesta por la que llegó, y gire a la derecha. La ribera del Tajo se adivina desde aquí.

El río —como nos recuerda Crespi— es otro de los cuatro elementos que aparecen siempre asociados al castillo del graal: bosque, roca, valle y río. El río del Rey pescador es “profundo y de aguas rápidas”, a pesar de ello, su barca está firmemente anclada en medio del cauce. Wolfram sitúa en la barca a un personaje, un barquero que ayuda al rey a cruzar de una orilla a otra, y esta circunstancia nos recuerda mucho a la barca que atraviesa el Tajo en la zona conocida como Barco de Pasaje, que se encuentra al final de la actual Bajada del Pozo Amargo, vía ésta que, según Julio Porres existía con ese mismo nombre al menos desde 1152 (véase Las calles de Toledo del citado autor) y que por tanto, existía cuando Wolfram escribió su relato. Créanme no están descabellado como parece pensar que el poeta-templario conoció de verás nuestra ciudad y la eligió como escenario de su obra.

Desde aquí mismo podremos ver la siguiente de nuestras paradas: el Castillo de San Servando. En todos los relatos del grial, aparecen, como no podía ser de otra forma tratándose de poemas caballerescos, uno o varios castillos en los cuales se

desarrollan una buena parte de las acciones que se narran. En el Perlesvaus, se le nombra como el “Castillo de Barbas”, en la Demanda del Santo Grial, se le llama “Castillo de Carcelois” etc. En el poema de Wolfram aparecen varias fortalezas con diferentes nombres, siendo el más importante de todos aquel que custodia la santa reliquia, el conocido como “Monsalvage”, que también se recoge con idéntico nombre en la versión de Chrètien de Troyes. Etimológicamente este nombre podría significar “Monte de Salvación”, “Monte de la Selva” o “Monte Salvaje”, pero no hay que llamarse a engaño, ya que en las descripciones que se hacen de sus alrededores no aparecen espesos bosques, ni intrincados senderos ni nada parecido: baste un ejemplo, el Rey pescador le indica a Parzival el camino a la morada diciendo que basta subir por una quebrada que hay en la roca, y cuando lleguéis arriba veréis un valle, creemos sinceramente que la coincidencia con nuestro Castillo de San Servando es asombrosa, incluso en las descripciones físicas que de él se hacen, y por el contrario, este paisaje descrito dista bastante de asemejarse al que rodea a San Juan de la Peña, o a la montaña montserratina como algunos autores pretenden.

La colina sobre la que se asienta el castillo de San Servando ha sido un centro mágico desde los tiempos de la España Antigua. En este cerro, podemos encontrar no sólo tumbas excavadas en la roca, sino restos celtas, romanos, visigodos y árabes. Es por tanto la “montaña mágica” de la ciudad, el medium mundi, fortaleza inexpugnable que, recordemos, les entregó el castellano monarca a los caballeros... ¡¡¡del Temple!!! en 1308.

Tenemos otras dos coincidencias más en relación a la fortaleza, a saber: la primera es que la barca que todavía hoy cruza el río Tajo desembocaba muy cerca de este Castillo y de un antiguo Monasterio llamado de la Sisle^[*], nombre que parece derivar de “selva”, en definitiva, de bosque, y además en la ladera de la ciudad existió una travesía que se llamaba precisamente travesía del bosque, cuyo emplazamiento exacto se desconoce, pero según apunta Julio Porres pudiera coincidir con la bajada de Santa Ana, que se situaba por la zona de la Antequeruela, paraje éste que va a desembocar precisamente al río. En definitiva, si aceptamos la traducción de Monsalvage como monte de la selva, existen claras evidencias que lo pudieran relacionar con San Servando.

Continuemos analizando algunos aspectos del castillo para comprobar que se asemeja en gran medida al nuestro. Todos los relatores con Wolfram a la cabeza, coinciden en que el castillo donde se custodiaba el graal ofrecía un aspecto exterior imponente, soberbio, majestuoso y casi inexpugnable:

Wolfram resulta bastante más explícito: el castillo se erguía poderoso y fuerte. Al verlo tan liso se diría que hubiese salido de las manos de un tornero. Poco daño le podían causar los asediantes a menos que hubiesen estados provistos de alas o hubiesen sido llevados por el viento”^[32].

Además de estas referencias, en un buen número de pasajes se menciona el río que hay que atravesar para llegar al castillo, así como un puente que desemboca en las inmediaciones del mismo. Ya saben, los azares estos que nos sorprenden por doquier, en este caso geográficos y estructurales, chiripas que nos llevan acompañando todo el capítulo... porque incluso el nombre del protagonista de nuestra obra en cualquiera de sus traducciones: Parzival, Perceval, Parsifal o Perlesvaus, significa, según los romanistas, “el que atraviesa el valle”, siendo una derivación del francés “percer le val”. A estas alturas, supongo que no hace falta explicar que “el que atraviesa el valle” en Toledo llega hasta el lugar que ocupa la ciudad, y viceversa, el que atraviesa el valle desde la ciudad llega al castillo.

Otro de los personajes centrales de la obra es la reina Belakane, también llamada la reina del pelícano, de ascendencia árabe y religión musulmana, muy similar a la protagonista de un buen puñado de leyendas toledanas, y a la que Wolfram describe como “pagana y negra como la noche”. Insistimos una vez más que en el Toledo del siglo XIII existía una importante comunidad de musulmanes, por tanto una importante comunidad de paganos, que por ser de raza y/o descendencia arabesca son habitualmente de piel morena.

Estamos llegando al final de nuestro recorrido. Continúe el viajero-lector la carretera de circunvalación hasta el Paseo del Tránsito. Una vez allí, continúe por la Calle de los Reyes Católicos hasta llegar al que será el último enclave, San Juan de los Reyes, pero paciencia, que todavía no debemos detenernos aquí, sino a pocos metros, subiendo por la calle del Pintor Matías Moreno alcanzaremos a la derecha el objetivo: la cuesta de las calandrajás, topónimo del que Alejandro Vega nos dice lo siguiente:

Calandra viene de Galander, del idioma provenzal, que al mismo tiempo es derivado del latín “gradalus” (especie de vaso) y en castellano antiguo es “Greal”, del cual obtenemos la palabra original “Grial” por tanto cuesta de las calandrajás significa camino al grial^[33].

Parece evidente que estos razonamientos, estas involuciones léxicas admiten más de una crítica, pero sea como fuere, tanto nos da, nos basta con el beneficio de la duda, cuesta de las calandrajás puede significar camino al grial.

Descendamos hasta la última estación de nuestro particular viacrucis, el Monasterio de San Juan de los Reyes. Aquí se pueden observar un par de claves más relacionadas con los caballeros templarios, supuestos custodios del Santo Grial, como las intrigantes figuras simbólicas del claustro bajo, o la estatua de este mismo claustro de una mujer que porta el sagrado recipiente entre sus manos, así como la figura “belakaniana” del pelícano que se haya en la puerta lateral del templo. Este animal fue muy utilizado escultóricamente durante la Baja Edad Media como atributo

esotérico de Dios. (Hablabremos de él en el capítulo noveno). Tal vez ya lo dijimos en otra parte... algunos han creído ver en la construcción del templo no tanto la idea del sepulcro de los Reyes Católicos, cuanto un homenaje al grial por parte de Juan Guas.



Ilustración 19. Algunas de las imágenes griálicas de San Juan de los Reyes.

Hagamos un alto en nuestro deambular, que el viaje ha sido largo, y confiamos que fructífero. No se trata ahora de andar si no es con la imaginación, para seguir aportando pistas y datos.

La sospecha de la presencia de la reliquia se reforzó aún más cuando recalamos en que se siguen sumando piezas a este rompecabezas, esta vez relacionadas con las armerías que se describen en la leyenda. Los escudos eran en la Edad Media un importante soporte visual en el que el caballero daba a conocer su linaje y su rango, no era por tanto asunto nimio y banal, sino algo de suma importancia. Tal vez por eso a lo largo de los relatos griálicos se describen éstos con minuciosidad, no como elementos supletorios en la narración:

A lo largo de los relatos griálicos aparecen numerosos escudos significativos con un profundo simbolismo: en el de Perlesvaus, por ejemplo figura un ciervo blanco sobre campo de sinople, más tarde sustituido por otro escudo bandado en azur y argent con boca de oro (los colores de José de Arimatea y el Graal). El escudo mágico destinado a Galahad es blanco con una cruz roja como el de los templarios. El de Gauvain, bermejo con un águila de oro. En el Parzival de Wolfram von Eschembach el del héroe luce un ancla y los caballeros que custodian el graal ostentan una paloma^[34].

Faustino Menéndez Pidal publicó, en la Real Academia de la Historia, en el año 1999, un excelente artículo titulado Posibles vestigios en España de la Heráldica Artúrica, en el que leemos lo siguiente:

Las armas imaginarias que, en la Edad Media se atribuyeron a personajes legendarios o que vivieron en épocas pre heráldicas —de la antigüedad bíblica y clásica, de la Corte del Rey Arturo y caballeros de la Tabla Redonda— han sufrido curiosas fluctuaciones. Para muchos de los crédulos heraldistas del siglo XVI esas armas eran auténticas y reales como cualquiera de las usadas en su tiempo (...) Las armas de los caballeros de la Tabla redonda son las más numerosas y las que mejor permiten estudiar este notable fenómeno de la heráldica, pues forman un núcleo perfectamente coherente y estructurado, con armas fijas en general para cada personaje, que incluso señalan con sus diferencias personales los parentescos que se les atribuían^[35].

Este fenómeno de asimilación de armas se produjo con cierta frecuencia en España, no sólo con estas armas artúricas, sino también referidas a héroes nacionales como el Cid, Martín Antolinez, el Conde Ansúrez, los reyes navarros y godos etc. Este prestigioso académico y heraldista refiere los siguientes personajes artúricos en relación con nobiliarias españolas:

- Keus el senescal → Bernaldo de Quirós
- Guioret de la Bale → Téllez Girón
- Osevain coeur Hardy → Tosantos
- Galegunneis de Nogales → El rey de León y de Galicia
- Persides → Castro
- Acoustant → Vidaurre
- Conde de Laonois → Loaisa

De estos que se relacionan nos interesan especialmente: el de Persides, el de Téllez Girón, y el de Osevain. Veamos porqué.

- El de Persides es descrito como “de plata sembrado de roeles de azur”, Este escudo se parece enormemente a los escudos de dos linajes toledanos: Alonso (en campo de oro seis roeles de gules), y al de Benítez (en campo de gules cinco anilletes de oro).
- En el caso de Guioret de la Bale, es descrito como “cortado, encajado de plata y oro”. De su relación con los Téllez Girón, podemos señalar que a esta familia pertenece el linaje de Cisneros, cuyo escudo se describe como: cortado, encajado

de oro y gules. Según cierta leyenda don Rodrigo González de Cisneros, a finales del siglo XI salvó en una batalla, ni más ni menos que a Alfonso VI, dándole a él un caballo para que escapara mientras él permanecía cautivo. Antes de escapar, don Rodrigo le arrancaría tres jirones del vestido para que recordara el favor que le debía. Tras su liberación el rey concedería el escudo con los jirones de oro y gules (rojo). También Cervantes habla de los jirones de doña Dulcinea que la hacían emparentar con la realeza castellana.

- Finalmente el escudo de Osevain, se blasona como sigue: “cuartelado de plata y gules”. Refiere el Doctor Frías de Albornoz que esas mismas armas tenían los del linaje de Dávalos, familia ésta que en Toledo poseyó el palacio que hoy ocupa el Convento de San Antonio. Esta familia, concretamente Ruy López Dávalos, tomó las armas del cuartelado de Castilla porque les fue permitido por Enrique III, y las mismas tenía el sepulcro de su padre en San Agustín de Toledo.

Tres escudos de estos siete mencionados mantienen relación con Toledo. Mucha casualidad nos parece como siempre. Analicemos ahora otras armas toledanas, sin olvidarnos de remitir al lector a lo que narramos respecto al escudo del arzobispo Gutierre Ruiz Dolea.

Ana María de Corcuera al analizar la heráldica de los linajes toledanos da cuenta de algunos que coinciden asombrosamente con los descritos. El primero de ellos es el que corresponde a los linajes de “Aguilar”, “Aguiar”, y “Arnalte” (por si el lector lo desconoce, los apellidos no tienen escudo, son los linajes los que lo tienen, por tanto todo ese mercadeo que se ha puesto de actualidad entorno a los escudos de los apellidos en forma de platos, cerámica... No es más que una triste estafa muy bien llevada, eso sí:

- Aguilar: castellano. Mozárabe de Toledo. Sus armas: en campo de oro, un águila de sable, (de color negro) exployada, y con corona imperial.
- Aguiar: castellano. Mozárabe de Toledo. Sus armas: en campo de azur, un águila parda, volante, coronada y armada de oro.
- Arnalte: castellano de la villa de Ocaña (Toledo). Sus armas: Escudo de sable, partido de oro, y sobre el todo, un águila del uno al otro.

Aunque los esmaltes y metales (los colores, vaya) no coinciden si que coincide el motivo central del escudo: el águila, siendo además un escudo de un linaje mozárabe toledano. Eso significa que su antigüedad es considerable, pudiendo remontarse a los siglos XII o XIII. Nos encontramos por tanto ante una curiosa coincidencia con el escudo de Gauvain (recordamos que es un escudo rojo con un águila de oro). Sigamos con la tarea; ya que si bien el águila no era un motivo heráldico excesivamente abundante como lo fueron leones y castillos, tampoco era infrecuente,

muy al contrario de lo que sucedía con otro animal: el ciervo, que se describe en el escudo perteneciente a Perlesías. En Toledo existen dos linajes que presentan en su escudo ciervos: el linaje de los Cervatos o Cervantes, y los González de Fuensalida:

- Cervantes, Cervatos: Castellano de Toledo. Sus armas: en campo de azur (azul) dos ciervos de oro puestos en palo; bordura de gules (rojo) con ocho aspas de oro.
- González de Fuensalida: Sus armas: en campo de oro un árbol de sinople (verde), resaltado de un corzo de plata”^[36]

Según nos cuenta el relato Perlesvaus cambiaría posteriormente sus armas por otro escudo con “bandas en azul y plata”. Escudos con banda tenemos media docena de ejemplos en Toledo: desde el perteneciente al arzobispo Gil de Albornoz (capilla de San Ildefonso de la Catedral) hasta los existentes en Santa Isabel, San Andrés, San Miguel, San Justo, San Pedro Mártir, San Lorenzo... y uno con exacto colores que es el perteneciente al toledano linaje de Sendín.

Las dos últimas referencias heráldicas que nos interesan se encuentran precisamente en la Iglesia de San Miguel, que viéramos al comienzo de este peregrinar. Eschembach y Crespi describen el escudo de Galahad como “blanco con una cruz roja como la del temple”, por tanto idéntico al que se encuentra en esta iglesia.

En definitiva, en una ciudad tan pequeña como Toledo, donde no existen demasiados escudos ni linajes medievales nos encontramos con una decena de coincidencias heráldicas difícilmente explicables, a menos que sigamos con la idea de que Wolfram estuvo en la ciudad, y en ella se inspiró para escribir su poema.

Un último apunte curioso, nada extraño ni mágico aunque posiblemente insólito, es que en la película de George Lucas y Steven Spielberg Indiana Jones y la última cruzada donde el protagonista buscaba también el santo cáliz, la espada que pertenece al último de los caballeros que guardan el graal, es una reproducción de la famosa “Epée de la France” con la que los reyes eran coronados en nuestro vecino país, espada que se hizo, como no, en Toledo.

A lo largo de este capítulo se han ido desgranando las concordancias, datos y símbolos que podían relacionar la reliquia con la ciudad. Como me temo que, tanto su redacción como el elevado número de paradas que hemos debido hacer en este “paseo griálico toledano” es excesivo, nos permitimos recapitularlas telegráficamente para verificar, por última vez, el gran número de ellas: comenzamos recordando que Toledo como ciudad aparece en un buen número de ocasiones en la obra de Wolfram, después recordamos la existencia de dos personajes fundamentales en el relato Kyot y Flegetanis, magos y astrólogos, de más que posible origen toledano, así como la filiación templaria de Wolfram y la concordancia de un buen número de enclaves griálicos dentro del barrio templario. A continuación vimos la relación entre la piedra

grial con la mesa de Salomón, y las posibles formas de llegada de la reliquia, incluyendo la venida con el rey Recaredo el Justo. También recordamos la relación de la reliquia con las procesiones del Corpus, y pasamos revista, dentro de la catedral a aquellos símbolos que nos lo recordaban: el tapiz, Nicodemo, el escudo del Arzobispo Ruiz Dolea... y finalizamos revisando las concordancias entre el Castillo, el río y el puente, los escudos toledanos, sin olvidarnos de la Reina del Pelicano, Kaylet, las calles del Pez y Calandrijas, y hasta el nombre del mismo Parzival “el que atraviesa el valle”. Basta y baste lo hasta aquí escrito para permitir que saque cada cual sus conclusiones sobre todo este galimatías, y mejor aún, empréndase una peregrinación simbólica por los enclaves griálicos de nuestra ciudad, (si es posible de noche), con los ojos bien abiertos para no perder detalle, y con la obra Parzival en la mano, para evocar así esta mágica aventura y seguir añadiendo coincidencias (que les aseguro que las hay) entre la narración, la reliquia y la ciudad.

Capítulo Quinto. Seres elementales y enclaves encantados a la luz del folclore, la superchería y la rumorología

*Por un espejo empañado
Vio el brujo pasar tu sombra
mi sombra en un abrazo.*

VALLE INCLÁN

La aventura de la búsqueda del Santo Cáliz dejó exhausto a nuestro viajero-lector. Al llegar a la “Posada de Manolo” tan sólo pudo esbozar una leve sonrisa por toda respuesta al “buenas noches y que descanse” que gentilmente le ofrecía Mario. La ducha le ha sentado bien, y como la cena ha sido copiosa, —tal vez demasiados dulces, pero quien puede resistirse a unos tiernos mazapanes— prefiere no tumbarse todavía. En lugar de eso ha levantado el teléfono, y cuando ha sonado al otro lado la voz que esperaba, un torrente de datos salía a trompicones de su boca... ¡cómo si hubiera alguien capaz de asimilar tanta y tan rápida información! Al final, un poco más relajado se ha puesto a repasar sus notas, las de hoy, y las de ayer, por último ha iniciado la lectura de cuanto le espera mañana. Como buen mesetario celtibérico no ha dejado de sorprenderse ante la caterva ingente de “seres diminutos” que va a topar si todo sale bien.

Antes de dormir ha bajado de su habitación y le ha dado las buenas noches como merecía a Mario. Listo, dulces sueños y feliz y mágico amanecer.

Con toda seguridad estas cuestiones que se recogen en el título del capítulo sean también de las que más poderosamente llamen la atención de muchos de los lectores, y también con seguridad, una buena parte de ellos espere encontrar en las páginas que siguen narraciones pormenorizadas de hechos y acontecimientos extraordinarios, abrumadores o paranormales. Nada más lejos de la realidad. Lo que vamos a narrar a continuación, no son más que las referencias relacionados con estos aspectos, reseñas que han sido recopilados a través del folclore, la antropología, la literatura y, en el menor de los casos, por testimonios directos, de cuya veracidad se puede, o no, dudar, y desde luego se pueden buscar explicaciones racionales que a buen seguro se encontrarían, pero esto no es lo realmente importante, a nuestro juicio, lo interesante es comprobar cómo, con el paso del tiempo, se han ido acumulando en el desván de los misterios numerosas circunstancias insólitas relacionadas con estos seres. quede pues el lector avisado de una cosa: que no existe en las páginas que siguen ningún afán de polemizar ni de crear controversias sobre cuánto hay de realidad y cuanto de ficción acerca de la “gente menuda”, o como se denominan en ciertos círculos “esos

seres en los que usted no cree”, sencillamente este particular no nos interesa.

Este grupo de seres elementales, según nos cuenta García Atienza, no se comporta según los cánones morales o racionales genuinos de los seres humanos, sino que se revelan con independencia de su naturaleza, sin comprometerse con ninguno de los esquemas de comportamiento que tenemos a pesar de poseer rasgos físicos cercanos a los de los humanos, y esta circunstancia es la que hace que, a menudo, actúen de manera diferente a lo que se podría esperar de ellos, provocando estupor o sorpresa entre nosotros, es más:

Son la personificación simbólica, o mítica, de una realidad imposible de ser alcanzada por la mente racional o racionalizada del ser humano. Son también la auténtica encarnación de unas fuerzas de tipo mágico que se contraponen a las posibilidades que consideramos lógicas en el hombre^[1].

Lo cual significa que algunas de las supuestas apariciones de estos personajes podrían deberse a malas jugadas de nuestro “inconsciente personal o colectivo” siempre tan predispuesto a ofrecer alternativas a lo que no conseguimos alcanzar con los sentidos.

El variopinto grupo de seres imaginarios que forman este agrupamiento inusual, tiene sus fuentes más directas —ya ha quedado dicho— en la tradición oral y en las leyendas, así como en el folclore y la tradición, cuando no, en la fantasía popular exteriorizada en forma de cuentos. Duendes, hadas, nubeiros, tragos, gnomos, demonios familiares, ogros, monstruos, gigantes espectros y asustaniños componen el universo mágico de nuestro patrimonio, y de ellos se habla en las páginas que siguen. Es la hora de sacar del zurrón los enseres, amuletos y ponzoñas mágicas que nos ayuden a protegernos de sus malas artes, y estampita de Santa Marta en mano, encaminémonos por las callejas, a ver si hay suerte y nos sale al paso algún duende urbano que se haya despistado y no se haya enterado que estamos en el tercer milenio, y debe abandonar la ciudad o le aplicarán la ley de extranjería.

5.1. Duendes

PUNTO DE PARTIDA: Iglesia de San Miguel

PUNTO DE FINALIZACIÓN: Casa del Diamantista

¿Qué son en realidad los duendes? ¿Existen realmente o no son más que

supersticiones? Veamos algunas hipótesis sobre estos particulares que han preocupado a todas las culturas y reputados autores, incluyendo a los escritores antiguos como Herodoto, Suetonio o Plinio.

En el año 1676 el Padre Fray Antonio de Fuentelapeña escribió un curioso libro titulado *El ente dilucidado. Tratado de monstruos y fantasmas* (hay una versión relativamente reciente publicada por la Editora Nacional) donde su máximo afán consistía en dilucidar la existencia de estos pequeños seres en base a argumentos y silogismos propios de su época, terminando por aceptar que no son demonios ni espíritus sino, algo que él denomina “seres aéreos” de carácter burlón y travieso. En los párrafos 546 y 547 nos dice que:

Supongo lo tercero que a estos duendes en Castilla los llaman Trasgos, en Cataluña Folletos, que quiere decir espíritus locos, y en Italia Farfarelli. (...) Supongo lo cuarto que estos Duendes de que hablamos, y que decimos, se sienten se sienten en las casas nunca hacen mal a nadie, siéntese su ruido sin percibirse de ordinario el autor de él, quitan y ponen platos, juegan a los bolos, tiran chinatas...^[2].

El padre Fuentelapeña puso mucho empeño en rebatir la opinión común de que los duendes se dejan ver sólo por quien quieren y cuando ellos lo deciden, e igualmente aseveraba que, aunque no funcionaran los exorcismos contra ellos, eso no indicaba a qué tipo de naturaleza nos referíamos, ya que —argüía— hay exorcismos contra animales dañinos que tampoco funcionan. Tampoco creía que martirizarán a quienes dormían, aunque también reconoce que ciertas travesuras les son propias. Mucho más escéptico Feijoo, con los mismos argumentos que empleara Fuentelapeña, acababa por inferir que la existencia de estos seres era imposible, precisamente porque no eran espíritus angélicos, ni almas separadas, ni animales aéreos. A ello añadía otro lógico argumento, cuál era el que solo una pequeñísima parte de los seres humanos los habían visto, y en raras ocasiones se les había interrogado bajo juramento de fe para que dijeran la verdad. Con todo y con eso, Feijoo termina su disertación en su *Teatro Crítico* manteniendo la idea de que los duendes que más engañan, caso de existir, son los que él denomina duendes contrahechos o remendados por hombres y mujeres. Este Reverendo padre tenía argumentos para responder a todos, incluidas aquellas personas que le reprochaban que si no existían, porque la iglesia tenía exorcismos contra ellos.

Para algunos eruditos y teólogos españoles de los siglos XVI y XVII los duendes eran demonios de poca categoría y eminentemente domésticos y hogareños, cuya misión era alborotar la paz de los hogares, así como engañar a los hombres con tesoros fingidos que una vez en propiedad de humanos se convertían en carbón. Caro Baroja nos recuerda que era tal la creencia en estos seres que incluso llegaron a sentar

jurisprudencia:

En el siglo XVI se consideraba como de ley el que si una persona iba a habitar en una casa y luego se enteraba de que en ella había duendes, podía abandonarla^[3].

Para el polifacético Sánchez Dragó son:

Una especie de diosecillos manes, penates o lémures de la era clásica, es decir, básicamente demonios familiares^[4].

Por otra parte, para Carlos Canales y Jesús Callejo, buscadores de elementales por nuestra geografía, habría que distinguir entre duendes domésticos, diablillos familiares y duendes dañinos, siendo las diferencias entre unos y otros demasiado extensas como para abordarlas en esta obra.

Ángel del Río define al duende diciendo que es:

Un espíritu que el vulgo cree que habita en algunas casas y que travesea, causando en ellas trastornos y estruendo^[5].

El Diccionario de Autoridades los define acercándolos a los demonios, y aportando una de las cualidades que les van a distinguir de otros seres elementales: especie de trasgo o demonio que por infestar ordinariamente las casas se llama así.

Covarrubias en su inmortal obra los define como:

Algún espíritu de los que cayeron con Lucifer, de los cuales unos bajaron al profundo, otros quedaron en la región del aire, y algunos en la superficie de la tierra... hay opinión que estos duendes tienen a su cuenta el guardar los tesoros escondidos

Y no deja de ser significativo este autor pusiera un único ejemplo cuando habla de estos seres, y éste estuviese referido a... Toledo:

Algunas burlas han querido hacer personas traviesas o por entretenimiento o por infamar las casas que no haya quien las alquile y las vivan ellos en balde, pero suele costarles caro, como aconteció en Toledo a uno que se hizo duende, y a quien castigó ejemplarmente Diego de Zuñiga corregidor de esta ciudad^[6].

Por lo que sabemos Diego Zúñiga castigaba a mucha más gente además de a este infeliz.

En las antiguas tradiciones gaélicas y bretonas, los duendes eran los ángeles que en la batalla inicial entre el Hacedor y el Maligno, no supieron en que bando quedarse, motivo por el cual no fueron lo suficiente malos como para ser condenados eternamente, ni tampoco lo suficientemente buenos como para seguir siendo ángeles. Seguramente por eso, sean tan fastidiosos...



Ilustración 20. Duende según la onírica imagen de Víctor Soler.

Sin duda, los duendes constituyen el grupo más numeroso dentro de los seres elementales, y su presencia es una constante en todas nuestras regiones con una enorme variedad de nombres, apariencias y atributos. Pensemos que la creencia en ellos estaba absolutamente generalizada durante la Edad Media y siglos posteriores, dándose el caso de que hasta el mismísimo Torquemada, a la sazón Inquisidor General, vivió un caso a los diez años de un trasgo que lanzaba piedras, y quién sabe si tal circunstancia influyó en su manera de dictar justicia sobre los reos acusados de pactos demoníacos y cuestiones similares. A las pruebas nos remitimos.

Como rasgo distintivo entre nuestros duendes y los centroeuropeos podemos decir que los duendes ibéricos carecen de alas, al contrario que los de nuestros vecinos, de los cuales, los países escandinavos e Irlanda, son los que mayor tradición presentan, con leyendas que se pierden en la noche de los tiempos.

Un dato que nos parece revelador es que una buena parte de nuestros literatos del siglo de oro, así como los anteriores y posteriores se ocuparon de ellos, señal

inequívoca de que la duda estaba presente, bien en forma de cuento o leyenda, bien en forma de creencia absoluta. Podemos citar a guisa de ejemplo, de entre los que de ellos se ocuparon a Calderón, Lope de Vega, Cervantes, Torreblanca, Vélez de Guevara y un largo etcétera.

¿Ha habido duendes en Toledo? ¿Los hay todavía? Lo cierto es que no tenemos muchas noticias de ellos, y más si lo comparamos con otras zonas norteñas de nuestra geografía, siendo ésta característica habitual, ya que no frecuentan el trato con humanos; por tanto no vamos a pronunciarnos, haga cada uno con su imaginación lo que le venga en gana, pero quede patente que algún que otro duendecillo si que parece que tomó asiento entre nuestros muros, y quedose a vivir y aún incordiar lo suyo.

Sin duda el duende que debería ser más conocido en la ciudad es el que, supuestamente, da nombre a la casa del duende, frente a la Iglesia de San Miguel, y sin embargo, que nosotros sepamos nunca se manifestó ser alguno en ese caserón, derivando la mala fama del inmueble —como se ve en otra parte de este libro— de la presencia de una bruja y su conciliábulo de seguidores. Todos arden finalmente en las llamas de la casa y, suponemos en las del infierno. Descendamos por la cuesta de los Pascuales y el Locum, y llegaremos hasta la calle de Sixto Ramón Parro; frente a la Puerta de los Leones de la Catedral encontramos nuestra siguiente parada: el Callejón del Vicario.

El folclorista Ismael del Pan nos relata un par de ejemplos de duendes, éste entre ellos, recogidos a principios del siglo pasado:

Como vestigios de la vida supersticiosa del Toledo medieval, quedan aún en algunas viviendas de los callejones recónditos de esta ciudad maga, duendecillos traviesos, seres invisibles, bromistas y juguetones que hacen a veces inhabitables ciertas casa por el movimiento que experimentan los muebles, alteraciones en el ajuar doméstico, roturas de cristales...

Y más adelante añade:

Casa conocemos, en el callejón del Vicario, que tuvieron que dejarla unos pacíficos vecinos por la poca agradable compañía de un duendecillo intelectual, que se entretenía en sacar todos los libros del dueño de la casa, y dejarlos abandonados, en desorden, una vez que se han dedicado durante la noche a sus escauceos literarios. Y en la calle del Arrabal, existió hasta hace poco una vieja casa sobre la que llovían piedras, de procedencia desconocida, siempre a la misma hora y con detrimento, por supuesto de cristales, de tragaluces y ventanas^[7]

De esta misma casa hemos encontrado una pequeña referencia en uno de los diarios locales, concretamente en La Campana gorda:

La casa número 13 del callejón del Vicario es objeto, hace unos meses, de los más extraños sucesos. Los vecinos que hace tiempo la habitaban vieron cierta noche duendes, a quienes ahuyentaron con voces y algo más. Se repitieron las visiones y los inquilinos abandonaron la casa. Estuvo ésta largo tiempo desalquilada, y por fin surgió un nuevo vecino que noches pasadas anduvo a voces con los fantasmas (según cuentan), y de aquí que la familia no podía vivir tranquila en la fantástica morada del callejón del Vicario y también la ha abandonado precipitadamente^[8].



Ilustración 21. Callejón del Vicario, o de la cárcel del Vicario, enclave donde vivió el duende más conocido de la ciudad.

Dejando atrás la Catedral, y adentrándonos por el pasadizo que desemboca frente al Palacio de Caracena, llegaremos a Santo Tomás, y de allí, enlazaremos con el

siguiente enclave encantado. Gómez Camarero, recuerda que hacia comienzos de siglo, era bastante conocido otro duendecillo que traía a mal vivir a los vecinos de la Plaza Del Conde y de todo el barrio de Santo Tomé, llegándose a concentrar varios centenares de vecinos en sus cercanías, expectantes por escuchar el golpeo constante del duende en el tejado de la casa, sin que tengamos noticias del final de aquella situación.

Tan solo un par de metros nos separan de otro de los enclaves mágicos de la ciudad: las casas que fueron del Marqués de Villena, actual Casa del Greco, lugar éste que tantas veces nos ha aparecido como enclave mágico. También se la relaciona con estos seres, y así podemos leer en cierta noticia de 1868 lo que sigue:

El vulgo, asaz supersticioso y asustadizo empezó a huir de sus inmediaciones, pues se creía muy de seguro que en los subterráneos del palacio, el bueno del Marqués, el nigromante y el hechicero, según se le llamaba, tenía frecuentes conciliábulos con brujos, trasgos y duendes, ejerciendo allí sus artes mágicas^[9].

Si el viajero-lector quiere ver la única escultura que representa a un duende en Toledo, tendremos que ir, como no, hasta el claustro bajo de San Juan de los Reyes, entre cuyo mágico universo aparece un joven, vestido a la usanza medieval, con látigo y espada, intentado dar caza a un duende con capucha que trepa por una enredadera para escapar de su perseguidor.



Ilustración 22. Insólita representación de un duende en el claustro de San Juan de los Reyes.

Llegó el turno de salir de nuestras murallas. Como siempre merece la pena detenerse unos minutos fuera del coche frente al majestuoso Tajo; un buen lugar para hacerlo es la Casa del Diamantista en donde se cuenta una leyenda relacionada con los duendes del Tajo, que más o menos viene a decir que, una vez que le encargaron al orfebre toledano José Navarro, —a la sazón dueño de la casa— la corona de Isabel II, fruto de la tensión que tan alto encargo le producía se pasaba las horas diseñando bocetos sin que ninguno le satisficiera. Presa del cansancio quedose dormido, comprobando al día siguiente que tenía encima de su mesa un excelente dibujo de la corona que él no reconocía como propio. Cuando se dispuso a engarzar las joyas no le encajaban ni las formas ni los tamaños, así que volvió a inquietarse y a realizar numerosos intentos hasta que tornó a quedar dormido, para comprobar con estupor al día siguiente que las joyas encajaban perfectamente en la corona. Suponiendo que algo extraño sucedía, puesto que él tampoco recordaba haber tallado las alhajas de la forma en que ahora aparecieron, decidió fingirse dormido la noche siguiente, y al hacerlo pudo comprobar que unos pequeños duendecillos salidos de las riberas del Tajo eran en realidad quienes le ayudaban con los trabajos de la corona. Este es el emplazamiento de finalización de esta parte. Si se decide emprender viaje hasta los enclaves provinciales, le sugerimos que se detenga antes unos minutos aquí mismo, porque es un excelente emplazamiento para estar “ojo avizor” ante la salida del agua de nuestro siguiente seres elementales, las hadas y ninfas, y atención porque no estamos hablando de Nessi, el famoso monstruo del lago Ness tan esquivo, a éstas les da muchas veces por asomarse fuera del agua.

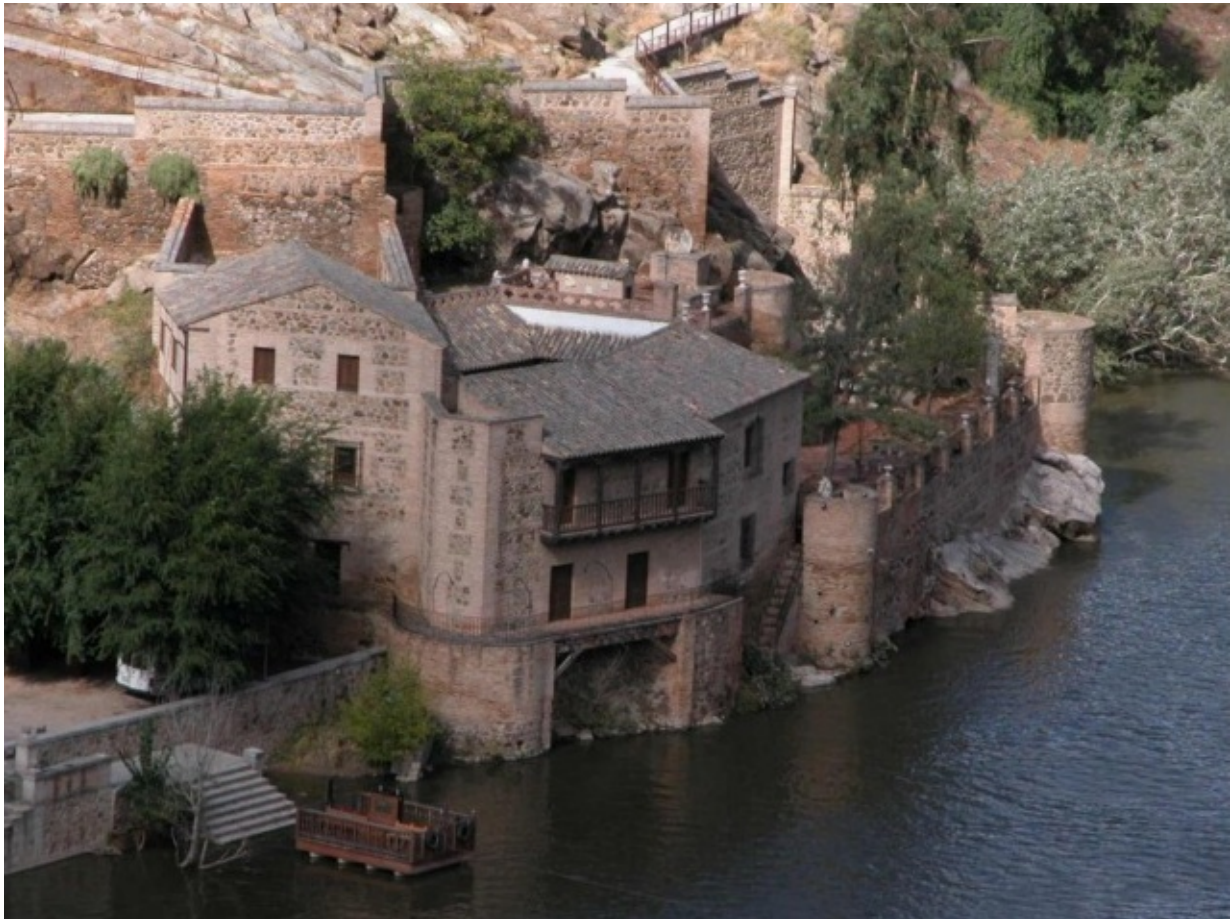


Ilustración 23. Casa del Diamantista, lugar donde vivió el orfebre José Navarro.

Si hemos optado por tomar el vehículo, avisamos al viajero que estos pueblos están a una considerable distancia unos de otros, y en comarcas separadas. Sin embargo, estamos seguros que en ambos lugares encontrará sobrados motivos para permanecer un buen rato en el pueblo.

Hemos de señalar que tampoco en nuestra provincia fueron frecuentes, pero sin embargo podemos citar varios casos que inquietaron a los habitantes de los respectivos pueblos. Nos estamos refiriendo al duende de Cazalegas, muy relacionado con aspectos folclóricos, y al duende de Mondejar, más conocido como el “martinico” quien allá por el año 1759 hizo correr ríos de tinta, fundamentalmente por su amistad con una niña llamada María, del toledano pueblo de la Guardia, (por eso lo incluimos aquí aunque sea “vecino” de otra provincia) y a quien se le presentaba normalmente en forma de capuchino o de culebrón. El asunto terminó en manos de la Inquisición, pero afortunadamente la causa fue sobreseida sin más complicaciones.

Carlos Canales y Jesús Callejo nos dicen a propósito de los duendes que:

Relacionados con ellos es la creencia que existía en el toledano pueblo de Las Ventas con Peña Aguilera, de que ciertas personas tenían la obligación de vestirse de fantasmas durante las noches de Cuaresma: unos por herencia tradicional, otros por promesa al curarse de una gran

enfermedad. Si por alguna razón no lo hacías, los cacharros de la cocina empezaban a entrechocarse y a bailar^[10].

El nombre de “martinico” se aplica, según Manuel Martín a los duendes de ambas castillas como denominación genérica:

Martinico o martinillo son nombres con los que se conoce en amplias zonas de España, Castilla, León, La Mancha, Aragón etc. a los duendes. Su aspecto es el de un ser humano de corta estatura, extraordinaria fealdad y siempre vestido con hábito de capuchino. Suelen hacer pequeñas fechorías, tirar piedras, y sobretodo asustar a los humanos en sus casas^[11].

Viñas y Paz en la Relación de los pueblos de España, recogieron el suceso acaecido en Villaluenga de la Sagra, fundamentalmente en su castillo donde, como si de un típico fantasma se tratara, se pudieron ver espantosas visiones, y además, todo el camino que conducía al castillo, al sentir del vecindario estaba plagado de duendes. La historia de los duendes de este pueblo se ha mantenido viva por espacio de más de tres siglos.

En Ocaña, a comienzos del siglo xvii en un domicilio particular llovían piedras en el tejado, fenómeno éste absolutamente relacionado con los duendes, y una de ellas acertó de pleno en la cabeza del sacerdote Manuel de Toledo, quien acudió a este lugar para realizar los pertinentes exorcismos.

La última parada se la debemos a nuestra amiga Sandra; gracias por presentarnos a la abuela María y sus historias interminables sobre los aspectos curiosos de Nambroca. María nos da cuenta de cómo en este pueblo, poco antes de la guerra, se sabía de la existencia de cierto duende que vivía en el interior de una de las numerosas cuevas que horadan la villa, y a las que, en muchos casos se accede por el interior de las viviendas. Aunque parece ser que nadie consiguió verlo, todos los vecinos sabían de su existencia. Lo curioso del caso es que la fama del duende llegó a tal extremo que hubo que dedicarle una de las calles principales del pueblo, que se llama precisamente calle del duende. La maldita guerra incivil terminó con esta extraordinaria historia como con tantas cosas, afortunadamente queda gente como María —quien prepara unos bizcochos insuperables— para rememorar la tradición más oculta.



Ilustración 24. En Nambroca le dedicaron una calle al duende más conocido del pueblo.

Terminamos con una cita textual. En el año 1920 cierto alumno de la Academia de Infantería llamado Muñoz Valcárcel, recogía en un artículo titulado *Fantasia toledana*, impresiones de terror que había sentido en algunos lugares de esta ciudad, lugares que no menciona, y como dejándose llevar por estas pesadillas había tenido extrañas visiones:

Pronto comenzó mi vista a extraviarse y a abandonarme la razón, y paralizado de terror, vi, en fantástica y alocada visión duendes, trsgos, dragones, quimeras, reptiles y monstruos alados que de cornisas y adornos descendían^[12].

Tal vez los duendes toledanos le jugaran una mala pasada al poco valeroso soldado. Deseamos mejor suerte a nuestros viajeros-lectores que al alumno de la Academia en los siguientes paseos que nos restan, pero por si acaso, no olviden seguir portando sus amuletos disuasorios.

5.2. Hadas, Ninfas y Gnomos

PUNTO DE PARTIDA Y DE FINALIZACIÓN: Casa del Diamantista

Cuando se publicaron las actas del Congreso del Toledo Mágico y Heterodoxo, se eligió como portada un precioso dibujo de cierta pintora madrileña. En él se veía el río Tajo a su paso por la casa del Diamantista, y sobre el que revolotean ninfas, hadas y otros seres mágicos. Y la verdad es que no existe excesiva tradición de la presencia de estas encantadoras criaturas entre nosotros, y las pocas referencias que hemos encontrado las relacionan inevitablemente con el río y siempre a través de la literatura.



Ilustración 25. El río Tajo a su paso por la Casa del Diamantista.

Los primeros antecedentes de la hadas hay que buscarlos en la mitología griega, con las Keres y Moiras, así como en las parcas romanas. Tradicionalmente se les viene representando con forma de mujer de gran belleza poseedora de poderes mágicos, así como con un gran conocimiento de las personas y las cosas. Con el tiempo, las hadas ocuparon un lugar preeminente en las fábulas y cuentos infantiles, y durante la Edad Media y siglos posteriores se creía en la existencia real de estos personajes, siendo por tanto las protagonistas de numerosos relatos medievales, en los que aparecen como espíritus del agua la mayor parte de las veces.

El Diccionario de Autoridades cuando habla de ellas, las menciona como “hadas, o hadadas”, y dice que son aquellas mujeres que fingieron los antiguos ser ninfas, que estaban encantadas. En lo que están de acuerdo la gran mayoría de los folcloristas es que su ocupación principal consiste en guardar tesoros (lo cual no deja de recordarnos aquel tesoro que apareció en la casa del barquero del tajo, a orillas del río, y que hizo millonario al afortunado descubridor), lavar su ropa, hilar madejas, danzar, peinarse etc. Suelen vestir túnicas blancas vaporosas, quizás como recuerdo de antiguas diosas o vestales romanas de quien son “familia lejana”.

Los dos poetas que primero, y con más interés se ocuparon de ellas fueron Román de la Higuera y Garcilaso de la Vega, en palabras de Caro Baroja:

La idea de que en el Tajo hay ninfas es un lugar común poético desde entonces. No hace falta que Román de la Higuera forje un texto antiguo en el que se pruebe que efectivamente las hubo^[13].

Callemos nosotros y dejemos que la inmejorable pluma de Garcilaso sea la encargada de retratar a estos seres:

*“Hermosas ninfas, que en el río metidas
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas,
y en columnas de vidrio sostenidas,
ahora estéis labrando embebecidas
o tejiendo las telas delicadas...”*

Más adelante escribiría el poeta:

*“Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba
Que pudiera los ojos del camino
Determinar apenas que llevaba
Peinando sus cabellos de oro fino
Una ninfa del agua, do moraba
La cabeza sacó y el prado ameno
Vio de flores y de sombra lleno”*

Es posible que Lope de Vega estuviera influido por la idea poética expuesta por Garcilaso sobre nuestro Tajo cuando escribió los siguientes versos también dedicados a nuestras ninfas:

*“¿No ves en los cristales, vuelta en hielo,
una Ninfa del Tajo, que porfía
hacer del agua a todo el cuerpo un velo?”*

*¿No ves del dulce Ovidio la poesía,
verdad en las riberas de Toledo,
como él en las de Arcadia la fingía?”.*

O sea que según Garcilaso, las Ninfas viven y juegan en el Tajo, y salen de él para confeccionar telas de oro y correr por los prados. También suelen salir para escuchar historias que les cuentan los pastores que han sido tocados con el don de su amistad, y que por tanto son inmunes a sus encantos.

Góngora las retrataba literariamente con los versos, que tienen la particularidad de presentarnos por vez primera a los Ninfos, a quienes suponemos compañeros de las Ninfas:

*“A vos digo Señor Tajo
el de las Ninfas y Ninfos
boquirrubios toledanos
gran regador de membrillos”.*

En lo que se refiere a la provincia, avisamos que nos sucede lo mismo que en el caso de los enclaves templarios, son tantas las referencias que no nos atrevemos a indicar un itinerario, y dejamos que sea el viajero-lector quien con el plano de la provincia escoja según sus intereses. Jesús Callejo nos cuenta que:

Salen de madrugada para peinarse, lamentarse, cantar dulces melodías, o sencillamente para aparecerse a los que pasan cerca de sus moradas. Suelen ser jóvenes y bellas, y en la mayoría de los casos se trata de princesas, moras, hadas rubias o jóvenes engañadas. Hay noticias sobre ellas en localidades como Belvis de la Jara, Espinosa del Rey, Gálvez, Navahermosa y La Guardia^[14].

Con un sentido absolutamente candoroso eran a veces utilizadas las ninfas, incluso por la propia iglesia toledana, tal y como leemos en la Revista Toledo:

He aquí la memoria descriptiva de las danzas dispuestas por el cabildo toledano para el Día de Nuestra Señora de agosto de 1558: la primera danza será ésta. Entrarán primeramente dos salvajes los cuales van haciendo demostración de que van huyendo de ocho monteros que los

siguen, y con los monteros vienen ocho ninfas las cuales serán ocho niños, estos se vestirán los vestidos de la obra que parecerán bien y llevarán en sus cabezas sus cabelleras y encima sus guirnaldas de verduras y ceñidas al cuerpo unas cintas hechas de yedra muy bien. Llevarán estas ninfas sus flechas y saetas en las manos todas muy bien aderezadas^[15]

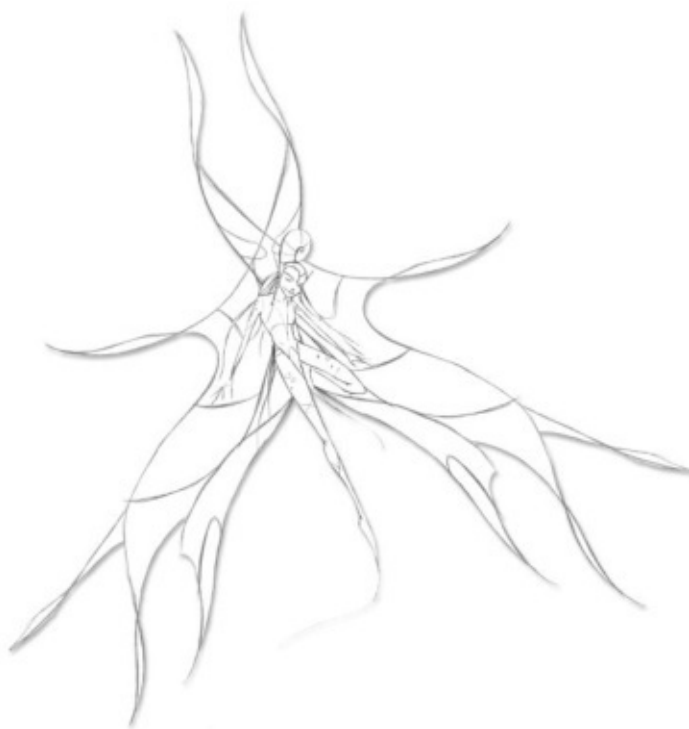


Ilustración 26. Un hada del Tajo vista por el genial Víctor Soler.

A mitad de camino entre lo fantasmagórico, las hadas y las ninfas se encuentran esas presencias que el folclore misterioso y la tradición, ha bautizado como las "encantadas", todas ellas aparecidas del género femenino.

En la localidad de Ocaña, en esa extraña construcción llevada a cabo por Juan de Herrera que es la Fuente Grande, lugar que el Conde de Cedillo describiera como “monumental y de suntuosa fábrica”, otorgándole una medidas de 210 pies de largo, por 192 de ancho, hay quien asegura que cada año se aparece, lo que para algunos es la princesa mora Zaida, y para otros no es más que una de estas hadas, o una "encantada" de una belleza infinita, que desea robar el corazón de algún mozo que consiga verla. Sea como fuere lo que es seguro es que no habremos realizado un viaje en vano si nos acercamos hasta la fuente, y admiramos ese insólito monumento, levantado por la última logia de canteros venidos de Cantabria, los de la Trasmiera. Por cierto que según parece debajo de la fuente se esconde una enorme oquedad o túnel cuya utilidad aún se desconoce, pero que pudiera estar relacionado con la famosa cueva de Sopena, que sigue en paradero desconocido, situándose entre la

localidad de Villarrubia de Santiago y el río Tajo, y que según Lucrecia de León, la más conocida de las videntes castellanas durante el reinado de Felipe II y personaje del que nos ocuparemos en el último capítulo, sería el único enclave, junto con Toledo, que se salvaría de la nueva invasión de los musulmanes. Sin duda esta historia de la aparición nos recuerda mucho a ese fantasma aristocrático que se supone se pasea por el Jardín de los Abencerrajes de la Alhambra desde el siglo XV, o aquellos otros que deambulan por ciertos palacios madrileños.

Navahermosa guarda entre sus recuerdos legendarios la presencia de dos "moras encantadas", que habitan el Castillo de Dos Hermanas, pero que en la noche de San Juan, fecha mágica por excelencia del calendario español, abandonan su encantamiento para lavarse en el cercano arroyo, y después regresar al recinto. ¡¡Ay de aquel que consiga verlas!! Dese por perdido.

Otro lugar más; en el recién inaugurado parque arqueológico de Carranque se puede contemplar unos restos conocidos como "ninfeo", precisamente por ser un lugar dedicado a las ninfas, tan temidas por el mundo romano.

Una historia singular se ha producido en una buena parte de la geografía española que liga a las hadas ni más ni menos que los caballeros templarios. Se trata de leyendas (Matalbaniega y alguna iglesia románica de Orense son un buen ejemplo) que aparecieron en torno a iglesias en las que existen canecillos eróticos, que en su origen no adoptaban estas posturas obscenas, pero que se transformaron mágicamente en las nuevas formas para representar los excesos y libertinajes de los templarios violadores de las hadas. Los canecillos se convertían así en testigos desenmascaradores de los freires obscenos y sátiros.

Emparentados de cerca con estos seres se encuentran, a caballo entre la superstición y la mitología, otro grupo de "elementales" que se dejan ver con mucha frecuencia en las zonas norteñas de la península y difícilmente por estas latitudes. Nos referimos claro está a los gnomos, de los que sólo hemos podido recoger una breve referencia:

El hecho lo relata en el libro "detrás del espejo", diciendo como en una ocasión, cenando con mi querido amigo el arqueólogo Javier Ruiz, éste me contó haber visto en las toledanas Cuevas de Hércules a un gnomo de mirada perversa, aunque no diabólica, decrepito y ágil a un tiempo, vistiendo burdo sayal con capucha^[16].

Tradicionalmente se asocia también a estos seres con la custodia y salvaguarda de tesoros fabulosos, como los que insistentemente se mencionan alrededor de las cuevas, sin que duden en disfrazarse de cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo, y así disponemos de abundantes ejemplos en la península en los que a los gnomos se les identificaba con monjes sobrenaturales. El propio Jesús Callejo, nos

cuenta que:

Uno de los lugares donde tradicionalmente se asegura que menudean esta clase de misteriosos monjes que custodian riquezas es en los mágicos Montes de Toledo, donde algunas de las cuevas y barrancos — tan numerosas en la zona de los Yébenes— están plagados de tesoros guardados por extraños encapuchados con guisa de frailes a los que se ha visto paseando en silencio, saliendo y entrando de sus escondrijos subterráneos de vez en cuando^[17].

En páginas sucesivas (ver capítulo noveno) se hablará de la posibilidad de que una de las gárgolas de San Juan de los Reyes, sea en realidad la representación de un gnomo, que estaría caracterizado como un frailecillo siguiendo la tradición castellana.

En la localidad de El Viso de San Juan, vivieron dos personajillos de cuidado, Hernando Alonso y un fraile llamado el Doctor de las Moralejas, quien auxiliado por un gnomo, o un demonio familiar era capaz de encontrar tesoros o de curar a menesterosos purulentos. Parece ser que el tal Hernando criaba serpientes en su casa que luego utilizaba en sus ponzoñas, y era experto en otra buena suerte de habilidades curanderas, vamos, que era un aprendiz de mago o hechicero... lo de la actuación del gnomo es lo que no nos queda tan claro.

Calderón de la Barca, en su obra “Mañana será otro día”, nos ofrece un curioso testimonio de un animal fantástico al que llama el “Perro de Olías”, y que encarna a aquellas personas que por querer tenerlo todo, al final se quedan sin nada. Suponemos que Calderón lo tomaría de la tradición oral de su época. Nosotros no hemos encontrado ningún otro testimonio que nos hable de este perro bobo del vecino pueblo, por lo que no sabemos a ciencia cierta en qué, o en quién pudo inspirarse para escribir su obra.

En lo que respecta a ogros y asustaniños, tan abundantes en otras partes de nuestra geografía, en Castilla, y más concretamente en Toledo, parece ser que sólo disponemos de un par de buenos ejemplares: el conocido como Tragaldabas, especialista en manducarse a niños, y del que la mejor referencia es un cuento popular publicado a comienzos de siglo por un tal Almodóvar, cuento que titula precisamente “El Tragaldabas”, y cierto asustaniños conocido como el “tío Camuñas”, recogido por Callejo en los “Dueños de los sueños”, sujeto del que leemos que fue un personaje real llamado Francisco Sánchez, que vivió en el siglo XVIII y XIX, en este pueblo toledano, combatiendo con ardor a las tropas francesas, acuñándose entonces la frase! !Que viene el tío Camuñas!! Como sinónimo del miedo. Lo curioso es que la fama de este personaje se mantiene todavía en Asturias, Cataluña y otras zonas de España, como si del “hombre del saco” se tratara.

5.3. Seres espectrales y presencias del Más Allá:

PUNTO DE PARTIDA: El castillo de San Servando

PUNTO DE FINALIZACIÓN: Puerta de Bisagra

Fuegos que se encienden y se apagan solos, extrañas figuras sobre las paredes, puertas que hacen ruido, lamentos y llantos sobre el silencio de la noche son algunos de los elementos sobrenaturales que se dan cita cada día en el casco histórico de Toledo^[18].

Con estas palabras comienza su artículo “Fantasmas en la noche toledana”, Francisca Ramírez, redactora del diario ABC en nuestra ciudad. En él pasa revista a algunas de las visitas nocturnas que cierta empresa de servicios turísticos, Entorno Toledo, viene realizando con exquisito gusto y acierto por nuestra ciudad. No anda errada la amiga Francisca como se verá en las páginas que siguen.

La preocupación ante lo que acontezca después de la muerte es otra de las constantes del ser humano y de todas sus culturas, la mayoría de las cuales, admiten sin reservas como cierta, la posibilidad de que personas muertas regresen a este mundo por diferentes causas. Así la creencia en estos seres del más allá o presencias espectrales alimenta una enorme cantidad de mitos materializados en diferentes entes, muchos de los cuáles, deben su existencia a la superstición sin más. Generalmente estos seres vuelven de la ultratumba a pedir algo a los humanos, a cumplir encargos inconclusos o simplemente a prevenirnos de que algo grave va a suceder. Nadie tan proclive a creer en fantasmas como aquellos que se dedican a ahuyentarlos.

Desde la época romana existe la creencia en estos seres, y así Tácito y Plinio mencionan en sus obras varias apariciones espectrales, siempre femeninas, como algo absolutamente normal.

A nuestro entender, tampoco ha sido nuestra ciudad propicia a la aparición de estos engendros o lo que sean, (que sobre esto no vamos a discutir, como tampoco lo haremos sobre si existen o no, que este es trabajo de parapsicólogos y/o psiquiatras, y por tanto muy alejado de nuestras pretensiones.) y eso a pesar de la opinión de Gómez Camarero, quien asegura que:

Raro era el invierno sin ningún fantasma enseñoreado por la noche en tal o cual barriada^[19].

Investido de leyenda aparece el primero de nuestros fantasmas, bajo el título de El fantasma del Castillo de San Servando, en la que se nos narran las vicisitudes y

devaneos del capitán don Lorenzo de Cañada para dar caza a cierto espectro por los alrededores del castillo y en su interior. En la versión que recogió Vicente Mena, la leyenda termina diciendo:

El fantasma del castillo de San Servando no ha vuelto a verse desde que don Lorenzo penetró sólo en el patio, la capa al brazo y en su mano dura de soldado heroico la hoja toledana. ¿Quién era el famoso fantasma del Castillo de San Servando? Sólo don Lorenzo lo supo y nadie más...^[20].

Existe otra versión feminizada sobre este castillo bajo el nombre de La fantasma de San Servando^[*], quien no es otra que la muerte, en visita al caballero templario Nuño Alvear en pesadosa noche, y con el que mantiene un macabro diálogo, para al final llevarse al caballero al averno. Descanse en paz, en templario y líbrenos de la presencia de tan malavenida parca.

Desde este paraje divisaremos el segundo enclave, narrado otra vez en forma de leyenda; de sobra conocida entre los toledanos, leyenda que nos narra las vicisitudes de Abu-Walid por reconquistar Toledo y su pena por la muerte de su amada. En la parte que ahora nos incumbe, la leyenda asegura que el espíritu de este personaje vaga todavía en las noches de luna llena por la conocida Peña del Rey moro, en el valle toledano.

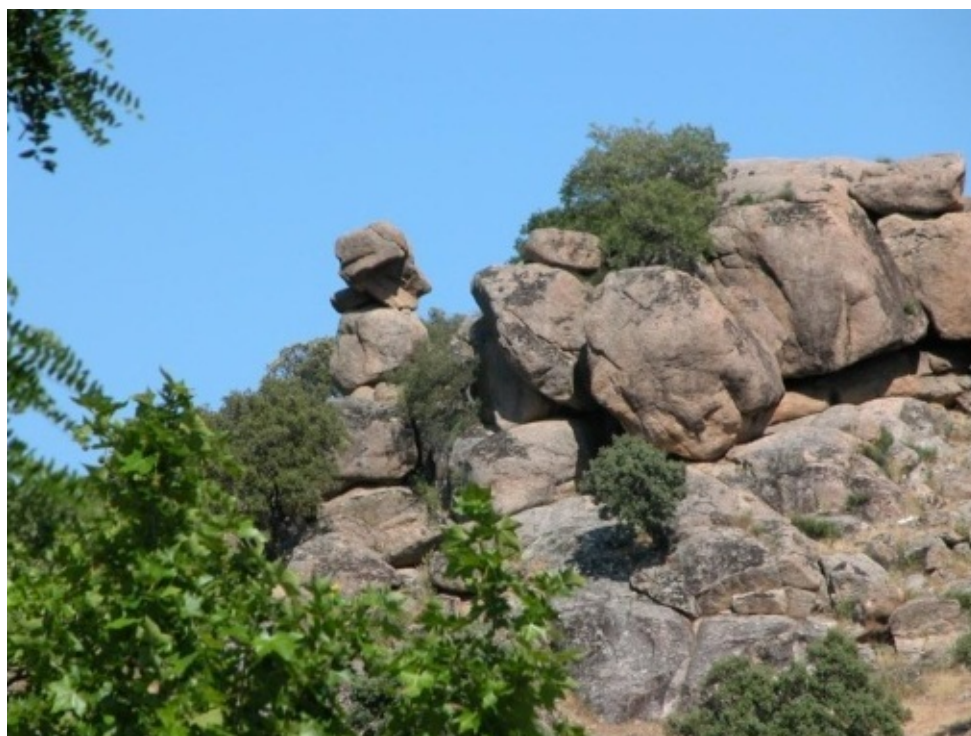


Ilustración 27. La Peña del Rey moro, lugar por el que vaga todavía el atormentado espíritu de Abu-Walid.

Abandonemos los fuertes muros del Castillo para adentrarnos en la protección de la ciudad y llegar hasta la Catedral, que el viajero-lector conoce bien tras tantas

jornadas en la ciudad. Sin duda donde más apariciones extrañas se han producido ha sido aquí, en la Catedral, en la que al menos en dos leyendas se recogen apariciones espectrales. Nos estamos refiriendo, claro está, a La ajorca de oro, y a La Penitencia de Acuña. En la primera, que de forma tan magistral nos legara Gustavo Adolfo Bécquer, toda una caterva de esculturas, esqueletos y figurillas provenientes de las diferentes estatuas y pedestales de la catedral, se acercaban amenazantes hacia don Pedro Alfonso de Orellana quien había intentado robar una ajorca de oro del brazo de la Santísima Virgen del Sagrario. En la segunda leyenda es el esqueleto del obispo Acuña quien camina al frente de una pléyade de espectros que salen de la cripta de la catedral para dirigirse hasta el altar mayor y terminar cierta misa que interrumpieron ofendiendo a Dios. Esta espantosa procesión, cual Santa Compañía toledana repite su tétrico caminar cada viernes santo, al decir de la tradición.

No son estas las únicas referencias recogidas dentro de la catedral. En el año 1993, con motivo del traslado y posterior enterramiento del Cardenal Gil Álvarez de Albornoz, cuyo cuerpo había permanecido en Roma desde hacía varios siglos, empezó a correrse el rumor de que se escuchaban voces que salían de su tumba, y durante algunas semanas los periódicos locales de la ciudad dieron puntual información sobre estos sucesos. Fernando Ruiz de la Puerta, señalaba en una entrevista concedida al diario *ABC* el 4 de abril de ese mismo año que:

Es lógico que se produzcan fenómenos extraños en la catedral, ya que las emociones y los pensamientos humanos se pueden registrar cual voz o imagen como en una cinta de vídeo o audio. Tengo amigos muy buenos fotógrafos que han captado con película de alta sensibilidad ectoplasmas en la catedral, y también se ha podido captar el sonido del más allá^[21].

Bécquer^[*] también se dejó hechizar por los encantos y ensoñaciones de Toledo, y escribiría una narración, supuestamente autobiográfica, titulada *La voz del silencio*, en la que se le aparece una hermosa mujer, que finalmente el reconoce como una aparición. Por desgracia, y en contra de lo que nos tenía acostumbrado, en este caso no nos da detalles precisos para localizar el enclave exacto, tan sólo nos habla de “las estrechas calles de la Imperial ciudad, y del reloj de un cercano convento”, datos demasiado imprecisos como para ubicar correctamente el lugar, a pesar que podemos sospechar que se encontraba en la judería, ya que a uno de los protagonistas de la narración lo señala como perteneciente a esta religión.

Polémicas aparte, la creencia en la supervivencia de las almas de los difuntos y su posible aparición es cuestión habitual en todas las épocas, culturas y religiones. Quizás por ello, Toledo también se merecía su ánima en pena, tal y como se recogió en su día en *El Día de Toledo*, en fecha tan lejana ya, como agosto de 1897. Para arribar hasta el lugar por donde esta ánima vagaba bastará con subir desde la catedral

por Arco de Palacio, y por la calle de la Granada llegar hasta las calles contiguas de La Sal y San Ginés, enclaves de las supuestas apariciones, las cuales, parece ser, que resultaron ser realizadas por un bromista obscuro y poco moralista. Lástima, nos quedamos sin esta ánima... o no. Lo que no está tan claro es la presencia descrita ese mismo año, en otro diario local cerca de San Vicente, a escasos 50 metros de las calles anteriores:

Me han dicho que de noche se ven fantasmas cerca de San Vicente y las Gaitanas. Que llevan muchas luces en la cabeza, y que van arrastrando gruesas cadenas^[22].

Y para que otros barrios no se quedaran sin su espectro, encontramos otra reseña en el *Heraldo Toledano*:

Hace unos días se habla de la aparición de dos fantasmas: uno por San Cristóbal, y otro por San Lucas. Aparecen entre once y doce de la noche^[23].

El diario no informa como terminó el asunto, pero suponemos que no pasaría de ser otra pesada broma de un par de zascandiles, o tal vez no...

Tal vez la explicación a estos fenómenos sea la proporcionada por el Padre Pilón, quien mantiene la teoría de que los fenómenos de apariciones tienen un origen animista, y por tanto es el propio ser humano el que provoca estos fenómenos aunque por el momento no sepamos las causas que los desencadenan.

Rafael Carrasco escribió cierta leyenda titulada La dama de los ojos sin brillo^[*], la cual, tiene ciertos tufillos “vampíricos”. En ella el protagonista don José Alfonso Guerra y Villegas, cae locamente enamorado, en una fiesta, de cierta joven que el autor hace pertenecer a la familia de los Orsinos, cuya casa señorial ocupaba una buena parte de la calle de los Aljibes (donde habremos llegado de manera sencilla desde nuestro último enclave). Acabada la fiesta don José presta su capa a la bella dama, quien agradecida por el gesto, le pide sin embargo que no le acompañe a su casa, y que al día siguiente se acerque para recogerla a la dirección por ella dada. Pasado un día nuestro galán comprueba con estupor que la dama a la que hace referencia, y que está retratada en un cuadro, llevaba muerta dos meses, al decir de su atribulada madre. Afligido y febril se retira a su casa y dos días después, cierto amigo suyo, aparece en la casa para hacerle entrega de su roja capa, que había identificado por las armas del broche de plata. Cuando don José interroga a su amigo sobre el lugar donde la halló, éste le informa que en el cementerio, junto a la tumba de la condesita de Orsinos. Repetimos, la condesita de Orsinos nos resulta sospechosamente vampírica.

Manuel Martínez recoge en su obra, tantas veces citada aquí, la existencia en Castilla de un ser espectral denominado “manona”:

Manona: gigantesca mano peluda que, según las leyendas de Castilla revuelve todos los enseres domésticos y que aprieta el cuello de los durmientes provocándoles ahogos y pesadillas. Se le suele identificar con un trasgo que adopta la forma de mano enorme para así llevar a cabo sus fechorías^[24].

Aunque el autor no menciona expresamente a nuestra ciudad, no podemos olvidar el parecido con cierta leyenda titulada Las bodas de Abdallah, recogida por Eugenio de Olavarría, y en la que una mano espectral aparece de la nada, ahogando al desdichado Abdallah para que no consiguiese casarse con la hermosa doña Teresa quien no deseaba el enlace. La tradición sostiene que el lugar donde tal suceso aconteció, fue donde estuvo el antiguo colegio de seminaristas de Santa Catalina, muy cerca del actual emplazamiento de los seminarios toledanos, y lugar al que tendremos que llegar deshaciendo una buena parte de nuestro trayecto, hasta llegar a la catedral y desde allí, la forma más directa, será descender por la bajada del Pozo Amargo y girar a la derecha por las carreras de San Sebastián.

Si hemos optado para salir de Toledo rumbo a los enclaves provinciales por la Puerta de Bisagra, el viajero-lector, siempre atento, se fijará en un detalle: que en lo alto de la misma un ángel blande su espada desafiante, lo hace desde tiempos pasados para evitar que se repita la aparición de la peste, que se presentó en la ciudad diezmando a la población tras engañar al ángel. Esta espantosa aparición no ha vuelto a la ciudad desde que el ángel desenvainó su aceró, toledano, naturalmente.

En nuestra provincia son abundantes los testimonios recogidos que nos hablan de este tipo de apariciones. Como siempre dejamos al viajero-lector la decisión de desplazarse hasta ellos y el orden en que lo haga, con la seguridad de que, elija los que elija de los que se reseñan a continuación, le aguarda más de una sorpresa.

Las principales apariciones y testimonios que conocemos se han producido en Consuegra, La Guardia, Miguel Esteban, Madridejos, Los Navalucillos, Torrecilla de la Jara, Retamoso...

En cuanto a las apariciones puede decirse que se han dado por toda la provincia pero siempre concretadas a un número reducido de vecinos, nunca a toda la localidad conjuntamente. Normalmente los muertos se aparecían a la familia tanto en la iglesia como en la casa (...) A veces los aparecidos confesaban secretos o deudas que dejaron, o se dedicaban a atormentar a los que no cumplían las disposiciones dejadas sobre su herencia^[25].

Curiosa era la costumbre en algunos pueblos de la zona central de Toledo de no comer gachas cuando se había producido algún fallecimiento, ya que se pensaba que el muerto las movía con el dedo. Detengámonos un poco más en Consuegra, que tiene el privilegio (?) de ser el único enclave (junto con Molina de Aragón en Guadalajara) que aparece como lugar mágico de Castilla la Mancha en la obra sobre los Enclaves Mágicos de España de Jesús Ávila Granados.

Según este autor el templo de San Juan Bautista, aunque perteneció a la Orden de San Juan, mantiene intactas sus posibilidades de haber sido edificado por los caballeros templarios, y la tradición mantiene que, por debajo de él, discurre un río subterráneo portador de aguas sagradas. Hay otra cuestión mágica interesante:

A pocos metros, por el camino de los Estanques, se halla un extraño y grueso monolito de piedra erigido contra los poderes del mal. Pintado en blanco, está coronado por una cruz de hierro: la cruz de Santa María, al pie de la cual, según cuenta la tradición popular, se ajusticiaba a los bandidos y se quemaba a las brujas^[26]

En Orgaz, hace unos años ciertos “fantasmas” mantenían en jaque al pueblo, guardia civil y autoridades a lo largo de varias semanas, en las que numerosos vecinos les pudieron ver, y los más valientes intentaron atrapar. Todo indica que se trataba de una gamberrada, pero lo cierto es que el asunto se terminó porque los fantasmas se evaporaron tan misteriosamente como habían llegado, y no porque se esclareciera el hecho.

Una cuestión nos ha llamado por encima de las demás la atención, y es la relativa a cierto suceso que paso a las crónicas del momento con los nombres de “el ataúd maldito” o “el vampiro de Borox”. El suceso arranca en tierras murcianas a comienzos del siglo XX, con cierto cadáver reclamado desde La Coruña, parece ser, que por un aristócrata polaco. Lo cierto es que por aquellas localidades por las que el sepelio iba pasando se producían inexplicables sucesos: sombras por las noches, gente desangrada, desapariciones misteriosas de jóvenes etc.

El investigador Miguel Aracil se desplazó hasta Borox para intentar recomponer la historia a su paso por este pueblo. Allí consiguió entrevistarse con vecinos que habían oído hablar de lo sucedido, en términos absolutamente upíricos, con descripciones de cierto hombre que chupaba la sangre a otras personas. Aracil termina su investigación diciendo que la leyenda del vampiro, fundamentada o no, había existido. Sobre este caso se ha ocupado también el upirólogo Jesús Palacios en su libro *Nosotros los vampiros*, donde menciona como uno de los principales investigadores sobre este asunto a cierto abogado toledano experto en heráldica. Bien está lo que está bien, pero tómese con las debidas reservas esta información.

En una de las pocas páginas web más o menos serias, que existen sobre

vampirismo (si es que podemos hablar de seriedad en estos temas) se afirma que Toledo es también conocida entre los “Despertados” como un sitio de poder para magos; aquí se afirma:

Un pequeño grupo de Nosferatu vive también en Toledo, apartado del prolongado conflicto. Sin embargo esta situación puede cambiar rápidamente; al norte de Toledo está la pequeña población de Maqueda, donde un castillo árabe se alza solitario y apartado. Se han visto luces en él durante la noche.

Vamos, que el castillo de Maqueda sería algo así como el centro de reunión de estos no-muertos. Leer para creer...

No podemos dejar de recordar también, que en Toledo hay cierta tradición que relaciona el líquido elemento que es la sangre con la ciudad. Nos estamos refiriendo tanto a una parte de la Leyenda del Cristo de la Luz, en la que la sangre del crucificado indica a los alguaciles el enclave exacto de su secuestrador, como al final de la leyenda mágica de la ciudad, cuando un grupo de aves levanta las cenizas de la antigua torre que se había construido sobre el nefando gimnasio de Hércules, y a aquel a quien le caía la ceniza, ésta se convertía en sangre y perecería en la batalla de Guadalete. Dos datos más “a vuela pluma” relacionados con lo que venimos diciendo: uno, en ciertos países eslovacos se hace pasar a un caballo por las tumbas de los cementerios y cuando se detiene y no quiere seguir avanzando delante de una de ellas es señal de vampirismo, vamos, algo así como lo que hizo el caballo de Alfonso VI en el Cristo de la Luz, salvando las distancias claro. Dos, la representación en forma de gárgola del vampiro de San Juan de los Reyes, formando parte de ese universo mágico y tenebroso con que los pedreros y escultores del monasterio nos agraciaron.



Ilustración 28. Gárgola de San Juan de los Reyes.

5.4. Casas y lugares “insólitos”.

PUNTO DE PARTIDA: cuesta de Carlos V

PUNTO DE FINALIZACIÓN: convento de Gilitos

Por tratarse de un asunto sumamente delicado, sobre todo para aquellas personas que las habitan, o las habitaron, es realmente difícil encontrar testimonios serios (vuelta a lo mismo de antes, si es que de seriedad puede hablarse en estos temas) que avalen la presencia de “encantamientos” en casas. Hasta el momento ya hemos mencionado unos cuantos inmuebles afectados por circunstancias “poco normales”: la casa del duende, la casa de “mal de ojo”, la del callejón del Vicario, la que existió en el Arrabal y la situada en el callejón de abogado. A ellas debemos sumar numerosos enclaves, los cuales parece ser que, en algún momento de su historia, han sufrido efectos extraños, o los siguen padeciendo todavía, y así se recogió en los diarios, libros o documentos de la época. Tenemos que señalar que debemos la mayor parte de la información que aquí se recoge a nuestro buen amigo Fernando Ruiz de la Puerta, magno recopilador de sucesos mágicos de Toledo y España de entera, quien lleva más de veinte años compilando testimonios sobre estas “infestaciones” de casas, y lo que es más importante, aportando la versión científica al hecho. Sin duda Fernando las conoce mejor que nadie. Por delante como siempre, nuestro agradecimiento por las muchas horas de caminar por nuestras empinadas cuestas al

compás de tanta historia maravillosa. Suyos son por tanto, que no nuestros, una buena parte de los testimonios recogidos.

Como decía Julio Caro Baroja, pocos habrán sido los pueblos y ciudades de nuestro país que no hayan tenido una casa mal famada, y Toledo no podía ser una excepción tampoco en esto:

El punto mágico, el lugar diabólico, ejercía una impresión considerable sobre el viajero, el marino, el peregrino antiguo. Las sensaciones del cansancio, abatimiento etc., debían producir terrores colectivos e individuales^[27].

En primer lugar hemos de recordar que muy cerca del Alcázar, en la actual Cuesta de Carlos V, existió el Convento de Capuchinos en el que se producían cosas asombrosas allá por el siglo XVII a cargo de una beata llamada María de la Paz, visionaria capaz de entrar en éxtasis o ser poseída por el mismo Satán, asunto por el que intervino la Inquisición, aunque, como solía ser habitual en este tipo de causas, la condena fue leve.

Siguiente. Cierta compañera de un servidor de ustedes, al saber de la futura edición de este libro se apresuró a comentar dos casas, supuestamente encantadas, que ella conocía de “primera mano”, una, que permanece cerrada a cal y canto desde varios años en la cuesta de los portugueses, y el edificio de la casa del Temple, muy cerca de donde nos encontramos, y que el viajero-lector recordará seguramente porque ya anduvimos por aquí al hablar del Temple. De la primera de ella, nos cuenta que la chica que la alquilaba y que cuidaba a dos ancianas empezó a sufrir visiones de las dos ancianas después de muertas, mientras que sobre la casa del Temple lo que narra es que cierto camarero del restaurante ubicado en ese inmueble enloqueció de repente, sin causa aparente salvo ciertas visiones que decía haber presenciado en el interior del inmueble.



Ilustración 29. El caserón “encantado” más conocido de la ciudad, ya desaparecido.

Volvamos a realizar una bajada que ya hemos llevado a cabo en otras ocasiones, caminemos por la cuesta del Pez, la calle del Cristo de la Calavera, y bordeando San Justo y San Juan de la Penitencia encontraremos un mirador desde el que podremos contemplar una preciosa vista del barrio de San Lorenzo, y cierto caserón semiderruido, que se encuentra justo en la espalda de este convento de San Juan de la Penitencia en la calle de San Lucas, en el que se han registrado psicofonías inquietantes, ruidos y golpes, luces que se encienden y se apagan solas..., entre otros sucesos paranormales.

Si continuamos el descenso llegaremos hasta la carretera de circunvalación de la ciudad, y de ahí el viajero-lector se desplazará sin dificultad —porque ya lo ha hecho en otras ocasiones— hasta nuestro siguiente punto encantado. Cuenta Fernando que, la Casa del Diamantista también tiene mala fama, y que es un “sitio muy cargado” y que muy cerca de ella, en un lugar del río llamado “el piano” cada año, por el mes de julio moría una persona ahogada:

Este lugar está cargado positiva y negativamente, dependiendo del momento y la situación. La casa del Diamantista te puede crear situaciones eufóricas muy grandes o puede conducirte a estados depresivos^[28].

Ya dijimos en páginas anteriores que este enclave guardaba la leyenda de la presencia de duendes, y tal vez por eso, todavía hoy, en pleno siglo XXI y formando parte de ese “corpus toledano” que denominamos rumorología, la gente cree que la

casa está encantada, que hay espíritus en ella, y los más atrevidos, aseguran que en su interior se han celebrado ceremonias satánicas. Dejemos las cosas como están y no juguemos con ciertos fuegos no vaya a ser que nos quememos, o lo que tanto vale, nada de investigaciones “tintinescas” de aficionados inexpertos. Si algo tenemos claro, es que los fenómenos paranormales, las psicofonías o la ouija —por citar algunos ejemplos— no deben ser analizados, o realizados, de manera indiscriminada por sujetos no preparados ni con el único fin de pasar un buen rato.

Emprendamos la subida por el Pozo Amargo hasta llegar a la catedral. De allí subiendo por Arco de Palacio, enlazando con la calle de Nuncio Viejo, llegamos hasta el actual museo de arte contemporáneo, inmueble más conocido como la Casa de las Cadenas, que guarda la tradición de un judío, o un musulmán, dependiendo de la versión que tomemos, que forjaba allí misteriosamente durante la noche las cadenas con las que se hicieron prisioneros a los cristianos. A dos pasos se halla San Pedro Mártir, donde también se han producido fenómenos raros, y es que este lugar guarda un profundo dolor entre sus muros, ya que era la iglesia de mayor tradición inquisitorial de Toledo, y el lugar elegido para acoger a los reos antes de marchar hacia el auto de fe. Tal vez por esta razón hayan sido frecuentes los comentarios entre los empleados de este inmueble sobre los ruidos extraños, y hasta la aparición de cierta monja que deambula por los corredores del patio. Fernando Ruiz nos relata que durante la celebración de un Congreso sobre Masonería hace ya algunos años, los vigilantes que custodiaban las piezas de la exposición aneja, escuchaban cada noche ruidos extraños en las estancias superiores a donde ellos dormían, a pesar de que el inmueble permanecía completamente vacío. Curiosamente una casona cercana, el paraje conocido en Toledo como el Jardín del Armiño, habitada hasta hace poco tiempo por un conocido ceramista toledano también fue objetos de ciertos encantamientos que desesperaron a la familia propietaria.

A pocos metros hemos dejado la Plaza de Valdecaleros que ahora debemos retomar para llegar hasta la Casa del Greco, (sobre la que habremos de volver en el capítulo dedicado a las cuevas y subterráneos) lugar asociado tradicionalmente con la magia, la hechicería, la alquimia, los duendes y la nigromancia, y que es la ubicación de varias leyendas relacionadas con lo mágico, así como de uno de los episodios más conocidos del Conde Lucanor, concretamente el llamado Historia de Don Yllán y un deán de Santiago, relato en el que se nos narra la llegada a Toledo de un deán de Compostela para aprender artes mágicas. Pero sin duda la leyenda más extraordinaria que rodea a esta casa es la que hace referencia al Marques de Villena, y su supuesta doble muerte. Esta es sin duda una de las leyendas más mágicas de la ciudad, y por tanto habrá otro momento para recogerla evitando que caiga en el saco del olvido.

Caminando por el Paseo del Tránsito, que se encuentra un poco más abajo de esta casa, llegaremos hasta la actual sede de las Cortes de Castilla La Mancha, que fuera el antiguo convento de Gilitos, donde también se han producido situaciones extrañas, muchas de ellas fueron relatadas a los diarios locales por algunos de los vigilantes

jurados. Se hablaba de ruidos extraños, presencias inexplicables y fuertes corrientes de aire en estancias cerradas.

La lista se hace interminable. No podemos abarcar tanto enclave, así pues reseñaremos los últimos, pero léanse aquí sus historias; se terminó el caminar por hoy. Algunos vigilantes jurados del edificio del Nuncio, en la calle Real, nos han asegurado que muchas noches escuchan voces y pasos por las partes altas del edificio sin que hayan encontrado explicación alguna. De esto hace ya tiempo, no sabemos si el fenómeno se ha reproducido. Suma y sigue: cerca del convento de las Benitas, en un piso de estudiantes “algo” les retiraba la ropa de cama por las noches, cerca del edificio universitario de Lorenzana, se ven sombras que hablan con los niños de la familia... Lo dicho, el número de lugares encantados asusta, impone o paraliza según la creencia de cada cual. Por eso Bruno Cardeñosa llegó a afirmar en su conocido programa radiofónico que Toledo tiene el record mundial absoluto de lugares encantados. Prolonguemos la lista de los que conoce Fernando: en la cava Alta, en la calle Recoletos, cerca de la iglesia de San Bartolomé, cerca de la Puerta del Sol, o en pleno barrio de Santa Bárbara... no se libra ni el Seminario,^[*] no podemos decir más, nobleza y prudencia obligan, y por otra parte, si el viajero-lector desea obtener más información y las posibles explicaciones científicas de cada caso ya sabe a quién dirigirse.

Según algunos autores es posible que en el paraje conocido como el cerro del Bu, se ubicara la llamada torre de los Diablos, atalaya defensiva para proteger uno de los accesos a la ciudad, y de la cual, no hemos podido averiguar el origen de su nombre, aunque nos parece terriblemente significativo. Este enclave ha sido tradicionalmente objeto de suposiciones que lo relacionan como lugar mágico, como iremos observando a lo largo de las páginas que siguen. Todavía hoy, el paraje está tan cargado de misterio, que es como si ni siquiera los rebaños quisieran adentrarse a pastar allí.



Ilustración 30. Cerro del Bu otro de los enclaves mágicos toledanos.

Casa hay en Toledo de la que hemos recogido varias leyendas y novelas absolutamente dispares, nos estamos refiriendo a la conocida como Venta del Alma, situada extramuros de Toledo en el camino viejo que conduce hasta Polán. Sobre este paraje escribió Mario Roso de Luna una novela corta que tituló La Venta del Alma: una página del Toledo Judío en 1923, y se trata de una narración, a modo de leyenda en la que se ven envueltos un buen número de personajes desde clérigos a danzarinas, donde se mezcla lo mágico, el tesoro visigodo y hasta el sacrosanto Corpus Christi. En otra versión, la llevada a cabo por Miguel Ibáñez Ramos, la trama gira en torno a amores imposibles, y con personajes como la bella Beatriz y la bruja Nabila. En la tercera versión, publicada en el diario El Nuevo Ateneo, en 1880, se relatan los amores de final trágico entre la hermosa Laura y el incierto Gaspar. Sea como fuere, en los tres casos el halo de lo mágico y misterioso queda patente, y no deja de llamarnos poderosamente la atención la existencia de tantas referencias en un mismo enclave:

Desde entonces nadie se atrevía a cruzar por aquellos alrededores mientras la noche envolvía con sus sombras la ciudad, y aún los que durante el día pasaban por la venta, supersticiosos todos, se santiguaban al llegar a su puerta, sin tener ni aún el valor de volver hacia ella la cabeza^[29].



Ilustración 31. La Venta del Alma escenario de mágicas leyendas.

En lo que respecta a nuestra provincia las noticias son pocos los testimonios (recuérdese el caso del duende Martinico) pero uno nos ha llamado poderosamente la atención por haberlo verificado el jesuita Padre Pilón, quien no dudo en calificar las huellas aparecidas como pertenecientes al maligno animal conocido como grifo. Este caso fue presentado en una conferencia en el colegio Mayol de nuestra ciudad:

Inesperadamente han aparecido unas 48 huellas de garras de tres patas, en las cortinas de la casa de un pueblo toledano (...) Recientemente varios ingenieros textiles han manifestado que no pueden explicarse las causas que han originado las citadas huellas en la composición de las telas de las cortinas. Simultáneamente a las apariciones de las huellas, los propietarios de la casa, gente de clase media acomodada, comprobaron atónitos como las plantas de la habitación habían quedado prácticamente achicharradas^[30].

El padre Pilón, con la prudencia que le caracteriza no reveló el lugar ni la localidad en la que tal suceso se produjo, pero por terceras personas hemos podido saber que este fenómeno se produjo en la localidad de Ocaña.

Terminemos, recordando que una casa encantada no necesariamente debe estar

presidida por el mal, y por supuesto, ello es extensible a los casos de fenómenos, que pese a su espectacularidad, no tienen por qué ser siempre nocivos, así pues, no debemos asustarnos por futuros testimonios sobre estos enclaves, u otros que vayan apareciendo.

Indudablemente hacen falta buenas dosis de credulidad para aceptar una parte de estos extraños fenómenos, pero en esto nosotros no entramos ni salimos, no seremos pues quienes pronunciemos doctas opiniones al respecto. Otros con mayores méritos y credulidad ya lo hicieron antes. Nuestra labor se limita a recopilar datos y después, que cada palo sujete su vela.

Capítulo sexto. A través del laberinto urbano, a vueltas por algunos topónimos y recovecos

*Escúchame, hijo mío y aprende la sabiduría;
Y vuelve tu corazón atento...
Te descubriré una doctrina pesada en la balanza
Y haré que conozcas una ciencia exacta.*

ECLESIAÍSTICO, XVI, 24

PUNTO DE PARTIDA: callejón de San Ginés

PUNTO DE FINALIZACIÓN: plazuela del Calvario

La mañana ha amanecido nublada. El cielo cubierto ha empezado a dejar caer sus limpias aguas sobre el resbaladizo adoquinado de la ciudad. El viajero-lector piensa —con razón— que habrá que poner atención a los resbalones; ciertamente el empedrado es peligroso, así que será mejor proveerse de un buen par de botas, chubasquero y ganas de caminar. Ninguna de las tres premisas falta esta mañana. Mientras termina su café, (¡Dios mío!, esta mañana sabe mejor que nunca) se da cuenta de que el gris del cielo y los tonos cobrizos y grisáceos de las piedras le sientan bien a Toledo; este debe ser sin duda su color. Ni siquiera ha escuchado el “Abríguese, y que tenga usted un buen día” que amablemente le regaló el camarero. Ya ha comenzado su deambular... no lo perdamos de vista.

Seguramente no exista mejor manera de conocer una ciudad que caminando por sus calles, aquel axioma “machadiano” que rezaba caminante, no hay camino, se hace camino al andar, en el caso de Toledo se convierte en una verdad irrefutable a cada paso que demos, y los pasos en el tercer milenio se dan por calles que tienen nombres; por aquí andan los tiros en este paseo. Pensemos que la toponimia, lejos de ser una mera curiosidad para aficionados, es una herramienta muy útil, un auxiliar de la historia que nos permite conocer mejor nuestra historia y desentrañar la madeja de lo insólito, aunque para ello haya que conocer o que manejar etimologías antiguas, ajenas o de lenguas que nos son desconocidas, porque no pocos de estos lugares fueron bautizados por antiguos pueblos: ligures, árabes o hebreos. Lugares éstos que, en muchos casos, fueron posteriormente rebautizados por los toledanos con nombres más cercanos y familiares, aunque representativos de lo que allí acontecía.

Escribía Vicente Mena refiriéndose a nuestros callejones lo siguiente:

Es tan grande el misterio de estos callejones laberínticos y solitarios que es imposible sustraernos a la emoción recia en ellos sentida y a su

llamada de atención maravillosa y fascinante^[1].

En no pocas ocasiones, por el contrario, los nombres de las cosas permanecen inamovibles como pesadas rocas, sin que nada, ni nadie pueda erradicar de las mentes de la gente ese nombre pasado, por más que nos empeñemos en enmascararlo, eliminarlo o confundirlo. Este es el caso de algunas de las calles de Toledo cuyo topónimo es incierto, extraño, insólito, o incluso por momentos “políticamente incorrecto”, lo cual obligó a su modificación (sirva como ejemplo de cuanto afirmamos la desaparecida cuesta de Arrastraculos). En otros casos, el topónimo sigue presente ofreciendo a los investigadores de lo misterioso pautas para desentrañar un enclave que sigue oculto tras el velo de lo invisible. Recordemos a este respecto lo que nos dice García Atienza:

Es bastante corriente que los nombres de lugares conserven el recuerdo de sus características primitivas y de los cultos que tuvieron fuerza precisamente allí, en un momento determinado de la historia. Muy a menudo son nombres repletos de significados simbólicos. (...) En los nombres de los lugares presuntamente mágicos surgen a menudo los derivados de los “jinas”, que es el nombre con el que en sánscrito se designan los seres que sirven de puente entre nuestra realidad y otra realidad intuida, y que se convirtieron en los “djins” del mundo islámico, y en los genios de nuestras leyendas ocultistas^[2].

En esta idea insiste Sebastián D’Arbo cuando afirma que:

La historia mágica de un pueblo suele exhibir en la toponimia los primeros documentos o signos del pasado esotérico. El nombre de los lugares rara vez suele evitar la marca de algún gran acontecimiento, leyenda o mito vinculado con ellos^[3].

Enlacemos con los “djins” que decía Atienza para introducirnos de lleno en nuestro punto de partida: el callejón de San Ginés. Hay que recordar que aquí, existió una primitiva iglesia, de origen visigodo, erigida bajo la advocación de San Ginés^[*], nombre directamente relacionado con los “jinas”, y que tiene el privilegio de ser uno de los enclaves mágicos por excelencia de la ciudad, ya que en la zona donde estuvo esta iglesia se encuentra la entrada más conocida de la Cueva de Hércules. De esta iglesia no queda nada, salvo unos conocidos e interesantes restos visigodos empotrados en una pared cercana, porque el edificio fue totalmente derruido en 1840 según Ramírez de Arellano, (o un año después según Julio Porres). Como nota curiosa diremos que en esta iglesia se guardaba una imagen de Nuestra Señora de la

Pera, que desgraciadamente está desaparecida, y cuyo nombre proviene, según algunas fuentes, erradas, por haberse encontrado esta imagen encima de un peral, o según otras versiones más certeras, porque esta fruta es lo que portaba Nuestra Señora en su mano. No es detalle banal la presencia del fruto en la mano de la Virgen como veremos cuando hablemos de ellas en un posterior capítulo. En verdad, nada de lo que acompaña a las imágenes de santos, cristos y vírgenes está colocado de manera fortuita.

Que la toponimia toledana resulta de lo más curiosa es algo que tampoco admite discusión, lo cual no debería sorprendernos, porque una ciudad por la que han pasado tantos pueblos y culturas, presenta, inexorablemente, un bagaje que se traduce en sus tradiciones, ritos, folclore, costumbres, fiestas, y por supuesto, en el nombre de sus calles, accidentes geográficos, lugares y enclaves.

El propio topónimo que da nombre a nuestra ciudad es de origen incierto, cuando no sorprendente. Sobre esto hay demasiado escrito y no vamos a insistir demasiado, valgan unas notas aclaratorias. Para algunos, Toledo, tiene un origen prerromano latinizado en Toletum. Otros, como Ángel Montenegro, señalan que su raíz tol, es celta, y está relacionada con el agua. Hay quien afirma que su origen es ligur, y por tanto pre-céltico, enclavado en una de las culturas más misteriosas que han existido como es ésta de los adoradores del dios Lug. Finalmente, son muy numerosos quienes han visto en el nombre de nuestra ciudad un origen mágico, al igual que en su fundación, sobre la que nos vamos a detener brevemente. En la mayoría de pueblos y ciudades en los que faltan datos veraces sobre sus orígenes, lo mágico, lo fabuloso y lo mítico aparecen como referentes primigenios, y tal sucede con Toledo, que en opinión de don Pedro Alcocer, Garibay o Arias Montano, fue fundada por Tubal, descendiente de Noé más o menos en el tercer milenio antes de Cristo:

La fundación más antigua que se da a Toledo, es de Tubal, primero rey y fundador de España, llamándola Tubleto, por los años dos mil ciento y treinta, poco más o menos^[4].

Un poco más adelante, Alcocer nos expresa otra de las posibilidades más atrayentes:

La tercera opinión es que la fundó Hércules Egipcio, rey de España... Supuesto que dice que la fundó cuando venció y mató a Gerión, que fue por los años de mil setecientos cincuenta y nueve antes del nacimiento de Cristo^[5].

Para otros autores la fundación de la ciudad hay que buscarla en las lejanas tierras de Oriente, y así nos otorgarían como primer rey de la ciudad a Rocas, o a cierto hijo

del rey de los Siciones. Sobre este rey Rocas Francisco Ruiz escribe lo que sigue:

La figura mítica del Rey Rocas se relaciona con el origen de la escritura y de los conocimientos herméticos. Este rey sentía un gran deseo por adquirir todo tipo de saberes, por lo que abandonó su reino y se dedicó a viajar incesantemente de un lugar a otro en busca de las ciencias y de las letras que transmitían^[6].

Otros en cambio sostienen que fue Ferecio el mago y astrónomo griego el que proveniente de Galicia llegaría hasta la ciudad para encontrar en ella el asiento necesario para continuar sus artes nigrománticas, que comenzarían a ejercerse — como no— en una cueva protegida por un dragón o una serpiente. Aquel promontorio rocoso pronto se llenaría de compatriotas griegos que la bautizarían con el nombre de Ptolietron, y de ahí, Toledo. Más o menos esto sucedería 16 o 17 centurias antes de Cristo. El insigne arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada en su obra *De rebús Hispaniae* mantiene la idea de que la ciudad es de fundación romana, y un buen número de seguidores tienen la idea de asignar a la ciudad origen judío bajo la forma de *Toledoth*, que vendría a significar, más o menos “generaciones”, o “ciudad de las generaciones”.

Incluso hay quien como Jean Richer, recogió una leyenda —posiblemente del abad de Valemont— en la que se afirma que cuando Dios hizo el sol lo puso sobre Toledo, cuyo primer rey fue Adán. Sea como fuere, lo que parece innegable es el carácter mitológico que se atribuye a la fundación de la ciudad, y a las diferentes interpretaciones que se han dado a lo largo de la historia sobre el origen de su nombre.

Sin embargo, ya hemos manifestado que no es nuestra intención profundizar en estas cuestiones que reflejadas han quedado, sino recopilar algunos de los nombres insólitos que aún se conservan en la ciudad, así como recordar algunos vericuetos urbanos relacionados con lo mágico, lo misterioso o lo oculto.



Ilustración 32. Una típica imagen del laberinto urbano toledano.

Lancémonos pues al encuentro de la toponimia ensoñadora, con una precisión, porque no buscamos sólo el enclave insólito por el nombre que lo define, sino que también referimos en este capítulo los lugares que sustentan particularidades insólitas de la ciudad.

A la espalda de la plaza de San Vicente, que encontrará fácilmente el viajero-lector a escasos doscientos metros de donde comenzamos, se encuentra el callejón del abogado, que ocupó una parte de la judería menor de Toledo, y donde se ha conservado uno de los pocos restos hebreos de carácter ocultista que quedan en la ciudad:

...años atrás, al realizarse ciertas obras en un palacio se derribó una pared, y tras ella aparecieron unas curiosas pinturas cubriendo un lienzo que se encontraba oculto. Casa ciertamente enigmática en la que aparecieron en ocasiones diferentes, desde invocaciones mágicas árabes, escondidas en huecos de la pared, hasta monedas medievales y extraños objetos de diversas épocas, pasando por una tabica en la que está escrito en caracteres cúficos: el que sabe de la magia^[7].

Tampoco es excesivamente extraño porque esta plaza de San Vicente, junto con las calles adyacentes (cuesta de la Plata, callejón de menores, callejón de los Husillos, cuesta de los Portugueses...) formaron el núcleo de una pequeña judería en la que se instalaron esencialmente núcleos de portugueses, la mayoría conversos.

En el año 1962 Guillermo Téllez establecía una clara distinción entre callejones, rincones, calles en codo compases de conventos, calles anchas y calles desaparecidas, de las que decía:

Son muy abundantes, y algunas totalmente como una cerca de Correos y otra por San Marcos. Se conocen en que hay una puerta de entrada sin fachada que da a un pasadizo, y vierten sobre él los tejados. La típica Casa de las Cadenas ocupa el hueco de un callejón que todavía tiene salida^[8].

Al hablar de nuestras plazas afirma que:

En estas cuartillas nos limitaremos a indicar que Toledo tiene tendencia a no tener plazas, y en esto no hacemos más que recordar y ampliar un concepto que ya anunció ampliamente Parro^[9].

Sobre esta casa de las cadenas, que se ubica en la calle de las Bulas Viejas, (lugar hasta donde el viajero-lector habrá podido llegar de forma muy sencilla partiendo desde la primera parada en San Ginés y recorriendo toda la calle de Alfonso X el Sabio que desemboca en la Plaza de Valdecaleros, y de aquí parte la calle de Bulas Viejas) circula una inquietante leyenda que sostiene que cierto artesano musulmán (o hebreo en otras versiones) realizaba sin descanso cada noche cadenas con las que apresar a los cristianos. Esas mismas cadenas serían las que penden de la fachada principal de San Juan de los Reyes.



Ilustración 33. Casa de las cadenas, donde todavía puede oírse algunas noches como se forjan las cadenas.

En un interesante artículo titulado “Vistas y planos de Toledo, con un pasatiempo sobre el nomenclátor de barrios plazas y calles” aparecido en el Diario El Tajo, en 1866, se intenta esbozar una original propuesta de agrupar nuestras calles y plazas en función de los monumentos que están cerca, de los oficios que se ejercieron, del uso de las vías, etcétera, incluso, de cosas tan pintorescas como:

Tres que indican los juegos y esparcimientos a que se entregaban nuestros antepasados, como la Pelota, el Bis-Bis y los Bolos^[10].

Aunque resulte un poco escabroso, cuando no macabro, hablemos, de lo acontecido en la calle de Santa Justa, en una casa adosada a la iglesia apareció en 1973 una treintena de esqueletos cubiertos con el hábito franciscano, y que sin duda pertenecían a un osario de la propia iglesia, pero que, como no podía ser de otra forma, levantaron un buen revuelo en la ciudad, tan propensa a imaginar escenas y crímenes horribles aunque solo sea para romper el tedio de las urbes en las que “nunca pasa nada”. Luis Moreno Nieto dio cumplida cuenta del suceso en su momento

Pero sigamos con nuestro deambular y con los finados. Para llegar hasta la siguiente parada lo más rápido es avanzar hasta la catedral, y tomar la calle de Santa Isabel que desemboca en la Iglesia de San Andrés; a su izquierda está el callejón de los muertos, sobre el que Julio Porres nos informa de que no fue único en la ciudad, sino que llegó a haber hasta tres en nuestra ciudad: uno cercano a San Andrés (donde curiosamente estuvo ubicado el depósito municipal de cadáveres), otro cercano a San Lorenzo, y un tercero en el barrio de las Covachuelas. De la tríada, en la actualidad sólo queda éste, el situado a la vuelta de la iglesia de San Andrés, y que bien pudo tomar el nombre por las momias cercanas de la iglesia a las que aludiremos en otro capítulo, o si se prefiere, nos quedamos con la misma incógnita que a comienzos de siglo se le planteó a don Ángel Cantos:

¿Por qué este macabro nombre? No he podido averiguarlo a pesar de mis buenos propósitos. Unos opinan que era el sitio predilecto de los suicidas, otros que en una casa contigua a la iglesia quedaban en depósito los fallecidos durante el día en aquella barriada, y los retenían allí hasta el momento de darles sepultura, y otros que era el lugar designado por la superioridad para dejar los animales muertos^[11].

Más tétrico era, si cabe, el que existió con el nombre de callejón de la muerte, que era el que establecía la separación entre el Hospital de Tavera y su jardín, y que parece ser era el lugar elegido para los fusilamientos durante la guerra de la Independencia. Tampoco fue el único con este nombre ya que tenemos noticias de

otro con idéntico nombre entre San Justo y San Miguel.

A pocos metros encontraremos nuestra siguiente parada: la calle del mal nombre. En El Día de Toledo, en su edición antigua, leemos otra referencia curiosa relacionada con la toponimia toledana:

Calle de Jesús se llamó antes del Mal nombre pues en 28 de abril de 1718 otorgó María Carrero, ante el escribano de Toledo Alonso Carbonero, escritura de reconocimiento de un censo sobre una casa en esta ciudad a la parroquia de San Antolín, en la calle que llaman de Jesús y antes se decía del mal nombre^[12].

A Julio Porres no le extraña lo del apelativo, porque parece ser que aquí se ejercían actividades inmorales y pecaminosas. Sugerimos al viajero-lector que se adentre por el Callejón del Vicario, baje por la calle de Sixto Ramón Parro, y enlace a través de la Plaza de los Cuatro Tiempos con la calle del Locum para arribar hasta dos de los más interesantes rincones misteriosos que no podemos dejar de citar: la travesía del diablo, y el callejón del infierno, cuyas referencias no son en absoluto claras, aludiéndose en algunos casos a la leyenda, y en otros casos a la hechicería como justificaciones de sus nombres, y así nos aparece una protagonista —a quien se denomina genéricamente como la “Diablesa”— que será la encargada de preparar los filtros para que don Felipe de Pantoja, caballero mozárabe, consiguiera los amores de Rebeca. Un trágico final termina con estos amores, con incendio pavoroso y quema de la hechicera incluido, sumiendo al lector en una sensación de pesadumbre. A nosotros se nos antoja como posible la siguiente explicación: cuando una persona era procesada por el Santo Oficio, y condenada a la pena capital, (“relajación” en la jerga inquisitorial) el reo era obligado a portar una camisola infamante, el “sanbenito”, mientras duraba la procesión que precedía al auto de fe. Pero tras la quema del hereje, la camisola no perecía en las llamas, sino que permanecía en la parroquia de la que esta persona era feligrés, para continuar la mancilla, el ultraje a su nombre y el de su familia. En los casos en el que se desconocía la procedencia del reo, se colocaba el sanbenito en la puerta o ventana de la casa en que había vivido, sin que pudiera ser retirado por nadie, porque de hacerse, constituía delito contra el Santo Oficio. Estas telas llevaban dibujadas unas llamas (hacia arriba o hacia abajo dependiendo de si el reo se había arrepentido o no, y tenía por tanto el privilegio de ser dado muerte con el garrote vil, o por el contrario ser quemado vivo) y frecuentemente unos demonios, lo cual servía para ilustrar al pueblo sobre el destino que le esperaba al pobre desgraciado: las llamas eternas del infierno, y la compañía de los demonios. Tal vez alguno de esos sambenitos quedará por espacio de décadas colgado en alguna casa de este barrio, y tal circunstancia diera lugar a los nombres del infierno y el diablo.



Ilustración 34. Callejón del Diablo.

Miren, Toledo parece ser que ha tenido cierta deferencia hacia Satán, porque llegó incluso a existir un mesón que también respondía al nombre del diablo. Al menos esto es lo que se desprende de las respuestas generales al catastro de Ensenada de 1751 en la pregunta sobre los mesones de la ciudad:

Otro que nombran del Diablo, propio del Convento de monjas de Santa Clara, y le regulan un arrendamiento anual de mil reales^[13].

A escasos metros se encuentra la que hoy se llama Plaza de Abdón de Paz (atención porque esta plaza no es otra que la Plaza de la Cabeza de la que hablamos en el capítulo tercero) recogió, o escribió, o inventó, que tanto da, una leyenda titulada “La mano del diablo. Historia Toledana del siglo XVII”, que tiene cierto parecido con la historia que acabamos de narrar, y cuya primera versión apareció en el diario El Tajo en 1867, y que, a modo de folletines, se iba entregando escrita a lo largo de 15 números de este diario. Podemos entrever por donde transcurre la leyenda en numerosas ocasiones, y uno de los enclaves principales queda como en el aire, situándose:

A fines del siglo XVII excitaba sobremanera la atención de los pacíficos habitantes de Toledo una casa, situada a una distancia de la iglesia conocida con el nombre de la Magdalena^[14].

Fatigosa será la subida que nos lleve hasta el siguiente enclave, lugar por cierto sobre el que hemos vuelto una y otra vez en estas páginas. Demos la palabra a quien con tanto acierto supo recoger una buena cantidad de tradiciones y leyendas de la ciudad, Pablo Gamarra, quien en su inmortal obra Aguafuertes toledanos, nos recuerda un par de ejemplos más a añadir en nuestra lista. Nos referimos a la

denominada Casa del duende, situada en este barrio de San Miguel, y de la que el autor nos dice que:

Frente a la iglesia de San Miguel, se alzaba, severo e imponente un vetusto caserón, donde se daban cita, en la noche llena de terror, la muerte y el Diablo, para bailar una alegre zarabanda^[15].

La leyenda tal y como la narra Gamarra termina mal, con un final parecido al del callejón del infierno puesto que también aquí se produce un extraordinario incendio que acaba con la vida de la hechicera que habitaba la mansión. La proximidad de ambos enclaves invita a dudar si no se trataría en realidad del mismo emplazamiento. El otro lugar misterioso que nos describe Gamarra es la que él denomina la casa de mal de ojo, cuya ubicación exacta es hoy difícil de precisar ya que sólo contamos con la descripción somera que nos dejó este autor, y que reza así:

Vamos a atravesar el río Tajo por el histórico y legendario puente de San Martín, el más hermoso de la ciudad^[16].

Tras un literario paseo por los extramuros de Toledo nos conduce hasta la ermita de la Virgen de la Cabeza, desde nos invita contemplar el paisaje, y añade la otra referencia que poseemos sobre la casa:

Tal vez te llame la atención de entre todas, una de estas edificaciones, aquella de tejados rojos; pues bien, esa es la casa de “mal de ojo”^[17].

(Por cierto y ya que de ermitas hablamos, permítaseme recordar que en la cercana ermita de la Bastida, y a decir de Ismael del Pan, los toledanos arrancaban las paredes de la roca de una cueva que hay debajo del altar porque servían para curar el dolor de muelas cuando se introducían en la boca.

Tanta desazón y muerte de los últimos párrafos nos obligan a hacer un último apunte para los amantes de lo “morboso”. Para ello, terminemos de subir hasta el Alcázar por la calle de la soledad, y emprendamos la bajada por la calle de Carlos V hasta el centro de la ciudad. Allí, en la Plaza de Zocodover, se encontraba la picota, lugar de las ejecuciones ordinarias, mientras que el brasero de la Inquisición, es decir, el lugar donde se quemaban a los reos relajados por el Santo Oficio, se encontraba en las inmediaciones del circo romano, más o menos donde en la actualidad se encuentra el Paseo de los Canónigos, por tanto su ubicación era extramuros de la ciudad, lo cual solía ser frecuente, para evitar a los ciudadanos honrados el tener que soportar el desagradable olor de la carne humana quemada. Ahórrese el viajero-lector el paseo hasta allá porque no queda resto alguno que lo identifique. Por suerte hoy es un bello pasaje rodeado de árboles y plantas que no hacen sospechar ni por lo más remoto la existencia de tan tétrico pasado en este mismo paraje. Mejor así sin duda.

Si traspasamos la el Arco de la Sangre y bajamos sus escaleras llegaremos, tras finalizar la cuesta del Carmen hasta Prado (o pradillo) de los Ahorcados, es posible, aunque improbable, que el nombre se deba a que este era el lugar donde alguna vez fueron ejecutadas personas por ahorcamiento, tal y como afirman algunos eruditos locales; más bien debe haber tomado ese nombre por ser el lugar donde cierta cofradía toledana tenía un espacio para los enterramientos de los menesterosos y los criminales que terminaban sus días.

No hemos podido encontrar más referencias que las proporcionadas por Fernando Aguilar en la leyenda del mismo nombre, que lo sitúa frente a la cuesta del Carmen, y que tiene como protagonista al toledano Agustín Moreto, y junto a esta reseña, cierta referencia aparecida en un diario de 1882 (por tanto en esa fecha aún se conocía este paraje con ese nombre) que lo tilda de cementerio:

Trasladáronse después (se refiere a los Franciscanos) dentro de la ciudad a unas casas, cuyo sitio ocupan hoy el Convento de Monjas Franciscanas de la concepción, las ruinas del Carmen calzado y las del pequeño cementerio denominado el Pradillo de los Ahorcados^[18].

Proponemos al viajero-lector que para llegar hasta los dos enclaves que nos restan, se arme de fuerzas y se disponga a dar un paseo maravilloso por la carretera de circunvalación que bordea la ciudad, y que conocemos popularmente como “la cornisa”. Para ello, descienda por las escaleras que le conducirán, a través de la Puerta de Alcántara al inicio de la senda que queda a su izquierda. El paseo merecerá sin duda el beneplácito del viajero-lector, ya que podrá admirar una buena gran cantidad de cosas interesantes, como los restos del artificio de Juanelo y los del acueducto romano, el castillo de San Servando, el Puente de San Martín, la ermita del Valle, la Peña del Moro, la casa del Diamantista, el arroyo de la degollada, los baños árabes, restos de antiguos molinos... y todo ello aderezado con el sonido inigualable de las aguas del Tajo.

A mitad de camino podrá identificar frente a él un cerro de apariencia abrupta. Hemos llegado, estamos en el Cerro del Bu, aquel enclave sobre el que cierto investigador decía haber encontrado la entrada a la Cueva de Hércules. Consigna en este cerro Julio Porres un enclave llamado Torre de los Diablos, casi con seguridad una atalaya de avistamiento musulmana, pero no encuentra don Julio explicación para el topónimo, y no habiéndolo hecho él, no seremos nosotros quienes lo hagamos. No obstante, podemos ofrecer una posibilidad que parte de cierta afirmación de Jeffrey Burton, y que nos parece acertada, máxime si tenemos en cuenta que este paraje ha despertado, a lo largo de los siglos, reminiscencias mágicas:

La costumbre de nombrar ciertas grandes edificaciones naturales de

pedra con el nombre del diablo, particularmente en zonas remotas o desoladas, persistió en el siglo xx en la Cocina del Diablo, la Ponchera del Diablo, la Ladera del Diablo, la Torre del Diablo^[19].

Lo que parece seguro es que este farallón rocoso cumple los requisitos esgrimidos por Jeffrey Burton, es una edificación rocosa y se encuentra en una zona remota.

Si terminamos la senda que iniciamos llegaremos hasta el último de nuestros enclaves de hoy: la costanilla y plazuela del Calvario. Julio Porres nos recuerda que su nombre se debe a la modesta ermita del Calvario que estuvo ubicada en los alrededores y que desapareció definitivamente durante el siglo XIX. Más allá del significado oficial del nombre, podemos adentrarnos en lo que representa un calvario, que no es otra cosa más que la reconstrucción penitencial de la Vía Dolorosa de los evangelios, un camino de devoción que los fieles recorren a modo de viaje ritual o procesional, en el que el elemento sacrificial debe estar presente, generalmente a través de una empinada y laberíntica cuesta que conducirá hasta la meta final, que en nuestro caso sería la ermita. Otra constante en los calvarios peninsulares sería la de terminar generalmente en un pequeño cerro o colina o montaña, recordándonos el sentido sagrado de esos enclaves. El calvario toledano no podía ser menos, y aunque en la actualidad la cuesta sacrificial sea pequeña, no es menos cierto que el calvario se endurecería si se iniciaba desde la orilla del río. Estos calvarios son susceptibles de una interpretación menos ortodoxa en palabras de Jill Purce:

En determinadas circunstancias el Calvario como camino, abandona el antro del templo, y va a en contra siguiendo el mismo camino, un lugar sagrado, que, en muchos casos, lo es ya desde la más remota antigüedad. En esas ocasiones el Calvario se concibe como subida a un monte, por un recorrido que se plantea también como recorrido de un espacio mágico, siguiendo las reglas ocultas de la Tradición, a modo de espiral o de laberinto en el que el peregrino ha de pasar por un número determinado de lugares en el orden previamente establecido (19).

Tanto el supuesto recorrido desde las cercanías al río como las curvas o espirales en forma de laberinto simbólico están sin duda, presentes en este calvario toledano, y los laberintos, tanto los urbanos (Toledo es en sí mismo, recuérdese, un laberinto de calles) como los que se hacían en las losas de las catedrales medievales, eran otro de los símbolos esotéricos por excelencia tanto de Oriente como de Occidente:

La tradición del laberinto como la de las espirales forma parte de toda la cultura misteriosa de la protohistoria atlántica. Se encuentra desde las costas de Canarias hasta Bretaña (...) esta figura del laberinto es la

representación más exacta que puede hacerse de la estructura primaria del universo^[20].

Hay investigadores que aseguran que tanto el gozo (místico o no) como el dolor y la penitencia son manifestaciones que provocan una emisión de energías cuya intensidad varía en función del grado de autocomplacencia por la experiencia, pudiendo, en casos extremos, sustituir a las energías extintas, que se ven de esta manera inyectadas de renovadas fuerzas, que proporcionarían a los fieles y devotos el aliento necesario para, en nuestro caso terminar de alcanzar la cima del calvario. Vendrían a ser algo así como una sobredosis de endorfinas vía intravenosas.

Sigamos con la ermita de la que Parro nos dice que:

Esta ermita es todavía más pequeña y mucho más pobre y sencilla que la anterior; se levanta en una explanada que hay junto al ex-convento de Franciscos Descalzos (ahora cárcel provincial) conforme se baja de este al paseo de las Carreras^[21].

Ahora que el viajero-lector ha comprobado en sus carnes la idiosincrasia de nuestras calles, y de nuestro calvario, apuntemos una nota curiosa que nos proporciona cierto médico del siglo XIX llamado Luis Constantino Bertrán, para quien las calles de la ciudad guardaban estrecha relación con determinadas enfermedades que eran frecuentes entre los moradores/as de la ciudad, llegando a establecer una topografía médica de la ciudad, pudiendo encontrarse párrafos tan esclarecedores como estos:

Una buena parte de hombres que usan alimentos muy nutritivos, y están dedicados a la continua meditación, estudio y trabajo del bufete abandonan por sus ocupaciones el ejercicio corporal tan necesario para hacer la digestión y favorecer el círculo, y las secreciones humorales, se perturban y se desarreglan estas, de donde nacen un sin número de males de larga duración y difícil remedio: las obstrucciones de las entrañas del vientre, flujos hemorroidales, gota, apoplejías, parálisis y particularmente la hipocondría son en ellos bastante frecuentes y abundantes. Las mujeres de alguna distinción, que o por el mal piso de las calles o por una perjudicial costumbre salen de sus casas muy pocas veces, y se contentan con hacer un ligero paseo, desconociendo por otra parte el baile, juego de volante y otros ejercicios gimnásticos sufren los mismos desarreglos que los hombres: las dispepsias, histeralgias, leucorreas, menorragias y otros flujos sanguíneos y cuantas irregularidades nerviosas se conocen entre los médicos, se observan en

algunas de estas desgraciadas. El desnivel de las calles favorece mucho el desarrollo de la tisis pulmonar; particularmente en los jóvenes, que tienen una conformación viciosa de la cavidad del pecho o están afectados de virus escrofuloso, herpético escorbutiano.^[22]

Después de leer estos párrafos a uno le queda la impresión de no saber si debe salir de casa y adentrarse por las cuestras, o permanecer quieto en la tranquilidad de su morada para evitar toda esa sarta de afecciones “typical Toledo”, quiera Dios que nada de esto afecte a la moral y la salud del viajero-lector y pueda continuar el recorrido.

Muchas cosas se nos han quedado extraviadas entre tanto laberinto, a buen seguro otro día nos toparemos de bruces con ellas, pero si la curiosidad ha hecho mella en su ánimo no debe olvidar consultar las citadas maravillosas y ya clásicas obras de Julio Porres “Historia de las Calles de Toledo” y “Las Calles de Toledo”, donde podrá descubrir nombres que permanecen olvidados para la mayoría de los toledanos/as, y algunos otros que ya desaparecieron. Para que se hagan una idea, y “a salto de mata” les adelanto los que siguen, con nombres de animales: cuesta de la Culebra, calle del Pez, callejón del Toro, Cuesta del Can, travesía del Reptil, calle de la Sierpe, cuesta de Pajaritos, callejón del Potro, cuesta del Pavo o travesía del Tigre, y con nombres curiosos: calle del Locum, calle de mesa-barbas, callejón de la Bragueta, corral del pepino, callejón de los siete agujeros, callejón del Pitote, o callejón del Gordo

Sentémonos a la sombra de uno de los árboles de esta plazoleta, y acabemos recapitulando, para los amantes de la tranquilidad absoluta, la ubicación de los antiguos cementerios de la ciudad. Su inclusión en este capítulo no obedece a lo curioso de su topónimo, sino al deseo divulgador de la obra, y a las frecuentes preguntas a que se ha visto sometido quien esto escribe sobre este particular. Desvanécese pues la curiosidad de cuantos quieren conocer donde están los cuerpos de tantas generaciones de tres culturas, y queden todos en paz, hasta que el Altísimo los llame a su presencia.

El cronista Luis Hurtado de Toledo dejó escrito que el cementerio judío se situaba en las inmediaciones del paraje conocido como el cerro de la Horca, el musulmán en la Vega Baja, y el cristiano frente a la Basílica de Santa Leocadia, por tanto todos fuera del recinto amurallado, en la cara Norte. Además de estos lugares había una considerable cantidad de iglesias que tenían dispuesto su propio espacio para configurarlo como cementerio parroquial, tal es el caso de San Justo, San Miguel, San Ildefonso, San Lucas, San Andrés, Santiago... templos a los que habría que añadir los enterramientos de los conventos y de las propias iglesias, con la catedral a la cabeza, seguida de San Román o San Cipriano.

Rafael del Cerro Malagón en su interesante artículo sobre los cementerios de la ciudad en el siglo XIX nos da cuenta de varios enclaves más, algunos de los cuales ya han ido apareciendo a lo largo de estas páginas. Nos estamos refiriendo al Pradito de

la Caridad, cercano al paseo del Carmen actual, el cementerio de la Misericordia, que ocuparía la zona que se haya frente a la Puerta del Cambrón, el Panteón del Cristo de la Vega frente a la actual basílica del mismo nombre. Descansen aquí también todos sus huéspedes en paz.

Hemos terminado el fatigoso deambular por lo que anunciábamos como el laberinto urbano en busca de topónimos insólitos. Búsquese todavía donde se quiera y lo que se desee, pero recuerde que siempre es mejor estar bajo la protección de los “dioses protectores de la ciudad”, y para ello, no debe salir nunca de las llamadas “cruces de término”, también llamados “humilladeros”, que son esos pequeños cruceros situados en encrucijadas de caminos, y que más o menos delimitaban el término de la población (ojo no vayamos a confundirlos con otro tipo de cruceros, o cruces que están en el interior de la ciudad generalmente para señalar la localización de los antiguos cementerios parroquiales). De los humilladeros toledanos, los más conocidos son la Cruz de la Pontezuela, y la cruz que se sitúa cerca de la Venta del Alma, al lado del cigarral de Los Serranos, y quede también claro que, posiblemente por tradición derivada de los cruceiros gallegos, este tipo de cruces no son simplemente elementos de decoración urbana, sino que, en algunas culturas (Galicia fundamentalmente) sirven de puntos de relación de los vivos con el inframundo, por eso se cuentan tantas historias de aparecidos y almas en pena que tienen lugar en estos lugares. En el caso de nuestra ciudad, la Cruz de la Pontezuela guarda el recuerdo de los amores entre una joven de Ajofrín, de nombre Sinfioriana, y cierto toledano Antonio Rodríguez. Es una historia de celos por antiguos amores de la joven que van a retomar, y que pesan como una losa sobre el desdichado Antonio, que acaba matando a Sinfioriana y suicidándose con el mismo puñal a los pies de esta cruz. La historia, verídica tuvo lugar en el siglo XIX.



Ilustración 35. La cruz de término que vivió desamores con trágico final.

Capítulo séptimo. Sobre Cristos ocultistas, reliquias y milagros, Vírgenes negras, estatuas hechiceras y cuestiones sobrenaturales

*He encontrado al fin, un lugar sin malicia y sin límites.
He vivido un día real, largo como día del Génesis.*

RILKE

Como no podía ser de otra manera, el viajero-lector se ha encaminado prontamente al encuentro de un buen desayuno, —ya se sabe que una buena taza de café puede obrar milagros cuando menos similares a los que se narrarán a continuación— En su memoria quedó inerte una ingente cantidad de datos compilados la noche anterior, al compás de los pasos armoniosamente sincronizados de una pequeña élite de privilegiados que tuvieron la fortuna de asistir a un nocturno deambular de Rutas de Toledo. Cierta regusto a emoción y nostalgia se ha apoderado de nuestro viajero-lector, no quiso que aquel paseo hubiera terminado, no deseaba tener que volver a descansar, no concebía dejar de escuchar tanta historia tan maravillosa. Queda un buen consuelo no obstante, al abrir este libro por esta página, se ha encontrado con que también ahora podrá recibir nuevas noticias de los temas que tanto le interesan. Ojalá sea así.

Ahora más que nunca se hace necesario realizar una advertencia sobre lo que sigue. Quien esto escribe se declara convencido seguidor de la fe de sus ancestros, de la suya seguramente amigo lector. Viene a cuento esta confesión —en el sentido más literal del término— para dejar claro que en ninguna de las frases que siguen ha puesto, este humilde servidor, malicia alguna, antes bien, mi respeto más sincero por las más profundas convicciones y experiencias de fe de cuantos pudieran leer este libro, y a la par, mis sinceras y sentidas disculpas hacia quienes pudieran sentirse ofendidos. Si les sirve de consuelo, recuerden que no ofende quien quiere, sino quien puede, y créanme que quien ahora escribe estas líneas, ni puede, ni sabe, ni lo desea.

Para una ciudad tan pequeña, resulta increíble la cantidad de sucesos y misterios que envuelven a nuestros crucificados, prácticamente no existe una sola iglesia en la que su Redentor no haya curado, procurado algún favor, hecho justicia o cuestión semejante, y eso cuando, su origen no es incierto, milagroso o prodigioso. Ya lo dijo Carlos Pascual en su *Guía sobrenatural de España*:

La Imperial Toledo, es la sede primada de España y ostenta, sin duda, también una primacía en cuanto a motivos sobrenaturales y milagrosos. Son legión los santos mártires y obispos santos en la sede toledana...^[1]

Vaya por delante para los viajeros que se fatigan con facilidad, que el recorrido que proponemos ahora nos llevará de una punta a otra de la ciudad, de iglesia en

iglesia, de hito en hito, de colina en colina... Pero no hay prisa, descúbrase la ciudad a golpe de peregrinación ligera, sin ampollas ni cicatrices, será mejor. Eso sí, este es uno de esos capítulos en los que no vamos a proponer itinerario porque la elevada cantidad de enclaves impide hacerlo de manera sosegada. Decida pues cada cual, a su antojo, con el viento a la espalda y su interés por montera, cada paso del camino. A buen seguro le acompañará la razón en su elección.

7.1 Cristos

Para comenzar este apartado nos referiremos a dos Cristos de carácter ocultista, o que al menos, en su interpretación esotérica, pueden ser considerados como tales, me estoy refiriendo, en primer lugar, al Cristo de la luz cuya leyenda es de sobra conocida, aunque posiblemente no su interpretación simbólica, en la que aparecen recogidos dos elementos claves del ocultismo, como son la luz, (símbolo del conocimiento) y el caballo, (símbolo de las ciencias ocultas y de la cábala) elementos éstos que fueron magistralmente analizados a lo largo del Congreso sobre el Toledo Mágico y Heterodoxo por Juan García Atienza. Por cierto que este episodio de la luz que nunca se apaga no es exclusivo de nuestra ciudad, ya que en la ermita de San Salvador en Cataluña se encontró algo parecido:

Se encuentran referencias a lámparas eternas desde el siglo III, y en la actualidad dos de éstas pueden contemplarse en el museo de las rarezas de Leiden (Países Bajos). Sobre éstas el profesor Henninngs afirmaba que los romanos y los helenos consiguieron el secreto de mantenerlas encendidas durante siglos por medio de la “oleaginosidad” del oro convertida mediante un proceso alquímico desconocido en una sustancia líquida inapagable^[2].

La luz eterna, ya quedó dicho, ha sido una preocupación de todas las culturas y civilizaciones, y tradicionalmente ha sido identificada con la esencia misma de la divinidad, seguramente por contraposición con la oscuridad eterna que siempre representó al mal, al lado oscuro. Traemos a colación que en la ciudad, además de la leyenda del Cristo de la Luz, hay otro par de ellas en la que las luces sobrenaturales son protagonistas, junto con las vírgenes a quienes iluminan.

El segundo de los Cristos que nos incumben se encuentra en la catedral, dentro de la pequeña capilla que alberga el Tesoro; dibujado maravillosamente en la Biblia Flamenca del siglo XIV. Allí podemos observar un Cristo hierático sosteniendo al universo, y midiendo con un compás de arquitecto. Sobre este Cristo el citado autor García Atienza nos dice lo siguiente

Dios-Cristo hecho constructor del mundo es, querámoslo o no, dios masónico y divinidad templaria. Arquitecto Universal, cabeza invisible de unas hermandades remotamente secretas ya en el pasado, que cifraban los fines de su sociedad en alcanzar saberes oficialmente prohibidos (...) el dios del manuscrito flamenco de Toledo muestra, con el compás y el mundo caótico que tiene en el regazo que, en gran parte, los sentimientos religiosos son solo una búsqueda mágica del conocimiento. Los sabios que trabajaban en silencio en la ciudad de las tres culturas lo sabían también^[3].

Esta biblia constituía un ejemplar de insólito valor para el monarca Alfonso X, que la incluyó entre los objetos y “*las cosas nobles que pertenescen al rey*”, y precisamente de este rey es de quien poseemos las primeras noticias que se tienen sobre la biblia, ya que aparece en el testamento otorgado en 1282 según leemos. Lo que seguimos sin dilucidar es el anónimo, o anónimos autores de tan magna obra, deberemos por tanto conformarnos con la sospecha o hipótesis de que fuera un tal Guillermo de Auvergne quien la realizara.

Dios como arquitecto del universo ha sido un arquetipo comúnmente utilizado por la masonería y también por logias medievales de canteros. Durante la antigüedad, se pensaba que los templos no provenían tanto del acierto del arquitecto cuanto de la inspiración divina, recuérdese al respecto la creación del templo de Salomón que fue dictada por el mismo Dios, como también sucedería con otro templo de salvación o el arca de Noé, y piénsese también que ciencias como la geometría (base de la arquitectura) fue una ciencia sagrada.

Además de estos crípticos ejemplos, Toledo goza del privilegio de poseer un mayor número de leyendas milagrosas y salvaciones por intercesión de imágenes del crucificado, empezando por el Cristo de las Cuchilladas que salvó a don Diego López de Ayala de una muerte segura en las cercanías de la Iglesia de San Justo, o bien aquella maravillosa talla llamada el Cristo de las Aguas por haberse encontrado flotando en el río, y no dejarse sacar del río sino era por los miembros de la Cofradía de la Vera Cruz. Este Cristo se custodiaba en el Convento del Carmen Calzado, y posteriormente pasó a la Iglesia de la Magdalena. Sobre él Moraleda nos dice que:

El de las aguas, aparecido en el río tajo, de quien obtuvo la ciudad desde el siglo XVI repetidas e inesperadas y sobrenaturales lluvias^[4].

Lo insólito de este Cristo es que no dejaba ser apresado por nadie hasta que los caballeros de la Vera Cruz le interrogaron en nombre de Dios, momento en el que el baúl que lo contenía se arrimó mansamente a la orilla y pudo ser rescatado.

La lista continúa con el inmortalizado poéticamente por Zorrilla Cristo de la

Vega, que salvara del deshonor a D^a. Inés de Vargas, y como no, el Cristo de la Calavera cuya leyenda inmortalizara Bécquer, o el menos conocido y también desaparecido Cristo del Olvido o de las Hoces que se ubicaba en el número 5 del callejón del Vicario siendo el protagonista de cierta leyenda recogida, entre otros, por Pablo Gamarra, leyenda en la que el crucificado salva milagrosamente la vida a un par de hermanos que la habían emprendido a golpes por cuestiones de celos por el amor de la misma mujer, judía ella, claro está.

Más Cristos milagrosos: el de Luca (sito en Santa Leocadia), el de la Fe, el del Calvario, el de la Sangre, el de la Agonía (cuyo nombre se echó a suertes) el Moreno, el de la Sangre, el de la calle Sola, el Cristo Tendido, el de Coberteras, el de Bellini, el de la Buena Muerte... la lista como vemos es extensa, eso sí, estos últimos parece ser que han realizado menos milagros que la lista primera, pero tiempo al tiempo que todo se andará

Tal vez, de todos, uno de los más desconocidos sea un Cristo sito en el Monasterio de Santa Clara, apodado cariñosamente el de codos rotos, y al que se le atribuye el siguiente milagro:

Estando rezando una religiosa, un día que tenía exposición de S.D.M. en la iglesia, al oír tocar las campanas, dejó de rezarle para irse al coro con la comunidad, y entonces se oyó una voz, de acento dolorido, perceptible a las demás religiosas que por allí pasaban que dijo: ¿por el sacramento dejas al crucificado?, y la religiosa fue retenida en el mismo sitio por una fuerza sobrenatural y misteriosa sin poderse separar por algún tiempo. Desde entonces toda la comunidad estableció la costumbre que aún perdura de hacer reverencia ante dicho cuadro cuantas veces pasaran por delante de él^[5].

Otros crucificados curiosos son: el de las Misericordias que procedía de Nueva España, y fue regalado a la madre Jerónima del Convento de Santa Isabel, imagen que llegó a hablar a la reverenda madre para pedirle que lo instalara en un lugar donde pudiera ser reverenciado por todos los toledanos, y no solo por ella, o la imagen que también le dio por hablar conocido como el Cristo despedazado, que le pidió a don Juan Palafox, limosnero real de Felipe IV, que lo sacara de cierta iglesia alemana donde estaba mutilado y lo trajera a España (le alabamos la decisión al Cristo). Desde el siglo XVII esta restaurado en la iglesia de los Carmelitas, ocupando un lugar de honor en esta iglesia.

La catedral conserva dos Cristos de nombres ciertamente curiosos. El primero de ellos es el: *Cristo de la Cruz al revés*, el cual, se encuentra en la capilla de San Ildefonso. El nombre le viene por ser una pintura que representa a Jesús con la cruz a cuestas, situándose los brazos del madero a la espalda del redentor (esto no es tan

infrecuente en pasos procesionales, donde las esculturas deben atenerse al tamaño de la peana y las andas sobre las que apoyan, pero nos parece rarísimo en pintura). El segundo es el llamado *Cristo de las cucharas*, en la capilla de doña Teresa de Haro, y que debe su nombre al escudo de armas de los López de Padilla, en cuyo “campo” figuran puestos “en palo” tres “muebles” que asemejan cucharones. El escudo está a una altura tal, que imposibilita saber que son en realidad esos cucharones.

7.2 Reliquias

Don Ángel Fernández Collado sacerdote de pro, nos pone en bandeja una precisa definición de reliquia:

Entendemos por reliquias, en sentido estricto, los cuerpos de los santos y de los beatos, y, en un sentido lato e impropio, también los objetos que fueron utilizados por ellos durante su vida o cosas que han tocado sus cuerpos después de su muerte^[6].

Nos recuerda además que a la vez que se produjo la proliferación de la demanda de reliquias de santos, se producía el fenómeno de la devoción privada de las mismas, lo cual trajo consigo la proliferación de las mismas, e incluso la fragmentación de las ya existentes. Nuestro buen amigo llega a afirmar que los abusos y excesos fueron notables, de ahí que exista tanta reliquia falsa, porque se pensaba que cuantas más reliquias hubiera mayor sería la protección hacia ese pueblo o esa familia. Aparte de cierto documento consultado por nosotros que pretende ser la relación verdadera y definitiva de las reliquias del relicario de la catedral, Ángel da cuenta de dos documentos que se pueden consultar en el Archivo Capitular, estos documentos son los inventarios de las reliquias y tesoros de la Catedral, mandados hacer por Gaspar de Quiroga, Baltasar Moscoso y Sandoval.

Hagamos un poco más de historia. En los comienzos judaicos el cristianismo fue enemigo de las reliquias, ya que, al menos hasta el siglo I el cristianismo tenía su base en el judaísmo, y para esta religión (así se recoge en el Talmud) todo cuanto hubiera estado en contacto con sangre de un cadáver debía ser enterrado con el difunto, ya que el alma se encuentra precisamente en la sangre, y los primeros cristianos observaron fielmente las doctrinas higiénicas judaicas. Por eso hasta el siglo IV, cuando la inmensa mayoría de los cristianos ya no eran judíos, no aparecieron las primeras reliquias de Cristo, que fueron la Cruz, los clavos y la columna donde le flagelaron, a los que más tarde se incorporarían todas las demás y las de los santos y Virgen María. Hasta tal punto llegó el tema de las reliquias que la Iglesia estableció una jerarquización de las mismas, denominando *reliquia insignes* a las más

importantes y cuerpos enteros o cabezas, en tanto que *reliquiae non insignes* al resto. También hemos de decir en honor a la verdad, que en uno de los Concilios de Trento se aprobó que no fuera necesario que la reliquia fuese verdadera para adorarla.

Fernando Martínez Gil destaca que:

Desde mediados del siglo xv y durante toda la centuria siguiente, pero con importantes precedentes en los siglos previos, proliferaron, como ya se dijo, las invenciones de reliquias de santos locales. Su autenticación y su traslado a catedrales o a importantes centros de poder religiosos situados siempre en el medio urbano redundaron, como no podía ser menos, en la difusión social y geográfica de los cultos.^[7]

Este mismo autor recuerda cierto suceso que levantó una gran expectación entre los vecinos de Toledo, cuando al comenzar a levantarse los cimientos de lo que más tarde sería el Hospital del Rey, aparecieron ciertos restos que se identificaron con los de la iglesia dedicada a San Tirso, santo éste que se suponía nacido en Toledo. Parece ser que hasta el mismo rey Felipe II se interesó por estas reliquias, sobre las que parece haber sido un fraude en toda regla. Demos ahora una vuelta por las reliquias toledanas...

Según cuenta la leyenda el mismísimo San Ildefonso se apareció en 1157 a un pastorcillo para decirle con todo lujo de detalles donde estaban ubicadas sus restos, que a la sazón se encontraban en Zamora. Por desgracia nadie lo creyó, y tuvo que llegar el obispo don Suero para dar con el arca de piedra donde se custodiaban. Tras su aparición comenzaron a obrarse numerosos milagros, como no podía ser de otra manera.

La profesora Palmira Martínez-Burgos se ocupó extensamente de las reverencias a las reliquias en la España medieval y renacentista, afirmando que:

El culto y la veneración a las reliquias no es un rasgo característico de la religiosidad renacentista, sino que se remonta a una tradición medieval. Íntimamente unidas a la veneración de los santos, y entendidas como una parte del respeto y devoción que les debemos, las reliquias eran ya objetos de culto por parte de la sociedad en la Edad Media (...) Ante todo la reliquia medieval se rodea de un extraño poder mágico y aparece peligrosamente metida en el campo de la superchería^[8].

Aunque parezca mentira, la obsesión de la Iglesia por el coleccionismo de reliquias también tiene sus procesos predecesores en cultos antiguos de la Tradición, tales como el mito de Isis y su búsqueda de los fragmentos de Osiris asesinado y despedazado por su hermano Set. Algo que quizás, a algún lector le pueda sorprender,

y que sin embargo no deja de ser una hipótesis muy aceptada.

Antes de llegarnos hasta la Catedral, concretamente hasta la capilla del Sagrario para ver (es un decir, porque como se podrá suponer no están expuestas a la vista de los fieles) algunas de las reliquias más importantes de la catedral, podremos acercarnos hasta la capilla de la Descensión para ver y tocar la que posiblemente sea la reliquia más venerada entre los toledanos, la piedra sobre la que la Virgen puso sus pies cuando bajo de los cielos para imponerle la casulla a San Ildefonso. Esta piedra formaba parte de los restos de la antigua basílica.



Ilustración 36. La catedral, el relicario más importante de la ciudad.

De las que se hallan en el Sagrario tan sólo vamos a hacer un pequeño resumen, ya que hace tiempo cayó en nuestras manos un curioso documento del siglo XIX, donde se recogen más de doscientas reliquias (ignoramos la autenticidad de la relación, vaya por delante). Allí se compilan, entre otras, de nuestro Señor el pesebre donde nació, los pañales en los que fue envuelto, el mantel de la última cena, de la columna donde le azotaron, la esponja con que le dieron vinagre... de la Virgen partes de su camisa, leche, el velo, la toca... y luego aparece una extensa relación de santos y mártires junto a otras cosas como parte de la piedra desde donde Dios habló a Moisés, un trozo de la vara de Moisés, los corporales que hiló Santa Clara, un eslabón de las cadenas de San Pedro, sesos de San Antonio Abad, la capa de San José, una carta de San José de Calasanz etc. Ya que estamos en la catedral vayamos hasta el lugar que ocupa el gigantesco San Cristóbal, muy cerca de la puerta por la que hemos accedido al templo, de hacerlo, habremos conseguido permanecer vivos al menos las 24 horas siguientes, tal y como se sostiene en una arraigada leyenda medieval, que afirma que quien ve la imagen del santo no muere en un día. De este personaje parece ser que también conservamos un trozo de su mandíbula. Por cierto

que este Santo es de los pocos a los que algunas veces se representa como un monstruo, concretamente como un cinocéfalo, con cuerpo de hombre y cabeza de perro o de garza, existiendo estas representaciones al menos desde el siglo XII en cierto códice alemán, y manteniéndose esta forma de representación hasta bien entrado el siglo XIX.



Ilustración 37. Imagen de San Cristóbal en la catedral.
Nótese que lo que le sirve de bastón es una palmera.

Según nos cuenta Pisa, también se conservan uno de los brazos de San Eugenio, anticipando al resto del cuerpo que llegaría siglos más tarde, y que además entró solemnísimamente en nuestra ciudad allá por el año 1156; también una parte del velo de Santa Leocadia y un hueso de su pierna, y Moraleda y Esteban nos informa que también poseemos en la catedral la daga con la que Recesvinto cortó el velo a Santa Leocadia. Parro nos habla de reliquias de los apóstoles Pedro y Pablo, del Lignum crucis, de una mano de Santa Lucía, de las cabezas de San Bonifacio y San Alejo, de piedras del monte calvario, de la túnica de Jesucristo...

En el Convento de San Pablo se conserva el cuchillo con el que Nerón degolló a este santo, y en nuestra ciudad se conserva también el famoso prepucio de Al-qadir, nieto de Al-Mamún, y cuyos fastos por la circuncisión llegaron hasta los últimos rincones del mundo árabe, y todavía son recordados en novelas actuales de autores musulmanes muy reconocidos.

En el Convento de las Clarisas Franciscanas, conservan una espina de la corona de Cristo, un sayal de San Francisco, el emplasto que Santa Catalina usara para curarle las llagas, otro sayal y un pelo de Santa Clara, y huesos de San Agustín y San Pascual.

Otro buen número de reliquias se reparte por el resto de las iglesias de la ciudad como nos recuerda Moreno Nieto: reliquias de San Andrés, San Clemente, San Nicolás se veneran en sus respectivas iglesias, en Santa Justa se conserva una reliquia de San Sebastián, Santa Rita de Casia en el convento de las Agustinas, en San Justo un huesecillo de San Vicente Paul, en el monasterio de las Carmelitas otra reliquia de Santa Teresa, Santo Domingo de Guzmán en el convento de Jesús y María y Santa Clara en el convento del mismo nombre.

En el convento de San Clemente, en la iglesia se pueden observar tres relicarios que permanecen ocultos tras una cortinilla roja, y otro, a los pies de un retablo en el que se ven numerosos huesos que corresponden a San Cristóbal, San Benito y otros santos.

Si el viajero-lector pensara que es un número desorbitado de fragmentos, huesos o vestimentas de nuestros santos, le bastaran con los ejemplos que a continuación le reseño para darse cuenta del inagotable manantial de devociones relicarias que están repartidas por nuestra geografía y fuera de ella: en el arca de las reliquias enviado hasta Oviedo por nuestro Alfonso VI, se supone, —y digo se supone porque no se ha vuelto a abrir— que hay un trozo del maná, el manto de Elías, la vara de Moisés, leche de la Virgen, la cuna del niño en Nazaret, las suelas de las sandalias de San Pedro, pelos de la Magdalena, panes de la última cena... y puestos a elegir, nuestra piel de toro dispone una interminable lista de reliquias para todos los gustos, y si no lean algunas de las más curiosas: en Sangüesa tienen una pluma del arcángel San Gabriel, y otra del arcángel San Miguel, en Liria (Valencia), existen pelos de las barbas de San José, lágrimas de San Pedro convertidas en piedra, en Valladolid el Manto de Cristo, en la Catedral de Colonia un tarro contenedor de un suspiro de San Juan el Bautista cuando bautizó a Jesús en el Jordán y los restos de los Reyes Magos, y la mejor... en Roma el cráneo de San Pedro... ¡cuando era niño! Así como los huesos del gallo que cantó tres veces mientras Pedro negaba al Señor.

Lo último, Felipe II padecía de frecuentes dolores de muelas, y como ni el “nolotil” ni el “espídifen” habían sido inventados, alguien le dijo que lo mejor para curar el dolor era pasarse una muela de Santa Apolonia por la zona dolorida. Ni corto ni perezoso, mandó reunir todas las muelas de Santa Apolonia que había en sus católicos reinos... y reunió, ni más ni menos, que doce carretas llenas de sacas con muelas de esta mártir. Vivir para ver, y sobre todo para creer...

Por cierto, la reliquia más esotérica, en cuanto a su simbología, se encuentra en la iglesia de San Román, pero de ella hablaremos en el capítulo dedicado a la iconografía fabulosa.

Hemos dejado para el final el tema de las sábanas santas, precisamente por ser el

que más ampollas ha levantado tradicionalmente entre sus defensores y sus detractores. Polémicas aparte, en las que, por supuesto, no vamos a entrar, en el mundo cristiano además de la archiconocida de Turín, existen las de Jerusalén, Besancon, Constantinopla, seis o siete en Francia 26 en Italia, y en nuestro país, una en Burgos, Valladolid, Logroño... y al menos dos en Toledo. La primera de ellas se encuentra en el monasterio de Santo Domingo el Real, y es una copia de la de Turín, aunque en lienzo de lino. En ella figuran el anverso y el reverso de Cristo, y curiosamente se desconoce cuando llegó a Toledo y su origen. Es posible que llegara a la vez que la segunda de nuestras sábanas santas, la que se encuentra en el convento de las Comendadoras de Santiago. En este caso si está documentada su procedencia que resulta de la donación efectuada por D^a. Magdalena de Guzmán en 1587. La tela y las pinturas de Jesús son de similares características a la de Santo Domingo.



Ilustración 38. Sábana Santa del convento de las Comendadoras de Santiago.

La cofradía de la Vera Cruz, la misma que rescatara de las aguas del Tajo al Cristo de las Aguas, tiene por cierto que su fundación se debe al Cid tras su llegada a Toledo; mantuvo su sede en la Iglesia de Santa Eulalia, donde, tal y como reza el nombre de su Cofradía, se conservaría un trozo del lignum crucis, del madero del Nazareno. Ramírez de Arellano en su libro sobre las parroquias de la ciudad constata otras reliquias, concretamente un hueso de San Blas en la Parroquia de la Magdalena, y otro más del mismo santo en la iglesia de San Miguel, así como una reliquia de San

Justo (que no nos dice qué es) en la iglesia del mismo nombre.



Ilustración 39. Bella estampa de la torre de San Justo.

En lo que respecta a la provincia son también abundantes las reliquias, y su sola enumeración, nos llevaría excesivo tiempo y espacio, por eso, bástenos con recordar algunas de las más extrañas, y curiosas. Sepa el lector que una documentación precisa y preciosa sobre este particular puede encontrarla en las *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II*, naturalmente en las referidas al reino de Toledo (existe una edición moderna, que se reseña en la bibliografía). Estas relaciones son respuesta a un cuestionario con cerca de sesenta preguntas de todo tipo sobre el pueblo, si había hidalgos, cosas notables, límites del pueblo, si había cura de almas, si había ríos etc. La pregunta 51 dice textualmente: “*Las reliquias notables que en las dichas iglesias y pueblo hubiese y las ermitas señaladas, y devociones de su jurisdicción, y los milagros que en él se hubiesen hecho*”. Gracias a este documento hemos podido averiguar que en Almonacid, en la iglesia de San Antón custodian una cabeza entera que dicen pertenecer a las llamadas once mil vírgenes. En Añover de Tajo, en la ermita de San Bartolomé, dicen tener un dedo del santo y un cabello de la Virgen. En Cabañas de la Sagra el velo de Nuestra Señora, y reliquias de San Cristobal, Santa Susana, San Babino... Hay muchas más en Cazalegas, en Escalonilla, Lillo, Illescas... y la lista sigue, en Magán tienen una piedra del sepulcro de Cristo, en Mocejón reliquias de cuatro santos y del griálico José de Arimatea, en la Puebla de Montalbán varias cabezas de las llamadas once mil vírgenes, en Talavera la

lista se acerca al centenar, incluyendo espinas de la corona de Cristo, un trozo de la camisa de la Virgen o un diente de San Lorenzo.

De otras fuentes distintas encontramos otros casos que llaman nuestra atención: la reliquia de San Dubio en Yepes, cuya historia fue cabalmente recogida por Arranz, a finales del siglo XIX, y que nosotros resumiremos diciendo que cierto sacerdote poco piadoso tuvo dudas de que tras la consagración, la sagrada forma se convirtiera en el cuerpo de Cristo, y nada más acontecer tal circunstancia, la hostia comenzó a chorrear sangre, con lo que la duda quedó del todo disipada, y poniendo perdidos unos corporales que anduvieron viajando de mano en mano de algunos reyes de Aragón, hasta que fueron devueltos a su iglesia originaria, y en Los Yébenes donde también poseen una espina de la corona de Cristo, pero está tan oculta que no está claro donde se encuentra, pero, al decir de los fieles, en su iglesia parroquial, seguro que no.

Por último, en Torrijos, se venera con gran devoción una reliquia de la Madre Beatriz de Silva, que se expone a la adoración de los fieles con cierta frecuencia.

7.3 Milagros, sucesos sobrenaturales y apariciones

Normalmente llegan hasta nosotros entre jirones de niebla, sutiles o refinados según se cuente la historia, que en no pocas ocasiones aparece falseada o convenientemente adornada con matices extraordinarios para seducir a un público expectante, y en la mayoría de los casos necesitado de milagros y de apariciones.

Desde que la Santísima Virgen se apareciera en Fátima en el año 1917, y posiblemente por el efecto propagandístico que supuso, se han producido en España más de 30 apariciones públicas de la Virgen.

En la catedral el agua de la Virgen del Sagrario ha producido milagros sonados, como el que le hizo a aquel niño a quien un síncope dejó fulminado y cadáver hasta que le rociaron con esta agua y sano inmediatamente, y que es uno de los milagros que se le atribuyen a esta imagen, porque el infatigable Moraleda nos cuenta al menos otros tres más, a saber: que hizo que Alfonso VIII saliese victorioso de la batalla de Úbeda, que consiguió hacer desaparecer el cólera que assolaba Toledo en 1885, y el más curioso de todos, porque se produce en una fecha imposible si admitimos que la talla es del siglo XIII y que consiste en que la imagen habló al arzobispo, para quejarse de los judíos, que según ella estaban proyectando por segunda vez darle muerte con suplicio de la Cruz. Autores más o menos documentados sostienen que esta tradición del agua de la virgen es de origen céltico, por lo cual estaríamos ante un ritual que tendría cerca de 2.000 años. Esta agua milagrosa se saca del pozo de la catedral que recoge agua del subsuelo toledano. Sea como fuere, el tema de las aguas subterráneas de la catedral ha generado más de una hipótesis, con independencia de éstas, nosotros suscribimos la acertada reflexión de Silvia Nieto:

Este elemento (las aguas subterráneas) profundamente esotérico, asegura el intercambio entre lo terrenal y lo sobrenatural, y representa tanto la vida que supera a la muerte como la sabiduría. Así el templo es sometido a un bautismo constante de aguas sagradas que aseguran su inmortalidad, su constante regeneración, así como la de aquellos que acceden al edificio^[9].

Ya que nos hemos vuelto a adentrar por enésima vez en el templo, vayamos hasta la imagen de Nuestra Señora de la Victoria que ayudo decisivamente a los cristianos para que se venciera en la batalla de las Navas de Tolosa, instituyéndose en su honor su fiesta por el Papa Gregorio VIII.

En cuanto a las iglesias de Toledo en las que se han producido milagros son bastante numerosas. Comencemos por la de San Lucas en la que se produjo aquel extraño suceso de oírse una Salve cada sábado aunque la iglesia estuviese cerrada, y que ha pasado a la historia con el sobrenombre de D. Diego de la Salve por ser éste su protagonista. Sigamos por la iglesia de San Cipriano de la que el Padre Pisa nos cuenta una buena relación de milagros el más importante de ellos relacionado con la peste y con enfermedades incurables sanadas milagrosamente. El voto que hicieron en el siglo XIII de ofrecer una procesión a la imagen se sigue cumpliendo casi ocho siglos después. Volveremos pronto sobre esta iglesia al hablar de las vírgenes negras.



Ilustración 40. La iglesia de San Lucas donde se produjo el milagro de don Diego de la Salve.

No se olvida este insigne escritor e historiador de recordarnos el milagro acaecido en la iglesia de Santo Tomé, que sirviera de argumento para la inmortal obra del Greco, narrándonos el suceso con todo lujo de detalles y descripciones pormenorizadas. Los otros enclaves en los que nos refiere milagros son la Virgen de

la Estrella, en la parroquia de Santiago, y los del antiguo Monasterio de San Agustín, o cierto milagro muy curioso producido en la iglesia de Santa Justa, concretamente por la intercesión de la Virgen del Socorro, que al decir de este autor debió ser muy milagrera por la cantidad de exvotos que había, así como ciertas pinturas votivas hoy desaparecidas (remitimos al lector interesado a esta obra de Pisa para conocer los detalles de todos estos milagros).

Parro recogió cierto milagro acontecido a doña Teresa Alonso, mujer devotísima que tenía la costumbre de rezar cada mañana ante la figura de la Verónica que se encuentra en la Capilla del Cristo de la Columna en la catedral. En el año 1469 se encontraba la devota muy enferma apareciéndosele a los pies de la cama la Verónica:

El 5 de enero de 1469 se apareció la imagen de aquella santa mujer a la cabecera de la enferma, viéndola palpablemente todos los circunstantes y las muchísimas personas que fueron llegando atraídas por el misterio^[10].

Dragó recoge en su diccionario de la España Mágica, otro suceso del que fue testigo el morisco Al-Hanafi, quien estaba convencido del error de la fe cristiana por el culto a las imágenes. Sucedió que cierto día en un templo toledano que no se menciona, muchos fieles vieron como una imagen de la iglesia comenzaba a sudar, y al comunicar tal circunstancia al obispo, éste lacónico e irónico les dijo que “*la arropasen para que no se resfriase*”. Ni que decir que tal respuesta fue usada por Al-Hanafi para arreciar en sus críticas sobre la idolatría.

No vaya a pensarse que el tema de los milagros es una cuestión del pasado, ni mucho menos. En el Día de Toledo del 11 de febrero del cercano año de 1989 se recoge, con todo lujo de detalles el testimonio de cierta persona que sanó milagrosamente gracias a la intercesión de la Virgen de los Remedios de la Iglesia de San Miguel.

Aparquemos un instante los milagros para hablar de otras cosas más prosaicas. Si hay un Convento en el que se producen prodigios ese es sin duda el de San Clemente, del que Luis Moreno Nieto recoge al menos tres sucesos: uno acaecido en el año 1599, año del fallecimiento de la Madre Abadesa y cuyo sepulcro comenzó a rebosar tanto aceite, que era suficiente para alimentar las lámparas de la iglesia. El segundo prodigio le sucedió a D^a. Constanza Carrillo, que entraba en trance y era capaz de levantarse del suelo. Pero sin duda el más espectacular es la presencia del demonio dando vueltas por el convento allá por el año 1786 ante la vista de las asustadas hermanas que no debían dar crédito a lo que presenciaban. Sor Rosario nos relata la anécdota milagrosa de que a una de las monjas en el siglo XVI, Sor Constanza se le apareció cierto niño en las escaleras. Al interrogarle sobre quién era, el niño hizo lo propio con la hermana quien contestó que era Constanza del niño Jesús, a lo que el niño respondió que él era el niño de Jesús de Constanza. En recuerdo de aquello una

pequeña cruz está empotrada en la pared frente al lugar donde el niño apareció.

Sánchez Dragó nos narra otro suceso prodigioso en nuestra ciudad, de feliz final, gracias a la intercesión de San Vicente Ferrer:

Muchos feligreses asistieron al prodigio, y otros tantos esta vez en Toledo presenciaron a una ópera bufa: deseaba una dama tener descendencia, quedó en cinta por intervención del santo, alumbró una piltrafa de carne sin asomo de humanidad, la llevó a la iglesia, encargó una misa y, de latinajo en latinajo, aquella ameba fue transformándose como el Golem en un niño sonrosadito, alegre y pizpireto”^[11].

Una anécdota más curiosa tuvo lugar en el Convento de la Concepción Francisca, donde Diego García de Amusco fundara una capilla a mediados del siglo xv, y en donde a este caballero toledano acostumbrado a lanzar imprecaciones y juramentos por Santa Quiteria pensando que esta santa no existía, se le presentó un día en este convento para pedirle que dejara de jurar por su nombre. Para remediar la situación D. Diego no dudó en desplazarse hasta Francia para conseguir las reliquias de esta Santa y traerlas hasta España. La intercesión de Santa Quiteria comenzó a obrar milagros por doquier, y ciertos panecillos elaborados por sus cofrades curaban enfermedades tal y como lo refiere Nicolás Magán:

El padre Quintana Dueñas (...) refiere los milagros que hemos apuntado y hace además mención de una procesión solemne que en el día de la santa salía de la parroquia de San Marcos, dirigiéndose al Monasterio de Comendadoras de Santiago, llevando los cofrades canastas de panecillos benditos, que llamaban de Santa Quiteria, y que se repartían como remedios de muchas enfermedades, las de la rabia y calentura^[12].

Sobre esta santa se insiste en el hecho de que fue española, aunque no se ponen de acuerdo en si era gallega o toledana, pero en lo que respecta a su martirio si existe unanimidad, dándose por sentado que murió por defender su virginidad frente al hombre que le habían destinado como marido, de ahí, a su relación con los caballeros templarios que parece ser frecuente no sabemos por donde se va, pero tal ligazón existe. Esta misma santa obró otro milagro es Miguel Esteban, terminando con una epidemia de rabia que había acabado con los animales del pueblo, y había causado también la muerte a un buen número de vecinos.

Su devoción parece tener un remoto origen en la comarca de los Montes de Toledo, donde se ubica su martirio por parte de autores como el Conde de Mora.

Otra celestial aparición es la que tuvo lugar en la calle del Ángel según refiere Moraleda y Esteban, y que puede deber su nombre a dos historias bien distintas; una,

la más popular que es la aparición del ángel gótico en una hornacina a la altura del número 13, y otra, la que más conviene a los intereses de esta obra, que el insigne médico relata así:

Habitaba dicha casa un magnate de Castilla, cuando la Corte residía en esta ciudad, y se vio en inminente peligro de muerte una dama cuya salvación se atribuyó a un hermoso ángel que se le apareció a la enferma: por lo que se determinó, al decir del pueblo, el colocar referido ángel de piedra en mencionado sitio^[13].

De carácter más patriótico fue la aparición en la llamada Puerta Almoguera, cerca de la Diputación, del mismísimo Arcángel San Gabriel para luchar contra los moros, claro está, su aparición coincidió con tiempos en los que el populacho necesitaba acrecentar su descuidada fe mediante la vuelta de santos y arcángeles garantes de la verdad emanada de Dios, quien se ponía descaradamente al lado de los cristianos olvidando cuanto había dicho su hijo en la tierra sobre la hermandad de todos los hombres.

En la catedral también se produjo un hecho sobrenatural como no, con la Virgen del Sagrario como protagonista, que nos recuerda inevitablemente la aparición cuasi milagrosa del Cristo de la Luz. Cedamos la palabra a Moraleda y Esteban:

... Pues es sabido que desde la invasión de los secuaces del falso profeta, hasta la reconquista de Toledo por Alfonso VI, estuvo la escultura oculta en un subterráneo próximo a la capilla de la descendión según unos, y según otros en un pozo sito al pie de la mal llamada Nuestra Señora d la Antigua, de cuyo lugar fue descubierto merced a un vivo resplandor de luz sobrenatural que hizo fijar la atención de creyentes e incrédulos^[14].

Como sucesos sobrenaturales podemos apuntar dos más, uno correspondería a la leyenda del Cristo de la Luz en su primera parte, es decir, cuando el judío ruin roba la imagen para descuartizarla en su casa, sita, según la tradición en la plaza de Valdecaleros, y en cuyo tránsito desde la mezquita, la herida de su costado había ido dejando un reguero de sangre que fue lo que condujo a los alguacilillos hasta la morada del ladrón, y el segundo de estos sucesos nos narra la presencia de una luz sobrenatural en la Ermita del Valle, leyenda esta que recogería Moraleda y Esteban en su libro *Leyendas históricas de Toledo*, ejemplar en el que podremos también encontrar la leyenda llamada la *Fuente Misteriosa*, que pasó por agua los amoríos entre cierta toledana y un invasor francés, y que el insigne médico refiere como la fuente de cabrahigos.

Por cierto, y ya que hemos hablado de la imagen de la ermita del Valle, en la *Guía*

para visitar los Santuarios Marianos de Castilla-La Mancha se recoge la tradición según la cual la imagen fue encontrada en 1642 por el toledano Diego de la Cruz en el valle, en un estado lamentable, con la cabeza del niño quebrada y separada. Esta imagen no es sin embargo, la que podemos contemplar hoy.

La Virgen de los Desamparados —tal y como comentaremos en páginas posteriores cuando hablemos de las vírgenes negras— también se apareció milagrosamente a dos enfermos en el río, y la Virgen de la Cabeza hizo lo propio a cierto pastorcillo para indicarle que allí debían construirle su santuario.

En la Iglesia de Santiago el Mayor se venera otra imagen de la Virgen de los Desamparados que también se apareció milagrosamente en 1932...

Hemos dejado para el final el milagro de una de las santas patronas de la ciudad: Santa Leocadia, martirizada por el Pretor Daciano allá por el año 304, y cuya muerte fue prontamente santificada por el pueblo toledano, hasta tal punto que se le erigieron tres iglesias en la ciudad: una en la que se suponía era la casa en que vivió, otra de imprecisa ubicación, pero posiblemente cerca de la actual San Román, y la tercera, la más milagrosa, ya que fue la propia Santa quien se aparecería a Sisebuto para indicarle el lugar exacto, estaría por la zona de la Vega, donde la tradición mantiene que fue sepultada.

Antes de adentrarnos en las apariciones de la provincia, déjennos realizar la siguiente reflexión: verán ustedes, existen una serie de características que vienen siendo tan habituales, que prácticamente ya conforman parte de cualquier leyenda de aparición de una imagen. Nos estamos refiriendo a determinadas constantes que se producen en la aparición de la imagen y que son las siguientes:

- Casi siempre las descubre un pastor, un vaquero o un leñador, depende del entorno en que se produzca la aparición.
- Casi siempre en zonas de difícil acceso y en entornos concretos (cuevas, árboles, fuentes, montes sagrados).
- Casi siempre se requiere la colaboración de animales para el hallazgo (bueyes, toros, carneros, aves...).
- Casi siempre se le pide a la persona que la encuentra que se construya un santuario o ermita en ese mismo lugar, dándose la circunstancia de que en los casos en que no se hace así, sino que se intenta levantar el templo en otro enclave diferente al que la imagen había pedido, ésta suele desaparecer para volver a ser encontrada en el lugar exacto donde debería haberse construido su santuario. Tal circunstancia, en opinión de William supone una paganización, lo que él denomina una “recapitulación codificada” del proceso por el cual las nociones de un paisaje sagrado, pre-cristianas y rurales se reafirmaban, en contra generalmente de esa otra religión oficial que se centraba en la parroquia.

Este autor afirma algo que a nosotros nos resulta especialmente importante, y más

en relación con las vírgenes negras:

La preponderancia de emplazamientos subterráneos para estas imágenes, marianas en especial, apoyan la idea del papel de María como sucesora de las diosas madres relacionadas con la fertilidad. Las leyendas sobre el hallazgo de estatua dentro de la tierra y su culto en grutas representaban una relación concreta entre María y la tierra^[15].

Nuestra provincia ha gozado también de sucesos sobrenaturales, como ya reconociera hace más de medio siglo Ismael del Pan, al hablar de las devociones especiales de algunos santos y vírgenes. Al margen de los que aparecen reseñados en otras partes de este volumen, quisiéramos recordar el suceso acaecido con el Santísimo Cristo del Olvido de Orgaz, figura que, al parecer fue durante mucho tiempo arrinconada en camaranchón, hasta que cansada del olvido habló a uno de los habitantes de la casa para recriminarle con dolor *¡qué olvidado me tenéis!*, causando la devoción inmediata a esta figura por todo el pueblo. También se tiene en el pueblo por muy milagrera a la imagen de Nuestra Señora del Socorro.

Más sonados han sido los sucesos de Villafranca de los Caballeros, producidos en el año 1989, acontecimientos que tuvieron en vilo a un grupo de santeras que eran las encargadas de custodiar cierta Cruz que debía ser destruida al ser cambiada por otra mejor. En casa de una de estas mujeres, en la calle del General San Jurjo, empezaron a producirse efectos extraños: truenos y relámpagos, iluminaciones prodigiosas, velas que se consumían al instante etc. Desconocemos en que acabó todo aquello, salvo que el párroco de la localidad se desentendió del asunto, y de la cruz, nunca más se supo.

De los milagros marianos, uno de los más recordados es el que se produjo en Navahermosa, y en cuyo honor se celebra la romería de la “Milagra” en el mes de mayo. Gracias a la intercesión de las imágenes que sacaron en procesión los vecinos pueblos de Hontanar y Navahermosa, en el momento en que juntaron, comenzó una fértil lluvia que acabó con la sequía que asolaba estos lares. Muy cerca de allí, en ese paraje extraordinario del que nos hemos ocupado en numerosas ocasiones, Malamonedá, en el término municipal de Hontanar, se guarda el recuerdo de la aparición milagrosa en una encina de la imagen de Nuestra Señora de Gracia o de Buenamoneda, imagen que aparecía sin varios dedos, porque cierto leñador la encontró tras clavar su hacha en el árbol que la custodiaba. De la herida que le produjo a la imagen en los dedos manó abundante sangre.

En Illescas, según relato de Carlos Pascual las fiestas que se celebran cada año en honor del Milagro de la Virgen de la Caridad, son el fruto de una historia que se remonta hasta el siglo XVII, cuando cierta paralítica llamada Francisca de la Cruz desahuciada por los médicos, al llegar a este pueblo hizo noche en el hospital de esta villa, y tras rezar toda la noche a esta imagen salió del mismo caminando por su

propio pié. En un estudio reciente llevado a cabo por Ángela Franco se da por cierto que la imagen fue donada por San Ildefonso siendo arzobispo de Toledo

En Torrijos se venera con enorme devoción por sus frecuentes milagros al Cristo de la Sangre, que según la tradición vino desde Perú en el siglo XVII. Esta imagen tiene recogida como primer milagro un exorcismo, realizado a cierta joven del pueblo allá por el siglo XVIII, pero su lista se extiende a lo largo de este siglo y los siguientes, con sanaciones de personas invidentes, curaciones de lisiados desahuciados e incluso la resurrección de un cadáver

En la ermita de Nuestra Señora de la Oliva en Almonacid, se apareció la Virgen a un pastor para pedirle la construcción del Templo.

En el Casar de Escalona, se produjo otra milagrosa curación de una niña tullida, gracias a la intercesión de la virgen que se le apareció en la ermita de Nuestra Señora de la Concepción.

En Cazalegas, la aparición de la Virgen se acompañó además de numerosos milagros y *“lumbre en el cielo en noches muy recias de aires y aguas”*.

En Puente del Arzobispo, parece ser que la imagen de Nuestra Señora de Bienvenida también a obrado numerosos prodigios, aunque no hemos podido saber exactamente cuales (el párroco de la iglesia al que interrogamos sobre ello no suelta prenda).

En Corral de Almaguer, se venera con devoción la imagen de la Virgen de la Muela, cuyo nombre proviene de su aparición milagrosa sobre una piedra de molino de las denominadas “muelas”. Parece ser que durante la dominación musulmana la imagen fue también escondida bajo una de estas piedras en una cueva.

En la Puebla de Almoradiel, en un paraje conocido como los “chaparros”, cierta vecina llamada doña Justa lleva años rodeada de acólitos que desean escuchar lo que sale por su boca, porque esta mujer entra en trance y es, ni más ni menos, que Santa Teresa la que habla sirviéndose de esta devota.

Continuemos este repertorio en Illescas, donde encontrándose rezando Alfonso VIII se le apareció un ángel. Por desgracia nada ha trascendido de su conversación con el excelso personaje.

Más noticias poseemos de la actual Numancia de la Sagra, pueblo que antiguamente se llamaba Azaña, allí nació y profesó su fe, la conocida como Santa Juana en el siglo XV, y de la que en una edición reciente del IPIET que trata sobre su vida, se afirma que a los 25 años enmudeció por espacio de algunos meses, al cabo de los cuales comenzó a manifestarse la voz de Dios, y el Espíritu Santo hizo que hablase lenguas desconocidas (árabe y euskera), e incluso, le aparecieron las llagas de Cristo. En fin que tal fue el revuelo que se organizó, que hasta el mismo Emperador Carlos le visitaba. Desde su muerte los milagros por su intercesión han sido contantes.

Fernando Martínez Gil aseguraba que la mayor parte de las apariciones celestiales se correspondían con la Virgen, siendo éstas mucho más numerosas que las

apariciones de santos o de ángeles, teniendo esta circunstancia cierta lógica explicación:

La aparición mariana venía a demostrar, a los ojos de los lugareños que la Virgen se complacía en prestar sus servicios a la comunidad. Asimismo convertía al lugar sagrado en privilegiado punto de contacto con la naturaleza y con la santidad irradiada por el hecho milagroso o la imagen encontrada^[16].

En Quintanar de la Orden en 1523 cierta mujer llamada Francisca *la Brava* tenía visiones en las que se le aparecía la Virgen, quien le daba instrucciones sobre determinadas cuestiones del pueblo, e incluso llegó a entregarle algunos objetos. Cosa inaudita, la inquisición se ocupó de este caso, terminando la cosa no muy bien para Francisca que fue condenada y azotada públicamente. Si el viajero-lector está interesado en ahondar en este proceso contra Francisca, un extenso resumen del mismo puede encontrarse en el libro citado de William sobre las apariciones en Castilla.

En Carpio de Tajo la Virgen de la Ronda mantiene su leyenda, al menos desde el siglo XII, momento en que cierto pastor recogió de las aguas del Tajo la imagen. Al parecer sus ovejas se asustaron al ir a beber al río, donde flotaba un bulto que resultó ser la imagen rescatada por el pastor. Nuestra Señora le habló para informarle de su deseo de que se le construyera un santuario en ese lugar, donde efectivamente existe todavía una ermita. Luis Moreno Nieto relata que gracias a la intercesión de esta imagen los vecinos del pueblo se libraron de una epidemia de peste, y de otra mucho más asquerosa: una plaga de cucarachas.

Sigamos con Nuestra Señora de la Natividad en Métrida, que se apareció a un pastorcillo en el tronco de una encina allá por la dehesa de Berciana. Nuestra Señora del Prado se apareció a dos pastorcillas en Talavera, o la que posiblemente sea una de las apariciones más extrañas, Nuestra Señora del Águila, en Ventas con Peña Aguilera, que aunque también se le apareció a un pastorcillo, esta vez fue un águila el que la tenía en el pico en lo alto de unas peñas, donde tiempo después se levantaría la ermita donde se venera. Esta imagen de esmerada talla se realizó, casi con seguridad entre los siglos XII y XIII.

Nuestra Señora de Gracia en Ajofrín también se apareció a un pastor, nada más y nada menos, que en el año 1262 al decir del historiador José María de Mora. Eso sí, la imagen se apareció en la monteña zona comprendida entre Cuerva y Menasalvas, pero como nadie le creyó, se desplazó hasta este pueblo de Ajofrín donde por fin le hicieron caso y construyeron el templo.

La Virgen de Nuestra Señora de Castellar en Villarrubia de Santiago tiene dos posibles orígenes, ya que hay quien asegura que apareció en el antiguo castillo de la

Orden de Santiago, y otra versión asegura que se apareció, como no, a un pastorcillo encima de una roca. Como en tantas ocasiones, los vecinos decidieron llevarla en procesión hasta la iglesia parroquial pero la imagen se resistía apareciendo, una y otra vez encima de la roca, donde finalmente fue construido su santuario. La imagen actual es una reconstrucción porque la original fue destruida en la guerra que asoló este país.

De igual manera en San Pablo de los Montes se apareció a cierto pastorcillo (Magdaleno era su gracia) otra virgen, esta vez dentro de una fuente y precedida de unas extrañas luces que indicaban el lugar exacto. Como es de rigor, la virgen pidió al pastor que en aquel enclave se le levantara una ermita. Esta Virgen ha sido conocida a lo largo del tiempo con diferentes nombres: Nuestra Señora de Gracia, la Aparecida, la “Milagrosa” etc.

Sobre esta imagen la fecha de aparición se centra en los albores del siglo XIII, y desde poco después, la fuente o manantial que pasa por la ubicación de su ermita ha procurado un buen número de milagros a personas devotas que han solicitado sus favores.

Otra leyenda unirá a esta imagen con los monjes de cierto monasterio visigodo que existió en las inmediaciones. Tal y como afirma Manzano en su monografía sobre esta imagen, hay que destacar la utilización de elementos de la naturaleza dentro del ciclo sagrado de la Virgen, representando reminiscencias de un pasado pre-cristiano

Seguros estamos que se nos han quedado por el camino un montón de imágenes milagrosas. No se apure el viajero-lector que pronto, y con la ayuda de todos daremos cuenta de ellas.

7.4. Templos paganos y estatuas hechiceras o paganas

No está muy clara la existencia de un gran templo pagano de origen prerromano en nuestra ciudad. La polémica está servida, los apologetas y detractores de la hipótesis buscan argumentos y evidencias que decanten la balanza a su favor, sin resultados contundentes hasta la fecha. En lo que están todos de acuerdo es en que, de haber existido se ubicaría en las inmediaciones del Circo Romano. Amador de los Ríos sostiene que:

Al norte de tan celebrado circo se encuentran también varios trozos de murallas que dan indicio de haber existido en aquel sitio algún templo, en lo cual no han manifestado duda alguna los escritores toledanos. El Doctor Don Francisco de Pisa, refiriéndose al autorizado dictamen del célebre escultor y arquitecto Juan Bautista Monegro, apunta que debieron ser estas ruinas templo de Marte, Venus o Esculapio,

fundándose en que a estas deidades del paganismo solo se edificaba fuera de los muros. Otros autores, por el contrario asientan que este templo estaba consagrado a Hércules, siendo ésta la opinión más generalmente admitida^[17]

Cristóbal Lozano, personaje dado a fantasías también nos dejó constancia de este templo:

Dedicaron este templo a Hércules, a quien tenían y reverenciaban por su Dios, y por su rey. Estaba, dicen al modo que el de Cádiz, hermoseoado y adornado de famosas y primorosas esculturas. Entallados de bulto estaban puestos para su orden los hechos y las hazañas de aquel valiente héroe, al tanto sus trabajos y aventuras^[18].

Antonio Martín Gamero, basándose también en las directrices de Monegro, asegura que el templo pudo estar dedicado a esos dioses arriba citados, o de acuerdo con el Conde de Mora a Hércules, a quien, insiste el escritor, los toledanos tenían por su Dios. De ser cierta esta hipótesis tal vez nos encontremos con algo parecido a lo que Ventura López nos describía en su pequeño libro-panfleto titulado *El Templo de Melkart en Toledo* donde hacía 1929 establecía una hipótesis muy aventurada, señalando que la Cueva de Hércules, en su entrada más conocida, esto es, en San Ginés, no era más que otro templo pagano dedicado a este dios tartesio:

Esta planta es la de un templo asirio, por lo pronto con su zigurat y todo, sólo falta confrontarla con la de Biblos para hallar su simbolismo (...) Creemos haber descubierto el más antiguo de Europa, pero desde luego el más interesante porque nos revela que su religión es de origen sabeo, y su cultura la de los españoles o tartesios que dominaron los fenicios^[19].

Este oscuro Dios, Melkart fue, en no pocas ocasiones confundido con Osiris si nos atenemos a lo que esgrimía García Bellido en su obra *Las religiones orientales en la España romana*. Curiosamente, los fenicios conmemoraban el despertar de este dios la noche del 24 al 25 de diciembre, aunque según Antonio Ruiz en la península se le celebraban fiestas y ofrendas tan sólo cada cuatro años.

Han sido muchos más autores los que han hablado de este supuesto templo, y así en la obra de Jesús Carrobles Santos “*El teatro romano de Toledo: una propuesta de identificación*”, se menciona también a Pisa, Pedro de Rojas, Palomares o Manuel de Assas como escritores que incluyeron en sus obras referencias, más o menos veraces sobre este supuesto templo, al que Jesús Carrobles no otorga verosimilitud alguna, identificándolo, tras una ardua labor, con el circo romano de la ciudad.

Desgraciadamente, como lo que quedaba de él sucumbió a las excavadoras y a la construcción del Colegio de las Carmelitas y edificios aledaños, mucho nos tememos que la incógnita permanecerá, aunque entendemos que las tesis de Carrobles parecen bastante más rigurosas y sensatas.

Durante el Medievo y siglos posteriores, en los que la iglesia ejercía una poderosa influencia sobre todos los aspectos de la vida muchos de estos enclaves que habían sido dedicados a otros dioses fueron destruidos:

Cualquier cosa consagrada a los dioses paganos puede serlo también al diablo. Se consideraba que los templos paganos eran sus moradas y eran derribados o santificados como iglesias^[20].

Quién sabe si esta fue la causa de la desaparición definitiva de sus restos...

Por cierto que cerca de este templo se encontraba otra de esas curiosidades que suele ser desconocida, me refiero a la Naumaquia, especie de estanque recreativo romano en donde se jugaban a las batallas navales con pequeñas embarcaciones, trayéndose el agua desde el Tajo. Según Amador de los Ríos, este estanque no solo servía para la diversión, sino para la enseñanza de los ejércitos, algo que ya había apuntado Lozano:

Asimismo hicieron junto al Circo una Naumachia, porque la grandeza de este ciudad no careciera de semejante adorno. Naumachia es lo mismo que laguna o estanque espacioso, como el que hay, con nombre de mar (y que le cuadra muy bien) en el Retiro^[21].

Por su parte Antonio Martín Gamero nos dice que:

... Desviémonos un poco, y descendiendo hasta la Vega, por cima del campo santo, cerca de la boca de la mina de Safont, hallaremos ruinas y machones de una extensa alberca, que a juicio de todos los historiadores toledanos debió ser naumachia, lago o estanque, donde se arrojaban barcas y se hacían combates navales para ejercitar a los soldados en fingidas peleas^[22].

Desgraciadamente de ambas estructuras no queda piedra alguna ni plano que nos permitiese imaginarnos como eran, y aunque los arqueólogos puedan esbozar trazas y planimetrías más o menos detalladas, no dejan de ser meras hipótesis.

En su obra *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania* José Blázquez nos informa que existió un templo levantado por los primitivos habitantes de la Carpetania y que estaba dedicado a Endovélico (que al igual que Hércules o que

Homero descendió hasta los infiernos para regresar al tercer día) y a Ataecina, numen indígena de carácter nefasto y asociada a Plutón, y a los cuales se les ofrecían sacrificios humanos.

Endouellico. Dios de carácter chthónico. Su presencia en un ara señalaría el carácter infernal de esta deidad. En calidad de Dios infernal emitía oráculos y se le ofrecían sacrificios de cerdos (...) Ataecina: el carácter agrícola admitido por Leite para Ataecina no es seguro, por el contrario, el carácter infernal de esta diosa aparece claro en las inscripciones^[23].

Ataecina es, en palabras de Antonio Ruiz, la *Diosa de la Noche*, algo así como la Proserpina grecolatina, y por eso, en las escasas representaciones que se tienen de ella aparece junto a un ciprés. Lo extraño es que, hasta la fecha, su área de distribución se ceñía a Portugal y la zona de la actual Extremadura.

Sumemos un tercero en la lista de dioses adorados, el dios Vestio, deidad cornúpeta que solía representarse con una gran cabeza con barba, con los cuernos abiertos y los brazos en cruz.

Tal vez hubiera más luz sobre este asunto si apareciera cierta lápida que vio el padre Román de la Higuera, lápida que hoy está desaparecida, pero que este sacerdote tradujo como: “la ciudad de Toledo estaba dedicada a Hércules padre, Endovélico, y otros dioses tutelares...”.

También el Conde de Mora se ocuparía de las deidades infernales adoradas en Toledo, aunque él las refiera a la Cueva de Hércules y los usos que se le dio:

... denota auer sido Templo dedicado a los dioses infernales, citan a Lelio Giraldo. Que los antiguos hacían templos a los Dioses de la Tierra, y a los infernales en unos hoyos o valles, en que les hacían sacrificios, y que los griegos los llamaron Megueras, que significan cuevas, y por ello se dedicavan las cuevas a los dioses infernales...^[24]

Si recordamos que diversos autores mantienen la hipótesis de que en el cerro del Bu se realizaban ese tipo de sacrificios, y que los primitivos habitantes de Toledo se ubicaron precisamente en ese emplazamiento, va cobrando trazas de verosimilitud tan arriesgada hipótesis, aunque por supuesto, estemos aún muy lejos de poder asegurar nada al respecto, y por supuesto, siendo conscientes de que las hipótesis del profesor Blázquez deben ser tomadas con muchísima prudencia, porque lo cierto es que no existe ni una sola evidencia arqueológica que las apoye. No es tan solo el Conde de Mora el que atribuyó a este recinto de la cueva de Hércules la función de templo para deidades paganas, ya que Amador de los Ríos especulaba sobre el mismo

asunto:

Por la situación, por la importancia de lo existente y por la extensión del lugar que ocupa no admite duda en que fue aquel un templo gentilicio. Lo que no es posible determinar es la deidad a la que hubo de estar consagrado si Hércules o Júpiter^[25].

También Nicolás Magán se suma a la hipótesis:

Otros opinan sirvió esta cueva de templo gentilicio en la época de la dominación romana, dedicado a los dioses infernales, y luego posteriormente de cementerio para los cristianos^[26].

Guillermo Téllez al hablar de los restos romanos de la ciudad afirma que:

Debió haber un templo romano por San Román (acrópolis) pues en San Ildefonso se encontró un pie de estatua. También pudo haberlo en el Cristo de la Luz, y la basílica mayor debió estar en la Catedral^[27].

Antonio Forte Muñoz en el Congreso sobre el Toledo Mágico, esbozó la posibilidad de que las cuevas de Higares, fuesen en realidad un santuario hermético:

Quizás las cuevas de Higares sean uno de esos complejos-santuarios laberíntico subterráneo, donde debían celebrarse antiguos rituales, unidos a cultos en donde ciertos personajes eran transformados poco a poco en su esencia inmortal^[28].

Esperemos a que los arqueólogos se decidan algún día a pasar por su tamiz este enclave para que nos saquen de las dudas razonables en las que nos encontramos.

En la provincia es obligado recordar cuanto dijimos en el capítulo de la mesa de Salomón sobre Malamoneda y sus posibles lugares dedicados al culto, invitando al viajero-lector a consultar el documento citado de Ventura Leblic sobre este despoblado. Además, debemos mencionar por su importancia un enclave de la Sierra de San Vicente, que tiene el honor de haber albergado el que sería uno de los montes de olivos, un bosquecillo sagrado o nemetus, consagrado a la diosa Afrodita, según dejó escrito Appiano, pero ojo, no nos referimos a la diosa del panteón romano, sino a una advocación indígena de la misma diosa por los carpetanos. Sobre esta referencia no abundan los testimonios, pero José María Blázquez lo refiere como cierto:

En el año 146-145 a. C. Viriato cruzó el Tajo y acampó en una sierra con olivos consagrada a Afrodita. Se trata posiblemente de una divinidad indígena que el autor griego asocia a Afrodita. Schultn situó este lugar en la Sierra de San Vicente, próxima a Talavera de la Reina^[29].

Y en estas estamos cuando se nos viene a la memoria que Sánchez Dragó dejó escrito en su Gárgoris que existen unos lugares "sanvicentes" donde nadie podía pernoctar, según la tradición, porque los dioses ctónicos ocupaban estos promontorios cuando caía el sol, de manera similar a lo que ocurre en otro de los lugares sagrados de la geografía mágica española como es San Andrés de Teixido. ¿Será el nuestro uno de esos lugares prohibidos?

Dejamos a regañadientes las disertaciones sobre los templos paganos y vamos con la segunda de las cuestiones: la estatua hechicera. En el año 1923 Moraleda y Esteban se hacía eco de cierta estatuilla encontrada en la Cueva de San Gil, o lo que es lo mismo, en uno de los subterráneos de la Casa del Greco. Este autor afirma que:

Está construida esta figura con barro común, teniendo su cara bien compuesta con cabeza tosca y erguida y el cabello descuidado: su actitud es severa, dominante, imperativa y hasta retadora, mirando hacia la derecha (...) colegimos que puede ser una estatua hechicera o idolillo mágico medieval^[30].

Por desgracia desconocemos el paradero actual de la estatua, así que nos tendremos que conformar con la imagen tomada por la familia Rodríguez. Sin embargo me parece significativo el lugar donde se encontró, la Casa del Greco, lugar íntimamente relacionado con lo mágico como venimos manteniendo. Tal vez, aunque resulte difícil de comprender, otras estatuas paganas sean las que se encuentran en la capilla de la Concepción dentro de la Catedral, y que en palabras de Parro no se sabe muy bien a que corresponden, si a dioses del paganismo, a Sibilas o a Profetas. Sobre este tipo de estatuas también hablaremos en el capítulo noveno.

Encarnación Martín García y José Ortega Blanco presentaron en el congreso de Arqueología de la provincia de Toledo el hallazgo de una pequeña figura femenina de terracota hallada en Oropesa, y que tiene todas las trazas de ser una diosa de la fertilidad, posiblemente de origen semita; estamos entonces seguramente, ante una representación de la diosa Astarté

En la revista *Toledo* (año I, mayo 1889) se recoge un dibujo de cierta estatuilla de barro cocido aparecida en Consuegra^[*], que es una figurilla de un hombre tocado con un gorro frigio, una túnica de mago y que porta en su mano lo que parece ser un vegetal. Tiene todas las trazas de ser una imagen para rituales mágicos.

7.5. Vírgenes negras y morenas

Las vírgenes negras constituyen otro de esos enigmas sin resolver sobre los que se vuelcan las más variopintas hipótesis a la hora de explicar su origen y su significado. Jacques Huynen establece cuatro causas como las más plausibles refiriéndose a la explicación de su color: que sean negras porque la virgen era oriental, de Palestina y por tanto de tez oscura, que fuese una moda de la época, que se han ido oscureciendo por el humo de las velas, o sencillamente, que no tiene explicación, sino que era el estilo de los artistas. Junto a estas explicaciones, el canónigo Marc Perroud nos ofrece la posibilidad de que fueran realizadas por el mismo San Lucas, hipótesis ésta bastante repetida por un buen número de autores, pero difícilmente sostenible con criterios lógicos.

La iconografía mariana comienza a aparecer en el mundo cristiano después del Concilio de Éfeso en el año 431, aunque no sería hasta el siglo XI cuando se produciría el estallido de imágenes marianas. Sobre este asunto coincide Baños Vallejo:

Si la religiosidad popular siempre ha pesado en la historia de la Iglesia, es precisamente en la Edad Media cuando se desarrollan el culto a la Virgen y a los santos, hasta convertirse en cauce de las inquietudes y las aspiraciones religiosas de las masas, sus supersticiones, sus necesidades inmediatas, hasta constituirse, en definitiva en los dos ejes de la devoción popular^[31].

Junto a esta condición existe otra seña de identidad sobre el culto mariano, cual es el que este culto en raras ocasiones surgió de forma popular, sino que fue un culto impuesto por la teología, mientras que los cultos y devociones a algunos santos sí que se dieron de forma espontánea, generalmente porque se les consideraba altamente propiciadores de los milagros.

En el Imperio Bizantino, las imágenes que representen a mujeres similares a nuestras vírgenes son claramente paganas, y simbolizan a diosas muy alejadas del cristianismo. Sánchez Dragó asegura que la mayor parte estas imágenes nacieron como réplicas de la efigie de Isis con el niño Horus en su regazo. Por eso no es de extrañar que hasta en esa obra insólita, que se “coló” en los libros sagrados, llamada *Cantar de los Cantares*, se afirma literalmente. “Soy negra y, no obstante, soy bella”.

Hay quien asegura que, dados los lugares donde se han ido encontrando y su relación en muchos casos con los caballeros templarios, pudieran ser representaciones cristianizadas de cultos paganos ancestrales, y serían por tanto imágenes de diosas Orientales como Ceres, Isis, Astarté (de la que por cierto existen numerosas representaciones en nuestro entorno, siendo, tal vez, la más conocida la aparecida en

Albacete en Pozo Moro, y que representa sobre una silla de tijeras, a este que fuera diosa de los cananeos y sidonios), Deméter, Artemisa etc., que después de los correspondientes aderezamientos cristianos, estarían bien vistas por las autoridades eclesiásticas, y a la vez seguirían ofreciendo su simbolismo heterodoxo y sincrético a aquellas personas conocedoras del sentimiento religioso universal, o seguidoras de la Gran Madre, entendiendo por tal el sobrenombre de algunas deidades femeninas consideradas como símbolo de la tierra fecundada. Por otra parte la leyenda quiso que Bernardo de Claraval, bebiera tres gotas de leche en Châtillon-sur-Seine brindadas por cierta Virgen Negra mientras oraba; tal vez de ahí la devoción de los freires por este tipo de imágenes. Jacques Huynen nos dice que:

La civilización de la edad media era iniciador. Las vírgenes negras poseen una significación esotérica. Sus milagros no eran verdaderos milagros, sino los vehículos de un mensaje oculto^[32].

Sobre este particular García Atienza mantiene una extraordinaria interpretación plasmada en su obra *Nuestra Señora de Lucifer*:

Entre comentarios y explicaciones, entre reconocimientos y silencios, la respuesta más coherente a esta escena está en su trasposición simbólica. La leche es la esencia de la verdad, el vehículo transmisor del Conocimiento, el alimento que confiere la vida y todo cuanto la vida significa de misterio a resolver y dilucidar. Se equivocan quienes interpretan las figuras medievales de mujeres que amamantan serpientes como satánicas o pecaminosas. Los imagineros medievales, y con ellos los conocedores de los secretos de la Tradición, sabían que la serpiente era la representación de la sabiduría, y que el acto de succionar la leche de los pechos de la madre (tierra) era la evidencia de del origen sagrado de esta Sabiduría^[33].

Habremos de volver sobre el simbolismo serpentario en breve, pero dicho queda lo escrito, y saque cada cual sus conclusiones.

Sin duda será casualidad, pero en al menos una docena de pueblos toledanos, que pertenecieron a los templarios, para evitar el “aojamiento” de niños/as de corta edad, se introduce entre sus ropas un Evangelio y la regla de San Benito y un trozo de pan. Lo de los evangelios alcanzamos a comprenderlo, y lo del trozo de pan lo intuimos, pero lo de la regla de San Benito, (suponemos que la misma o similar a la que diera este monje a los templarios) no podemos explicarnos su relación con la prevención de tan extendida creencia. Tal vez sea recuerdo ancestral de la presencia de estos benefactores monjes lo que ha perpetuado esta curiosa tradición.

Rafael Alarcón afirma al respecto que:

Diosas madres, que prácticamente fueron todas alguna vez representadas de negro, porque dicho color es el que se utiliza simbólicamente para señalar a esa tierra primigenia que, una vez fecundada, por la potencia celeste, será la fuente de toda vida; física, espiritual e intelectual. Diosas-madre-tierra implica indefectiblemente color negro^[34].

Más adelante este autor sigue diciendo que:

El color negro en las facciones de estas imágenes solamente es explicable por la vía del esoterismo. Encontramos así tres sentidos que se complementan confiriendo a la negrura de sus rostros un valor simbólico de una gran profundidad, lo cual no es otra cosa que el reflejo de un pensamiento sagrado, universal y sincrético^[35].

Juan Eslava Galán sostiene una opinión similar:

De este modo el culto a la Diosa Madre perduró —y aún perdura— en el cristianismo en forma de mariolatría. Bajo esta forma alcanzó su máxima difusión en la Europa Medieval. Así fue como por los intrincados vericuetos de la historia humana aquellas ostentosas figurillas de las Venus paleolíticas, que representaban principios de fecundidad, vinieron a transformarse en las diminutas imágenes de nuestras Vírgenes Negras medievales^[36].

Y en esto mismo de asociarlas con el templo insiste Jesús Ávila Granados:

Hay un dato que está del todo confirmado, el hecho de que la gran mayoría de estas divinas tallas se encuentran localizadas en zonas de marcada presencia templaria. El color negro además, conlleva una relación con la tierra fértil —el humus— fecundadora de la vida; por ello la Virgen debía ser de color negro^[37].

Una postrera hipótesis sostienen que las vírgenes negras con un niño coronado, representan a la Magdalena con el hijo de Jesús (primer ascendente de la estirpe real Merovingia), y en ellas el color negro simboliza, además de la procedencia oriental de la mujer, la marca que la diferencia de la Virgen María.

Para llegar a una buena comprensión, las vírgenes negras no deben ser

consideradas aisladamente, sino que las ermitas o edificios que las acogen, los lugares donde estos se ubican, los ritos practicados en su honor y los supuestos milagros que se les han atribuido a lo largo de la historia deben ser tenidos en cuenta. Pensemos además que de la mayor parte de estas imágenes, en poquísimos ejemplos se sabe quien la hizo, en la mayor parte de ellas, lo que sabemos es donde aparecieron, que casi siempre era en lugares relacionados con la Madre naturaleza: cuevas, ríos, árboles, fuentes, cumbres...

La mayor parte de las vírgenes negras eran ensalzadas como donadoras de felicidad, de vida, de fecundidad y de bienestar a juzgar por sus advocaciones, y por extensión se las consideraba como protectoras de niños de corta edad

En España existen imágenes marianas negras al menos en Ávila, Cáceres, Estella, Barcelona, Ciudad Rodrigo, Valencia, Veruela, Tenerife, Sevilla, Compostela, Madrid, Covadonga, Fuenterrabía, Salamanca o Zaragoza.

En Toledo, nuestras vírgenes negras no son tan famosas como la de Montserrat, pero es innegable que poseemos varias de ellas con devociones fervorosas, siendo posiblemente, la más conocida la Virgen de Guadalupe, entronizada en la parroquia de Santo Tomé. En el inventario que hace de esta iglesia Ramírez de Arellano en el año 1921 ni siquiera la menciona, por lo que pensamos que la imagen debió de ser regalada con posterioridad a ese año, ya que la imagen en cuestión provenía del Monasterio Bernardo de Monte Sión.

En el torreón interior del Puente de San Martín hay un balconcillo en el que, tras un cristal se encuentra una imagen de la Virgen del Sagrario, que según Parro, es de piedra y pintada encima, imagen que, curiosamente, era denominada no como virgen del Sagrario, sino como la Virgen del Tiro, por la polea que había cerca de ella para la Fábrica y Obra, En el año 1981 cierto académico consiguió permiso para realizar una inspección, limpieza y fotografiado de la imagen, resultando no ser de piedra sino hecha con un armazón de listones recubiertos, dando la forma con hoja de lata, siendo las manos y la cara de madera tallada:

La cara y las manos en actitud orante, sin Niño, y éstas y la cara ennegrecidas^[38].

Otras imágenes “morenas”, aunque no sean negras, que podemos contemplar en Toledo están en la Iglesia de Santiago del Arrabal, imagen cuyo rostro no refleja sentimiento alguno, sino, nobleza y hieratismo, más próximo a una expresión oriental y faraónica que a una talla cristiana; y la Virgen de los Desamparados en la ermita de la Virgen de la Guía, donde llegó procedente del antiguo Hospital de San Leonardo, y que como no podía ser menos, aparecía de forma milagrosa, entre deslumbrantes luces, flotando en las aguas del río, expresando a dos enfermos del citado hospital su deseo de ser alojada cerca de la imagen del santo que daba nombre al hospital:

Según una tradición escrita que más bien puede considerarse como relato histórico, si hemos de creer en la realidad de la fuente de la cual dice que se ha valido, el origen de la devoción de Nuestra Señora de los Desamparados que se venera en esta ermita, data de una milagrosa aparición de la Virgen ocurrida en el año 1392. Se halla relatado este milagro en una certificación hecha en 1699^[39].



Ilustración 41. Virgen negra de Santo Tomé.

Existieron en otras dos ermitas otras Vírgenes negras: la de Sierra Morena en la ermita de la Cabeza, cuyo actual paradero desconocemos, y la titular de la ermita de la Bastida que aún se puede visitar. Este santuario es uno de los más antiguos de la ciudad, siempre sostenido por la devoción de su hermandad-cofradía fundada en el siglo XVI, y lugar donde antes existió un riquísimo convento de Monjes Franciscanos, tal y como narran Pedro Alcocer y Pisa. Rememore ahora el viajero-lector nuestra extrañeza por la coincidencia entre Jaén y Toledo al hilo de esta imagen, coincidencia que dejamos escrita en el capítulo primero.

La que pasa por ser la imagen más antigua de la ciudad, la Virgen de la Esperanza de la Iglesia de San Cipriano, hermosa talla del siglo XI, es conocida entre los feligreses y mayordomos de su cofradía como la “*morenita de San Cipriano*”. Se trata de una talla de madera, de pequeño tamaño, que la tradición sostiene que data de

tiempos de Alfonso VI, o incluso anterior, habiendo podido ser traída hasta la ciudad por algún caballero de los que acompañaban al monarca, y que era portada por los caballeros en su montura, para encomendarse a ella antes de las batallas. Luis Moreno Nieto nos recuerda que esta virgen era objeto de una gran devoción entre los gremios de la barriada de San Cipriano, y que, en el siglo XIX, tuvo que ser ocultada por la zona del Alcázar para evitar ciertos disturbios con los “afrancesados”, y el temor consiguiente porque la imagen fuese destruida.

En el convento de San Clemente se puede contemplar otra virgen del siglo XVI, apodada con buen criterio la “morenita”, imagen, si nos permiten la interpretación, poco mariana, porque se presenta con los brazos puestos en jarras como si fuese a comenzar un baile, y carece de los ornamentos tradicionales de las vírgenes. A nosotros esta imagen nos ha resultado especialmente simpática.

En la catedral nuestra Virgen del Sagrario, merece que nos detengamos brevemente en ella. En realidad existen tres imágenes de Santa María de Toledo, las tres sedentes con trono y el niño en brazos. No sabemos a cuál de ellas le tenía especial veneración Cervantes, pero el genial escritor “toledano” (no se olvide que Cervantes nace en Alcalá de Henares, provincia de Toledo hasta el siglo XIX) en *Los trabajos de Persiles y Segismunda* escribe: *Por ahora voy a la gran ciudad de Toledo a visitar a la devota imagen del Sagrario.*

De las tres, la más antigua es románica del siglo XII y se encuentra en la sacristía, mientras que la más moderna es gótica, del siglo XIV o XV y está en el altar mayor. La imagen que nos interesa es también románica, del siglo XII o XIII y su color oscuro parece provenir de su propia materia constructiva, ya que está hecha en madera de níspero (por cierto que la corona que luce es del rey Sancho IV, pero posee otra de la reina Isabel la Católica). Ni que decir tiene que ninguna de estas imágenes estuvo jamás en el pozo, tal como asegura la leyenda, permaneciendo allí desde el siglo VIII hasta el XI, sino que seguramente, de haberse encontrado alguna imagen dentro del mismo, sería otra imagen hoy perdida y prácticamente destrozada por la acción del agua. Moraleda y Esteban nos cuenta de esta imagen lo que sigue:

La escultura de la Virgen apellidada del Sagrario, denuncia, según unos, ser del siglo XIII, fundándose en su chapado de plata. Según otros parece ser construida en la época romana (...) Está construida, a juzgar por lo que permite investigación con madera oscura casi negra. Su altura mide 91 cm., su peana o tambor 42^[40].

Acerca de esta imagen Parro nos dice lo siguiente:

Su color es sumamente moreno, y su estatura según aparece vestida será de poco más de una vara^[41].

A esta virgen solo le quedan sin recubrir de plata la cara y las manos, por lo cual no sabemos cómo es en realidad la imagen antiquísima como nos recuerda este autor. ¿Por qué se recubrió? Vaya usted a saber que se esconde debajo de la chapa plateada. El mismo Parro nos aporta un dato interesante y es que en España, de esta materia y forma no existen más que otras dos imágenes también antiquísimas, una en la catedral de Astorga y un crucifijo que se venera en Tuy. Ambos enclaves son templarios. Lo que tampoco queda nada claro es la fecha en que comenzó su culto, ya que esto va a depender de la fecha en que situemos la aparición de la imagen. Parro, mantiene la teoría de que esta imagen ya existía en tiempos visigodos, e incluso llega a firmar que la Virgen María cuando bajó del cielo a imponerle la casulla a San Ildefonso se paró delante de la imagen y la abrazó. Ramírez de Arellano retrasa la talla hasta el siglo XIII (que, no olvidemos, es el siglo de la difusión de las vírgenes negras), y no olvidemos la otra leyenda que sostiene que la imagen fue ocultada en el pozo para preservarla de los musulmanes, y por tanto estaríamos hablando del siglo VIII.

Juan García Atienza menciona como virgen negra también a la Virgen de la Antigua, cuyo nombre obedece precisamente a su antigüedad, y que podemos admirar en su pequeña capilla en la catedral.

Como apunte estadístico, según Colomer, tan sólo en la catedral existen más de 500 representaciones marianas repartidas por tímpanos, parteluces, marfiles, vitrales, bronce, emblemas etc. y casi otro medio centenar repartidos por las distintas parroquias de la ciudad. Quizás, una de las más desconocida, es la imagen que se encontraba en la capilla de San Martín, y que se conoce como la Virgen de la Risa, (hoy puede verse en la iglesia de Santo Tomé) la cual porta en su mano una manzana, como representación de la nueva Eva, pero para nosotros con claras connotaciones de culto a la madre tierra, y por tanto a diosas paganas relacionadas con los cultos a la naturaleza. Al hilo de esta frutícola imagen cabe recordar que existió —porque hasta donde nosotros sabemos sigue desaparecida— otra imagen de Nuestra Señora, románica aunque no morena, que desapareció del extinto Monasterio de la Sisle, y que tenía el cariñoso apodo de la Virgen de la Pera, imagen que según relataba a comienzos del siglo pasado Manuel Castaños, estuvo custodiada en la casa particular de cierto sacerdote hasta su desaparición definitiva. Lo extraño es que según se recoge en el artículo de este prolijo autor, el nombre no se ajustaba a la realidad, ya que lo que la virgen sostenía en la mano no era una pera sino otra manzana, y tal y como se admite universalmente, la manzana es el símbolo universal del conocimiento de la iniciación.

Antes mencionamos esa extraordinaria obra literaria de *Las 1001 noches*, pues bien existe otra historia en ella llamada “Historia del tercer anciano y de la princesa” en la que un misterioso inventor de Surat, construye y regala al héroe del relato un cofre volador que le permite huir de situaciones peligrosas. Lo curioso del caso es que estas historias musulmanas de cofres voladores pasarán a las tradiciones

cristianas con una función muy concreta relacionada con las vírgenes negras, las Damas negras del Temple, siendo posible observar en muchos santuarios de estas vírgenes ciertos arcones o cofres, a veces con exvotos y cuadros que explican la historia legendaria que suele ser siempre similar, narrando el cautiverio de cristianos en tierra de moros, y como éstos encierran en arcones a los presos, quienes imploran a estas vírgenes que les libere, lo que hacen trasladando por los aires en los cofres a los presos cristianos hasta los santuarios de las vírgenes

Si hacemos caso a García Atienza, y mantenemos que, en casi todos los casos, las vírgenes negras responden a viejos cultos pre-cristianos dedicados a la Gran Madre, y que fueron promovidos por los frailes Benitos y la Orden del Temple, estaríamos ante otra de esas preguntas que van quedando sin respuesta, porque en nuestra ciudad no coinciden sus emplazamientos con las órdenes citadas.

De momento aquí nos quedamos.

Capítulo octavo. Momias, cuevas y sótanos: la fascinación por el mundo subterráneo

*Yo me he asomado a las profundas simas
de la tierra y el cielo.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

PUNTO DE PARTIDA: iglesia de San Andrés.

PUNTO DE FINALIZACIÓN: convento de San José.

El día ha comenzado con una espesa niebla que parece que no va a levantar. En estos días grises el alma, no sabemos muy bien por qué, se torna melancólica, propicia para el desaliño triste de la nostalgia. No dejemos que esta sensación que apesadumbra y desasosiega nos venza. Si el sol se obstina en no salir, peor para él, el viajero-lector ya está descansado de la fatigosa jornada anterior en busca de reliquias, vírgenes, templos y Cristos, dispuesto a un nuevo tranco a lomos del caballo de la fantasía. Al fin y al cabo la niebla es propiciadora de ensoñaciones como las que envuelven a los protagonistas de nuestra aventura de hoy. Abríguese pues y adelante, que para luego es tarde.

8.1. Momias

Una momia no es más que un cadáver, que por determinadas circunstancias no ha terminado de descomponerse, quedándose los cuerpos convertidos en algo parecido a una masa viscosa y leñosa, pudiendo permanecer en este estado por espacio de muchas centurias o incluso de siglos. La preservación artificial de cuerpos, es decir, la que no se producía por efectos naturales, generalmente derivados de especiales condiciones climáticas en los lugares de enterramiento, sino que se ha producido voluntariamente por la mano del hombre, ha sido una preocupación constante de un buen número de creencias mágico-religiosas y de culturas, conociéndose momias de antigüedades asombrosas, y momificaciones en todos los continentes.

Las técnicas de preservación, como todo lo humano, fueron avanzando y perfeccionándose con el paso del tiempo, pero parece claro que nacieron partiendo de las técnicas de conservación de alimentos. La humedad es un factor decisivo en la desecación de los cuerpos, de tal manera que, a menor humedad y mayor sequedad del clima, mejor conservaciones, aunque han existido intentos de embalsamamiento basados en todo lo contrario, como en Babilonia, donde al mismísimo Alejandro

Magno le sumergieron en miel para su conservación. Dulce final sin duda para tan magno emperador

Casos especiales son los cuerpos incorruptos de centenares de santos/as y beatas, quienes jamás fueron sometidos a tratamiento alguno de preservación de su cuerpo, y sin embargo ahí siguen declarando la guerra a la ciencia que no acaba por descubrir el porqué de su incorruptibilidad, motivo por el cual la llamada Congregación de Ritos ha incluido este dato de la incorruptibilidad como uno de los milagros suficientes para su canonización. Los ejemplos se cuentan por miles, nosotros trataremos solo de los de nuestra ciudad, pero bueno déjennos contar que San Juan de la Cruz (quien parece ser que murió de septicemia) sigue en la actualidad, y miren si ha llovido, perfectamente flexible, el “rigor mortis” parece que no le llegó a este Santo, y de igual manera San Francisco Javier o San Pascual Baylón permanecen frescos y lozanos aunque sus ataúdes hayan sido corroídos por el paso del tiempo. Santa Catalina Lobouré, San Carlos, San Charbel Makhlof, Santa Magdalena, Santa Teresa de Ávila, San Andrés Bobola... La lista es interminable.

De las momias de la ciudad las más conocidas son sin duda las de San Andrés, momias que han tenido el privilegio (?) de ser las protagonistas de más de una hipótesis acerca de su origen, creyéndose que eran ajusticiados, o víctimas de una terrible peste, o víctimas secretas de la inquisición o incluso, como nos recuerda Ventura Leblic, familiares de la importante familia de los Rojas toledanos. La realidad es bien diferente:

Creemos que pueden proceder de alguna “monda” practicada a finales del siglo XVIII o principios del XIX, a juzgar por la tipología de los vestidos^[1].



Ilustración 42. Momias de la iglesia de San Andrés.

Recordemos que una monda no es más que un levantamiento de cuerpos para dejar sitio y enterrar otros cadáveres, algo bastante frecuente antes de la existencia de los cementerios actuales. Incluso el hecho de su aparición en el cercano convento de la Vida Pobre avala esta idea de la monda como respuesta al origen de estos cuerpos.

Estas momias siguen en su cripta, y decimos en la suya porque esta iglesia tiene varias criptas, y entre ellas hay hombres, mujeres, niños, y hasta algún sacerdote con fama de obispo, eso sí, sin olvidarnos de alguna que otra mascota que también permanece momificada, pero eso sí, rodeadas de andamios, maderas, escombros etc., y se ha cerrado la entrada, lo cual nos parece una idea excelente porque por muy momias que sean, también son restos humanos que no deben ser expuestos a la vista, como si de un monumento o espectáculo circense se tratara. Fueron sistemáticamente expoliadas y profanadas hasta que cierto párroco decidió acabar con la situación, pero mucho nos tememos que fue demasiado tarde, porque una buena parte de ellas ya habían sido descabezadas o desmembradas. De momento, y a la espera de posteriores indagaciones, este variopinto y heterogéneo grupo sigue despertando más incógnitas que certezas.

Caminando por la Plaza de Santa Isabel y enlazando con la calle de igual nombre alcanzaremos en unos minutos, la que viene siendo referencia habitual de nuestros paseos, la catedral, donde se encuentra cuerpo de Santa Úrsula, que se conserva en la Capilla del Sepulcro, y donde por cierto también se encuentra momificado don Sancho IV de Castilla, aunque éste no sea del todo su “vecino de enfrente” porque está en la Capilla Mayor.

Tras subir por Arco de Palacio y la calle de Nuncio Viejo, girando por la calle de

Alfonso X el Sabio llegamos hasta nuestro posterior enclave, donde las momias son casi igual de famosas que las de San Andrés, nos referimos a los cuerpos incorruptos de San Román, que muchos toledanos pudieron ver antes de que se realizaran las obras de construcción del actual Museo de los Concilios, momento en el que las momias volverían a ser enterradas —confiemos que esta vez para siempre— en una cripta bajo el altar mayor. De éstas, Francisco Beltrán nos cuenta que están enterradas tras el altar de la derecha, y en un número de entre 30 y 40, destacándose de entre todos la cabeza de uno, cuya expresión era tan dura que “*metía miedo*”, y que resulta, según este autor que se trata, ni más ni menos que de Cristóbal Colón, que estaría por tanto enterrado en Toledo y no en Santo Domingo (República Dominicana), ni en Valladolid, ni en Granada, ni mucho menos en Cartagena de Indias:

Allí están desde entonces en número de treinta o cuarenta, hombres, mujeres y niños, arrumbados contra la pared, destacándose de todos la cabeza de uno en pie junto al rincón, de expresión tan dura que su rostro mete miedo. Siempre nos llamó la atención, pero ahora que conocemos la posibilidad de que sea Colón, que era de aventajada talla, según se dice, nos sobrecoge su recuerdo^[2].

La peregrina hipótesis está, bien adornadas con ribetes de verosimilitud a lo largo de las treinta hojas que dura su argumentación, resultado de la cual, el antes llamado Cristóbal Colón sería en realidad un tal Miguel Illán. Como refrendo de esta hipótesis citaremos cierta reseña aparecida en el Diario *Toledo*:

Dícese sin que garanticemos la autenticidad, que en la travesía de San Clemente tenían su morada los descendientes del gran Colón, quienes la construyeron fuerte y magnífica sobre un antiquísimo palacio árabe^[3].

En menor número aparecieron otras momias, bastante peor conservadas y casi con seguridad provenientes del cementerio parroquial en la iglesia de San Pedro Mártir, de ellas no hemos sabido más, lo cual se nos antoja una excelente noticia, porque somos partidarios de dejar a los muertos donde están, y la publicidad y los chismes son malas compañeras del reposo eterno.

Conocidas por el sobrenombre de “*las trece venerables*” aparecieron en el convento de San Clemente (a escasos metros de donde estamos) emparedadas y perfectamente conservadas trece hermanas, hasta que fueron expuestas a la adoración de los fieles quienes poco a poco, con la santa intención de fabricarse escapularios o proveerse de reliquias, iban destrozando los ropajes y partes carnosas de las mismas, motivo por el cual se procedió a su enterramiento. Casi con total seguridad eran monjas que decidieron obviar la Real Orden de la que se hizo eco el diario *El Nuevo*

Ateneo para no tener que interrumpir su clausura:

Las religiosas profesas tienen concedido por Real Orden de 30 de octubre de 1835 el privilegio de que sus cadáveres sean enterrados en sus mismos conventos, sin embargo esta misma orden dispone que los cadáveres de las religiosas fallecidas en monasterios o conventos en que no haya huerto o jardín o atrio ventilado donde sepultarlos se conduzcan a los cementerios públicos, en los cuales se demarcará el lugar que convenga más a propósito.

Y sigue diciendo este diario al respecto de los enterramientos en nuestra ciudad

Más si por el excesivo número de conventos, por lo apiñado de las casas y estrechas refiere a un hecho muy conocido de todos y que ya en varias ocasiones ha debido llamar la atención. Nos referimos a la circunstancia de existir en la catedral, en el pilar conocido como el colchoncillo donde cualquier individuo desconocido puede depositar encima a los infantes muertos, y al cual se encarga la iglesia de dar sepultura^[4].

Otro cuerpo incorrupto se encuentra en el convento de Santa Clara. Llegar hasta aquí le habrá dado al viajero ocasión de perderse —es un decir— por las callejas disfrutando de cuanto pueda ver. No se apure que aquí vienen las preceptivas indicaciones, y aunque existe un camino más corto que el viajero— lector encontrará con facilidad, recomendamos el itinerario que sigue: camine por la calle de Esteban Illán, la primera bocacalle que le surge a la izquierda es la de la calle de las Tendillas, y a su vez, la primera a la derecha es la calle Aljibes, vía que desemboca en el extraordinario Convento de Santo Domingo El Real. Continuando por los “cobertizos” alcanzará el citado convento. Aquí se guardan los restos del duque de Arjona y conde de Trasmalara, y a su lado se ubica el cuerpo incorrupto de un sacerdote absolutamente desconocido, incluso para una buena parte de las hermanas del convento, así como las posibles causas de su incorruptibilidad, lo que ha traído a mal llevar a algún que otro aficionado a detective eclesiástico. Los últimos enclaves que reseñamos a continuación se encuentran en ubicaciones absolutamente dispares el uno del otro, y a su vez, bastante alejados de donde nos encontramos ahora. Por eso, proponemos utilizar el vehículo, y desplazarse hasta ellos por la carretera de circunvalación que ya hemos utilizado en otras ocasiones.

Otra momia curiosa es la de don Carlos Venero y Leyva, momificado bajo el camarín de la Virgen en la Iglesia de San Cipriano, ilustre benefactor de esta iglesia cuyo escudo puede contemplarse en la entrada de la iglesia, (y de paso admirar la virgen más antigua de cuantas hay en la ciudad como ya dijimos). Por cierto que de

esta iglesia de San Cipriano hemos encontrado en el libro de Arellano dedicado a las parroquias de la ciudad una noticia muy curiosa:

En la visita de 1839 hay una nota curiosa que dice que el esqueleto que se hallaba encima del tabique del osario se baje y se entierre en sepultura. El osario estaba en la torre, y en 1789 se traslado a una bóveda de la iglesia porque rebosaban^[5].

¡Atención que lo que rebosaban eran los huesos, que se salían de su lugar!

Para llegar hasta esta iglesia hemos tenido que circular un largo trecho, así que recomendamos al lector que, ya que está aquí, revise cuanto dijimos en el capítulo precedente sobre las vírgenes negras, y se nos permita hacer un inciso, siquiera sea para que las fatigadas piernas del viajero reposen en uno de los bancos de la iglesia mientras leen lo que sigue al respecto del santo que otorga nombre a esta iglesia.

Verán ustedes, existe un libro de alta magia que lleva su nombre por suponerse a este santo el autor de la obra, es el conocido libro *Ciprianillo*, o *El libro de San Cipriano*. Se trata de una obra de amplísima difusión por Galicia, y frecuentemente consultado por quienes deseaban encontrar un tesoro, hasta tal punto que, en muchas zonas de España cuando una persona que era más bien humilde aparecía de la noche a la mañana rodeada de riquezas, se tenía por cierto que había sido gracias a las artes escritas en este libro capaces de realizar invocaciones demoníacas. García Aienza mantiene la tradición de que en la Biblioteca de la Universidad de Santiago permanece oculto un ejemplar manuscrito de esta obra, ejemplar que nadie sabe dónde está, pero que se comenta que permanece escondido entre los estantes y sujeto por dos gruesas cadenas.

Santiago de la Vorágine en la leyenda dorada de este santo nos ofrece una narración cargado de connotaciones mágicas e infernales, ya que desde su nacimiento fue consagrado al diablo, y sigue contándonos como desde su infancia era capaz de realizar prodigios que no dudaban en achacarse a la intercesión del maligno. Parece ser que se enamoró perdidamente de la virgen Justina, y que para conseguir sus favores realizó tres invocaciones diabólicas que de nada le sirvieron. La historia de La Vorágine termina ofreciendo a un Cipriano que comprende que el poder de una simple señal de la cruz es más poderoso que todo el poder del diablo, por lo que decide dejar sus prácticas mágicas y acrecentar su fe. Cipriano fundó monasterios, sufrió martirio y sus reliquias fueron a parar al templo romano de San Juan de Letrán, el mismo lugar donde siglos después se enterrarían los restos de aquel Papa nigromántico Silvestre II. Y tras el merecido reposo reanude el lector este viaje de aprendiz de arqueólogo para seguir buscando las momias de la ciudad. Es la hora... vuelta al automóvil, o ¡qué demonios! A la bicicleta que es mucho mejor.

El convento de la *Concepción*, tiene enterrada a su fundadora, sin que hayamos podido averiguar si continúa incorrupta, tal y como se desprende de las palabras de

Miguel San Román en su libro *Toledo Religiosa*:

En una de sus capillas está enterrado en un sepulcro de piedra, con estatua Fr. Martín Ruiz, varón eminente en virtudes y ciencias. El cuerpo de la fundadora se conserva con gran veneración por las religiosas dentro de la clausura.

Como vemos las indicaciones son imprecisas, no ocurriendo lo mismo respecto de la siguiente “momia” cuyo estado queda explicitado fehacientemente a renglón seguido:

En uno de los muros de esta iglesia está colocado un caimán disecado y ya en mal estado^[6].

No está nada claro que hace un caimán disecado en un convento, nos recuerda de alguna manera al colmillo de elefante de la catedral, sobre el que tampoco queda clara su presencia cerca de la Puerta del Reloj. Que sepamos elefantes en Toledo sólo hubo en cierta entrada triunfal de los Reyes Católicos, quizás alguno de los paquidermos sufrió un percance, o un exceso de trabajo. Vaya usted a saber. En cualquier caso, esta ciudad nunca dejará de sorprendernos.

Envuelta en olor a santidad se encuentra la Beata María de Jesús, a quien se le llamó en vida “la letradilla de Santa Teresa”, fallecida en 1640 y que se venera en el convento de San José. Las malas lenguas, viperinas y afiladas afirman que en la actualidad exuda un perfume de rosas y jazmines, y de vez en cuando transpira un aceite que continúa fluyendo. En la prensa local leímos que igual sucedía con la fundadora de las comendadoras de Santiago doña Sancha de Aragón, y Luis Moreno Nieto contó algo similar de San Clemente.

Otro erudito local dejó escrito en los diarios de comienzo de siglo, que se habían encontrado numerosas tumbas excavadas en la roca en la ribera del Tajo, prácticamente desde un puente a otro, similares a la que todavía se puede observar en el paraje conocido como la Peña del Rey Moro, necrópolis interesante por su antigüedad, y por el dato, que nos tememos que sea falaz, de que en alguna de estas sepulturas se encontraron restos momificados. Nada se sabe de ellos, así pues consignemos el dato pero démoslo por incorrecto.

No hemos localizado excesivas referencias de momias en la provincia, con excepción de la de doña Teresa Enríquez, mujer de la corte y fundadora de la cofradía del Santísimo Sacramento, quien muy devotamente limpiaba los salivazos de la iglesia parroquial, y colocaba velas encendidas encima de ellos para purificar el recinto, motivo por el cual ha pasado a los anales como la *loca del sacramento*. Pues bien, el cuerpo incorrupto de esta mujer se encuentra en el altar mayor de la iglesia de

Torrijos. A ella hay que añadir la momia de la joven campesina Petra Corral, quien murió en olor a santidad según algunos, y fruto de extraños sortilegios según otros, y que se conserva en Alcabón, y el cuerpo incorrupta de Petra Corral que goza de toda suerte de parabienes entre sus vecinos, y quien, al decir de éstos, ha realizado numerosos milagros entre la gente del pueblo.

8.2. Cuevas, sótanos y subterráneos

Proponer sobre este apartado un itinerario al viajero-lector resulta realmente complicado una vez más, ya que, como podrá comprobar, hemos reseñado una buena cantidad de enclaves. Quede por tanto a su criterio el desplazarse por unos o por otros, nosotros tan sólo le podemos indicar que algunos de ellos, concretamente los subterráneos que dan nombre a la Cueva de Hércules y las termas de la Plaza Amador de los Ríos ya están abiertos al público así como el ubicado en el Callejón del Vicario. El resto para poder ser visitado depende fundamentalmente de la amabilidad de los propietarios o de las posibilidades reales.

Permítasenos una inicial reflexión: de los miles de turistas que se adentran en nuestra ciudad, solo un número muy reducido se adentra en el misterio y la belleza de algo más que la historia oficiosa de los monumentos tradicionales, intentando comprender el significado de palacios, escudos, calles, tumbas... Y desgraciadamente un número aún menor de visitantes llega siquiera a enterarse de la existencia de este Toledo insólito que se sumerge debajo de las piedras que están pisando; el subsuelo de la ciudad auténtico refugio de leyendas, fábulas, misterios y ensoñaciones. No queremos que el viajero caiga en el mismo saco, así pues dispóngase para adentrarse en el mundo subterráneo.

Les adelantamos que resulta difícil moverse con un mínimo de rigor por este terreno abonado de equívocos y más en una ciudad como la nuestra, de la que García Atienza escribe:

Por si ustedes no lo sabían, aunque es vox populi de siglos, Toledo se asienta —y me refiero a la ciudad vieja— sobre un laberinto de cuevas y espeluncas que, por supuesto, nadie por más que se glorié de ello ha llegado a conocer más que sectorialmente^[7].

Se da la circunstancia además de que todavía existe un buen número de personas, que tienen temor a informar y enseñar los subterráneos, o las zonas huecas de sus viviendas, por miedo a que se presenten en su morada técnicos y/o arqueólogos que decidan que aquello es digno de ser conservado y expuesto, y se vean obligados a abandonar su hogar. Sin duda el miedo es libre.

Las cuevas, todo tipo de cuevas, tienen una relación muy directa con cultos ancestrales de carácter pagano, y suelen ser lugares propicios para que se den fenómenos extraños, o para que aparezcan imágenes de vírgenes o de santos que pasan a convertirse inmediatamente en objeto de devoción por los fieles del lugar. También suelen tener fama de ser lugares encantados y sitios donde se esconden fabulosos tesoros habitualmente custodiados por seres mágicos. Jung las definió como “*lugares donde lo numinoso se produce y es acogido*”, y posiblemente por ello la tradición esotérica las elevó hasta la altura de centros místicos. Además las cuevas solían estar tocadas por el halo de lo curativo, tal y como afirma García Martín:

Son sabidos la simbología y el poder taumatúrgico que tienen los lugares subterráneos. En muchos de los casos se confirma una relación directa entre estos cultos en lugares subterráneos con el hábitat troglodita inmediato^[8].

Krappe, en su obra sobre la génesis de los mitos, apunta la idea de que los subterráneos de las rocas servían de morada a los dioses, en cambio para los pueblos iberos y celtas eran las montañas los lugares de adoración para los dioses masculinos, mientras que las cavernas y entrañas de la tierra eran centros de instalación de lugares de culto para las divinidades femeninas. Suponemos que la identificación de los montes con el sexo masculino y las cuevas como vulvas femeninas guardará relación con esta circunstancia.

Para Maurice Broens, el ser humano en busca de lo trascendental, ha intentado siempre una identificación mística entre el macro y el microcosmos, y ese intento le ha llevado siempre indefectiblemente al regreso simbólico al útero materno, y por tanto, las cavernas y cuevas han sido santuarios primigenios del ser humano. Existe toda una tradición que relaciona las cuevas como lugares de culto y de obtención de favores de divinidades ctónicas, que eran las guardadoras de la magia de la tierra y todo lo que de ello se desprende, por esta razón han sido usadas, en muchas ocasiones para actividades mágicas. Por tanto, estaríamos hablando de una de las funciones que también se le han asignado desde la más remota Tradición, cual es el hecho de que penetrar en la cueva constituye la base de la “penetración en el conocimiento secreto y prohibido”, de aquí que una buena parte de estos recintos estuvieran vedados a los comunes, siendo lugares reservados tan solo para los adeptos, para los que iban a ser iniciados. Por otra parte, la iglesia se encargó de “maldecir” los lugares en los que habían existido cultos paganos, destruyendo una buena parte de los restos de antiguos templos (generalmente romanos), y condenó a la vez árboles, fuentes, montañas, ruinas viejas, cuevas, bosque enteros... por ser frecuentemente guaridas del demonio. Estos sitios por albergar a los viejos dioses eran temidos por los cristianos que los evitaban, dándose la circunstancia de que numerosos ascetas y eremitas se fueron

precisamente a vivir en grutas y cuevas naturales para intentar demostrar que los temores a feroces divinidades eran totalmente infundados.

En Toledo, como en otras muchas ciudades, una buena parte de los subterráneos que todavía existen tuvieron como origen el sistema de alcantarillado romano, red extensa de canalizaciones que serían posteriormente utilizadas por cristianos y musulmanes, aunque con planteamientos distintos. La comunidad musulmana se preocupó enormemente por llevar a cabo otro tipo de construcciones subterráneas, pozos y aljibes fundamentalmente que aseguraran el abastecimiento a una población que no paraba de crecer desde el siglo VIII.

Benito Jerónimo Feijoo en su magna obra *Teatro Crítico Universal* trata de las cuevas en el discurso séptimo del tomo séptimo, titulado “*Cuevas de Salamanca y Toledo*”, donde tras hacer una somera revisión del concepto de magia y de sus clasificaciones, afirma, al hablar de la que denomina magia Goética afirma:

Porque aún las circunstancias del lugar y tiempo no desdijesen del carácter del culto, estos ritos ordinariamente se celebraban de noche, y en cavernas o lugares subterráneos^[9].

Un poco más adelante, tras haber analizado cierta fábula referente a la cueva de Salamanca, analiza cuatro cuevas de nuestra ciudad, que coinciden con las más habitualmente citadas de la ciudad, y de las que afirma lo siguiente:

Pasemos ya de la Cueva de Salamanca a la de Toledo. Esta es de mucho mayor amplitud que aquélla, porque el monte, que sirve de asiento a la ciudad de Toledo, está casi todo hueco. No he visto, ni impreso, ni manuscrito, que con expresión asegure que en aquella cueva se enseñase la magia.

La segunda que algunos creen que no era otro que aquel palacio encantado no era otro que la cueva que hablamos, según cuya opinión, ya de mucha antigüedad había el demonio tomado posesión de aquel sitio para oficina de encantamientos.

La tercera, que según me notició un amigo, que vivió algún tiempo en Toledo, hay en aquella ciudad unas casas arruinadas, con señas de haber tenido habitaciones subterráneas, y la plebe dice que fueron del famoso Enrique de Villena, y en sus cuevas se enseñó la magia.

La cuarta, que siempre dicha cueva fue asunto de varias patrañas del vulgo toledano (...) y hoy se muestra el sitio por donde se entraba a los pies de la parroquia de San Ginés^[10].

También el padre Martín del Río en su obra *La Magia demoníaca* se ocupó de estos antros, lugares en los que también consideraba que se enseñaba la magia:

Leemos como en España, tras el aluvión sarraceno, tanto vigor cobró la magia, que sumido aquel país en la mayor miseria e ignorancia de todas las buenas letras, casi no se enseñaba en público otra cosa que las artes demoníacas en Toledo, Sevilla y Salamanca^[11].

Menéndez Pelayo se hizo eco de la fama de estas grutas seguramente tras haber conocido la obra de Martín del Río:

Con la tradición de los estudios mágicos se ensalza la de las cuevas de Toledo y Salamanca, nefandos gimnasios, que dice Martín del Río. Supónese que en una y otra se enseñó la magia en tiempo de los sarracenos y aún después^[12].

Como dato histórico añadiremos que las cuevas salmantinas fueron clausuradas por Isabel la Católica, y las toledanas, por el no menos celoso defensor de la fe, el Cardenal Silíceo. Ya apuntamos, que este antro al que se refieren Feijoo y Martín del Río, es la cueva por excelencia de la ciudad, conocida como Cueva de Hércules, cuya entrada más popular efectivamente se encuentra en el callejón de San Ginés, o lo que es lo mismo en las inmediaciones de la desaparecida parroquia citada por Feijoo, y sobre la que, como ya dijimos, pueden conocerse todo tipo de detalles en la obra de Fernando Ruiz de la Puerta. Podemos sin embargo aportar una hipótesis novedosa, disparatada, peculiar y asombrosa, esgrimida por cierto investigador (?) llamado Alberto Canosa^[*], quien hace tan sólo unos días ha publicado un polémico artículo en la prensa local (véase bibliografía). En él, este, para nosotros desconocido investigador, afirma que la cueva de Hércules se encuentra en otro emplazamiento:

He descubierto en Toledo la Cueva de Hércules que está emplazada en el Cerro del Bu, enfrente de la ermita del valle, por detrás de la cima y a unos nueve metros de bajada en la cara norte, debajo de una gran piedra redonda muy grande, taponando la entrada con un metro de tierra aproximadamente^[13].

Lo más asombroso del asunto es que esta persona afirma que existe en esta cueva cierta galería que comunica con la cripta de la catedral donde existiría —siempre según este autor— dos inmensas estatuas metálicas a modo de guardianes. Sobre este asunto de las estatuas vigías y celadoras ya apuntamos algo parecido al hablar de Gerberto en el capítulo del Temple, bien está recordarlo aquí, porque la similitud es

importante, al igual que con ciertas crónicas recogidas en el libro de Ruiz de la Puerta sobre esta misma cueva. También sorprendente nos parece el que nadie jamás, salvo esta persona haya visto esas estatuas, y eso a pesar de los ímprobos esfuerzos, si hemos de creerlo, que ha hecho en prensa, radio y televisión, por dar a conocer sus investigaciones. Saquéense pronto por parte del viajero-lector las conclusiones de tan bonita y a la par disparatada teoría. De momento, y mientras no se demuestre lo contrario la información más rigurosa sobre este hipogeo sigue siendo la proporcionada por Fernando Ruiz de la Puerta.

En Toledo se da la circunstancia de que varios de estos antros subterráneos han mantenido símbolos y mitos creados durante la edad media, como es el del recinto o la puerta sellada, que bajo ninguna circunstancia debía ser abierta porque de hacerse, se abre algo así como una boca del averno. Es curioso, pero este mito se mantiene en la actualidad incluso en algunas casas. A nosotros nos recuerda mucho a cierta obra de Lovecraft titulada “*El que acecha en el umbral*”, pero sin duda no son más que impresiones personales.

Comentamos en su momento que Mario Roso de Luna en *El Árbol de las Hespérides* incluye una narración que lleva por título *La venta del alma, una página del Toledo judío*. Una buena parte de la narración acontece en uno de los subterráneos de la ciudad que será explorado por un joven judío que robará la llave que da acceso a este antro subterráneo, y algo parecido acontece en otra novela actual de Miguel Ángel Martínez Artola que lleva por título *La Cueva de Hércules*, ambos ejemplares se reseñan en la bibliografía.

Además de esta cueva podemos enumerar otro buen número de ellas, así pues demos inicio al recorrido urbano subterráneo comenzando por la que se conoció como la cueva del estudiante, que se encontraba en las inmediaciones del río, y en la que por desgracia, ya no se puede entrar por estar derruidos los accesos (hay una excelente vista desde la Biblioteca Regional). Parece ser que este lugar fue refugio para mendigos y desalmados hasta comienzos del siglo XIX.

En la zona del Paseo del Tránsito, aproximadamente en la actual Casa del Greco, morada del mítico alquimista Enrique de Villena, es donde moraleda y Esteban ubica la leyenda de la cueva de San Gil, y que coincidiría con la tercera de las cuevas descritas por Feijoo, relatándonos la historia de un religioso portugués de nombre Egidio Gil, que selló un pacto con Lucifer para que éste le trasladara hasta esta cueva donde aprendería todos los secretos de la nigromancia. Esta curiosa historia fue recogida con anterioridad por Fray Hernando del Castillo, en la *Primera parte de la Historia General de Santo Domingo y su orden de Predicadores* allá por el año 1587. Ya que hemos mencionado a don. Enrique, no está de más que recalemos en que la ubicación su tumba sigue siendo un enigma, no faltando quien la sitúe bajo la ermita del Santo Ángel Custodio, en cierta cripta que en la actualidad debe permanecer vacía. Parte de la formación mágica de don Enrique le fue transmitida en cierta cueva navarra, en la misma que también sería ilustrado el brujo Joanes de Bargota, antro

éste del que se cuenta que el demonio, como pago, se quedaba con uno de cada siete estudiantes que hasta allí llegaban ávidos de conocimientos mágicos, y del que nuestro Enrique logró salir engañando al maligno a cambio de perder su sombra.

Serene el ánimo el viajero-lector para asumir lo que sigue, porque en estos subterráneos tuvo lugar, según la leyenda, la doble muerte de don Enrique de Villena, tradición ésta absolutamente hermética y alquímica que vamos a resumir sucintamente de manera absolutamente personal, pero fiel a la tradición:

Sintiéndose a punto para entregar su alma al juicio de Dios don Enrique, afamado alquimista y nigromante había elaborado cierto elixir (el elixir de la vida eterna de los alquimistas) que lo devolvería a la vida tras una transmutación. Rogó a su criado que cuando el muriera no avisara a nadie ni comunicara el fatal desenlace a persona alguna, antes bien le obligo a jurar que tras su muerte despedazaría su cuerpo inerte y lo sumergiría en cierto matraz donde estaba el líquido resurrector.

Imaginamos la desazón de su criado ante esta propuesta, que sin embargo no acaba ahí, ya que don Enrique obligó al criado a disfrazarse de él, y acudir cada día a misa para que nadie tuviera sospecha alguna de la desaparición del marqués mientras el elixir completaba su obra.

Muerto don Enrique su criado cumple a la perfección el mandato, sin problema alguno hasta cierta mañana en la que cruza su camino con el viático. El criado no se atrevió a descubrirse para no delatarse, pero tal circunstancia ofendió a otros caballeros que estaban arrodillados a su lado. Al pasar el viático le espetaron y recriminaron su ofensa a Dios, momento en que se percataron que no era don Enrique sino su criado. Temieron lo peor y obligaron al criado a confesar la extraordinaria historia que acabo de relatar. Se encaminaron hasta la casa de don Enrique para, tras bajar a los sótanos, comprobar atónitos como en un enorme matraz, un ser amorfo había empezado a formarse. El miedo ante aquel ser infernal hizo que destrozaran el matraz, interrumpiéndose así la trasmutación de don Enrique. Aquel ser diabólico no pudo resistir los golpes fuera de su útero, fuera del matraz mágico y prorrumpiendo un terrible alarido expiró, dándose así por terminados los días del infernal mago.

Hay en esta leyenda numerosos puntos de coincidencia con las artes alquímicas, no sólo el matraz o el elixir de la vida eterna, verdadero sentido de la piedra filosofal, sino también todos los elementos mágicos que componen la narración: cueva, filtros, oscurantismo... Descanse en paz don Enrique, así como también doña María de Padilla, esposa del insigne comunero, persona dada también a las artes mágicas, aunque tal vez no sean más que bulos diseminados para mancillar su nombre. El caso es que D^a. María también vivió en esta mansión, y cierto es a la vez que existen un buen número de conjuros de las hechiceras de la ciudad que la incluyen entre las frases, como es el caso del conjuro de la sal que rezaba: *Conjúrote sal con Barrabás, con Satanás, con Belcebú, con Lucifer, con el Diablo cojuelo, con D^a. María de Padilla y con cuantos diablos estén en el infierno...*

Carlos Pascual en su *Guía secreta de Toledo* ya daba cuenta cabal de lo

extraordinario de estos subterráneos, muy amplios y con siete rampas, además de un subterráneo que comunica con la vecina Sinagoga del Tránsito. En ese mismo paseo se encuentran otras viviendas cuyos sótanos conducen hasta el río, y casi con toda seguridad, por darse esta circunstancia fue por lo que la tradición ha mantenido este enclave como el lugar exacto que se recoge en el Conde Lucanor, concretamente en el capítulo que narra lo que le aconteció a un deán de Santiago que llegó hasta Toledo para que el mago Illán le enseñara las artes mágicas. Vamos a añadir alguna nota más sobre este escritor: don Juan Manuel, el príncipe escritor según ha sido denominado por una ya larga tradición de historiadores de la literatura, formó parte de una nueva aristocracia letrada y cortesana que en el siglo XIV comenzó a sustituir en los hábitos y en la ideología a la antigua aristocracia rural. Hijo del infante de Castilla y de León don Manuel y de Dña. Beatriz de Saboya, nieto de Fernando III y Amadeo IV de Saboya, sobrino de Alfonso X el Sabio, primo de Sancho IV de Castilla, yerno de Jaime II de Aragón etc. Perteneció, como queda patente por sus ascendentes, a lo que hoy llamaríamos *clase alta*. Su celo moral, fruto de su educación estricta, ha hecho que todos los ejemplos de su obra presenten un fin moralizador, por eso la historia del Deán termina mal para éste, como advertencia sobre lo peligroso de utilizar las artes repudiadas por Dios.

Moraleda y Esteban, se interrogaba sobre la posibilidad de la existencia de enclaves subterráneos que hubieran servido como catacumbas en la ciudad, y sobre este respecto mantenía lo siguiente:

También es cierto que en Toledo se cuentan numerosos subterráneos, que hacen presumir si algunos de ellos se destinarían a congregaciones de neófitos cristianos —y acaso a lugares de enterramientos, derruidos en las sucesivas hecatombes peninsulares— hasta que dada la paz a la iglesia les fue permitido sepultarse en los templos^[14].



Ilustración 43. Entrada al hipogeo de San Miguel^[*].

Este autor se refería al hipogeo de San Miguel, que en la actualidad, y gracias a la amabilidad de su propietario Salvador, puede contemplarse, siendo el más espectacular e inquietante de los visitables, tanto por su longitud como por su origen. En el año 1920 recibió la visita de Manuel Castaños, quien nos cuenta lo siguiente:

Las deliberaciones fueron varias, sin poder llegar a una conclusión clara y convincente de la época de aquellos misteriosos subterráneos y el objeto para el que fueron perforados, por falta de datos históricos y testimonios ostensibles que pudieran revelar aquellos extremos (...) Las galerías están todas abiertas en la roca viva de gneis, y con sección trapezoidal. La principal orientada de E. a O. tiene de altura tres metros y de anchura lo mismo.

A primera vista se nota que cloaca no ha podido ser, pues no hay desagüe alguno. Mina de fortificación tampoco, porque éstas eran en líneas rectas, radiales o no, con salidas al campo, y nunca en laberinto como éstas. Minas de explotación de minerales tampoco, pues sus filones nunca se encuentran en terrenos graníticos^[15].

Este autor compara este recinto subterráneo con otras cuevas que existirían en Escalona, La Estrella, o la Guardia. Sobre este antro subterráneo escribiría el mismísimo Lope de Vega en su obra *la Doncella Teodora*. Todavía hoy la utilidad de la cueva sigue siendo un enigma al igual que sus constructores. Hay quien apunta como posibilidad que se tratara de una obra de fenicios o griegos, para templo subterráneo de alguna de sus divinidades, o que fueran catacumbas excavadas por los

primitivos cristianos en tiempos de la dominación romana. Tal vez fueran las cárceles de Wamba, y tal vez en esta gruta sufriera martirio Santa Leocadia, pero todo está por demostrar. Bajo nuestro punto de vista, lo más probable es que se tratase de una parte del *castellum* romano que existió aproximadamente en donde hoy se ubica el Alcázar. Por cierto, que ya que hablamos de Santa Leocadia, en la obra *Las calles de Toledo* de Julio Porres, este autor menciona, aunque someramente, la existencia de una cueva en la actual parroquia de Santa Leocadia, que existiría todavía, y que estaría ubicada en la antigua morada de la Santa, hipótesis, sobre la que también se pronunciara Moraleda y Esteban, quien incluso llegó a dibujar un pequeño plano del subterráneo con especificación de la cripta, la escalera y el altar. Este plano se publicó por la Sociedad Arqueológica de Toledo por si el viajero-lector desea conocerlo de primera mano. Un extraño azar hace que entre este hipogeo y el más extraño de los templos dedicados a San Miguel, el de San Miguel de Aralar en Navarra, coincidan varias cuestiones más allá del nombre: la cueva que se encuentra en la cripta del santuario navarro es de similares proporciones a la toledana, y en la cabecera de una pequeña capilla situada a la entrada existe un agujero en el muro para introducir la cabeza mientras se reza un credo, con lo cual, el enfermo sanará de sus migrañas o dolores de cabeza. Pues bien, en nuestro hipogeo, también existe esa abertura, con un tamaño que nos obliga a desestimar cualquier otra utilidad que no sea la taumatúrgica.

Extramuros de la ciudad, en la ermita de la Bastida, ubica el Vizconde de Palazuelos otra cueva:

Fabrica sencilla, de una sola nave, decorada con una veintena de cuadros. Casi frente a la entrada aparece la de un subterráneo o caverna en que residió por algún tiempo, entregada a las más ásperas penitencias, la beata Mariana de Jesús^[16].

En la revista *Toledo* encontramos un artículo sobre los santuarios marianos dedicados a esta ermita (por desgracia la firma resulta ilegible, y con ello su autoría) en el que se afirma lo que transcribimos:

A su parte pintoresca, únese la historia, grandemente célebre, no ya sólo por lo citado, sino también por existir en el patio de la ermita una cueva interesantísima, labrada en una enorme roca, en cuyo interior, sobre un sencillo altar, venérase la sagrada imagen de Jesús Crucificado^[17].

En la época de Parro esta cueva se enseñaba como lugar santificado y digno de todo respeto por haber sido la vivienda de la santa, y hasta la fecha sigue siendo un enclave hasta el que se acerca la gente para arrancar pequeños trozos de la pared de la cueva para mitigar los dolores de muelas, muy posiblemente porque la presencia de la

santa entre sus muros ha hecho creer al pueblo que la santidad está impregnada en los muros, y por tanto les proporciona efectos terapéuticos. La misma suerte parece ser que han corrido las paredes de la cueva del Santo Niño de La Guardia

Unas cuevas hoy desaparecidas son las que se conocieron, al menos desde 1561 con el nombre de cuevas de los molinos, que Julio Porres sitúa próximas al paraje del salto del caballo y que fueron habitadas ocasionalmente por indigentes, y que no sabemos si coinciden con cierta noticia que recogimos en la prensa local que decía textualmente lo siguiente:

A las doce de la noche del miércoles, el sereno que vigila por el Puente de Alcántara dio aviso al Señor cirujano de que en una cueva próxima que servía de morada a un mozo de cordel llamado Luis Aparicio se desprendieron unas piedras grandes que le produjeron la fractura del muslo derecho^[18].

Guillermo Téllez al analizar el sustrato rocoso y primeros asentamientos de la ciudad afirma lo siguiente:

El hecho de estar urbanizada esta roca en los tiempos prerromanos, nos lo hace concebir como el máximo derrame hacia el sur de una población céltica, o por lo menos, nórdica, envolvente y fijante de un núcleo ibérico más trashumante. Está en contacto con los verracos ibéricos que llegan a Totanés, y maneja la piedra, que se alía con otra, a la que no llegan los cinceles mediterráneos. Nos la imaginamos localista, con perfecta cosecha. También los sótanos les pudieron servir de habitáculos, en donde tuviesen cultos mágicos a base de recitados verbales, dado el valor mítico que aquí en Toledo, tienen ciertas palabras, cosa que naturalmente no ha dejado gran huella. Comprueba esta falta de valores de la raza la ausencia de ídolos y estatuas romanas conservadas. Desde luego pudieron localizar sus prácticas templarias en cuevas correspondientes a clanes, dando origen al localismo de los cultos en pequeñas entidades^[19].

Subterráneos que no sean propiamente cuevas también hay numerosos diseminados por la ciudad, y tal y como nos recuerda Guillermo Téllez su uso es muy antiguo y básico para la casa ibérica y romana, e incluso durante esta época se utilizaron algunos de ellos como criptas, por ejemplo en la mezquita de las Tornerías. Pasemos revista a algunos de ellos: en primer lugar destacamos el situado en la plaza de Amador de los Ríos, de fábrica romana, y que pudiera estar comunicado con los cercanos subterráneos que hoy sirven de almacén a la delegación de Hacienda en la calle Alfonso X el Sabio, y cuya planta y secciones fueron dibujadas en 1918 por

González Saz para la Real Academia de Bellas Artes, encontrándose reproducidos en la obra de Julio Porres *Historia de las Calles de Toledo*.

Sobre estos sótanos de Amador de los Ríos, las últimas excavaciones e investigaciones arqueológicas han arrojado luz sobre su utilización y construcción, resultando ser unas termas romanas muy bien conservadas, y que están abiertas al público para que puedan contemplarse. Tal vez a estas cuevas sea a las que se refiera Manuel Castaños, ubicándolas en la antigua calle de la Libertad, que estaba entre la actual plaza de Amador de los Ríos y la calle Lorenzana, y de las que este autor afirmaba:

Todos estos asertos documentales y lo que dicen están sepultados restos de la Toledo prerromana, son indicios que nos hacen sospechar que allá en sus ignorados orígenes existieron arquitectos fenicios, etruscos o helénicos que levantaron murallas ciclópeas, como las de Tarragona, y tal vez soberbios templos a sus divinidades^[20].

Otro, menos conocido, se encuentra en la plaza de San Justo, en la casona que perteneció a la familia Robles Gorbalán, y aún hay otro más, bastante pequeño pero de interesante fábrica en el nº 13 de la calle de la Sal, cuya actual propietaria lo mantiene como almacén de flores. Presenta un lateral tapiado que según indicaciones de la dueña, conduce a un aljibe y a otra sección mucho mayor.

Otros subterráneos muy interesantes son los de San Clemente, de los que una buena parte son mudéjares del siglo XIV y de trazas similares a los existentes en la Casa del Greco:

Digamos antes que el Monasterio está construido sobre un conglomerado de edificaciones informes y desordenadas que delatan una antigüedad de siglos difícil de calcular. Quien recorra detenidamente los sótanos de San Clemente, se hallará con un verdadero laberinto de callejuelas y pasillos que conservan sus muros y arcadas primitivos. Como si un pueblo antiquísimo, unas verdaderas catacumbas sirvieran de base a la mole del edificio monástico. Sería interesante un estudio de esta “ciudad subterránea^[21].

Tal vez la explicación a este elevado número de cotas de altura diferentes que presenta el convento reside en que éste se fundó sobre casas particulares, muchas de las cuales tendrían sus propios sótanos que quedarían posteriormente comunicados entre sí, pero lo realmente importante es la constatación del hecho de que los subterráneos del convento se extienden por doquier sobre la barriada a modo de callejuelas, ¿para qué se hicieron? queda la duda... en todo caso, aprovechando su

restauración hemos podido adentrarnos por ellos y ver una interesantes cubiertas de ladrillo abovedado, así como una pintura mural del siglo XVI que se encuentra precisamente en el lugar por el que se supone era el acceso primitivo al convento. La importante labor arqueológica que se está llevando a cabo nos ha permitido también contemplar un aljibe romano en muy buen estado.

Mucho se ha dicho y escrito (y no siempre con acierto) sobre los subterráneos, o cuevas que enlazarían el Baño de la Cava con los palacios reales que había en sus cercanías, sin embargo nada debe de haber de cierto en todo ello, porque hasta la fecha no existe el menor indicio de la existencia de este túnel, o al menos, nosotros no hemos tenido constancia de su realidad.

Los de Santa María la Blanca tienen su entrada tapiada por el interior de la sinagoga, y de ellos sabemos que:

Durante la restauración de 1989, motivada por graves problemas de humedad, se ha procedido al vaciado integral del subsuelo de la sinagoga, construyendo una serie de galerías que permitan la desviación de las aguas, ocasión aprovechada para realizar una excavación arqueológica. Entre los datos aportados son de gran interés los referentes a la cimentación y al descubrimiento de una construcción cuyos muros conservan restos de zócalos pintados que han sido fechados en el siglo XIII^[22].

El Alcázar contiene, como no podía ser menos en un edificio tan inmenso, sus correspondientes sótanos cuya actual estructura data del Renacimiento aunque con toda seguridad existían desde mucho antes, casi con total seguridad desde la época romana. Estos sótanos servían de cuadras y de caballerizas hasta hace muy poco tiempo.

Edgar Alan Poe dio fama a otros sótanos empleados como cárceles, los de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, más conocida como Posada de la Hermandad, y decimos que los afamó por ser la ubicación de uno de sus cuentos de terror más conocidos *El pozo y el péndulo*. Sin embargo, el escritor cometió un error bastante repetido con posterioridad cual es el de adjudicar la propiedad de estas mazmorras (pues en definitiva eso es lo que son) a la Santa Inquisición, lo cual es rigurosamente falso. El edificio y los calabozos son del siglo XV y mantuvieron su función de cárcel hasta el año 1835, en que Isabel II firmaba la supresión de la Santa Hermandad

Y además mi calabozo, como todas las celdas de los condenados en Toledo, tenía piso de piedra y la luz no había sido completamente suprimida^[23]



Ilustración 44. Posada de la Hermandad, donde Poe ubicara uno de sus conocidos relatos de terror.

En la plaza del Seco, los sótanos que todavía se pueden visitar por formar parte de la casa del temple, no son sino las antiguas caballerizas de este inmueble, pero dada su proximidad a los ya citados subterráneos de San Miguel han sufrido todo tipo de especulaciones e interpretaciones, y a ello se une el hecho de que en la actualidad, se encuentran muy por debajo de su altura original, lo que les ha proporcionado más aspecto de subterráneo que de caballeriza.

Cierto vecino tuvo la amabilidad de permitirnos el paso a su casa en el callejón de Jesús, y hemos podido observar unos subterráneos realmente excepcionales. En ellas, aparecieron una cabeza humana momificada, y un cráneo de macho cabrío. Recordemos que esta calle (ver capítulo sexto) fue conocida antes como “del mal nombre”, y que se haya enclavada en pleno núcleo de hechiceras del Toledo renacentista, y tal vez por eso sea sencillo dejar volar nuestra imaginación y suponer que en esos subterráneos se celebraron rituales de tipo mágico. Probablemente, la explicación sea más sencilla y la cabeza momificada pertenezca a una de las momias de la cercana iglesia de San Andrés, pero para el hallazgo del cráneo cornúpeto del cabrón, de momento no encontramos explicación, y menos cuando damos por sentado que tal elemento forma parte inseparable de ritos mágicos tradicionalmente asociados a las deidades infernales.



Ilustración 45. Momia aparecida en el callejón de Jesús.

Si hemos de creer a Moraleda y Esteban —y no tenemos motivos para no hacerlo— también deben existir subterráneos en la Catedral, que no tendrían que coincidir con la cripta, y que bien pudiera ser donde la tradición nos dice que estuvo oculta la imagen de la Virgen del Sagrario hasta la reconquista:

Subterráneos oscuros y mal ventilados forman el tercer cuerpo. De ellos se ven arrancar los robustos cimientos sobre los que descansa la gigantesca mole^[24].

Posiblemente el de los subterráneos de la catedral sea uno de los tópicos más repetidos de la ciudad, y bien pudiera ser que una buena parte de culpa la tuviera Sixto Ramón Parro, quien ya dejó escrito que:

Un sistema de embovedados subterráneos ó sótanos, igual en dimensiones a la planta del templo; y dividido también en cinco naves separadas por ochenta y ocho machones fortísimos es el que sostiene el pavimento de la catedral^[25].

Lo que no sabemos es si este autor se estaba mencionado a la cripta, que tantas leyendas inspirara, o a otro tipo de subterráneos.

En el callejón de menores, el propietario de cierta finca también ha tenido la amabilidad de mostrarnos su buen gusto al rehabilitar el inmueble, en el que quedan unos importantes restos de muros romanos perfectamente integrados en la casa, y una pequeña cueva o sótano, en la que descubrió restos animales, posiblemente de corderos. En esa zona se instalaron un buen número de judíos portugueses, y posteriormente de conversos, así que no es de extrañar que usaran ese subterráneo, algunas de las familias, para realizar los sacrificios de estos animales de acuerdo con los preceptos talmúdicos sin levantar sospechas en tiempos convulsos para las minorías.

Para terminar este apartado mencionaremos otros grupo de sótanos, los situados en la calle de Recoletos, Núñez de Arce, la calle Rojas, la calle Sillería, y la calle de Hombre de Palo, este último conserva además una curiosa colección de instrumentos de tortura, réplicas muy bien elaboradas de al menos cuarenta de estos enseres que estuvieron expuestos hace años en la Posada de la Hermandad. Estamos seguros que existen muchos sótanos más distribuidos por toda la ciudad de los que no tenemos noticias por el momento, o cuyas referencias nos han llegado sólo de manera oral sin que hayamos tenido ocasión de verificar la autenticidad de su presencia (como es el caso de los sótanos o subterráneos del Cerro de la Virgen de Gracia^[*], o los del Palacio de Guendolain en la calle Núñez de Arce). Tal vez sería interesante catalogar estos espacios de indudable valor urbanístico, arquitectónico y cultural como una parte más de las complejas formas de vida de las culturas que poblaron la ciudad.

Sin que sean propiamente subterráneos ni cuevas podemos hablar aún de enrasos que ocasionan diferencias de alturas en varias casas de la ciudad, por tanto estaríamos hablando de soluciones arquitectónicas para salvar desniveles, de las cuales, en algunos casos existían anteriormente esas oquedades y en otros casos no. De estos enrasos los más notables son los del Plegadero, el de una casa en la calle Alfonso X o el del callejón del codo.

En la exhaustiva obra de Passini y Molenat, se describen con meticulosidad de arquitecto, las casa de varios de los barrios de Toledo, y por ende, aparecen una enorme cantidad de sótanos, algunos inmensos y con pintas más de cueva que de otra cosa, y que no serán más que la punta del iceberg, ya que el citado trabajo se limita a cuatro barrios toledanos. De los más emblemáticos que allí se describen y fotografían vamos a destacar los de: San Marcos, callejón de Córdoba nº 3, Santa Isabel números 3 y 14, en el Pozo Amargo los números 2 y 6, en la bajada del Barco 3, 5 y 7, y en la calle Cardenal Cisneros nº 4.

En el callejón del Vicario, se han recuperado unos formidables subterráneos que parecen ser baños árabes. Después de meses de trabajo infatigable por desescombrar una extensa superficie, a una altura que debe rondar los 5 metros por debajo de la cota de la calle, cuestiones burocráticas sobre la que no vamos a pronunciarnos, han obligado a tapiar la mayor parte del terreno acondicionado. Entre los numerosos restos que aparecieron entre los escombros figura un ladrillo con la mano del

arquitecto, y un relieve visigodo. Tal vez estos baños árabes fuesen reutilizados como baños cristianos tras la reconquista de la ciudad, indicios hay que pudiera ser así, pero aún habrá que esperar a que finalicen las obras de recuperación para poder disfrutar de este enclave.

En el momento de escribir este libro los diarios locales den cumplida cuenta de los progresos de las excavaciones del Paseo del Carmen, donde además de restos humanos correspondientes al cementerio de la Caridad, se han encontrado además unos subterráneos interesantes, que los arqueólogos no dudan en relacionar con la primitiva iglesia visigoda de Santa María del Alficén.

Faltarían por incluir en esta relación, las excavaciones preparadas para servir de criptas o lugares de sepultura de una buena parte de nuestras iglesias. Este término proviene del griego Kryptos que se traduce como aquello que permanece oculto, lejos de la luz, y hasta en la actualidad, esta parte de los recintos sagrados permanece vetada para los feligreses, e incluso se eligen como enclaves donde llevar acabo determinadas ceremonias que jamás se hacen públicas, sino que son exclusivas para la comunidad de elegidos que son dueños del templo. Las criptas son, por tanto, en su dimensión simbólica, los lugares sustitutivos de las cuevas y cavernas, los enclaves propicios para la transmisión de los saberes prohibidos que solo pueden ser manifestados a los iniciados. Tal vez por ello, sean los lugares en los que mayor número de sucesos extraños se producen dentro de las iglesias, tanto en el sentido de apariciones milagrosas como infernales. La cripta de nuestra catedral sabe mucho de esto como ha quedado patente en algunas páginas precedentes.

Dejemos esta labor para otros investigadores que a buen seguro encontrarán material abundante en la ciudad. Como muestra un botón: en la iglesia de San Vicente, se está llevando a cabo una intensa rehabilitación. Hemos visitado las obras y hemos comprobado la presencia de una curiosa cripta, en la que permanecen los sepulcros pero no los cuerpos. En ella, la diferencia de altura con respecto a la calle es bastante acusada. Recordemos que de otras interesantes criptas, catedral, San Andrés y San Román hemos escrito en otras páginas.

En lo que respecta a la provincia, las noticias son también abundantes, pero vamos a destacar varios enclaves por su importancia. El Santo Cristo de las Cuevas en Ocaña, las cuevas de La Puebla de Montalbán, las cuevas y barrancos encantados de Los Yébenes, los subterráneos del castillo de San Martín de Montalbán la cueva de los Santos Mártires de San Vicente, y las cuevas de Orihuela entre Olías del Rey y Mocejón, donde al decir de algunos vecinos, existen también unas cuevas antiquísimas que recorren una buena parte del pueblo y llegan hasta Toledo capital. Qué lástima que nunca nadie haya encontrado la entrada a este tipo de cuevas... Hay más, y muy interesantes en Yepes, sin olvidar las conocidas como “pocilgas”, auténticas cuevas megalíticas de los Navalmorales.

Del primer enclave que citamos, Ocaña, hay que decir que se encuentra junto a la carretera nacional de Andalucía, muy cerca de la fuente grande de la que ya hablamos

con anterioridad, y que por supuesto tiene una milagrosa aparición de la imagen como origen, como tantos otros Cristos y vírgenes repartidos por la geografía española. Aunque en la actualidad se venera la imagen en un santuario cercano, la imagen se apareció en la cueva que le otorga el apodo.

Por su parte, las cuevas de Montalbán, son de origen aún no esclarecido. Parece ser que se produjeron al extraerse la arcilla del suelo, que al endurecerse adquiriría una consistencia similar al cemento. En todo caso lo que desconocemos es su utilidad, que algunos, más basados en la fantasía que en la realidad, atribuyen a catacumbas judías. Las cuevas de Los Yébenes son lugares encantados en los que se guardan antiguos tesoros, custodiados por frailes encapuchados.

A 12 kilómetros de la Puebla de Montalbán se encuentra ubicada la inmensa fortaleza templaria. Una leyenda muy arraigada en el pueblo nos habla de la existencia de subterráneos en el castillo que conservarían grandes tesoros, aunque eso sí, guardados por seres infernales, e incluso, nos cuenta que uno de esos túneles comunicaría con la cercana iglesia de Santa María de Melque. Algunos han querido ver en ciertas crónicas medievales que en ese emplazamiento estaría oculto ni más ni menos que el Santo Grial.

La cueva de los Santos Mártires de San Vicente guardaba, según la tradición, los restos de Vicente, Sabina y Cristeta, quienes se refugiaron durante la persecución del Emperador Diocleciano. En el siglo XVII fueron encontrados sus restos por Francisco de Radona, quien convirtió el lugar en un cenobio o eremitorio, construyéndose después la ermita cuyos restos aún se pueden observar.

Mi buena amiga Sandra nos cuenta que en su pueblo Nambroca, existieron unas cuevas cuya entrada estaba cercana a la Plaza del Ayuntamiento. En la actualidad la entrada permanece cerrada, pero hasta hace pocos años se podían visitar. Parece ser que la gruta presentaba varias galerías, de los que salían ramificaciones. Una lástima que se cerrarán, como tantas cosas.

A medio camino entre Olías y Azucaica se sitúan las cuevas de Olihuellas, que según Julio Porres son el resultado de actuaciones mineras, y de las que se extrajo la piedra con la que se construyó la puerta del perdón de la Catedral. Tras su explotación fueron utilizadas por maleantes, y en la actualidad están prácticamente intransitables. De ellas, a comienzos del siglo XX, Luis de Hoyos teorizaba lo siguiente:

Abundantes son los datos, pero más aún las controversias, de las famosas Cuevas de Orihuela, y de todo lo escrito acerca de ellas se deduce que con ojos de pre historiógrafo y criterio de antropólogo, nadie las ha estudiado; de plano puede afirmarse, que si no son catacumbas, tampoco fueron canteras más que por accidente, y que si situación y trazado hacen muy verosímil que antes del siglo XV existieran como trogloditas habitaciones tal vez, o como grutas sepulcrales más probablemente^[26].

Las cuevas de Yepes estaban habitadas aún en el siglo XVI por más de 300 familias según Jiménez de Gregorio, y están situadas a lo largo de todo el valle, y este número fue en aumento las centurias siguientes, llegando a contabilizarse más de 600 familias en el siglo XVIII. Es importante tener en cuenta que este número de familias del siglo XVI supone un porcentaje elevado de la población total del pueblo, que Tirso Trillo cifró en unos 1.000 vecinos, 4000 personas durante esa centuria. Municipios vecinos de Yepes como Villasequilla y Huerta de Valdecarabanos también tuvieron enclaves subterráneos donde se alojaban familias.

Mención aparte merecerían las cuevas de Higaes entre Olías y Mocejón, pero, insistimos que, por su estrecha relación con la leyenda de la cueva de Hércules, ya han sido suficientemente estudiadas en el libro de Fernando Ruiz de la Puerta, nos limitaremos por tanto a señalar aquí su existencia, y a repetir que encima de esa gruta se encuentra el cerro Vaelmoriale, lugar, junto con la cueva en que se educó el afamado mago Vergil de Toledo, autor de un importante libro sobre recetas mágicas. En opinión de Antonio Forte Muñoz, la utilidad de esta cueva sigue siendo un misterio, pudiendo haber servido para túnel de salida de alguna fortaleza hoy desaparecida, como lugar de reunión para grupos secretos o perseguidos, y lo que nos resulta más sorprendente, que fuera una ciudad subterránea, o refugio de alguna cultura milenaria desaparecida o, incluso, como ya dijimos páginas atrás, cabría en opinión de este autor, la posibilidad de que fuera un santuario hermético.

Cirlot, autor a quien hemos tenido que recurrir en varias ocasiones atribuye una clara simbología a las cavernas y cuevas muy relacionada con su utilización:

Su significado probablemente no traspasa los linderos del sentido adscrito al término de lo continente, cerrado u oculto. Sirve de sustrato para ciertas identificaciones, como la medieval, en que la caverna aludía al corazón humano como centro espiritual^[27].

Y hemos llegado al final del recorrido subterráneo. Salgamos a la luz y que el astro rey nos bendiga con su fulgor. Aún hay trabajo por hacer si es que el viajero-lector tiene todavía el ánimo sosegado y la mente lúcida. Lo que estamos proponiendo es la búsqueda de la que fuera la cueva más famosa del siglo XVI, la Cueva Sopena, lugar escondido, cerca de Toledo y el Tajo, acondicionado por Juan de Herrera para soportar las catástrofes anunciadas por Lucrecia de León. No adelantemos más, en el último capítulo se habla de ello. Hasta entonces.

Capítulo noveno. Iconografía fabulosa: demonios, dragones y seres fantásticos e imaginarios. Aproximación al bestiario toledano y a las fiestas paganas

*Todos los dragones de nuestra vida son quizás princesas
que esperan vernos bellos y valerosos.*

RILKE

PUNTO DE PARTIDA: plaza de Zocodover

PUNTO DE FINALIZACIÓN: puerta del Cambrón

Al abrir la ventana, el viajero-lector se ha percatado de la imponente imagen que se ofrece de la ciudad. De momento no es capaz de identificar más que los grandes edificios que resaltan sobre la línea quebrada del horizonte en una especie de pugna por ver quien llega más alto, quien con mayor arrojo, quien con más gallardía. Los ecos del recuerdo de tanto túnel subterráneo visitado ayer, siguen revoloteando por su cabeza, se han colado de rondó, sin pedir permiso y sin ganas de abandonar la plaza conquistada. La estampa invita a demorarse un poco más, no hay prisa; los engendros que nos aguardan llevan siglos esperando, pueden hacerlo todavía un rato más... Clara está la mañana, sereno el ánimo e inquieto el espíritu. Es el momento de revisar la mochila y comprobar que sigue que portando a los leales compañeros de viaje: la cámara —aún quedan 18 fotos, vamos bien— el bloc de notas, el lapicero y esta guía.

Se cierra la puerta tras de sí y el viajero-lector tiene la impresión de haber retrocedido una buena cantidad de siglos. Se ve a sí mismo convertido en caballero medieval dispuesto a enfrentarse en combate con los dragones que mantienen en vilo a la villa. Sí, ciertamente todo está preparado, adelante pues y que el Altísimo nos asista en la batalla.

Es obligado para este paseo realizar una precisión importante, y es que no vamos a realizar un itinerario como en la mayoría de los capítulos, y ello por una razón incontestable, que es que el orden de enclaves sigue el de los diferentes seres fantásticos que van saliendo al paso de las páginas. Tal circunstancia haría que tuviéramos que reconducir constantemente nuestros pasos al ritmo de la aparición de estos seres, y así tendríamos que señalar el camino de regreso a, por ejemplo la catedral, en al menos cinco ocasiones, lo cual, a todas luces no tiene mucho sentido.

Lo que proponemos al viajero-lector es que tome como punto de partida la plaza de Zocodover y se desplace hasta la puerta del Cambrón, siguiendo el itinerario adjunto: plaza de Zocodover — museo de Santa Cruz — plaza de Montalbanes — corral de don Diego — iglesia de San Miguel — iglesia de San Justo — convento de

las Benitas — iglesia de San Andrés — convento de Santa Isabel — convento de Santa Úrsula — convento de Santa Clara — convento de Santo Domingo el Antiguo — catedral — casa de los Toledo — iglesia de San Bartolomé — convento de San Pedro Mártir — iglesia de San Román — monasterio de San Clemente - Diputación Provincial — convento de San Antonio — monasterio de San Juan de los Reyes — puerta del Cambrón. De esta manera le garantizamos que habrá pasado por los lugares que nos interesa visitar.

Desde el principio de los tiempos, el ser humano ha sentido la imperiosa necesidad de conjugar la realidad con lo imaginario, lo sagrado con lo fabuloso, y por añadidura, lo cuerdo con la locura, lo veraz con la fantasía, en definitiva el bien con el mal. El legado patrimonial de Toledo no fue una excepción en esto, y en una nutrida parte de sus monumentos, casas e iglesias podemos encontrar un universo amplio de seres mitológicos, monstruosos y fantásticos, algunos difícilmente interpretables desde la óptica judeocristiana más estricta, los cuales, se esconden, a veces, de la vista de los profanos, y otras en cambio permanecen a la vista de todos en capiteles, tímpanos, puertas, doseles etc. para dejar constancia de un pasado onírico en el que la creencia en estos seres estaba completamente arraigada. Pensemos que sobre estos aspectos tradición no nos falta, no sólo por la ya comentada leyenda del Anticristo o la importancia de la ciudad como epicentro de las artes mágicas, sino porque el propio Rey Alfonso VI, y el dato me parece suficientemente explícito tuvo como mascota (una comadreja), a la que el monarca llamaba la bestiola, y a la que por cierto, le dedicó alguna de sus Cantigas. Buen precedente donde los haya sin duda.

A lo largo de la historia, se ha ido elaborando una abundante representación de los monstruos en la escultura y la iconografía, que si bien alcanzó su apogeo a lo largo de la Edad Media, su existencia dura hasta la actualidad, y así se han venido configurando monstruos que difieren de los seres normales por ser representados sin cabeza, con cabeza pero sin ojos o sin boca, seres con hipertrofia de ciertos órganos (orejas, cuello, pies, órganos sexuales...) hombres o animales con dos cabezas o con dos cuerpos, gigantes o enanos, confusiones entre el reino vegetal y el animal de donde se producen árboles que engendran seres humanos o que hablan, corderos vegetales, etc. eso sin olvidar el nutrido grupo de seres que nacen por hibridación entre varios animales, o entre animal y humano. Junto a estos seres se dispersan por la ciudad representaciones esotéricas y/o simbólicas: rosas, lábaros, alfas y omegas, atanores alquímicos, músicos, patas de oca, taus, sigmas, espirales, mandorlas, pentámeros, veneras, escuadras, laberintos, nudos, compases... aunque una buena parte de todo esto, viene a configurar otro tema que quedará para mejor ocasión.

Durante el Medievo, y en épocas posteriores, se creía por tanto en la existencia real de una buena parte de estos seres y por supuesto, del demonio, llegando a ser una auténtica obsesión para la iglesia, que achacaba todos los grandes problemas (sequías, hambrunas, epidemias...) al maligno, tal vez por ello de él se ocuparon San Agustín o

Santo Tomás, estableciendo explicaciones a sus diferentes nombres, de tal manera que “*diablo*” provendría del griego, significando “*encerrado en un ergástulo*”, o también “*el que desciende*”; por su parte “*demonio*” significaría “*el que gusta de la sangre*”, “*Beelzebul*” es “*el hombre de las moscas*” y “*Satanás*” se podría traducir por el adversario.

Los bestiarios impresos proceden del mundo grecorromano, bizantino y persa, pero el románico fue quien sacralizó esta estética pagana en la piedra para convertir a estos animales en portadores de virtudes o perversiones, e introducirlos en capiteles, tímpanos y ventanas con sentido de enseñanza y advertencia. Tampoco hay que olvidar un buen número de animales se simbolizaban en la Edad Media por lo que su modo de vida podía servir de reflejo para los seres humanos, los que acompañan a los cuatro evangelistas son un buen ejemplo, y, en todo caso, podemos estar seguro que jamás aparecerán animales en la iconografía sin motivo alguno, otra cosa es que seamos capaces de extraer toda su significación. En esta época, todo aquello que pudiera representarse, podía a la vez reinterpretarse bajo el mensaje de lo simbólico. Las catedrales, por ejemplo, no eran solo templos o lugares de oración, sino que eran “libros de piedra”, pero libros vivos que proporcionaban información de lo sagrado, y de lo profano. En síntesis su estructura se concebía como la unión entre el cielo y la tierra, por eso, cuanto más altas eran sus torres, mejor, y los muros venían a ser los pilares de la tierra sobre los que se asentaba para descansar la bóveda celeste.

Pasemos revista a los principales seres monstruosos y fabulosos de nuestra ciudad, avisando al lector que la tarea —como siempre— está inconclusa, puesto que el número de estos mágicos y monstruosos entes es elevadísimo, reseñándose, por tanto, aquí y ahora, tan solo los que consideramos más importantes. Un último apunte: durante la Edad Media, nada de lo que se caracterizaba como interpretación artística se hacía sin un fin, la funcionalidad para la comunicación y la transmisión de ideas eran una constante en la escultura y pinturas románicas, por tanto deberemos buscar el significado simbólico de este universo imaginario para hallar las respuestas a su inquietante presencia. A lo largo de la páginas que siguen pasaremos en no pocas ocasiones por la catedral, dicho quedó de antemano, ¡nobleza obliga! como no podía ser de otra manera, para intentar desvelar algunos de los arcanos de este inmenso libro mudo en el que los constructores dejaron en forma de símbolo las huellas del camino del Conocimiento. Por eso la catedral además del lugar de culto, es un espacio donde podremos encontrar numerosos mensajes alquímicos, ocultos e iniciáticos, algunos de los cuales mantienen como celoso guardián a uno de estos seres.

Representaciones del maligno, del demonio, no son abundantes en las iglesias, y cuando aparece es o bien sometido al poder de Dios o de alguno de sus santos o ángeles, o bien representado en escenas de expulsiones a cargo de Cristo o sus apóstoles, o bien en el paraíso tentando a Eva, o siendo vencido por los Santos habituales.

Podemos afirmar que al románico le cabe el honor de haber sido el creador de la gran mayoría de representaciones demoníacas que existen en las iglesias, concentrando en estas figuras un elevado grado de monstruosidad y fealdad, y, en algunos casos, aderezados con atributos repugnantes, todo ello con la didáctica intención de mostrar al pueblo los horrores que le esperaban si se alejaba del dogma y del culto ortodoxo (curiosamente, algunas de las representaciones del demonio, dentro de la tradición grecolatina, incluyen cabezas trifaciales, similares a los bafomet templarios o cierta pintura toledana de la que se hablará en páginas posteriores). En un buen número de catedrales góticas existía también, en las puertas de salida esculturas con formas de diablo, generalmente con las bocas muy grandes, que era el lugar donde los fieles debían apagar los cirios. Y decimos que nos resulta un poco extraño porque el demonio es un viejo conocido de nuestro castellano pueblo. Bouza señala que la primera vez que aparece este vocablo en nuestra lengua es en las *Glosas Emilianenses*.

Tanto Orígenes, como Cirilo de Alejandría y San Agustín, se ocuparon largo y tendido sobre el asunto del infierno, aunque sería San Gregorio quien le otorgaría su imagen arquetípica que perdura hasta la actualidad como lugar de sufrimiento, llamas y dolor eterno, así como su localización por debajo de la tierra que pisamos, ubicación que por cierto no es exclusiva del cristianismo, ni tan siquiera invento suyo, puesto que los antiguos griegos ya establecieron el “*Hades*” en lugares subterráneos. En Toledo, en algunos momentos pudo escucharse nombres del demonio en tres lenguas diferentes: en hebreo, Husa y Azael, en árabe Aroth y Maroth y toda la caterva de nombres cristianos con Belcebú a la cabeza, y la caterva ingente que los sigue: Satán, Lucifer, Abbatón, Asmodeo, Trifón, Sabbataal... todos ellos cargados de atributos espeluznantes. Mucho más simpática nos parece la imagen del demonio que tenía Santa Teresa, a quien se le aparecía en forma de *enano de color oscuro*, por cierto que la santa era frecuentemente maltratada por este ser.

El folclore influyó en buena medida en la caracterología del demonio, sobre todo proporcionando datos sobre su manera de actuar, de vestir, lo que come, como danza o como se podía escapar de él. También fue el folclore el culpable en buena medida de las múltiples variaciones con las que podía aparecerse el maligno, fundamentalmente a través de la tradición judeocristiana, teniendo como resultado el que un buen número de animales se asociaran directamente con él: serpiente, mono, basilisco, murciélago, oso, enjambre de abejas, jabalí, toro, camello, gato, centauro, cuervo, dragón, águila, grifo, salamandra, araña, sapo o gusano.

Los colores del diablo, como no podía ser de otra manera han tenido a la vez un buen número de variantes, aunque predominando el negro:

El diablo tiene habitualmente el color negro, conforme con la tradición cristiana y con un simbolismo casi universal. Tiene la piel negra o es un animal negro, o lleva ropa negra. A veces es un jinete negro sobre un

caballo negro. El segundo tono más común del diablo es el rojo, el color de la sangre y el fuego; el diablo viste de rojo o lleva una barba roja y llameante. En ocasiones es verde por su asociación con la caza. La imagen del diablo como un cazador que va a por las almas fue una metáfora popular en la Edad Media^[1].

En el año 447 el Concilio de Toledo describió al diablo como una gran aparición negra y monstruosa, con cuernos en la cabeza, pezuñas, orejas de asno, garras, ojos feroces, dientes rechinantes, gran falo y olor sulfuroso. Una buena parte de estos atributos acuñados en la ciudad no le van a abandonar ni siquiera 16 siglos después.

Tenemos una buena representación del maligno en forma de modillón en el convento de Santa Isabel. En este caso se trata de un demonio de facciones gentiles y hasta divertidas. Parece estar puesto a la entrada de la puerta para recordar a los fieles que entran en recinto religioso y que por tanto hay que dejar fuera los vicios y nefandos pecados. Justo frente a él se haya otra extraña representación que se asemeja, o bien a otro ser maligno o a un alquimista, y para el que no encontramos explicación alguna. Desgraciadamente el deterioro en que se encuentra nos dificulta todavía más una posible justificación. Al hilo de cuanto contamos, no resistimos a mencionar la presencia de otra escultura representando a unos alquimistas en la sillería baja de la catedral, concretamente en la misericordia número 31. Para algunos autores representan sin embargo, a San Cosme y a San Damián, patronos del gremio de los farmacéuticos y médicos. En nuestra opinión, la probeta y el mortero que están usando representan con mayor seguridad operaciones alquímicas más que farmacológicas.



Ilustración 46. Figurillas del convento de Santa Isabel.

Sigamos tras los pasos del maligno para encontrarlo en la puerta llamada del juicio final en la catedral, donde los hombres malvados que han sido condenados son presa de feroces y gesticulantes demonios de estilizadas formas, cada cual más horroroso que el que lo precede, sometiendo a horriblas torturas a los infelices; que acaben en las llamas del infierno. También se puede observar cierto monstruo marino y una figura femenina, suponemos que una prostituta, que va atada hacia las llamas con ligaduras en sus piernas y en sus senos.



No creemos que su ubicación en una de las puertas principales del templo sea casualidad. Las puertas de los templos cristianos tienen un claro significado que Hani refleja en las siguientes frases:

La sacralidad del tránsito y de la puerta adquiere todo su valor cuando se trata del templo (...) Un hecho comprobado por todos los que han visitado las iglesias románicas y góticas es la enorme importancia que se concede a la decoración de las puertas, y sobre todo al pórtico principal.

[2]

Al ser considerado el templo una imagen del mundo, las puertas podían ser interpretadas también como una imagen del más allá, de ahí la profusa decoración a que se les sometía. Al franquear las puertas de los templos, se intentaba que los fieles fuesen conscientes de que en definitiva estaban realizando un gesto sagrado, y aquellos que no fuesen aptos o merecedores de realizar este tránsito les esperaba un terrible final, el que se anuncia justo encima de ellos: las llamas eternas.

Sin duda, de los demonios los más estilizados y feroces son los que se encuentran representando a los pecados capitales en la sala Capitular, en una pintura típicamente adoctrinante. Más de lo mismo: en el convento de las Benitas, en su altar mayor una impresionante virgen tiene subyugado a sus pies un ser demoníaco de aspecto más bien infantiloides.

Ya dijimos que la mayor parte de las veces que nos encontramos con representaciones del maligno, éste aparece representado con sus atributos horribles habituales y/o convertido en demonio-dragón, como veremos más adelante:

Este demonio de la religión siempre se aparece como supremo representante del mal, y como tal, sea cual sea la apariencia que adopte, su misión primera y fundamental es atraer a los humanos al mal que representa, para así arrastrarlos con él al infierno. Es pues un demonio tentador, inconcebible sin su oponente el bien^[3].

Pero estábamos en la catedral, y allí debemos continuar para (previo pago del correspondiente *ticket*), adentrarnos en la sillería del altar mayor (que tantas veces vamos a mencionar en este capítulo... y comprobar cómo en la misericordia 17 aparece un diablo cabalgando sobre un camello, posiblemente como representación del maligno fustigando a la virtud, y en la número 24 el demonio está en batalla con un tenaz frailecillo que no se deja vencer por las tentaciones.

Más inquietantes son los demonios con rostro de seres humanos que se encuentran en la misericordia número 38, y que por poseer esta característica se llaman gastrocéfalos. Este tipo de representación fue muy abundante en catedrales centroeuropeas, y se dio con mucha menor difusión en las españolas. Reflexione el viajero para caer en la cuenta que tampoco deberían ser tan extrañas estas representaciones, y todas las otras de marcado tinte erótico que podemos encontrar en el templo, ya que los clérigos de los siglos XIV y XV se movían en estos terrenos con

una flexibilidad mayor de la actual, que se ve terriblemente condicionada por normas que derivasen del Concilio de Trento (siglo XVI). A ello deberíamos unir la relajación de las costumbres sexuales que imperaba entre los clérigos de estos siglos que hemos citado, relajación moral que prendió entre el pueblo y entre no pocos de los artesanos que trabajaban en las iglesias, lo que hizo que en muchos canecillos, capiteles, o las propias misericordias como estamos viendo, se esculpiesen todo tipo de indecencias y monstruosidades.

En la iglesia de los Carmelitas en la fachada principal podemos admirar una imagen de Nuestra Señora que está aplastando con sus pies una serpiente o un dragón serpentario, (también pudiera ser que fuese un basilisco, animal del que nos ocuparemos un poco después) representación cristiana por excelencia del demonio desde la conocida maldición bíblica recogida en el capítulo tercero del Génesis. No es la única representación de la virgen aplastando al monstruo serpentario, casi todas las Inmaculadas son representadas venciendo a la serpiente. De singular belleza es la que preside la fachada del convento de las Benitas, así como la que se encuentra en la Iglesia de San Justo, que además de estar rodeada de ángeles aplasta a la serpiente que mantiene en la boca una manzana, símbolo del pecado. En la recoleta plaza que se erige frente a San Juan de los Reyes existe otra representación de la Inmaculada Concepción que tiene a sus pies una serpiente sometida a su poder, de expresión feroz y voraz.

Dentro de la catedral, en la capilla de San Ildefonso se encuentra la tumba de don Alonso Carrillo. Es este un prelado inquietante que gustó de rodearse de alquimistas y buscar tesoros, siendo partícipe de la edición de cierto libro titulado *Libro del Tesoro o del Condado*, y no solo eso, sus felonías llegaron hasta el punto de nombrar tesorero suyo a un reputado buscador de la piedra filosofal: Fernando de Alarcón^[*], al que, por cierto, mandó ajusticiar en Zocodover por sus fracasos en la transmutación del metal en oro. Al decir de ciertas crónicas muy fiables, la sentencia ni siquiera llegó a ejecutarse, porque el desdichado terminó en los soportales de la plaza de Zocodover degollado a traición sobre una espuerta de paja. No debió ser mal negociador este arzobispo, ya que no sólo consiguió vaciar las arcas de la mayoría de las iglesias de la ciudad, sino que además consiguió, la nada desdeñable suma de quinientos florines aragoneses de la reina Isabel. A la derecha del arco que sirve de urna funeraria a este arzobispo encontramos una extraña imagen de lo que parece ser una mujer con túnica, de mirada perdida, hierática, que sujeta en su mano izquierda a la serpiente mientras que con la derecha sostiene en el regazo una calavera. A su lado se recoge la leyenda: “OSSA FUTUR EMISE SERPENTER OCCIDERE CMRA”. Pues bien lo curioso del asunto es que esta imagen se parece extraordinariamente a la conocida como “la doncella de Compostela”, de actitud idéntica y que evoca perfectamente las leyendas templarias sobre la cabeza de poder, el bafomet del que hablamos en páginas anteriores. La casualidad ha querido que en esta misma capilla se encuentre el sepulcro de Gil de Albornoz, de cuya tumba —hace unos pocos años se recogió en

la prensa local— se decía que se oían voces y los perros del templo iban a sentarse a sus pies. Veamos el asunto de la leyenda con más detenimiento, y olvidemos estas supercherías recogidas con profusión de detalles por la prensa del momento.

La leyenda de la doncella de Compostela arranca en el siglo XIII muy lejos de nuestras fronteras, y viene a contar como un noble templario de Sidón estuvo enamorado de cierta mujer de Armenia con la que no pudo establecer relación alguna mientras ella estuvo viva, pero al morir la doncella repentinamente, la violó en su tumba tras desenterrar el cadáver. Terminado el acto escucho una voz que le decía “*vuelve aquí cuando haya llegado el momento del parto, entonces encontraras una cabeza hija de tus obras*”. Transcurridos los nueve meses de rigor, volvió a la tumba y encontró una cabeza humana en el regazo de la mujer sepultada, dejándose escuchar de nuevo la voz que le advertía de que “*guardad bien esta cabeza porque todos los bienes te vendrán de ella*”. Esta tétrica leyenda se ha enlazado en muchas ocasiones con el bafomet templario del que hablamos en el capítulo tercero. ¿Por qué escuchaban voces precisamente en esta tumba donde está representada la imagen de la doncella con la calavera? ¿No recuerda ciertamente la leyenda referida de la calavera y las voces?

A otra cosa. Debemos tener en consideración que la serpiente desde el punto de vista de la simbología presenta un significado completamente diferente, al de la tradición cristiana, siendo una clara representación del conocimiento que ha de arrancarse para llegar a su posesión, y a la vez, por su característica de mudar la piel, es una representación de la renovación interior a la que los adeptos debían someterse antes de ser iniciados en los cultos de numerosas religiones. Para Manuel Guerra:

En varias formas de religiosidad mística está también presente la serpiente, presencia justificada, a mi entender, por el origen telúrico de los misterios. El culto tributado a la serpiente no terminaba en su naturaleza zoológica, sino en su condición de epifanía de la Madre Telus encarnada en ella (...) La serpiente, tanto de la escena del génesis, como de la iconografía mariana, representa al demonio, enemigo de Dios y de la salvación de los hombres^[4].

De manera parecida se expresa García Atienza:

Así como el símbolo serpentario, visto como paradigma de la maldad pecadora y demoníaca en las religiones de base solar, como el Cristianismo o el judaísmo, fue, sin embargo, representación esencial del saber de la tierra y paradigma de sus energías en el mundo de las creencias celtas y en la complicada mitología de las religiones indoarias^[5].

Tal vez por esa especial característica de mudar la piel fuera que los caballeros templarios eligieran como a uno de sus santos predilectos a San Bartolomé cuyo martirio consistió en ser despellejado vivo, y de lo que consiguió renacer, en un claro mensaje simbólico del adepto que después de la iniciación, y de despojarse de las ataduras de la vida terrestre consigue convertirse en el nuevo hombre renovado espiritualmente (note el viajero-lector, aunque no guarde relación con lo que venimos hablando, que en Toledo conservamos aún dos calles de serpentario nombre, la cuesta de la culebra y la calle de la sierpe).

Otros autores consideran otras interpretaciones para la serpiente:

Expresa fuerza vital proveniente de las grandes profundidades, la serpiente es la soberana del subsuelo.

Inteligencia, fuerza, prudencia conocimiento.

Si aparece entrelazada, representa el nudo vital, dinamismo.

En forma de espiral representa lo relativo, y en forma de círculo, lo absoluto.

Hubo un tiempo en que para ciertos filósofos griegos, España era llamada “Ofiusa”, algo así como tierra de cultos serpentinos, fundamentalmente derivado de la contemplación de los astros, actividad ésta que, como bien sabemos, se llevaba a cabo con especial atención en Toledo. En la torre de la iglesia de San Bartolomé, se encuentra una curiosa piedra reutilizada por los visigodos que es una espiral o anfisbena de claras connotaciones serpentarias. Aprovechemos ya que llegamos hasta aquí, para retomar la cuestión de los dragones y adentrarnos en una de las capillas laterales, donde existe una curiosa imagen que representa, según las hermanas que cuidan la iglesia, a Juana de Castilla, en actitud orante como no podía ser menos, rodeada por una dama de compañía y un grupo de ángeles. Lo más destacable sin embargo, es que en las nervaduras que sujetan la bóveda, están dibujados grupos de dragones monstruosos, en colores vivos, rojo y azul verdoso, con formas serpentarias y atacantes unos con otros, mostrando enormes fauces con amenazadores dientes. Nos parece un magistral ejemplo de decoración gótica que desgraciadamente no puede ser contemplada por la mayoría de los visitantes de nuestra ciudad, ya que esta iglesia permanece habitualmente cerrada al público. De la presencia de estas inquietantes pinturas no encontramos explicación, a menos que demos por válida, aquella que hace de la noche de San Bartolomé (24 de agosto) una de las noches mágicas por excelencia, en una buena parte del norte y oeste peninsular, se piensa que seres emparentados con los dragones y serpientes, los famosos “cuélebres” salen esa noche de sus cuevas para causar tormentas. En Andalucía se tiene por cierto que esa noche anda suelto el diablo, y hay que poner cruces en las puertas para que no entre.

En Cataluña y Extremadura también se cree que el diablo pasea esa noche. Tal vez estos dibujos sean un recordatorio de cuanto acabamos de contar, o tal vez el recordatorio simbólico de su martirio, ya que a este santo se le arrancó la piel, como la serpiente muda de camisa, y sobrevivió. En la obra de Ramírez Arellano encontramos una nota curiosa referida a esta iglesia que no nos resistimos a obviar:

Item Manda y mando que todas las noches e cierre la puerta de la iglesia del callejón, pues se puso puerta y llave para solo ello por la indecencia grande y las ofensas que se hacen a Dios nuestro Señor, lo cual cumpla el Sacristán so pena de excomunió mayor y de cuatro reales por cada vez que se hallen por cerrar aplicados mitad fábrica y mitad a quien lo avisare^[6].

Imaginamos que con tan desmesurada amenaza, el sacristán no volvería a dejarse la puerta abierta...



Ilustración 47. Los dragones góticos de San Bartolomé parecen asediar a Juana de Castilla.

En el convento de San Antonio, en su retablo, hay una excelente pintura que representa a San Miguel venciendo con su lanza a un infernal dragón. Es este un tema que se repite con frecuencia, ya que encontramos esta misma escena de San Miguel venciendo al dragón en el retablo de San Román, en el retablo donado por la priora doña Gerónima Pacheco y de Silva al convento de Madre de Dios, aunque en este caso se trata de una escultura policromada en vez de pintura, asimismo en el convento de Jesús y María, en el retablo de Pedro de Cisneros en la capilla de Santo Tomás, y

sobre todo, la que consideramos tiene mayor valor artístico por el renombre de su autor, que no es otra pintura que el San Miguel pintado por Luis Tristán que se encuentra en el convento de Santa Isabel de los Reyes. En la Iglesia de San Miguel, como no podía ser de otra manera encontramos tres representaciones de San Miguel venciendo al dragón: una en el estandarte de la hermandad, otra en el retablo del altar mayor, cuyo demonio-dragón es casi una figura sirenoide, y en un retablo lateral, en el que el demonio más parece un manso corderillo, que ser infernal. Tal y como afirma Silvia Nieto, éste es el ángel de mayor veneración en Occidente, y España en particular, donde son numerosísimos los pueblos, iglesias y ermitas dedicadas al ángel guerrero, implacable luchador de la cruzada contra Satán (sin ir más lejos en nuestra provincia se celebran fiestas o romerías en su honor en: Alberche del Caudillo, Montearagón, Novés, o Robledo del Mazo). En nuestro país los orígenes de su culto se remontan, al menos, hasta el siglo VIII, momento en que se cita en el cartulario de San Miguel de la Cogolla información sobre el monasterio de San Miguel del Pedroso, que custodiaba algunas reliquias del santo traídas de Roma, que no serán las únicas que se encuentran diseminadas por nuestra geografía. Debemos hacer notas que en nuestra ciudad tuvimos también un monasterio bajo su advocación; hoy, una calle San Miguel de los Ángeles nos recuerda su presencia. Por cierto que este monasterio vivió tiempos compulsivos con beatas místicas que levitaban y un buen número de sucesos extraños a lo largo de los siglos XVI y XVII.



Ilustración 48. El demonio de la iglesia de San Miguel que parece más bien corderillo asustado entre las piernas del arcángel.

Los últimos San Miguel: uno representado con sus dos atributos, la espada-lanza para matar al demonio, y la balanza para pesar las alamas de los muertos, aparece en la Catedral, concretamente en la capilla de San Ildefonso, formando parte de una representación del Juicio final, y en una pequeña hornacina en el trascoro, obra de Mariano Salvatierra, se encuentra otra excelente representación en mármol blanco,

con un demonio a sus pies en el momento de ser muerto por la lanza salvadora.

San Miguel es uno de esos santos que al decir de los estudiosos del esoterismo pertenece a la categoría de los “santos imposibles” por ser asimilación cristiana de otra deidad pagana anterior, concretamente de Osiris, héroe solar por excelencia que también solía ser representado con una balanza pesando las almas de los muertos, exactamente igual que imagen arquetípica de San Miguel, por tanto estamos ante otra de esas asimilaciones forzadas de deidades paganas por parte del cristianismo. Tal vez por esta razón la iglesia no haya escatimado esfuerzos a la hora de recopilar reliquias en torno a este arcángel, encontrándose diseminadas por la geografía peninsular media docena de plumas de sus alas.

No es este santo el único encargado de acabar con los dragones, en la iconografía cristiana existen una serie de santos que se suelen representar venciendo a uno de estos seres malévolos, concretamente son: San Jorge, San Juan Evangelista, San Lupo, San Silvestre, San Teodoro y Santa Perpetua, consiguiendo que, determinados héroes míticos, se incorporaran a la temática religiosa en forma de santos. Para García Atienza:

El dragón es el poseedor de un conocimiento que no entregará a menos que sea vencido. En este sentido tiene la misma significación que la serpiente, pero todos los pueblos y todas las creencias, con excepción del cristianismo reconocen su carácter de guardián de la sabiduría^[7].

Pero atención, no solo los santos están imbuidos del poder salvífico de matar a la bestia. En la capilla de Santiago, dentro de la catedral, a izquierda y derecha del arco que cobija la sepultura de Juan José Bonel y Orbe, aparecen dos esculturas de esas que venimos denominando como “inquietantes”. Nos referimos concretamente a cierto mono que está ahogando a un ser humano (izquierda del arco) y a un ser monstruoso o a un mono enorme que está haciendo lo propio con un dragón en el lado opuesto. Durante la Edad Media el mono simbolizaba la sabiduría, y ya hemos dicho que vencer al dragón representa simbólicamente el acceso al conocimiento y a la sabiduría, por tanto esta representación puede querer simbolizar este tema, pero de la figura de la izquierda no atinamos a saber su significado.

En el convento de San Clemente, en el muro derecho de la capilla mayor hay una pintura de San Jorge alanceando a un horrible dragón. Por cierto que esta leyenda de San Jorge surgió a partir de sustratos mesopotámicos y sumerios, nada habitual entre los misterios cristianos.

El dragón es la bestia mítica por excelencia, y se recoge en un gran número de relatos medievales (incluidos los del graal) y antes de su “cristianización” este animal no era forzosamente maligno, pero sí poseedor de una gran sabiduría. La iglesia en su afán de “cristianizarlo” todo, realizó, lo que algunos autores han denominado “fagocitar al dragón”, y por tanto fue satanizado como otra serie de animales, reales o

ficticios como gatos, búhos, sapos serpientes etc., pasando a ser la representación del demonio por excelencia, como venimos manteniendo.

Según las creencias medievales, diferentes partes del cuerpo de estos animales poseían virtudes medicinales, por lo que se utilizarían en la preparación de pócimas y ungüentos. De esta suerte la lengua se usaría para conferir la inteligencia del lenguaje de los pájaros (en clara alusión al lenguaje hermético de los alquimistas, que según las crónicas medievales se enseñaba con profusión en Toledo) los huesos o dientes proporcionarían fuerza y salud, mientras que comer el corazón daba valor al guerrero.

Recordemos además que el dragón se venía utilizando por lo menos desde la época romana, por la clase militar como símbolo de fuerza, y que tiene carácter universal, pues es representado en todas las culturas. Suele ser representativo del infierno como boca de Leviatán. Según Caro Baroja hay una clara relación entre los dragones heráldicos que se multiplican a finales de la Edad Media y los legendarios. En un sentido parecido se refiere Eslava Galán:

Leyenda con la heráldica andaluza comenzando por los dragantes del mismo Alhamar de Arjona, y terminado por las sierpes de los Guzmanes^[8].

Los dragones en heráldica se representan o bien en forma de dragón dibujado éste de perfil, con cabeza y patas de águila, el cuerpo y cola de serpiente y las alas en forma de murciélago, o bien como dragantes, que es su representación más habitual, siendo ésta una figura que se representa por la cabeza de un dragón, con su boca abierta, tragando o mordiendo una pieza o figura. Algunos de los más antiguos y renombrados linajes, no solo españoles sino europeos, se decían tener un origen mitológico cuyos primeros ancestros habrían nacido de uniones entre humanos y seres fabulosos como el dragón o las ninfas.

En Toledo tenemos bastantes ejemplos de escudos con dragantes: en Santa Isabel en la portada del convento, en San Andrés en los muros exteriores, en San Miguel en el tercer cuartel del escudo del linaje de Mesa, en San Justo y Pastor en la capilla del Pilar, en San Pedro Mártir en el escudo de doña María Sandoval, en Santa Leocadia o en San Lorenzo.

Sigamos buscando dragones en la ciudad. Mircea Eliade nos recuerda que cuando sobrevino la cristianización del mundo mediterráneo, los festivales paganos de primavera, plagados de monstruos en forma de títeres, marionetas y figuras móviles, fueron casi universalmente asimilados a las fiestas del Corpus. Tal vez sea éste el origen de la aparición de nuestro dragón más popular: la tarasca^[*], monstruo con cuerpo de galápago, alas de vampiro y cabeza de serpiente, que desprende humo por la nariz. Desconocemos cuando apareció por vez primera este monstruo en la procesión, porque lo que parece claro es que, cuando el Papa Urbano IV promulga la

Bula *Transiturus*, por la que se instituye la fiesta del Corpus, no existía en Toledo esta imagen.

Según Caro Baroja la tarasca representa la herejía vencida por la fe, y su acepción etimológica más aceptada es la que nos dice que tarasca se tomó del griego Theracca, que quiere decir: “*espantar, poner miedo*”. Parece ser que nuestra Tarasca representa a la bestia del apocalipsis, con Ana Bolena montada encima, por ser esta mujer la impulsora del cisma anglicano entre Enrique VIII y los católicos. A esta figurilla se la conoce en la ciudad como la “tarasquilla”, y es una clara alusión a sentimientos que deben ser desechados como la avaricia, el orgullo.

También en las fiestas del corpus, y como aditivo pagano dentro de la fiesta cristiana, se multiplicaban las representaciones teatrales, algunas de ellas remedos de rituales que tenían como protagonistas a dioses paganos, o a personajes cómicos o farandulescos como era el caso del bululú toledano, del que solo hemos hallado referencias indirectas, así que nos tendremos que conformar con las que nos aportan desde Cuenca y Mario Roso de Luna:

El bululú es un representante solo que camina a pie, y pasa su camino; y entra en el pueblo, habla al cura, y dícele que sabe una comedia, y alguna loa, que junte al barbero y sacristán, y se le dirá, porque le den alguna cosa, para pasar adelante. Júntanse estos y él súbese a un arca y va diciendo, ahora sale la Dama, y dice esto y esto, y va representando, y el cura pidiendo limosna en su sombrero, y junta cuatro o cinco cuartos, algún pedazo de pan, y escudilla de caldo que le da el cura, y con esto sigue su estrella, y prosigue su camino hasta que haya remedio^[9].

Sus padres, o los que pasaban por tales, eran unos infelices cómicos de la legua, medio gitanos y harapientos, que vinieses a Toledo hacia años, él representando primero solo lo que comúnmente se llama un bululú, o buey lulú, caminando a pie, de pueblo en pueblo^[10].

Incluso dentro de la procesión del Corpus se llevaban a cabo bailes no siempre acordes con el decoro que se presumía para un acto de exaltación de la fe. Tal era el caso de las danzas conocidas como la “chacóna” y la “zarabanda”, que sufrieron, claro está, numerosos intentos de erradicación con más o menos acierto hasta su prohibición definitiva. Caro Baroja llega a afirmar que:

La danza primaveral o veraniega se asocia de tal forma al Corpus que bien puede decirse que no hay Corpus sin danzas, y que como organizar éstas es más factible que presentar figuras costosas o lujosas, o que desplegar gran lujo en cortejos con participación de muchos gremios y

estamentos, la danza como tal ha quedado ajustada tanto a procesiones de grandes ciudades en que había una variedad considerable de grupos de danzantes, como en aldeas^[11].

No desviemos el curso de los acontecimientos y volvamos a subirnos a lomos de la Tarasca si nos lo permite Ana Bolena. Según cuenta Carlos Pascual un viajero francés del XVIII, Brunel, al escribir sobre los muñecos y monstruos que desfilaban en los cortejos religiosos españoles, decía del de Toledo

Me han hablado de otra máquina espantable que rueda ese día, la llaman la Tarasca, del nombre de un bosque que dicen haber habido en otro tiempo en la Provenza. Sostienen que era tan enemiga del ser humano como la que sedujo a nuestros primeros padres en el Paraíso Terrenal^[12].

Sin duda la descripción más exhaustiva de este dragón nos la proporciona Sixto Ramón Parro:

Otro mueble que hay allí, al final de la galería reducido a una especie de cajón de lienzo pintado, sobre el cual se figura un dragón o monstruo serpentón de pasta con alas y ensortijada cola, cuyo pescuezo se estira y encoje por medio de unos tirantes que maneja una persona metida dentro de aquel biombo, y también abre y cierra su boca descomunal llena de espantosos colmillo y pintoreada de encarnado, de modo que asusta a las personas pusilánimes y supersticiosas (...) Lllaman a este monstruo conjunto la tarasca y es emblema del pecado^[13].

La impresión que producía la visión de este fabulosos animal llegó hasta oídos del toledano gramático Sebastián de Covarrubias, quien, según el profesor Juan Estanislao, escribió en su obra cumbre “*Tesoro de la Lengua Castellana*” que los labradores cuando la veían intentaban a los que la llevaban, quitarles la caperuza, y de ahí que se acuñara el calificativo de “Tragacaperuzas. Para otros autores el término proviene sin embargo de la evolución del apalabra “*drasca*”, que en provenzal significa “serpiente”.

La Tarasca ocupaba un lugar privilegiado dentro del cortejo procesional, ya que lo encabezaba, se supone que esto era así para despertar entre quienes asistían al evento, sentimientos de pavor y temor, que al poco se verían apocados por la llegada de la ortodoxia triunfante representada por el resto del cortejo. Su salida en el cortejo se mantuvo presente hasta el siglo XVIII en que fue prohibida, pero por poco tiempo, porque la tradición pudo más que la legislación siquiera por una vez, y este serpentario dragón volvió pronto a humear por las repletas calles de la ciudad, no sólo

en el Corpus sino en otros actos multitudinarios.

En Europa la tarasca más popular es la que consiguió amansar y casi domesticar Santa Marta, animal monstruoso que vivía entre Avignon y Arles y que tenía atemorizado a todo el pueblo hasta la intervención de esta Santa. Casi con total seguridad la incorporación de dragones en los cortejos procesionales haya que adjudicarla al Papa Gregorio, y sus proféticas visiones, aunque en España haya que esperar algún tiempo, hasta que la Corona de Aragón permitirá su inclusión en los cortejos de Valencia y Barcelona en el siglo xv.

En las siempre deliciosas frases de Borges:

El tiempo ha desgastado notablemente el prestigio de los dragones. Creemos en el león como realidad y como símbolo; creemos en el minotauro como símbolo, ya que no como realidad; el dragón es acaso el más conocido, pero también el menos afortunado de los animales fantásticos^[14].

En el monasterio de San Juan de los Reyes, existe una bajorrelieve policromado curiosa que representa, según Sixto Ramón Parro a San Gerónimo, aunque con seguridad se trata de San Juan Evangelista escuchando la trompeta del juicio final, y por encima de él aparece el anticristo en forma de dragón con siete cabezas y escupiendo fuego por algunas de sus bocas. Muy similar es el retablo de San Juan evangelista del convento de la Concepción Francisca, situado en el coro bajo, que debió esculpirse hacia 1600 Otra representación del anticristo, esta vez muy anterior ya que pertenece al siglo XIII, la podemos encontrar en un fresco, de influencia islámica, en la iglesia de San Román. Tanto San Juan Evangelista en la “Revelación”, donde menciona por dos veces al dragón como la “vieja serpiente que es Satán”, como San Agustín, quien identifica al demonio como el león, por el ímpetu, y como el dragón por la insidia, fueron fervientes defensores de la existencia pasada de estos seres demoníacos.



Ilustración 49. La bestia apocalíptica en el Monasterio de San Juan de los Reyes.

No conviene olvidar que existe una antigua tradición que, parece ser, arranca en Galicia durante la Edad Media, y que asegura que el anticristo nacerá a orillas del Tajo, con siete cabezas y se batirá en duelo con el arcángel San Miguel, por tanto el motivo no nos debería ser ajeno ni sernos tan sorprendente. Desde el siglo XII los comentarios del Apocalipsis no sólo se leen en los textos teológicos, sino también en las piedras de las iglesias, llegando a pensarse que el éxito del Apocalipsis se explica en razón de su contenido, ya que sume al hombre en un estado escatológico. Tal y como afirma Fernando Martínez Gil:

Siempre se había temido al juicio. Lo que si se dio a partir del siglo XII fue la superposición de la iconografía apocalíptica y la evangélica. Por un lado los ángeles tocando las trompetas y la resurrección de la carne ante Cristo glorioso en su trono; por otro la separación de los buenos y malos, la potenciación de Cristo como Juez, y la representación del cielo y del infierno^[15].

Este autor nos recuerda que las escenas del juicio final se convirtieron en temas importantes en los tímpanos de las catedrales de Burgos o León además de en la nuestra, y es que no nos cansaremos de repetir que las catedrales eran los libros de piedra, los manuales de textos sagrados para una población analfabeta en su casi totalidad. Continúa Fernando Martínez diciendo que:

La resurrección de los muertos aparece también en el tímpano de la portada catedralicia conocida como Puerta de los Escribanos o del Juicio. Pero aquí está plenamente integrada en la escena general del juicio final. El artista no la relegó a las arquivoltas, como sucedía en Burgos, sino que le reserva una de las tres fajas horizontales en que desglosa la composición^[16].

Además de esta representación, en el claustro bajo del monasterio de San Juan de los Reyes tenemos el mayor y más variado bestiario en piedra de cuantos existen en Toledo. Existen casi una veintena de dragones de todo tipo, que permanecen semiescondidos entre los arcos y columnas, ocultos entre la filigrana de piedra que asemeja hojarasca, tallos, flores y cardinas: dragones con y sin alas, con cabeza de ciervo, de carnero, de pájaro, con colas de serpiente o con piernas humanas, y además de ellos otra buena colección de seres fabulosos como leones con alas, monos que leen sentados en bacinillas, carneros con cuerpo de león etc. Un análisis pormenorizado de estas bestias mágicas está aún por realizar, nosotros intentaremos un primer acercamiento. Tal vez en mejor ocasión. Y todo muy Europeo según Caro Baroja.

Es europeo puro, como las figuritas en piedra de San Juan de los Reyes: el simio lector, la garduña, el cuadrúpedo alado. Un mundo con el que pronto había de acabar el renacimiento^[17].

En este claustro bajo también podremos contemplar una preciosa estatua de quien vamos a identificar como Santa Perpetua, por ser ésta la única santa que se representa con el dragón a sus pies, excepción hecha de la Madre de Dios, y esta representación no reúne las características de ser una Virgen. Es Santa Perpetua una santa curiosa, porque fue ella misma la que dejó escrito parte de su martirio, habiéndolo sufrido en Cartago mediante una vaca que la corneó repetidamente, aunque serían los soldados romanos quienes finalizarían su tormento. La representación del dragón se explica porque este animal aparecía frecuentemente en sus numerosos sueños.



Ilustración 50. Santa Perpetua y el dragón a sus pies.



Ilustración 51. Dragones de San Juan de los Reyes.



Ilustración 52. Dragón del convento de Santa Isabel.

Entre los entresijos de los ventanales encontramos un buen número de figuras que sin ser animales monstruosos hemos decidido incluir en este capítulo por lo

inquietante de su representación. Comenzaremos por una imagen en la que se representa a dos niños intentado matar un águila. Difícil interpretación ya que tradicionalmente se asociaba este animal con San Juan o con el mismo Dios. En otro de los arcos de los ventanales encontramos otra escena insólita, un hombre medio desnudo intenta besar a otro que se resiste. Poco más adelante vemos una imagen de un ciervo, animal que suele representarse junto a San Conrado, Santa Genoveva, San Fructuoso, San Eustaquio San Mamés o San Humberto. Este animal es portador simbólico del árbol Sagrado representado por su cornamenta, también es signo de renovación cíclica e intermediario entre los hombres y Dios. Más escenas. Varios bufones, todo tipo de niños que salen de las ramas, y animales como caracoles, perros, gatos, carneros...



Tal vez la más enigmática de las escenas sea la que representa a una persona (se ha perdido la cabeza por lo cual no sabremos si se trata de un hombre o una mujer abriendo la boca de un león, lo cual nos recuerda mucho a la representación del arcano tarótico número XI “la Fuerza” que se dibuja exactamente de esta manera, y cuya interpretación hace referencia a la fortaleza, el valor, las energías, las convicciones, liberación etc. Rememore el viajero-lector cuanto quedó dicho en el capítulo tercero de la posibilidad de recorrer la ciudad siguiendo los arcanos del Tarot, no desvelamos entonces más, y no lo haremos ahora, descúbranse en mejor momento o camíñese en nocturna ocasión para escuchas las historias que lo avalan.

Teresa Pérez Higuera realizó un exhaustivo trabajo descriptivo de todas las figuras que componen la puerta del Reloj de la Catedral. En las jambas y arquivoltas de la puerta podemos encontrar una buena colección de animales que pertenecen al bestiario divino como son: el avestruz, el pelícano, la ballena de Jonás etc., y junto a ellos, una buena colección de figuras pertenecientes a los bestiarios diabólicos, tales como dragones, grifos, arpías, ibis o centauros. Veamos por el momento donde se ubican los dragones: en el parteluz, hay un león aplastando a un dragoncillo, en clara alusión al triunfo del bien sobre el mal, y hasta once dragones más en los dinteles como bajorrelieves. Una figura también en el parteluz nos ha llamado extraordinariamente la atención. Se trata de una representación de la Virgen en la que a sus pies, en el pedestal, aparecen un grupo de perros u otros animales que se engullen los unos a los otros. Rápidamente nos vino a la memoria haber visto algo semejante en un viaje a las tierras gallegas; lo encontramos, el investigador Xavier Musquera en su obra sobre los enclaves templarios también lo reflejó. Según él esta imagen de perros que se comen entre sí y que cambian de tamaño simboliza el ciclo del ser humano. Pues muy bien, sigamos nosotros con nuestro ciclo.



Ilustración 53. León venciendo al Dragón en la catedral.



Ilustración 54. Dragones en la Catedral.

Dentro de la catedral existe un buen número de dragones forjados en sus rejas, concretamente en la Capilla de los Reyes Nuevos y en la Capilla de Santa Leocadia, y no olvidemos que dentro de la catedral se encuentran en algunas de sus rejas, según nos recuerda Fernando de Olaguer-Feliu las columnas que los rejeros del XVI y XVII denominaban como *rejas monstruosas*. Ya que estamos en el interior del templo alcancémonos a llegar hasta la capilla mozárabe para observar:

Es un magnífico mosaico de piedras duras, que tiene seis pies de alto por cuatro y medio de ancho, en que se representa a Nuestra Señora de cuerpo entero, con el Niño Jesús en sus brazos en actitud de herir al dragón infernal con una larga flecha o dardo que empuña con la mano derecha^[18].

Otro grupo numeroso, tal y como nos lo describe con meticulosidad Isabel Mateo, se encuentra en la sillería baja de la catedral: en la misericordia sexta hay un grupo de tres dragones, en la misericordia quince hay dos más, en la número 42 es un demonio el que lucha con uno de estos seres, y dos más a la derecha, es decir, en la misericordia número 44 quien lucha con este ser infernal es un león. En la parte superior de la sillería también podemos encontrar un relieve en el que, al más puro estilo caballeresco, un hombre que parece cubierto de vello, lucha con su maza y escudo contra un gran dragón alado. Para los interesados/as en el tema, esta autora ofrece una clarificadora visión de todas las esculturas de la sillería aportando las explicaciones simbólicas en cada caso. Sin ser, en nuestro caso, propiamente un monstruo horrible, podremos encontrar en nuestra Catedral una interesante pintura que representa la bíblica escena de Jonás siendo degollado por la ballena. Jonás fue encargado por Dios que predicara en Nínive una profecía apocalíptica, cosa que solo pudo realizar tras permanecer por espacio de tres días y tres noches en el interior del vientre de un monstruo marino que lo engulló cuando trataba de huir para no cumplir el designio divino. Estamos por tanto, no tanto ante un ser del averno, sino ante un

enviado de Dios para aplicar al elegido una prueba iniciática, tras la cual se convierte en un elegido con la obligación de transmitir el mensaje divino. De alguna manera el paso por las mandíbulas del ser maléfico y la milagrosa resurrección posterior constituirá un proceso de muerte iniciática, a partir del cual el adepto, Jonás, renace a una nueva vida. Se trata sin duda del único caso en el que al “monstruo” le es encomendada una tarea divina.

A pocos metros del templo, en la plaza de la ciudad, se encuentra la que fuera Casa de los Toledo, y en ella se puede apreciar en el modillón izquierdo de la puerta otro dragón esta vez esculpido en madera, con cuerpo de reptil y cabeza de águila. En el portalón que se encuentra a su lado encontramos dos figuras que casi han desaparecido por el grado de deterioro: una parece representar a un niño, y la otra, aunque la cabeza ha desaparecido mantiene el cuerpo intacto, que representa, casi con total seguridad a otro dragón. Este inmueble se conoce con este sobrenombre según nos cuenta Parro porque pertenece al mayorazgo que poseyeron algunos descendientes de la familia de los Toledo, por tanto relacionado con otro de los linajes importantes de la ciudad: los Illán.

Finalmente, con carácter eminentemente decorativo y de formas mucho más estilizadas, son los dragones que se encuentran en la plaza de Zocodover, encima de los soportales donde hoy se ubica una conocida entidad bancaria, y también señalamos como interesantes los dragones que se recogen en el tapiz de los astrolabios en el museo de Santa Cruz, y de los que existen en cerámica en la Fabrica de armas^[*].

En lo literario, con toda seguridad el primer dragón toledano que aparece reflejado en las crónicas es el que se menciona en Primera Crónica General de España, concretamente al hablar de *Cuomo Rocas estaua en la cueua e de lo que acaecio con Tarcus*:

“Despues que Rocas esto ouo fecho, començo de uenir a parte de occidente fasta que llegó a Espanna, e anduola toda enderredor assi cuemo las montannas e los mares la cercan, e desque fue allí o agora es Toledo, uio aquel logar era mas en medio dEspanna que otro ninguno, e auie y muy grand montanna y entendio por so saber que allí auie a auer una grad cibdat, mas que no la poblarie el. E fallo y una cueua en ques metio o yazie un dragon muy grand, e quadol uio temiendosse del, rogol que nol fizies mal, ca todos eran criaturas de Dios^[19]

Otros monstruos, relacionados con las fiestas del Corpus en nuestra ciudad son los conocidos como Gigantones y gigantillas que aún hoy siguen saliendo en animados desfiles, aunque fuera del cortejo procesional del Corpus:

La procesión del Corpus de Toledo durante el siglo XVIII constaba de una serie de figuras, entre las cuales aún en 1841 se conservaban en la catedral cuatro colosales que representaban las cuatro partes del mundo, ofreciendo a Dios sus productos, otra que representaba al Cid con la espada desenvainada, y dos medios gigantones a los que se llamaba los gigantillos^[20].

Los gigantes, al igual que los dragones mantienen el carácter de universalidad, ya que aparecen en casi todas las mitologías, y se les suele atribuir carácter pre-humano y de semidioses. En la visión bíblica, los gigantes y los dragones encarnan siempre fuerzas oscuras que se enfrentan al orden divino, mientras que en las mitologías nórdicas los gigantes están en el origen del mundo. Para Sánchez Dragó los gigantes son herederos de la cultura megalítica o neolítica, que comienza a desarrollarse después del diluvio, o incluso, el recuerdo folclórico de una raza que degeneró seguramente por haber sido expulsada de su entorno ecológico. En los textos sagrados, tanto en los canónicos como en los apócrifos aparecen con cierta asiduidad, e incluso con profusión de datos que nos permiten saber donde vivieron, su altura etc.

De nuestros gigantones Sixto Ramón Parro nos dice lo siguiente:

Estas figuras son las que vulgarmente titulan los gigantones, entretenimiento de niños y gentes del pueblo cuando en ocasión de festejos públicos los bajan a la lonja o atrio de la puerta del perdón, y metiéndose uno o dos hombres debajo de los ropajes de cada cual, los hacen bailar al son de un tamboril y dulzaina^[21].

Su presencia en la fiesta del Corpus no está del todo clara. Para Stence, representan siempre a los genios del lugar, o bien a antiguos héroes que tras su desaparición en este mundano lugar se suponía que se convertían en gigantes, o bien todo lo contrario, otorgándoles un papel de acompañamiento al demonio de la tarasca como cohorte de las huestes apocalípticas.

Una buena parte de la tradición esotérica ve en estos seres a los espíritus elementales, y en la procesión el símbolo de su sometimiento a las leyes de los hombres. En el *Génesis* se afirma que los gigantes nacieron por la procreación de demonios con mujeres. Sea como fuere, los nuestros, los de siempre, debieron salir en la procesión de la Virgen del mes de Agosto además de en el Corpus, porque así lo menciona Lope de Vega en alguna de sus obras.

Nos toca ahora recordar que dentro de la catedral y en las iglesias de San Román y San Andrés tenemos pintado otro gigante, San Cristóbal, (véase la fotografía del capítulo séptimo) que es un heredero de una remota tradición que la iglesia se ha encargado de transformar a su antojo, como la de tantos y tantos santos los cuales, se

nos antojan ahora como portadores de una dudosa sacralidad, y lo ha transformado en patrono de caminantes y peregrinos y abogado contra la peste, contra las nubes, rayos y tormentas, siendo en realidad la representación cristianizada del dios Hércules. Pues bien, sin duda el viajero-lector está de suerte, porque la tradición mantiene —como ya dijimos— que al menos desde la Edad Media, quien veía una representación de este santo no perecía en las 24 horas siguientes, por eso se le representaba generalmente en enormes proporciones, para que más gente pudiera verlo y desde más lejos. Respecto al San Cristóbal catedralicio Parro nos recuerda su altura: 40 pies de alto, y fue ejecutado por Gabriel de Ruedas en 1638, pero lo más interesante es que antes hubo allí otra pintura de este mismo santo según mencionan los ceremoniales y otros documentos, pero de la que no poseemos más noticias. Contemplemos esta pintura con más detalle, pronto veremos a los pies del gigante la cabeza de algunos peces que asoman del río. Desde pequeños nos dijeron que había que encontrar doce de estos peces en la pintura y pedir un deseo que se cumpliría inexorablemente. Fuerce la vista si lo desea el viajero-lector, pero no hallará tal cifra. En fin, lo que si verá sin dificultad es la inmensa palmera que le sirve de bastón para cruzar el río.

El báculo que sirve de apoyo a San Pedro, y que simboliza su herencia iniciática dentro del cristianismo no es sino una transformación del bastón de medidas del Hiram salomónico, que después representará la sabiduría iniciática de los arquitectos medievales. Procede de la vara de Moisés y Aarón que se tenía por el origen de la iniciación cristiana. Pues bien, en San Cristóbal, esta vara o báculo estará doblemente representada en la palmera que descuaja y utiliza como apoyo para poder cruzar el río con el Niño a la espalda. La palmera es un árbol tutelar de la diosa madre, y por tanto en la iconografía cristiana se relaciona con la Virgen. San Cristóbal, héroe solar, se apoya en la palmera matriarcal. Este sincretismo anhelado es el mensaje que nos transmite la imagen del santo^[22].

Ya avisamos que algo extraño rezumaba por los poros de este santo. El más pequeño de nuestros San Cristóbal, pero tal vez el mejor conservado se halla en el convento de Santa Úrsula. Cuestión inusual es que en el índice de libros prohibidos que hiciera Valdés en el año 1559, además de un elevado número de ejemplares de todo tipo y condición, quedaban prohibidas también algunas oraciones en romance, como la Santa Marina, San Pedro y una dedicada a San Cristóbal. Tal vez fuera porque esta oración era utilizada habitualmente por las hechiceras del siglo XVI.

También hubo un San Cristóbal en la antigua iglesia que llevaba este nombre; al decir de Ramírez de Arellano que todavía lo pudo ver, se encontraba en el lado del

Evangelio, y era una escultura de tamaño “académico”, sin que acertemos a precisar el significado del término.

Otro animal fabuloso que solía ser esculpido o pintado en la Edad Media era el Grifo, que según Mandeville tienen la fuerza de ocho leones y de cien águilas, pudiendo llevarse por los aires un caballo con su jinete, o dos bueyes y la correspondiente carreta. Los grifos eran seres fabulosos consagrados a Apolo y que vigilaban sus tesoros, o bien se asociaban a Dionisio guardando su cratera de vino. Filóstrato sin embargo afirmaba que estos animales eran muy abundantes en la India, donde se les veneraba como animales solares, y donde tenían la misión de extraer el oro de las montañas con su fuerte pico. En la iconografía cristiana se suelen representar con la parte delantera de ave, pico de águila, amplias alas y cuerpo de león, y presenta un simbolismo ambivalente:

Pues aunque con mayor frecuencia representa al mundo satánico, lo que se acentúa añadiéndole una cola de serpiente que le convierte casi en una variante del dragón, puede también ser figura de Cristo, según explica San Isidoro de Sevilla: Cristo es el león porque reina y tiene la fuerza, águila porque después de la resurrección sube al cielo^[23].



Ilustración 55. Uno de los impresionantes grifos que acechan desde la Diputación Provincial.

Filóstrato da una descripción pormenorizada de este animal, como si lo hubiese visto habitualmente:

En tamaño y fuerza se parecen a los leones, pero por la ventaja de sus alas, los atacan a ellos mismos. Son incluso más poderosos que elefantes y dragones. No vuelan muy alto, sino como las aves de cortos vuelos,

pues no se hayan provistos de alas, como es normal entre las aves, sino que tienen urdidadas sus plantas con unas membranas rojas y, girándolas, les es posible volar y combatir desde la altura; el tigre es el único que les queda fuera de su alcance, porque su velocidad lo equipara a los vientos^[24].

Hasta el siglo XIX se creía en la existencia real de estos seres, siendo numerosos los autores y cronistas que aseguran haberlos visto; no sólo eso, en la Santa Capilla de París cuelga de una cadena la garra de un polluelo de grifo, que cierto soldado, entregado por los grifos adultos como alimento a sus pollos, y que tras dura batalla el logro huir llevando esta garra como trofeo, ver para creer... Además es este un animal que aparece en varias ocasiones en el relato grialico de Wolfram Von Eschembach donde se afirma, por ejemplo, que la cota de malla de uno de los protagonistas estaba tejida con oro que los grifos habían arrancado de las montañas del Cáucaso con sus garras

Sobre su ubicación geográfica se ocuparon algunos autores antiguos, Aristeas, por ejemplo, los hace oriundos de la región inmediata a la de los hiperbóreos, en cambio Esquilo los lleva hasta oriente, y no faltan quienes los localizan por toda Europa.

Para Manuel Guerra los grifos aúnan una doble condición de símbolo de la fuerza activa y dinámica, como animal de presa, y a la vez estática como en reposo, y por tanto con una clara simbología de animal guardián, de custodio de lo sagrado. Durante el Medievo su simbología era contradictoria, ya que para algunos bestiarios eran representaciones malignas, mientras que para San Isidoro, eran representaciones de Dios.

Covarrubias los definía así:

Es un animal monstruoso fingido, con pico y cabeza de águila, alas de buitre, cuerpo de león y uñas y cola de serpiente^[25].

Sin duda las representaciones más impresionantes que tenemos en la ciudad son los que se encuentran en la Diputación Provincial, en la fachada que se asoma a la Plaza de la Merced, sujetando el frontón, y que guardan entre sus garras sendos escudos, y un poco más abajo, en esa misma fachada, aparecen otros cuatro grifos más que custodian también sendos escudos. Un buen número más de grifos se encuentran en la puerta del Reloj, y en el trascoro de la Catedral, así como en el interior del trascoro, y en el claustro bajo de San Juan de los Reyes, y también, con excelente belleza en forma de azulejería en la iglesia de San Bartolomé.

Un último grifo que queremos destacar es el que ocupa el segundo cuartel del escudo de doña Francisca de Angulo, en el Real Monasterio de Santa Clara, siendo por tanto una figura heráldica cuya interpretación está alejada de cuánto hemos

expuesto hasta ahora sobre este animal.

Los Centauros tienen su origen en la mitología griega, y tradicionalmente se les dividía entre hipocentauros (mitad hombre, mitad caballo), y los onocentauros (mitad hombre, mitad asno), en ambos casos, simbolizan el dominio del mundo de los instintos sobre el del espíritu. Tradicionalmente han destacado por su brutalidad y sensualidad desmesurada, así como por su ansia de vino y de mujeres. Manuel Guerra nos recuerda que su forma artística originaria fue pronto sustituida por su configuración definitiva de cabeza y tronco humano, y patas y cuerpo de caballo.

Para Xavier Musquera presentan una simbología ambivalente, siendo signo de pasiones y de brutalidad demoníaca, y cuando lleva un arco apuntando hacia el cielo está indicando una clara provocación, mientras que si se representa cazando ciervos u otros animales simboliza que el mal está tratando de tentar al alma.

En el libro quinto del poema *De rerum natura* Lucrecio afirmaba la imposibilidad de su existencia, ya que los caballos logran la madurez antes que la especie humana, y a los pocos años la parte caballar sería adulta, mientras que la humana sería apenas un niño. El argumento, sin duda es ingenioso.

Tal vez, los más grandes y bellos sean los que se encuentran en la portada de convento de Santa Isabel, que se encuentran enfrentados y desgraciadamente en un mal estado que amenaza su desaparición, Otros centauros podemos encontrarlos en San Juan de los Reyes, (claustro bajo), en el museo de Santa Cruz en el Tapiz del zodiaco, y por supuesto en la catedral: puerta del Reloj, trascoro y sillería, lugar donde además de la ingente cantidad de animales fabulosos que estamos analizando, existen otros en actitudes obscenas, como nos recuerda Blasco Ibáñez:

Le interesaban más los brazos de las sillas, los pasamanos de las escaleras que conducen a la sillería alta, los salientes que separan los asientos y sirven para reclinar la cabeza, cubiertos de animales y seres grotescos: perros, monos, aves, frailes y pajecillos; todos en posturas difíciles y rarísimas y obscenas^[26]

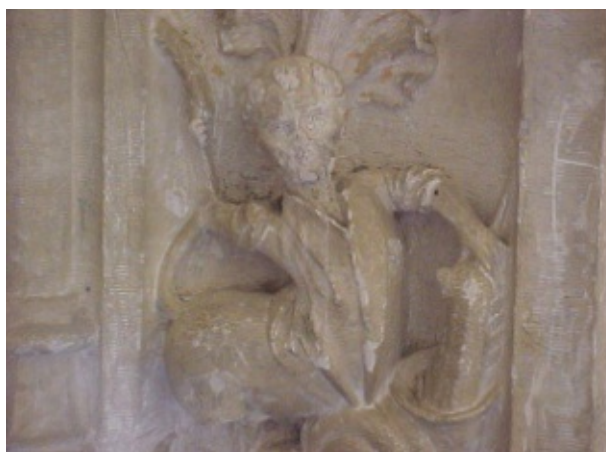


Ilustración 56. Centauros de San Juan de los Reyes y Santa Isabel.

Por cierto que en esa misma sillería, tan cargada de fantasía, sensualidad y hasta erotismo, podemos encontrar al siguiente de nuestros seres mitológicos: el Unicornio, animal fabuloso que griegos y romanos consideraban originario de la India, con forma de caballo pero con un solo cuerno largo y puntiagudo en la frente. Se trata sin duda del ser mitológico por excelencia, de carácter noble, puro y muy espiritual, no en vano aparece descrito en el libro de Job. Sobre este animal también se creía a pie juntillas su existencia durante la Edad Media, pensándose que este animal podía ser apresado solamente por una niña, y al igual que los grifos o los centauros participan en una buena parte de las leyendas artúricas y griálicas. En casi todos los bestiarios medievales su morfología coincide, lo cual es un buen indicativo de su amplia difusión. A su cuerno se le atribuían propiedades maravillosas, como la curación de cualquier veneno o fuertes caracteres afrodisíacos, como también de su pezuña, de la que se extraía un líquido que era un elixir de amor infalible. De él se pensaba que era capaz de vivir más de 1.000 años, y que era inmune a los hechizos y a la magia. En la iconografía cristiana representa a la Virgen fecundada por el Espíritu Santo, y de ahí su representación en iglesias y catedrales.

No vayan a pensar que la creencia en estos seres se ha disipado. Raúl Torres cuenta que si uno se acerca hasta los pueblecitos de la serranía conquense, concretamente a Bascuñana, se encontrará con gente que aún cree que estos animales viven salvajes por la sierra. En Toledo tenemos una buena representación, una vez más en la sillería de la catedral, junto al que se encuentra una doncella, como en tantos relatos medievales.

Otro ser mitológico que nos encontramos con cierta frecuencia es la Arpía, ser monstruoso compuesto de cuerpo de ave con garras, cola de reptil y cabeza humana, habitualmente se le considera mitad buitre y mitad mujer. Al igual que las sirenas cantan una canción capaz de hechizar a los humanos. Normalmente habitaban en cuevas muy sucias en las que vivían en comunidad. Su nombre en griego significa “las que raptan”, y aparecen recogidas en obras tan importantes como la *Teogonía* de Hesiodo o la *Eneida*.



Ilustración 57. Arpía en el convento de San Antonio.

Para Cirlot las arpías se han considerado comúnmente como alegorías o personificaciones de los vicios, aunque durante la Edad Media, también solían representarse exclusivamente como emblemas del signo Virgo.

Volvemos a tener otra representación en la casa de los Toledo, además de varios ejemplares localizables en la catedral, sin embargo, a nuestro juicio la más emblemática y estilizada de las arpías toledanas se encuentra en la portada del convento de San Antonio, concretamente en el modillón izquierdo. Similares a las arpías en cuanto a su representación, mitad mujer y mitad ave, son las Bichas, de las cuales podemos admirar varios ejemplares en la azulejería de San Pedro Mártir, y en la reja de la capilla de los reyes nuevos y en el trascoro de la catedral. Una vez más se consideraba a estos seres, como seres telúricos, esto es, como hijos de la tierra. En ellos el principio de lo femenino era lo predominante, aunque existen arpías y bichas barbudas y masculinas, pero son las menos. Desde el punto de vista de la simbología se las considera guardianas del árbol de la vida.



Otro animal que se repite con frecuencia es el Basilisco, (bien es cierto que las principales tradiciones españolas lo localizan en Cataluña, Extremadura y Andalucía) de quien se decía era capaz de petrificar o de matar con la vista, por lo cual se le debía mirar siempre a través de un espejo. Es un animal mitad serpiente, mitad pájaro, sobre cuya cabeza aparece una mancha blanca a modo de corona, mientras que el cuerpo es pequeño y de color pardo o negro. De él se ocuparon hasta el mismo San Isidoro en sus *Etimologías*, y el padre Feijoo, quien manifestaba que este animal nacía del huevo que pone el gallo anciano:

Lo que vulgarmente se cuenta de que el gallo anciano pone un huevo, del cual nace el basilisco, no es sólo hablilla de vulgares: también tiene por patronos algunos autores, sin dejar por eso de ser cuento de viejas^[27].

En otros autores paganos, el basilisco nacía del huevo de un gallo empollado por un sapo. Su simbolismo satánico fue facilitado por algunos pasajes bíblicos, de ahí que en el románico se le suela representar apresado por Dios. Cirlot nos cuenta en su diccionario de símbolos que los basiliscos también eran uno de los innumerables guardianes de tesoros de los que hablaban las leyendas. Durante el Medievo se llegó incluso a establecer una clasificación entre los basiliscos: común, saurio y paroico, que era la variedad más peligrosa. También se pensaba que el agua en la que abrevaba quedaba envenenada durante siglos. En Toledo podemos encontrar basiliscos en la catedral, en el claustro bajo de San Juan de los Reyes y el ya citado como posible aplastado por los pies de la Virgen en el convento de los Carmelitas

Dentro del inmenso zoológico o bestiario fantástico del arte románico y gótico, encontraremos otro ser profusamente representado fundamentalmente en el período románico: las Sirenas, fundamentalmente en su forma originaria, es decir como sirenas-aves, ya que esta es su forma primitiva: cabeza y cuello de mujer y cuerpo alado con patas de ave, bien es verdad que hay sirenas-ave que terminan en cola de pescado o de réptil, e incluso, en forma de sirena pez de doble cola, en cuyo caso se la suele representar sujetándose una cola con cada mano. Este es un motivo que también aparece como mueble principal de algunos linajes del norte de la península

Homero fue quien primero avisaba a los hombres de lo engañoso de su canto y del fatal resultado que tenía quien se dejaba seducir. Para la cultura griega estaban unidas a los espíritus de los muertos, e incluso, en algunas culturas se pensaba que necesitaban beber sangre para sobrevivir, convirtiéndose así en sirenas-vampiros. Desde el punto de vista cristiano, se consideraba a las sirenas como el símbolo de la voluptuosidad engañosa y mortal, no sólo en el plano cognoscitivo o del intelecto, sino también en el cotidiano, por tanto podemos inferir acerca de su significado simbólico diciendo que representan un riesgo engañoso que es preciso evitar. El grupo más numeroso, como no podía ser de otra forma, se encuentra en la catedral sobre todo en el trascoro, y en la puerta de los Leones:

Son cada uno compuesto de un mascarón grande por cuya boca atraviesa un pasador del que penden dos sirenas que, con la cabeza y los brazos vienen a unirse abajo a una pieza redonda^[28].

Junto a estos lugares, podremos admirar dos sirenas de especial belleza peinándose con coquetería en la misericordia número 4 de la sillería baja.

Louis Charpentier sostiene que las sirenas esculpidas pueden ser en realidad el símbolo visible de las corrientes telúricas:

Por similitud, los antiguos llamaron también Wuiwres a las corrientes cósmicas y magnéticas. Si las telúricas fueron representadas por serpientes, éstas se simbolizaron por serpientes aladas, por pájaros o por sirenas. Los lugares de coincidencia de unas y otras eran señaladas por dragones, tarascas etc.^[29]

Sorprendente nos resulta la nueva coincidencia; expliquémosla: si hay un lugar en la ciudad en donde el pueblo toledano cree con fe ciega que pasa un arroyo por debajo ese lugar es sin duda, la catedral, enclave donde “anidan” una buena parte de nuestra sirenas, y donde “habitan” una ingente cantidad de dragones con la tarasca a la cabeza, y para mayor sorpresa, es en la catedral donde tradicionalmente se ha venido anunciando una enorme condensación de energías que provocan no pocos desmayos, vahídos etc.

Volvamos con licencia del viajero-lector a mudar el tercio por unos instantes. Durante la Edad Media, muchas ceremonias multitudinarias tenían por escenario las naves de las catedrales, valgan como ejemplo las siguientes: la fiesta de los locos, la fiesta del asno, el baile y canto de la Sibila en el que los Seises cantaban y bailaban este paso al que algunos atribuyen un origen visigodo, y que representa la profecía de la sibila Eritrea, el Juego de la Pelota, la Flagelación del aleluya el entierro del carnaval etc. En muchas de estas celebraciones, se requería la presencia de una

enigmática figura: el Arlequín o acróbata,^[*] famoso personaje de la comedia italiana que simboliza la inconsistencia, sin principios, sin carácter, sin ideas, y que es un tema que se repite con cierta frecuencia en el arte medieval, generalmente en canecillos y capiteles románicos. No es tan raro por tanto que nos aparezca en la catedral, tal vez la representación más interesante sea la que se encuentra en la misericordia número 12 de la sillería baja junto con la que se encuentra en el trascoro, pero sí que nos resulta chocante que la representación más estilizada la encontremos en San Juan de los Reyes, y sobre todo en el convento de San Antonio, en el modillón derecho, compartiendo protagonismo con la arpía que mencionamos anteriormente, casi como dos más, aunque desafortunadamente ya sin cabeza, que se encuentran en los modillones de la entrada del corral de Don Diego, en esa espléndida portada gótica que lo preside.



Ilustración 58. Arlequines representados en San Juan de los Reyes y en el convento de San Antonio.

Esta figura se solía representar en alguna de sus posturas acrobáticas, retorcido sobre sí mismo, caminando sobre sus manos, o en actitud burlesca. Cirlot en su Diccionario de símbolos ofreció, como siempre, una explicación alternativa a su masiva presencia en templos sagrados, señalando que simboliza la necesidad de trastocar el orden establecido, de alterar lo imperativo y ortodoxo.

Pero hay más. Recordamos que cierto capítulo del genial libro de Cox, nos causó al principio cierto estupor por lo que nos parecía, a todas luces una blasfemia. El capítulo en cuestión se titula *Cristo como Arlequín*, sensación que desapareció exactamente al terminar de leerlo. Cox vienen a decir que Cristo se ha acercado a las diferentes generaciones de cristianos de múltiples formas: maestro, juez, médico... y porque no, como representación del talante festivo y de la fantasía. Este es el que

denomina Cristo como Arlequín, que bien pudiera ser el origen de algunas de las representaciones arlequinescas que tenemos en la ciudad.

Cox nos recuerda que esta historia de Cristo como arlequín viene de lejos, tal vez incluso, desde aquella primitiva representación del arte cristiano de las catacumbas en la que aparecía crucificado con una cabeza de burro. Cristo, como el bufón, sigue diciendo Cox, *desafía la costumbre y se burla de las testas coronadas*:

Cristo como payaso significa nuestra lúdica valoración del pasado y nuestra cómica negativa a aceptar el espectro de la inevitabilidad del futuro. Es la encarnación de la festividad y la fantasía^[30].

Descanse el viajero-lector unos minutos, los justos para darle a conocer algunas cuestiones más sobre estos particulares de los que venimos ocupándonos. En Toledo se celebraban abundantes fiestas paganas en el entorno catedralicio: la conocida como *Fiesta del Obispillo de San Nicolás* en la que a uno de los niños del coro se le vestía con la indumentaria propia del obispo, y se le rendía pleitesía tras el coro, junto al altar de la Virgen de la Estrella, por parte de los acólitos, clerizones y beneficiados. Esta práctica fue abolida en el siglo XVI al decir de las crónicas por los muchos excesos que se cometían por la chiquillería. Tuvo que ser en un Concilio provincial llevado a cabo en nuestra ciudad en el año 1565 donde se instará definitivamente a su erradicación, redactándose el canon XXI en el que podemos leer que *no haya obispillos en las iglesias, ni regocijo profano el día de los inocentes, sobre todo, pero tampoco en ninguna otra ocasión*. La cosa traspasó fronteras y océanos, porque hasta el mismísimo Bartolomé de las Casas las tachó de execrables y las entendía como un vestigio de las “Saturnales”.

Lástima pero no piense el lector que ésta era la única fiesta profana, existieron una serie de comedias llamadas “farsas sagradas” que se documentan desde el siglo XII, y que solían llevarse a cabo bien entre el altar mayor y el coro, bien en la capilla de San Eugenio o bien en la puerta del Perdón, al menos hasta el siglo XVII en que se prohíben las representaciones en lugares sagrados. Además de la fiesta del obispillo, al llegar la navidad tenían lugar en la catedral otras ceremonias festivas públicas de carácter religioso: representaciones de los pastores y villancicos, y otra de carácter más extraño llamada el canto de la Sibila, de cuyo desarrollo se ocupó largo y tendido Ramón González Ruiz, y a su libro remitimos al lector interesado. Sin embargo vamos a realizar una precisión que escapó al autor que acabamos de citar, y que suponemos desconocía. Las Sibilas constituyen una pervivencia grecorromana del antiguo sacerdocio femenino de la Diosa Madre, eran portadoras del don de la profecía que realizaban en forma de oráculos, y por eso, las sibilas habitaban los antiguos santuarios de la Diosa, a todas luces santuarios paganos de cultos pre-cristianos, y tal como afirma Eslava Galán, siempre esos santuarios se ubicaban en

lugares recorridos por corrientes telúricas. Una vez más se nos aparece la tradición de las aguas y energías derivadas de ellas que impregnan el templo.

Mucho más abundantes y populares eran las conocidas como Fiestas de locos, fiestas que se celebraban en invierno y donde no faltaban numerosos disfraces. El objetivo final de la fiesta varía de un lugar a otro, y así encontramos ejemplos en los que de lo que se trataba era de socorrer a los difuntos, y otras veces en cambio su única intención era ridiculizar a la Iglesia. No tenemos constancia de la celebración en Toledo de esta popular fiesta, pero sí que se llevaba a cabo en Madridejos, ya que nos dejó un buen testimonio don Antonio Ponz, quien afirmaba que lo vio en el mes de noviembre, y los participantes pedían por las ánimas. No debía presentar un carácter excesivamente pagano, porque al final de esta procesión iba el señor cura.

Harvey Cox se ocupó largo y tendido sobre estas fiestas, sus extensiones rituales y significados:

Durante la Edad Media floreció en muchos lugares de Europa una festividad conocida con el nombre de Fiesta de Locos. En aquella ocasión, llena de colorido, que normalmente se celebraba los primeros días del año, incluso los sacerdotes normalmente piadosos y la gente seria se colocaban máscaras obscenas, cantaban canciones desvergonzadas, y en pocas palabras, mantenían despierto a todo el mundo en medio de la jarana, y las imitaciones grotescas. Los clérigos de órdenes menores, con los rostros pintarrajeados, se contoneaban vistiendo los trajes de sus superiores y se burlaban de los pomposos rituales eclesiásticos y cortesanos. A veces era elegido un Rey de Burlas, un Señor del desgobierno, o un niño Obispo. En algunas partes el Obispillo celebraba una parodia de misa. Durante las Fiestas de locos no quedaba libre del ridículo ninguna costumbre o convención y los más importantes personajes del reino podían esperar verse en coplas^[31].

La existencia de estas fiestas paganas tiene una explicación lógica para Caro Baroja:

Lo más frecuente, sin embargo, es que la iglesia haya dejado que como adherencias o apéndices no dogmáticos a sus ritos, hayan existido, a lo largo de los siglos, una serie de fiestas, de costumbres, de las que ya había antecedentes en épocas anteriores al triunfo del cristianismo como religión oficial. A veces tuvo que censurarlas o condenarlas, a veces también su significado como costumbres paganas fue diluyéndose, de suerte, que consideradas más bien desde un punto de vista social que desde un punto de vista religioso, han pervivido hasta nuestros días, en

que los cambios técnicos y económicos parece que van a dar cuenta final de ellas^[32].

Cierto escrito medieval, algo así como una apología de la risa ofrecía su particular visión sobre la permisividad del clero, no exenta de sinceridad, allí se afirmaba que: *porque los barriles de vino estallarían si no se les destapaba de vez en cuando dejando entrar un poco de aire. Los hombres son como toneles desajustados que el vino de la sabiduría haría estallar si prosigue fermentando incesantemente bajo la piedad y el terror divinos. Hay que ventilarlos para que no se estropeen, por eso permitimos en ciertos días las bufonerías para regresar luego con duplicado celo al servicio del Señor.* Menos mal que todavía quedaba algún clérigo con sentido común.

Vamos con la última de las fiestas, la que se celebra el 5 de febrero en Corral de Almaguer y en Montesclaros en honor de Santa Águeda. Se trata de una fiesta muy difundida por toda la península, extrañamente cercana en el tiempo a la Candelaria y a San Blas de los que ya se ha dicho algo en este libro. Su atroz martirio a base de cortarle los pechos, ha sido, posiblemente, el detonante de que sea una fiesta especialmente querida para las mujeres, y más si son lactantes de quien es santa protectora.

Vuelta por tanto al ruedo de los animales fabulosos. Otro extraño animal, aunque esta vez sin atributos monstruosos es el Pelicano, que fue representado como atributo exotérico de Dios por su capacidad de sacrificio, puesto que cuando no tiene nada que dar de comer a sus polluelos, se pica en el pecho para que coman su propia piel y beban su sangre. Este animal ha sido esculpido en un buen número de catedrales Europeas, y en nuestra ciudad se encuentra en la parte exterior de San Juan de los Reyes, en la iglesia de San Andrés, ambos edificios obra del enigmático Juan Guas encima del retablo y en el convento de Santo Domingo El Real. Pero atención, este animal también ha sido relacionado con el diablo, por ser considerado simbólicamente como un constante tentador de la seguridad de los más débiles, que vendrían a ser sus crías, crías que como están tan indefensas caerán en las garras del mal. En palabras de Ávila Granados el pelícano en la iconografía cristiana mantiene un significado heterodoxo que encuentra su caldo de cultivo en las concepciones templarias.



Ilustración 59. El pelicano de San Juan de los Reyes.

El tema de las aves merece algún párrafo más. Han sido utilizadas como símbolo por muy diversas culturas, desde el Ka del antiguo Egipto, que era la representación del alma, hasta la religión musulmana, donde extrañamente sí pueden ser representadas, precisamente por representar la inmortalidad del alma. Para los cristianos, las aves representaban a los fieles que vuelan hacia el encuentro con Dios, seguramente por eso se optara por utilizar a las palomas como símbolo del Espíritu Santo.

Se representan de muy diversas maneras, pero, por influencia bizantina, las más frecuentes son las que se encuentran afrontadas. En el interior de la catedral podremos localizarlas con facilidad, así como en la puerta del Reloj del templo.

En el convento de San Clemente tal y como nos recuerda Rosario Díez del Corral, además de extrañas representaciones fantásticas, podemos encontrar una de las pocas representaciones del dios Hércules.

En las enjutas de los arcos de la portada de San Clemente encontramos dos fondos decorados con cabezas masculinas cubiertas con cascos en forma de cabeza de animal. La piel de león sobre el hombro del personaje situado a la izquierda, así como el escudo que le acompaña, indican claramente que se trata de la representación de Hércules. En el friso están esculpidos seres fantásticos: angelillos-hombres cuyas piernas se convierten en hojarasca, cabezas de caballo etc.^[33].

Finalmente debemos hacer mención de las Gárgolas, esculturas que esconden canalones de desagües con formas monstruosas, seguramente en recuerdo de la leyenda fechada en el año 520 en la ciudad de Ruán, en la que una inmensa serpiente de agua, la gárgola, surgió del Sena, y al abrir la boca arrojó tal torrente de agua que

inundó toda la campiña. Tuvo que ser el arzobispo de Ruán, San Román quien haciendo la señal de la cruz apaciguó al animal hasta el punto de dejarse pasar su estola por el cuello y ser conducida hasta la ciudad, donde un buen número de ciudadanos la quemaron y arrojaron sus cenizas al Sena. Hagamos un alto en nuestro fatigoso deambular por las callejas toledanas aprovechando el cobijo que nos proporciona esta iglesia para recalcar en ciertas coincidencias. San Román, según nos dice la leyenda, fue sometido a martirio y le arrancaron la lengua, y de esta circunstancia, se puede extraer la siguiente conclusión según García Atienza:

Los héroes irlandeses guardan las lenguas de los dragones de siete cabezas con los que han luchado, porque la lengua es la expresión de la sabiduría que les han arrebatado al vencerlos. Sigurd, mata al dragón Fafnir, se baña en su sangre y, entonces, entiende la lengua secreta de los pájaros, el habla secreta del conocimiento hermético^[34].

Vamos a comprobar una vez más las casualidades genuinas de esta ciudad. Primero en nuestra iglesia de San Román está pintado, como ya dijimos el dragón de siete cabezas, el mismo que según la leyenda medieval nacerá a orillas del Tajo. En segundo lugar vencer al dragón supone conocer el lenguaje de los pájaros, que ya dijimos que es el lenguaje de los alquimistas, y que en Toledo se conocía con profundidad por ser la ciudad en la que ejercían sus artes un buen número de alquimistas, y la tercera casualidad hace referencia a cierto libro titulado *Flos Sanctorum*, escrito en 1775 por Antonio de Villegas, y que es un grueso santoral, y donde podemos leer:

La lengua cortada de este piadosos mártir San Román está de presente en la ciudad de Toledo, de que se hace mención al principio^[35]

Se creía que habitaban en zonas subterráneas, y que no necesitaban comer ni beber, por eso podían permanecer inmóviles como estatuas hasta que la víctima estaba lo suficientemente cerca para ser atacada.

La definición que nos ofrece Covarrubias de estos seres aporta además la explicación del nombre:

En los edificios suntuosos en los cuales el agua de los tejados se recoge en unos canales maestros, y de trecho en trecho hay ciertas figuras de animales, como dragones, esfinges, leones... y por la boca vierten el agua, la cual echan de los gárgolos, y por eso se dijeron gárgolas^[36].

En Toledo, las gárgolas^[*] más importantes se encuentran, una vez más, en San

Juan de los Reyes, donde nos aparecen: águilas con cuerpo de león, lobos, monos con colas de serpiente, demonios, murciélagos, cocodrilos con tentáculos de pulpo, tiburones de cabeza aleonada, carneros con alas, reptiles y junto a ellos un extraño monje con hábito franciscano en actitud orante. De ellas dejó plasmada su impresión el periodista Jiménez Rojas allá por el año 1902 en los siguientes términos:

“Colocados a uno y otro lado del claustro, hay larga serie de gárgolas representando animales extraños, fantásticos; parecían mirarnos con sus ojos vacíos. El blanco espectral de sus cuerpos deformes, se esmaltaba sobre el fondo oscuro, como el origen de aquellos monstruos, que parecían creaciones de un cerebro enfermo, de una crueldad e ironía refinadas, sangrientas”^[37].

Para D^a. Esperanza Pedraza las gárgolas de este edificio semejaban animales, gomos y atlantes. Nosotros discrepamos de esta opinión, porque no entendemos a cuál de las figuras puede estar haciendo referencia como gnomo, salvo que sea aquella que nosotros hemos descrito como un monje con hábito y actitud orante, e intuimos que a los que llama atlantes son esa especie de seres monstruosos.

En el Monasterio el único animal real que figura entre las gárgolas es un gato. Sobre este particular nadie se ha pronunciado —hasta donde sabemos, pero bien pudiera ser, que fuese otro de los secretos homenajes, como aquel del *Non nobis domine* templario de la fachada (ver capítulo del Temple), aunque en este caso sería homenaje a los cátaros, otra herejía medieval de la que parece ser Juan Guas era un buen conocedor. ¿Por qué? Veamos, para algunos historiadores el vocablo “cátaro” es un juego de palabras alemán que significaría “el adorador de los gatos”, y esto vendría al decir de otros historiadores críticos con esta herejía, de aquella falsa acusación que mantenía que los cátaros practicaban el denominado “beso obsceno” en las partes pudendas de estos animales. Y hay más, las conexiones entre cátaros y templarios están más que demostradas, a ambos se les acusó de besos obscenos, y según Ávila Granados:

Se dio el caso durante numerosos procesos de tortura, de que muchos caballeros templarios llegaron a cambiar la figura del Bafomet por un gato, felino, que igualmente siglos después, terminaría siendo besado durante las soporíferas sesiones de autos de fe que la inquisición llevó a cabo contra las brujas. Este sutil animal, relacionado con las sombras de la noche y la independencia gozó de una especial devoción en el Antiguo Egipto. Sin embargo durante los siglos medievales, fue considerado por la iglesia la reencarnación del Diablo^[38].

Quedémonos con la duda que será mejor.





Ilustración 60. Las impresionantes gárgolas de San Juan de los Reyes.

Los otros edificios en los que existen gárgolas, aunque en menor número son: la iglesia de San Andrés, y en la catedral (aunque están prácticamente desaparecidas):

... Al paso que embellecen la vista de aquel verdadero laberinto donde se puede perder cualquiera que no lleve un guía práctico para visitar esas alturas llenas de escaleras en espiral, galerías, depósitos de aguas, tarjeas y gárgolas para el desahogo de éstas cuando llueve...^[39]

Alguien definió alguna vez a estos seres como *centinelas que nunca descansan y siempre están alertas*, la verdad es que los rostros de una buena parte de estos seres expresan esta circunstancia de manera asombrosa. Las gárgolas de San Andrés indican la sacralidad del tránsito, por eso son los guardianes del umbral, como el dios Jano de los romanos.

Un animal que nos es más familiar, aunque tal vez por desconocimiento de su significado último es el León. Al decir de los simbolistas los leones indican interdicción, especialmente cuando se encuentran en las puertas, y al tiempo protección. Además representan justicia. Según San Jerónimo, los leones dobles representan a Cristo, “bueno para los buenos y terrible para los malos”. El conocido rey de la selva es frecuente en la ciudad, como siempre lo podemos localizar en San Juan de los Reyes y en la catedral, donde podemos admirar una gran variedad, como afirmaban los simbolistas a la entrada de la puerta, concretamente en la del reloj. Nos ha llamado sobre todo la atención uno de los leones que aparece pisando a un dragón en una clara alusión la supremacía del bien sobre el mal.



Precisamente en este templo catedralicio es el lugar en el que además vamos a ubicar a nuestro último grupo de seres fantásticos: los atlantes. Este nombre se ha usado habitualmente en arte para designar a seres que no se sabía muy bien a quien representaban, pero a nosotros nos interesa mucho más saber quiénes eran estos personajes. Tradicionalmente se ha venido hablando de la existencia de tres continentes perdidos llamados Mu, Hiperbórea y el más conocido: la Atlántida, cuyos moradores serían los llamados atlantes, y de los que se ocupó largo y tendido Sánchez Dragó en su *Gárgoris* para intentar establecer las conexiones entre la península y este continente. Estos seres, gobernados por 10 reyes sobre los cuales estaba un semidiós, fueron muy representados en las iglesias románicas, formando parte de las decoraciones de los canecillos de las principales iglesias, así como en varios enclaves del camino de Santiago, sin que sepamos a ciencia cierta su significado. En Toledo por el momento, sólo los hemos encontrado en dos lugares, en las rejas de la catedral:

Finalmente se rematan estos pilares por cariátides y atlantes o telamones, con el siguiente orden de izquierda a derecha: atlante-atlante-cariátide-atlante-atlante-cariátide. Todos ellos con un modelado, que, al decir de Don José Camón Aznar, parece influido por el escultor de Paredes de Nava^[40].

Y como ya comentamos en párrafos anteriores, según cuenta cierta académica las gárgolas de San Juan de los Reyes que representan a extraños seres muy estilizados con las bocas abiertas y rostros con el rictus terrorífico, son también atlantes. Sea como fuere creemos interesante constatar una vez más que el maravilloso templo de Juan Guas, además de ser un homenaje permanente a la idea griálica, es un universo mágico con el que su creador debía sentirse íntimamente relacionado.

En cierta casa de la Plaza de Montalbanes, que antiguamente fuera una conocida fábrica de gaseosas, esta vez como canecillos de madera en el interior del inmueble. Desde el punto de vista artístico han sido descritos en alguna ocasión como "cabezas grotescas", asemejando otro tipo de seres platerescos llamados genéricamente "grotescos" de los cuales tenemos buenos ejemplos en San Clemente, pero lo cierto es que se asemejan más a los ilustrativos canecillos románicos que a estas representaciones grotescas, concretamente recuerdan en gran medida a los conocidos como razas atlantes de la iglesia de Eunate (Navarra) y a ciertos atlantes esculpidos en la iglesia de la Virgen de la Peña en Sepúlveda (Segovia). Desgraciadamente, por ser un inmueble que permanece cerrado, no hemos tenido ocasión de observarlos con detenimiento, sino tan sólo a través de fotografías antiguas, por eso no nos atrevemos a formular explicación alguna sobre su presencia. La única referencia hallada es una reseña el diario *El Eco Toledano* del año 1911:

En la casa nº 5 del callejón de la sillería (sin salida) y al practicar obras de reparación su propietaria la Sociedad de taberneros, se han redescubierto dos hermosos artesonados del siglo xv policromados y dorados (...) En el patio de la misma casa se ven gran número de canecillos tallados, y uno de ellos lleva un ángel con blasón en las manos^[41].

Si el viajero-lector dispone aún de tiempo, lo invitamos a que se acerque para admirar el último ser fantástico del que tenemos noticias que se ha esculpido en Toledo, es cierto dinosaurio de minúsculo tamaño que alguien, de una conocida escuela taller de la ciudad, ha incorporado a la decoración de la puerta del Cambrón.

Como en capítulos anteriores estamos seguros que se nos han pasado por alto un buen número de seres fabulosos que pueblan nuestra ciudad, así que invitamos al lector a que contribuya a esta cacería imaginaria continuando la labor de catalogación

de estos seres.

Capítulo décimo. Artes mágicas en la ciudad del Tajo

*Toledo en la Edad Media era el laboratorio universal de la magia.
El gran nigromante de Toledo lo crea otro toledano.*

AZORÍN

PUNTO DE PARTIDA: cualquiera de las puertas de entrada a la ciudad

PUNTO DE FINALIZACIÓN: cualquiera de las puertas de salida de la ciudad

Un extraño impulso incitó al viajero-lector a no caminar este penúltimo “tranco” por el día. Algo le dice que la magia de la ciudad y de sus “artes” será más perceptible y serena por la noche. Ha pasado todo el día relejendo sus notas, documentándose en archivos y bibliotecas de la ciudad, y ahora se ha configurado una imagen más acertada de lo que le espera. Además está descansado, casi no anduvo por el día. Su único temor es el de perderse algo referido en las páginas que se dispone a abrir, pero si así fuera aún tiene el día de mañana para volver sobre sus pasos. Este pensamiento le tranquiliza. Acaban de sonar las doce en las campanas de la catedral, es la hora mágica, y también la señal de comenzar el paseo. Un escalofrío le ha recorrido sutilmente la espina dorsal. Valor compañero que no será tan difícil de lidiar el morlaco que nos amenaza...

Habrá apreciado el viajero-lector que no hemos hecho más que señalar metafóricamente un punto de inicio y otro de arribada, porque después de haber llegado hasta aquí, se comprende que prácticamente cualquier lugar que hubiéramos elegido dentro del casco antiguo —y de determinadas zonas fuera de él— hubiera sido bueno para recrear las notas que siguen. Su buen criterio sobre donde comenzar este, más que nunca, mágico viaje seguro será el más certero.

Como nos recuerda Blázquez Miguel ninguna ciudad hay en España cuyo nombre evoque al ser oído un mundo tan lleno de magia, leyendas y tradiciones. Moraleda y Esteban nos relataba que una copla atribuida a Padilla lo resumía de la siguiente manera:

Trescientas cincuenta calles

Tiene la Imperial Toledo,

Y en cada una cien encantos,

Y en cada encanto un portento

El número nueve ha sido uno de esos números mágicos por excelencia: nueve son las categorías de ángeles, nueve son los templarios que fueron a defender las ruinas del templo de Jerusalén, el nueve es el número de los logros, el nueve es la pluralidad multiplicada por sí misma, el nueve es el epicentro de la estrella de David para los cabalistas, en numerología es el número de la Triada masculina... y nueve son las puertas de entrada a la ciudad. Hayamos pasado por cualquiera de ellas, lo importante es estar en buena disposición para afrontar el camino que nos ocupa.

Estas artes mágicas a las que nos referiremos, abarcaban un buen número de suertes que varían en función del objeto perseguido y del método elegido para tal efecto, y así se habla de quiromancia, cartomancia, geomancia, nigromancia etc.

Ya hemos dicho en páginas anteriores que a estas artes se les llegó a conocer con el nombre de “ciencias toledanas” o “artes toledanas” (sus detractores en cambio prefirieron llamaron “ilusión toledana”) debido, parece ser, a la calidad de las mismas en nuestra ciudad, o al elevado número de personas que las practicaban. Abdón de Paz escribía:

España fue una de las naciones de Europa, y Toledo una de las naciones de España, en que mayor culto se rindió a la magia^[1].

Estrabón afirmaba que los lusitanos —y en el gentilicio cabrían también los españoles— eran muy dados a predecir el futuro a través de la inspección de las entrañas de animales muertos, así como por el tocamiento de las venas de las víctimas. Y en estas artes ninguna de las religiones se escapaba en nuestra ciudad, si bien es verdad que cada cual con sus atributos diferenciadores del resto, pero tanto los cristianos, como los hebreos y los musulmanes mantenían ciertas prácticas que hoy tildaríamos de mágicas.

Estas prácticas fueron repetidamente denunciadas y perseguidas por los diferentes concilios: en el de Iliberri se impusieron penas de excomunión a quienes oficiasen sacrificios y a los feligreses que entraran a los templos para idolatrar, así como prohibiciones absolutas a las mujeres de pasar noches en los cementerios para velar a los muertos. En algunos de los de Toledo en la época visigoda, por dos veces consecutivas, en el 681 y 682 se anatematizaba a los adoradores de las piedras y se ordenaba que todos los altares de los gentiles se colocaran bajo la advocación de un santo o apóstol; Chindasvinto y su hijo Recesvinto, impusieron penas de perpetua servidumbre a los adivinos y augures, con pérdida de todos sus bienes. Venía esta disposición a enmendar la plana a otra anterior de Recesvinto por la que se condenaba a multa de seis onzas a cualquier persona que consultara a adivinos o sorticularios, con el agravante además, caso de ser sirviente, de verse azotado en público.

El Concilio decimosexto renovará las cláusulas contra los adoradores de fetiches o ídolos, y el siguiente ordena deponer a los sacerdotes que celebren misa de réquiem

para causar males a alguien o que practiquen ensalmos. En el libro de la Biblia Deuteronomio, en el *Eclesiastés*, en los hechos de los Apóstoles, se previene contra las artes mágicas y se exhorta a su exterminio: *No se halle entre vosotros quien pregunte a adivinos, y observe sueños y agüeros, ni sea hechicero... cosas abominables al Señor*. Clarificadoras resultan las palabras del ultra ortodoxo Menéndez Pelayo al referirse a las artes mágicas a las que considera las culpables de la caída del reino visigodo:

Pero de todos estos elementos letales, ninguno tan funesto como el de las artes mágicas, propias para enturbiar la conciencia, enervar la voluntad, henchir la mente de presagios y terrores, alimentar codicias, ambiciones y concupiscencias y borrar, finalmente, hasta la noción del libre albedrío. No sin razón se ha contado a estas supersticiones prácticas entre los hechos que aceleraron la ruina de la gente visigoda^[2].

San Isidoro fue tal vez el primero que estableció una clasificación de las ciencias ocultas, diferenciando entre magos, nigromantes, hidromantes, adivinos, encantadores, arúspices, augures, astrólogos, horóscopos, sortílegos etc. Otro padre de la Iglesia San Agustín, en *La ciudad de Dios*, diserta largo y tendido sobre estos temas de las artes mágicas para acabar afirmando que todas ellas provienen de influjos demoníacos. Puede que con los ojos del tercer milenio algunas de las posturas de los padres de la Iglesia nos parezcan exacerbadas, pero si pensamos que en la Biblia, libro de inspiración por excelencia de estos Santos Padres, se afirman castigos más duros, nada es de extrañarnos. Fijémonos por ejemplo que en el mencionado *Deuteronomio* se ordena matar a todos los hechiceros y encantadores, mientras que en el Levítico podemos leer *ocultaré mi rostro al alma que cayere bajo los magos y encantadores*. Los ejemplos podrían seguir pero no merece la pena, ya quedó claro.

Parece ser que uno de los primeros magos que se dejaron seducir por los encantos del enclave toledano fue Apolonio de Tiana, al menos eso puede intuirse en la novela que Filóstrato escribió por encargo de la emperatriz Julia Domna en el siglo III. Filóstrato no menciona en ninguna parte a nuestra ciudad, pero narra, en el libro V el viaje de Apolonio a Hispania, donde describe como el mago llegó hasta la zona de Gadir (Galicia) para admirar las columnas de Heracles, y su posterior desplazamiento hasta la ciudad de Ipola (Sevilla). Parece lógico pensar que se desplazará siguiendo las escasas líneas de comunicación entre el norte y el sur, comunicaciones que pasaban inexorablemente por Toledo.

Aunque su vida fue escrita en griego en el siglo III por Filóstrato, este interesante personaje fue casi coetáneo de San Pablo y de Jesucristo, debiendo haber nacido a finales del siglo I. De él cuenta que maravillaba con sus prodigios y milagros como

tener el don de lenguas, profetizar, expulsar demonios, conocer el futuro, sanaba de la peste, resucitaba a los muertos, comprendía a los animales... y todo ello, según Filóstrato por la especial ascesis de Apolonio.

El Conde de Mora al hablar de la llegada a España, procedente de Babilonia del rey Pirro cuenta como:

Se auia perdido casi totalmente en España el conocimiento del dios verdadero, y el culto de la religión, y auian entrado las idolatrias, supersticiones y hechicerias de los babilonios, que con Nabuconodosor auian venido a España y a Toledo, y en esta ciudad las usauan, auiendo aprendido de ellos a adorar el fuego, la serpiente y otros falsos dioses^[3].

Durante la dominación musulmana, y fundamentalmente por influencia de una pequeña élite judía según nos recuerda Amador de los Ríos se siguieron practicando en nuestra ciudad, pero, sin embargo, su apogeo vendría durante la Edad Media. Alfonso VI suele ser clasificado entre los reyes magnánimos con estas artes, hasta tal punto que él mismo consultó a rabinos demoníacos antes de la batalla de Zálaca. Alfonso X fue uno de los personajes que se ocuparon de estas artes, estableciendo incluso clasificaciones entre agoreros, sorteros, adivinos y hechiceros a los que calificó como “dañosos a la tierra”, y prohibiendo esa curiosa costumbre de poner sitio en la mesa a los difuntos. Un dato más, en el año 1229, el monje cisterciense Helinando (o Elinando) de Froidmont, monje de la diócesis de Beauvais, escribía *que los clérigos encuentran en Paris artes liberales, en Orleans autores, en Bolonia leyes, en Salerno médicos, en Toledo demonios y en ninguna parte buenas costumbres*. Por cierto que este autor fue profusamente estudiado por Benito Ruano, quien nos dice de él lo siguiente:

Por lo que respecta a la personalidad y obra de este autor, podemos consignar que la condición noble de su origen, en el seno de una familia exiliada en Francia tras el asesinato del conde de Flandes^[4].

Atención porque no hay que confundir a este Elipando con otro de idéntico nombre, a la sazón obispo de Toledo en el siglo VIII, y que se convirtió en un auténtico martillo de herejes, haciendo la vida imposible a cierto hereje llamado Migecio, y a no pocos sacerdotes de su rebaño a quienes consideraba auténticos inmorales, y sin embargo, a pesar de su supuesta rectitud moral caería él mismo, años más tarde en la herejía conocida como adopcionismo

La maravillosa obra cultural que emergió de la Escuela de Traductores contribuyó también de manera decisiva a otorgar a Toledo la fama de ciudad mágica, fundamentalmente por las traducciones de Gerardo de Cremona, Gundisalvo, Daniel

de Morlay, Herman el Alemán, y otros cuantos ilustrados del momento (para el lector interesado en estos personajes y sus traducciones remitimos a las obras siguientes reseñadas en la bibliografía final). De entre todos ellos destacó por sus traducciones de libros de filosofía, quiromancia, astrología y fisionomía Miguel Escoto, quien era además capaz de prodigios como la creación de círculos mágicos protectores, carruajes movidos con inusitada velocidad por corceles negros, capas que volvían invisibles a las personas y otras excentricidades.

Tanto Javier Ruiz como Barkai coinciden en este argumento, otorgando una importancia capital a la Escuela de Traductores como responsable de una buena parte de la fama de la ciudad.

Más aún. Durante el siglo xv:

Las artes inferiores de adivinación ya citadas, estaban por lo común en manos de juglaresas, moras y judías, que en gran número recorrían villas y aldeas, invadiendo también, no sin frecuencia, las plazas y mercados de populosas ciudades^[5].

La aparición de la Inquisición supuso una vuelta de tuerca más para las pobres gentes que intentaban vivir —malamente en la mayoría de los casos— de estas suertes, y así, el Santo tribunal impuso a los cristianos la inexcusable obligación de denunciar:

Si sabía que se invocaba a los demonios en círculos o de otra manera

Si tenían noticias de mezclar cosas de la religión con objetos profanos

Si conocían a algún astrólogo, o que practicasen la geomancia, hidromancia aeromancia, sortilegios etc.

Si eran sabedores de que algún cristiano tuviese pacto con el demonio

Si habían construido espejos, amuletos anillos etc.

Si se sabía que practicasen ceremonias supersticiosas, o si le constaba que tuviese libros impresos o manuscritos sobre estas materias.

Especialmente duros fueron dos manuales de inquisidores que circularon con profusión por España. El primero al que vamos a referirnos es el *Malleus Maleficarum*, obra de dos dominicos alemanes a finales del siglo xv. Perverso libro para aleccionar a los inquisidores y teólogos sobre todos los aspectos referidos a la hechicería, la demonología y las artes mágicas. En esta obra se intenta diferenciar entre necromancia y astrología, dos de las artes bien conocidas en nuestra ciudad. De la primera se afirma que existe pacto explícito con el demonio e invocación del

mismo, mientras que en la astrología el pacto con el maligno es tácito pero sin invocaciones. En ambos casos se admite como necesaria la intervención del demonio para la práctica de estas artes. El segundo de nuestros libros lleva por título *Manual de los Inquisidores* (de ambos existe edición reciente en castellano que aparece recogida en la bibliografía) y fue escrito años antes como libro de texto para ilustrar la labor de los inquisidores, abogados del Santo Oficio y Fiscales del tribunal. Su lectura ha de hacerse con los ojos del momento histórico en que fue escrito, y aún así resulta aterradora, ofreciéndonos párrafos como el siguiente:

La finalidad de los procesos y de la condena a muerte no es salvar la vida del acusado, sino mantener el bien estar público y aterrorizar al pueblo^[6].

A comienzos del siglo XVI Pedro Ciruelo publicaba su conocido tratado *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, insigne obra de amplia difusión por toda la península. En el podemos leer:

Hay dos maneras principales de supersticiones, según dos maneras que los hombres vanos desean: las primeras se ordenan para saber algunos secretos de cosas que por curso de la razón natural no se pueden saber o no tan presto como ellos desean. Las otras son para alcanzar algunos bienes o para se librar de algunos males deste mundo (...) Las primeras llaman los sabios artes divinatorias; y destas hay aún dos maneras más especiales, porque unas dellas son para hacer pacto o concierto claro y manifiesto con el diablo y esta arte es la nigromancia^[7].

Y un poco más adelante relata:

Aquella arte en tiempos pasados se exercitó en nuestra España, que es de la misma constelación que la Persia, mayormente en Toledo y en Salamanca^[8].

Esta es la primera vez que menciona nuestra ciudad, pero no será la última:

Y esto era por no saber que podía haber personas endemoniadas, de aquella manera cuales son las que usan el arte notoria; por la manera ya dicha o por nigromancia, procurando de hablar con el demonio para oír sus liciones como de maestro que les enseñe los secretos de muchas ciencias, como se solía hacer en Toledo y en Salamanca^[9].



Ilustración 61. La especial configuración de las callejas de la ciudad propició la ensoñación y la fantasía sobre las artes mágicas en la ciudad.

Esta tradición de Toledo como sede de las ciencias mágicas ha sido ampliamente recogida por dos tipos de fuentes, las latinas y las de origen germánico, pensemos que incluso hay quien preocupado en encontrar la etimología de “Arte gótico” las relacionaban con el “Arte goético” o mágico precisamente en su relación con la catedral gótica de nuestra ciudad, no con las construcciones anteriores europeas.

Sigamos a continuación el inmejorable relato ofrecido por Ferreiro Alemparte y repasemos los principales relatos que se recogen en estas tradiciones latinas y germanas. En 1223 un afamado y reputado narrador y compilador de aventuras llamado Cesario de Heisterbach, escribió su obra más conocida: *Dialogus Miraculorum*, en donde nos cuenta las aventuras de un monje, Godeschalk de Volmarstein, y un personaje llamado Felipe el nigromante, a quien un grupo de personas le piden que les muestre las artes mágicas que conoce. Felipe, tras trazar en el suelo un círculo mágico invoca a los demonios que tratan de tentar a las personas que se encuentran cerca del círculo. Lo interesante de la narración es que la sitúan en Toledo, de hecho, termina con la frase: *“el estudiante se alejó de Toledo y, en un monasterio de nuestra orden se hizo monje”*. Parece casi seguro que el propio Cesario estuvo en Toledo atraído por la fama de nuestra ciudad, y aquí pudo sacar argumentos para otra de sus historias, la que nos relata la aparición de un compañero, que después de muerto se le apareció a su amigo después de muerto. Esta historia comienza también situando la acción en Toledo: *según testimonio escrito, no oral, había en Toledo dos jóvenes estudiando nigromancia, uno de ellos mortalmente enfermo...*

Este autor fue muy prolijo en la escritura de cuentos y sermones moralizantes, en

los que solía advertir a quienes los escuchaban que el diablo alienta a los cristianos sobre todo a pactar con él. Cesario pensaba que el pacto con el demonio era un signo distintivo de los grandes pecadores, y muy especialmente de los herejes. Este hombre fue también el responsable de que se dieran a conocer una buena cantidad de apariciones milagrosas, fundamentalmente de la Virgen.

Otro autor coetáneo a Cesario es Odo de Cheriton, quien tenía un buen conocimiento de nuestro país, ya que hace numerosas referencias en sus obras. En su obra *Sermones Dominicales in Epistolas*, nos cuenta las andanzas de un clérigo aleccionado en España en las malas artes que decide volver a Inglaterra para practicar las invocaciones aprendidas. En realidad no menciona la ciudad de Toledo, pero tal localización, en ese tiempo, parece sobreentenderse.

Salimbene de Adam, narra otro suceso en el que aparece como protagonista el Papa Inocencio III, y un estudiante que se mofaba de sus pláticas. La historia transcurre entre burlas hasta que el Papa lo manda llamar para que el estudiante de rienda suelta a sus conocimientos demandar a los demonios y resucitar a los muertos, confesando que lo había aprendido en Toledo, y para demostrarlo resucitó a un antiguo arzobispo de Besmantia. En otra de sus historias el protagonista es Felipe de Pistoia, y esta vez la narración se ubica claramente en la ciudad de Toledo, a donde Felipe había llegado para aprender nigromancia. Aquí conoce por casualidad a un anciano que lo introduce en una cámara y le proporciona cierto libro con el que comenzar a estudiar las artes que tanto le interesaban.

El siguiente de nuestros autores en Alberico de Tres Fuentes, a quien se asocia a la secta de los luciferinos, y que viajó por Europa para en el siglo XIII para mostrar sus conocimientos, y a quien se hace autor de aquel *fabliau* francés que afirmaba que *de Toledo y Nápoles vino la nigromancia*.

Etienne de Bourbon y Martin de Troppau, compilaron en forma de ejemplarios relatos relacionando a Toledo con lo mágico, el más conocido de los cuales es el llamado “*magnus nigromanticus de Toledo*”, que tiene como protagonista a un gran nigromante llamado maestro Melchita, ante quien acude un joven deseoso de entrar a su servicio. Tras pasar abundantes penalidades, el joven finalmente reniega de lo aprendido y se reconcilia con la iglesia católica.

El portugués Gil de Vouzela, en el siglo XIII se hace eco de la existencia de un antro subterráneo en Toledo en donde se practicaba la nigromancia, constituyendo uno de los primeros relatos en los que se menciona el “nefando gimnasio”.

Especial repercusión social tuvo, en toda Europa la profecía escrita en una carta circular por Juan de Toledo escrita probablemente en el año 1185, de carácter eminentemente apocalíptico, y en la que se aseguraba que en el año 1229 se produciría un extraño terremoto que destruirá gran parte de la tierra, a la vez que aparecerá un viento ennegrecido lleno de voces terroríficas. A ello se unirá un gran eclipse de sol que durará bastantes días. Terminaba la carta diciendo que: *en esta profecía están de acuerdo con nosotros todos los astrólogos y geománticos de Toledo*,

Etiopia y de otros pueblos.

En lo que respecta a las fuentes germanas, además del relato sobre el grial esgrimido por Wolfram de Eschembach que ya comentamos en otro de los capítulos de este libro, tenemos que citar a otros autores, como Herbort de Fritzlar, posiblemente de formación monástica y que además conocía cuestiones de medicina y nigromancia, sobre la que decía que *todavía se puede aprender en Toledo*.

En la novela *Diu Crone*, típico relato de aventuras, escrito en el siglo XIII, nos encontramos, una vez más con la mención de Toledo en relación a un maestro de nigromancia. En la obra anónima *La historia de Christoff Wagner*, se cuenta el viaje de este personaje, junto a su amigo Juan de Luna a Toledo, ambos montados en el diablo en forma de urogallo, y lo curioso del caso es que la edición es del año 1593, datada y publicada en Toledo. Los testimonios a lo largo de la Edad Media se repiten en otro buen número de autores, pero creo que no es necesario incidir más y que bastan los ejemplos citados para darnos cuenta de la importancia que tenía la ciudad en relación con los aspectos mágicos, como asegura Ferreiro Alemparte:

La Escuela de nigromancia de Toledo, está bien atestiguada a través de las fuentes Europeas desde comienzos del siglo XIII^[10].

Sobre este asunto Javier Ruiz se pronunció con absoluta rotundidad:

La cátedra de magia de Toledo debió de ejercer una gran influencia, pues vemos que numerosas leyendas se fraguaron en torno suyo, algunas de las cuales sobrevivieron hasta el mismo siglo de la Inquisición, el XVII. Nos referimos a las leyendas que hacen de Toledo la cuna de la magia en el mundo, y que sitúan a un dios, tan poco conocido en la Edad Media como Horus, enseñando a los hombres en Toledo^[11].

Adviértase que este dios Horus no es otro que nuestro conocido dios Hércules con su nombre egipcio.

Esta especie de leyenda negra bien pudo surgir como reverso de la medalla ante la fama alcanzada por los intelectuales que acudían a nuestra ciudad deseosos de aprender los secretos de las ciencias de la antigüedad pagana greco oriental, reelaboradas y transmitidas por los árabes y judíos, no olvidemos que una de las primeras versiones y traducciones del Corán se hizo en Toledo entre los años 1141 y 1143 por Roberto de Chester y Hemann de Corintia por encargo de Pedro el Venerable, abad de Cluny, y que estas traducciones no acababan de ser bien entendidas por la fuerte iglesia católica, que veían en ellas, tan sólo peligros.

Sin duda el personaje más enigmático de cuantos llegaron a Toledo para aprender las artes mágicas fue Gerberto de Aurillac, al que ya mencionamos en el capítulo de

los caballeros templarios, y sobre el que no vamos a volver:

De tintes diabólicos rodeábase entonces al que se encumbraba a las alturas de una posición social o de una gloria literaria, ya se tratara de personas muertas, como nuestro Gerberto, que de simple monje benedictino llegó a Papa con el nombre de Silvestre II, ya se tratara de personas vivas^[12].

Afamados nigromantes han pululado por nuestras empinadas callejas, aunque, los dos más importantes fueron sin duda el ya citado D. Enrique de Villena (de él, recuerden que también se contaba que era capaz de hacerse invisible con la hierba andrómena y atraía cuando le parecía la lluvia y el trueno) y en el siglo XVI el condestable don Alvaro de Luna (sobre este personaje resulta curioso constatar cómo, los mismos próceres de Castilla que lo acusaron de prácticas las artes ocultas consultaran su destino a cierta hechicera vallisoletana) y con varios siglos de antelación el conocido como Vergil de Toledo, afamado mago y escritor de cierto libro de recetas mágicas que se difundió por una buena parte de las Islas Británicas a lo largo del siglo XII

El historiador Michelet publicó en 1862 la fantástica obra *La bruja*, en la que incluye un párrafo de lo más esclarecedor:

Ya lo sé... ya lo sé. Pero precisamente vengo a tu casa a buscar con qué destruir a tu obispo. Cuando se abofetea al Papa ¿qué ha de esperar el obispo? ¿Quién dice esto? Toledo^[13].

En nota a pie de página este autor reconoce que Toledo debió ser la ciudad santa de los hechiceros de España, culpando de esta situación a la convivencia con los moros, pero lo importante es que la sola mención del nombre Toledo, otorgaba marchamo de verosimilitud en lo referente a cuestiones mágicas.

La fama de ciudad nigromántica y mágica ha llegado hasta nuestros días. Basten dos datos para confirmarlo: en el año 1995 en una noticia publicada en el diario ABC mi buen amigo el sacerdote, historiador y teólogo Antonio Hernández Sonseca alertaba ante la acción de las sectas destructivas en la ciudad del Tajo, aludiendo incluso a misas negras, y profanación del cementerio. El segundo dato nos lo aporta un experto del vaticano, quien en declaraciones a la revista *Bisagra* declaró que:

El Papa satánico vive en Toledo, se ha auto investido y proviene de la primera fase del ocultismo (...) Se trata de un señor sudamericano perteneciente a la secta Templo de Set^[14].

En la mencionada entrevista, este experto afirmaba que no sólo Toledo poseía influencias satánicas, sino que también las tenían Illescas, Carranque, Orgaz, Torrijos, Val de Santo Domingo, Cebolla, Malpica, San Martín de Montalbán, Navahermosa, Talavera, Oropesa y el Real de San Vicente, sencillamente por ser sitios relacionados con los templarios, por haberse dado en ellos procesos de magia o por existir focos importantes de curanderismo, a los que habría que añadir Ocaña, por aquel asunto investigado por el Padre Pilón. Otro conocido medio de comunicación local, se hacía eco también de noticias similares:

Hay indicios de que no hace mucho, en un cigarral toledano, hubo una reunión de un grupo diabólico y satánico^[15].

Sobre este particular de la presencia de las sectas satánicas en la ciudad se pronunció también la, entonces, diputada del partido Democracia Cristiana, Pilar Salarrullaña, en una charla coloquio que se produjo en el año 1989 en Toledo. Esta diputada sostenía que un buen número de estas sectas elegían Castilla la Mancha, Toledo y Guadalajara especialmente, para operar. Al menos una de las sectas sobre las que nos prevenía esta persona sigue operando en Toledo realizando una gran cantidad de actos sociales.

No piense el viajero-lector que fue cosa de los malintencionados escritores extranjeros la mala fama que adquirió Toledo. La literatura española por su parte, se encargó de potenciar la imagen mágica de la ciudad, fundamentalmente en torno a los siglos XVI y XVII donde el arquetipo celestinesco protagoniza un buen número de obras, y por cierto que sobre esta obra que acabamos de citar, se han realizado una ingente cantidad de estudios que tratan de desentrañar el aparato mágico, desde los ingredientes del laboratorio, los saberes médicos, la personalidad sanadora de Celestina etc. por supuesto, Fernando de Rojas debió conocer a alguna de las hechiceras toledanas y se sirvió de ella para representar a su personaje. Pero incluso algunos siglos antes don Juan Manuel, hace venir hasta nuestra ciudad a un Deán de Santiago para que el Mago Illán le muestre todos los secretos de las ciencias toledanas, o sea, que *nos viene de largo* como ya dijimos al comienzo del capítulo.

En 1547 se imprimió en Toledo una obra (hoy diríamos que “minoritaria”) llamada *Tragedia Policiana*, cuyo autor es el Bachiller Sebastián Fernández, y cuya acción transcurre en Toledo, con un personaje central, Claudina, que a quien se la considera la maestra de Celestina, y a quien le someterá a duras pruebas hasta completar su aprendizaje que finalizará tras siete años de entrenamiento hechiceril.

Concluamos, el mundo mágico ha estado, y creemos que continuará estando, siempre presente en relación a nuestra urbe, y los datos que se han ido aportando a lo largo de la historia sobre este particular, y de los que hemos intentado ir dando cuenta cabal en este volumen es un buen ejemplo de ello.

Capítulo décimo primero. Lo que se nos quedó fuera

*Porque la necesidad divina es más sabia
que la sabiduría de los hombres
y la debilidad divina más fuerte
que la fuerza de los hombres.*

SAN PABLO

PUNTO DE PARTIDA: museo de Tavera

PUNTO DE FINALIZACIÓN: el segundo volumen del Toledo Insólito...

Es el momento de hacer el equipaje, triste situación de la vida que se repite con frecuencia, demasiada frecuencia creemos... Un sentimiento extraño y ambiguo se apodera del viajero-lector, por una parte lamenta que se acabara tanto paseo, tanto encanto, tanta fantasía, y a la par un deseo incontenible de llagar a su casa lo embriaga. Lleva en su mochila un centenar de fotografías, dos cuadernillos de anotaciones, una veintena de entradas cortadas y este libro que ha sido su compañero fiel a lo largo de estos días. Le pesa, créanme, le pesa despedirse de Toledo, de su habitación del gremio de los plateros, y de las calles de la ciudad, pero lo esperan y no puede demorarse más.

Seguros estamos que no es un adiós, sino un simple hasta pronto. Partirá con el corazón encogido y la conciencia serena, el Toledo insólito permanecerá en su alma. Suerte viajero, feliz regreso a tu hogar.

Las diferentes cosas que se encuadran en este capítulo no permiten ofrecer un itinerario, ni tampoco deseamos hacerlo; sería harto problemático, así pues, hemos indicado un punto de partida coincidente con la primera pintura extraña, pero el final de la ruta, lo marcará el viajero-lector; ojalá sea lo que anuncia la cartela: un segundo volumen. Ya nos llevó la boca otra vez... vamos a lo que vamos...

Nos ha sucedido con frecuencia en según qué iniciativas emprendidas, que al finalizar éstas quedaba cierto sabor amargo por tener la seguridad de dejar fuera, de abandonar u olvidar, cuestiones que pudieran tener su importancia en el resultado final de la empresa acometida. Ciertamente este sentimiento es algo que estaba presente durante la gestación de este libro, y para tratar de paliarlo en la medida de lo posible, no hemos encontrado mejor solución que imbricar en un último capítulo, cual si de cajón de sastre se tratara, una buena parte de reseñas, sucesos, símbolos etc. que son los que se recogen a continuación y que no presentan entre sí ningún hilo de Ariadna del que pudiéramos tirar para conformar una unidad con significado, sino que al contrario son pequeñas pinceladas que como retoques finales pueden

conformar ese objetivo que pretendíamos al comienzo de este volumen: mostrar cuanto de insólito existe en esta ciudad.

PINTURAS EXTRAÑAS

Cuatro pinturas merecen nuestra primera reflexión. La primera de ellas está ubicada en el Museo de Tavera, y es de sobra conocida, pues se trata de la mujer barbuda que pintara Jusepe de Ribera. Esta obra representa a Magdalena Ventura con su segundo marido Félix, y la obra no pasaría de ser una rareza pictórica más (por otra parte tan frecuentes en la obra del “españolito”) si no fuera porque hay quien se ha empeñado en verlo como una obra de profundo simbolismo alquímico, viendo los especialistas en estas lides algo así como la transformación suprema que se produce en la manipulación de los elementos alquímicos, que es precisamente lo que se ha venido representando con la aparición del *hermafrodita*. La excusa de la visita al cuadro servirá, sin duda, para apreciar otro buen número de elementos artísticos que se recogen en el museo. Un pequeño comentario alrededor de las barbas femeninas nos suscita cierta noticia aparecida en los diarios de finales de 1898, cuando se le encargó a cierto escultor que realizara la sepultura para el arzobispo Monescillo y Viso en la catedral, y que según las crónicas la obra debió ser de malísima calidad, pero además, le esculpió también barbas a la virgen, que luego tuvo que ser eliminada a golpe de martillo y cincel por un herrero. La censura, como vemos, no conoce épocas...

Hasta la segunda pintura nos llevan las noticias proporcionadas por Carlos Pascual y nos vuelve a situar en la Iglesia de San Lucas, donde junto al cuadro que representa el milagro de don Diego de la Salve, existe otro que representa a la Virgen de la Esperanza, a cuyos pies está la extraña leyenda que reza: *a las figuras atiende, que en este lienzo se estampan, que aunque no vienen nacidas, todas te vienen pintadas*. Este secreto rompecabezas todavía, que sepamos, sigue sin ser descifrado. Tal vez puedan echarnos una mano.

La tercera de las pinturas se halla en el convento de San Antonio, y en este caso tiene como nota especial que en el mismo aparece un acróstico, o combinación de muchas letras que repiten frases alusivas a la Purísima Concepción de la Virgen. El retrato en cuestión pudiera ser del poeta Medinilla, pero esta circunstancia está aún por dirimir. El caso, es que el acróstico, que más parece una sopa de letras de 31 x 31 elementos nos recuerda mucho a las letras del laberinto del Rey Silo que se hallaron en el templo de Santianés de Pavía, o a aquellos otros laberintos que se encontraban en algunas catedrales, en las losas del pavimento y que constituían mensajes cifrados. La última pintura se encuentra en el convento de Santo Domingo el Antiguo, y es una tabla que representa a la Santísima Trinidad, con una única imagen de Dios con tres rostros, lo cual inevitablemente nos recuerda a los ídolos bafométicos templarios de

tantos lugares españoles y europeos. Veamos lo que nos dice de ella Balvino Martínez Caviro:

Obra también del siglo XVI y muy original, es una Trinidad con un solo cuerpo y tres rostros. Este tipo de representaciones sabemos que fue prohibido por herético. Los tres rostros de Dios en este cuadro son representaciones de las tres formas de esa única personalidad, corroborada por el triángulo^[1].

Lo más extraño, es que esta pintura es prácticamente idéntica a la que existe en el Monasterio de Tulebras (Navarra), encomienda templaria por antonomasia. Este cuadro estuvo a punto de ser quemado por la Inquisición y se salvó *in extremis*, de las acusaciones de gravemente peligrosos y sujeto a error. Eso sí, se ordenó ser quitado de la capilla y olvidado en un sótano:

Cuando los acusadores del Temple estructuraron el tema de los ídolos, no hablaron de figuras de cabezas de piedra, hablaron sin embargo de cabezas de metal o madera, con uno, dos o tres rostros, e incluso existe el testimonio de un templario —recogido por el Abad Coblet— que dice que el bafomet era una cabeza trifaz, pintada sobre tabla^[2].

Por desgracia en la información que hemos manejado no dice nada de quien pintó la obra, ni como sorteó a la todopoderosa Inquisición toledana

ALGUNAS NOTAS SOBRE PROSTITUCIÓN Y MANCEBÍAS.

En la descripción de la imperial ciudad que nos relata Pisa, nos ha llamado la atención poderosamente el párrafo siguiente:

Está bien proueyda de mesones cerca de las puertas y puentes, para posadas de la gente forastera. También es de provecho el meson de los perdidos, para recoger los jumentos y ganados, hasta q se les halle y parezca dueño, mas no es digno de memoria el otro meson de las perdidas (aunque le disimulan y permiten sin castigo temporal las republicas) en los arrabales y ligar apartado, por escusar y euitar otros mayores males y abominaciones que pudiera suceder por la fragilidad y malicia humana^[3].

Pedro Alcocer también nos regala un breve párrafo dirigido a estas mujeres de alegre vida:

Entre las otras católicas obras q en esta cibdad agora ay dignas de memoria, ay una, en q reluce mucho la caridad, q es una congregación q en esta cibdad se ha hecho de mugeres recogidas q primero fueron erradas^[4].

En *Las calles de Toledo* Julio Porres cuenta que gracias al Corregidor Juan Gutiérrez Tello fue llevado al extremo de la Antequeruela ocupando el solar que tuviera anteriormente, y Vizuete Mendoza nos ilustra contándonos que antes de la llegada de los Reyes Católicos las prostitutas de la ciudad se solían instalar en las cercanías de la plaza de Zocodover, concretamente en el desaparecido Corral de Pavones que debió estar entre esta plaza citada, el Alcázar y la iglesia de San Juan de los Caballeros

Hay más. En el Archivo Municipal de Toledo se custodia una caja con papeles diversos sobre la prostitución, algunos de estos documentos son muy esclarecedores, como aquel que lleva por título *Proposición del Cabildo de los Señores Jurados desta ciudad de Toledo sobre que aya casa de Mugeres recogidas y lo que sobre ella sea acordado y resolviendo por las mismas*. Se trata de un documento fechado en 1690, que contiene las principales decisiones de los Jurados de la ciudad sobre como reglamentar las casas de mancebías. Existen además un buen número de pasaportes para hombres y mujeres que debían desplazarse de un pueblo a otro de nuestra geografía, y una enorme cantidad de informes de los diferentes Alcaldes de barrio (siglo XIX) informando al alcalde constitucional sobre la presencia, o no de mujeres públicas en sus distritos. Si se producía la presencia de estas mujeres, o simplemente de menesterosas, éstas eran llevadas inmediatamente al Asilo de pobres de San Sebastián.

Gracias a estos documentos hemos podido averiguar los nombres de algunas de estas mujeres que “daban escándalos”, como Dolores de Castro y Antonia Gregoria Nieto en el barrio de Santa Leocadia, Micaela Moñino en el barrio de San Justo y San Miguel, Escolástica Gómez en San Lorenzo, o María Teresa Moreno y Josefa García en el callejón de los dos codos... También se conserva algún expediente de triste recuerdo como el que aquel brigadier, quien ante las numerosas bajas que había en su batallón debido a las enfermedades venéreas, se tomó la justicia por su mano, y rapo al cero las cabezas y las cejas de dos de estas prostitutas.

Existieron varios intentos de reconducir este oficio por los buenos caminos de la moral, aunque parece ser que todos ellos resultaron fallidos. Recordemos la utilización, por parte del Cardenal Silíceo, de la Sinagoga de Santa María la Blanca como beaterio de prostitutas arrepentidas, y donde según Hurtado de Mendoza

vivieron más de 30 mujeres, o la casa para similar uso que existió en la calle de las Arrecogidas. Otra calle de Toledo que también acogió lupanares^[*] fue la calle de las airosas, junto a la Puerta de Bisagra

Martín Gomero en el siglo XIX recopiló las ordenanzas municipales más importantes e interesantes. Entre ellas se encuentra el título de 93 dedicado a las mujeres de mancebía, donde se realiza un primer intento de no discriminación hacia ellas:

Item que por ordenanzas desta ciudad, y ley quinientas y once destos reynos, está mandado y prouenido, que las mujeres públicas de la mancebía traigan hábitos diferentes y señales por donde sean conocidas y diferenciadas de las buenas mugeres. Mandamos que de aquí en adelante ninguna de las dichas mugeres de la dicha mancebía, no puedan traer ni traygan mantos, ni sombreros, ni guantes ni pantuflos, como algunas suelen calzar, y solamente traygan cubiertas mantillas amarillas, cortas, sobre las sayas que truxeren, y no cobertura alguna^[5].

Terminemos este apartado haciendo referencia a cierto reglamento publicado por el Ayuntamiento de la ciudad en 1871 con el eufemístico título de Reglamento de Higiene Especial, y en donde, a lo largo de 25 artículos se intenta reglamentar hasta el límite la vida de estas mujeres, y donde se pueden leer cosas tan peculiares como las que siguen:

Art. 1º La creación de la sección de Higiene especial tiene por objeto prevenir y evitar los malos efectos de la prostitución...

Art 3º No habrá cartillas: las prostitutas tienen derecho a usar los mismos documentos de seguridad que cualquier otra persona. Se dividirán en dos clases: amas de casa con huéspedes, y prostitutas por cuenta propia.

Art 11º. Las amas cuidarán de que las huéspedes no estén de manera deshonesto en las puertas, balcones o ventanas.

Art 24º: Las amas de casa y las prostitutas establecidas, que con engaño, sugerencias o de otra manera, trataren de promover o facilitar la prostitución o corrupción de menores de edad, incurrirán en una multa de cincuenta a cien pesetas^[6].

Para aquellos viajeros-lectores que estén interesados en este tema recomendamos la lectura del libro de Ricardo Izquierdo Benito *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, cuyo capítulo quinto está dedicado a la transgresión del

orden, y donde se puede encontrar algunos curiosos pregones, generalmente de Enrique IV, contra los proxenetas y mujeres públicas.

En la *Historia de las Calles de Toledo* Julio Porres nos cuenta que el edificio que sirvió para albergar a estas mujeres, cercano al paseo del Miradero, estuvo en pie, al menos hasta finales del siglo XVI.

Sin que sepamos exactamente a que se refiere, reseñamos que en ese documento que hemos citado en otras ocasiones, las respuestas generales del Catastro de Ensenada, se relacionan nueve de las denominadas posadas secretas, resultando una de ellas de lo más curioso:

Juan García, alias pelotas, por el trato de su posada secreta, le regalan anualmente de utilidad, quatrocientos reales de vellón^[7].

Para terminar, y sin entrar hacer valoraciones no nos resistimos a reproducir la reseña aparecida en cierto diario toledano allá por el año 1897. No tiene desperdicio:

Al Sr. Cura de San Andrés, que está en Gijón de vacaciones, le han tocado mil duros en el último sorteo de la lotería nacional. Suponemos que no los depositará en casa de ninguna D^a. Baldomera como aquella que se llevó los fondos de tanto cándido^[8].

Sin comentarios...

SIGNOS LAPIDARIOS.

Las marcas de cantero son bastante frecuentes en nuestros monumentos. Podemos encontrarlas sin dificultad en el museo de Santa Cruz, San Juan de los Reyes, el Alcázar, el puente de San Martín y la Catedral. Detengámonos en esta última una vez más. Según el jesuita Ferrer Benimelli, en ella hay más de 400 tipos de señales, que van desde simples líneas a peces, pasando por figuras geométricas o, como ya dijimos, la cruz de ocho beatitudes de los caballeros templarios. Las marcas de cantero se han interpretado como signos de reconocimiento de hermandades o logias, pero también como mensajes de unos constructores que concebían el acto de construir como un acto de conocimiento que exigía superar ritos de carácter iniciático. Por otra parte, hay quien asegura que estos canteros, seres anónimos en la mayor parte de las ocasiones, utilizaban sus marcas como señas de identidad. Néstor Pavón al hablar de los signos lapidarios o marcas de cantero en las catedrales españolas nos dice lo siguiente:

Es posible que lleven otro mensaje esotérico o religioso, considerando además que algunos de estos signos están colocados estratégicamente en posiciones donde son fácilmente visibles. Por el contrario, otros los encontramos en lugares inaccesibles y en zonas oscuras donde nunca llega la luz natural, como si se hubieran colocado allí, para no ser visto más que por aquellos conocedores iniciados^[9].

Según García Atienza:

Sólo cabe interpretar, en muchos casos, como marcas mandadas poner por adeptos ocultistas de sectas iniciáticas o de hermandades gremiales. Si es cierto que en muchas de ellas cabe perfectamente reconocer elementos propios de oficios y profesiones, hay otras muchas cuyos signos son claramente alquímicos, astrológicos y herméticos^[10].

En las actas del Congreso de gliptografía de Zaragoza, se afirma que estas marcas fueron dejadas de lado por los investigadores, hasta, por lo menos el siglo XVIII, y aún en ese momento la hipótesis más arraigada era la de que servían como cómputo del trabajo realizado, obviando cuestiones tan esclarecedoras como que, en no pocas ocasiones, la traza de la marca suponía un trabajo mayor que el de la talla del bloque. Pertenecer a alguna de las logias de cantero implicaba asistir a reuniones secretas de sus miembros en las que se instituía el ideario de la misma, y se realizaba la liturgia propia, que podía abarcar cuestiones tan intrascendentes como la vestimenta, o mucho más importantes como las medidas exactas en las que había que trabajar la piedra, e inevitablemente, suponía también mantener el secreto sobre todo ello, puesto que sólo aquellos que pertenecían a la logia estaban en disposición de conocer las normas. Estos rituales estaban jerarquizados, y sus ritos, sacralizados de alguna manera.

El caso de Toledo, gracias a la labor del profesor Izquierdo Benito, vuelve a ser paradigmático, ya que, en contra de lo que viene siendo habitual, no todas las marcas nos resultan anónimas. En efecto, revisando el archivo de Obra de la Catedral este profesor descubrió que al menos 8 de estos “pedreros” firmaban la recogida de sus honorarios con el mismo signo que habían grabado en la piedra.

Tal vez la investigación más exhaustiva de las llevadas a cabo respecto a nuestras marcas de cantero sea la que realizó Cruzada Villamil titulada *Signos Lapidarios del siglo xv en Toledo: la Catedral y San Juan de los Reyes*:

Hay signos de estos que se encuentran grabados como a unos doce o catorce pies del piso de la iglesia, pero la mayor parte de ellos, están ejecutados en las molduras de las basa que arrancan desde el poyo o

asiento que forma el cerramiento en su parte exterior, hacia la segunda nave de la catedral^[11].

Lo más interesante del artículo de Villamil es que recopiló las marcas de cantería del interior de la catedral (aunque confiesa que debe haber más) y dejó un sugerente grabado con ellas en las que aparecen 98 signos, y ninguno de ellos se repite en el exterior, y tan solo coinciden con los aportados por el profesor Izquierdo.

De estos signos establece una somera clasificación dividiéndolos en: letras, cruces, recuadros, triángulos, utensilios, círculos, curvas y signos conocidos.

Lo cierto es que algunos de ellos son altamente interesantes porque recuerdan dibujos utilizados por los canteros templarios y por símbolos del más puro esoterismo medieval, como son las huellas o pisadas de las ocas.



El ave mítica de los arcanos medievales, portadora de las ciencias y poderes del Más Allá. Louis Charpentier sostiene que sus orígenes deben ser múltiples, desde el tridente de Neptuno hasta la flor de lis heráldica, pero en todo caso, es el símbolo por excelencia de identificación de los descendientes de la Gran Tradición. Tal vez esto sea debido a que la oca, como animal participa de la vida en la tierra, en el agua y en el aire, y por eso se ha utilizado a lo largo de la historia como símbolo sagrado de un conocimiento latente, y en contextos más ortodoxos sirvió incluso para marcar a grupos malditos o minoritarios. Tremendamente significativo nos parece el que sea el símbolo que más se repite en un buen número de construcciones templarias españolas, y que precisamente se adjudique a estos monjes la paternidad de haber traído de tierra santa el “juego de la oca” (juego esotérico por excelencia y directamente emparentado con las logias de canteros medievales) o que en el contexto islámico, sea el único ave que puede ser representado en los libros islámicos.

Sánchez-Dragó nos amplía los datos sobre la representación de las ocas, diciéndonos que ya eran estudiadas por los druidas celtas, y que los tres radios convergentes son un símbolo emparentado con el laberinto; si por el contrario unimos dos de sus brazos por sus vértices lo que obtenemos es el crismón, símbolo predilecto de la arquitectura cristiana en la Edad Media.

Ávila Granados comprobó la presencia de estas marcas en las rutas de

peregrinación hasta la tumba jacobea, y también en los espacios más esotéricos de nuestra geografía mágica, y sostiene la idea de que eran signos de reconocimiento de las hermandades secretas de canteros medievales, creadas o fomentadas por los caballeros del Temple:

La oca, o en su defecto la pisada de esta enigmática ave, por su triple dimensión, aérea, terrestre y acuática, fue utilizada por los caballeros del Temple como elemento identificador hermético de lugares de energía, y, al mismo tiempo, como talismán ahuyentador de los poderes maléficos de Satanás^[12]

Acuda, si lo tiene a bien, ahora el lector-viajero a cuanto dijimos en el primer capítulo sobre los canteros malditos del templo de Salomón... recordar siempre es bueno y a veces imprescindible.

La masonería también dejó su impronta en forma de gliptograma en la catedral. Ventura Leblic en su artículo sobre la masonería toledana refiere lo siguiente:

La catedral de Toledo se inició con una gran influencia francesa (...) Sin duda la masonería operativa, dejó huella en el magnífico edificio toledano. Allí están los símbolos incisivos en sus paredes y columnas, tanto en el interior como en el exterior, en ellos se ha querido intuir, o ver la presencia al menos de “rouhg mason” o trabajadores de la piedra^[13].

O sea, que ahora cabe la posibilidad de que nos encontremos ante marcas de la catedral que han sido hechas por francmasones, por simples pedreros o por otros grupos compañeriles. Y claro está, debemos señalar ahora que en el caso de los constructores medievales constituidos en esas logias, un deber fundamental, era la transmisión de los conocimientos que permitían la construcción de la arquitectura sagrada, y a la vez, las claves secretas de experiencias trascendentes. En las actas del congreso de gliptografía se afirma que:

Observando determinados muros repletos de tales marcas —la Catedral de Toledo, el claustro de Silos, el Monasterio de Poblet o San Salvador de Sepulveda— se puede incluso intuir la presencia de unos determinados mensajes crípticos, cuya lectura, con toda probabilidad, nos llevaría al conocimiento de muchos principios hoy aún desconocidos^[14].

Con independencia de que lleven implícita o explícitamente un mensaje esotérico, creemos que lo realmente importante es constatar su presencia y buscar entre los muros de los edificios citados, y de otros posibles enclaves estas enigmáticas —y a

veces artísticas marcas— y en su caso tratar de descifrar el interrogante de su presencia, para lo cual, entiendo yo que primero habría que realizar un exhaustivo catálogo de las mismas en nuestra ciudad, labor que aún está por acometer. En el momento de escribir estas líneas tenemos en nuestras manos un pequeño librito adquirido en Noia que se titula *O cemiterio de Santa María a Nova* escrito en los años treinta del pasado siglo por Álvaro de las Casas, y en el que se recogen la práctica totalidad de las inscripciones de las lápidas y marcas de cantería de esta singular iglesia, y nos llama profundamente la atención la constatación de signos que se repiten acá y allá, como si las mismas familias de canteros hubieran trabajado en ambos lugares. Acogiéndome al beneficio que me proporciona la falta de datos, me atreveré a sugerir que tal vez alguno de los gremios de canteros, o descendientes de estos, que pertenecieron a las logias que trabajaron en Noia pudieron después (o antes) desplazarse hasta Toledo para trabajar en nuestros monumentos.



Ilustración 62. Algunas marcas de cantería de la Catedral.

Pero el interrogante continúa aún más. Revisando la interesante revista *Toledo Arte e Ilustración* que dirigía Camarasa, encontramos un artículo que, *a priori* no guarda ninguna relación con el tema que nos ocupa “*De los boneteros toledanos: el libro de las señales*”, y sin embargo, y esto es lo que resulta sorprendente, en las láminas de ese libro se recogen 50 de estas señales que identificaban a los diferentes gremios de boneteros, y de ellas, no menos de quince coinciden exactamente con los signos lapidarios que se recogen en la lámina de Cruzada Villaamil que acabamos de mencionar. Ese libro de señales de boneteros es del siglo XVI, así que la incógnita se mantiene.

Dos apuntes para terminar este apartado. En la extraordinaria exposición creada por Antonio Pareja *Claves de Toledo, llaves del futuro*, en la sección que se dedica a la fama de la ciudad como centro de lo mágico, se aportan cinco o seis fotografías espléndidas de marcas de cantería, que al decir del pié de texto que las acompaña, pertenecen a signos mágicos que están insertos entre los muros de algunos de los principales enclaves de la ciudad. Y el último dato, la cruz de San Andrés, cruz en aspa que también está presente en la iglesia de idéntico nombre, en la catedral y en

San Juan de los Reyes, es un símbolo cabalístico utilizado por carbonarios y masones, el cual proviene de la jerga de los antiguos constructores. Desde luego nos viene de antiguo a los toledanos esta tradición de constructores insólitos, y si no, recuerde el viajero-lector que la construcción más hermética y universalmente reconocida como mágica y heterodoxa de España San Lorenzo del Escorial, fue obra de dos personas muy vinculadas con la ciudad: el maestro y arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo, y Juan de Herrera (quien por cierto nunca fue arquitecto, sino que tenía el cargo de ayuda de furriera del rey, lo que equivale a asesor personal, pero no fue jamás —insistimos— arquitecto) ambos expertos iniciados en las artes mágicas y en la alquimia que tanto interesó al monarca que requirió sus servicios: Felipe II.

ASOCIACIÓN DE MALHECHORES.

Con este epíteto describe Sánchez Dragó a la Garduña, asociación fundada en 1412, y que según este autor pervivió hasta 1822, y eso a pesar de la Santa Hermandad, los alguaciles de la ciudad el tribunal del Santo Oficio, etcétera. Lamentablemente^[*] no hemos podido localizar más información sobre esta asociación, y por tanto desconocemos sus fines, intereses y principios que les llevaron a existir casi cuatro siglos.

Parece ser que esta asociación además de nacer y desarrollarse en Toledo se extendió por toda nuestra geografía y las colonias, donde permanecería también hasta el siglo XIX.

Los miembros de esta asociación eran todos tipos de carácter marginal, pero estaban organizados de manera jerárquica, y existían en ella, ritos de iniciación, de admisión, palabras de paso, gestos de reconocimiento, y símbolos esotéricos que, o bien no han llegado hasta nosotros, o bien todavía nos son desconocidos y permanecen ocultos a pesar de estar presentes. También existían diferentes grados: aprendiz, compañero y maestros.

Lo que debió nacer con pretensiones diferentes, acabó degenerando en un montón de bandas incontroladas que asaltaban, con especial virulencia las casas e intereses de las minorías musulmanas y judía, con lo que aparentaban ser, incluso, celosos servidores del Tribunal del Santo Oficio.

No estaría de más que algún avisado lector con mayores arrestos que quien esto escribe tomara el testigo (minúsculo, sin duda, pero testigo a la postre) y compilara más información sobre este gremio de inusual antigüedad. Dicho queda.

AMULETOS TOLEDANOS.

Vaya por delante el aviso de que no pretendemos realizar un exhaustivo recorrido por la tipología de amuletos creados para protección de males, sino resaltar aquellos que nos han llamado más la atención. El folclorista Ismael del Pan recogió en varios interesantes artículos tradiciones de algunos pueblos de Toledo, sobre amuletos y su empleo como protectores fundamentalmente contra el ganado. Por su parte Fernández Oxea escribió un bien documentado artículo sobre amuletos lunares toledanos, profusamente ilustrado y altamente revelador, los cuales junto con los publicados por la asociación cultural Montes de Toledo, y las obras de Blázquez Miguel, González Casarrubios y Ventura Leblic (ver bibliografía) constituyen una valiosa documentación para adentrarse en el mundo de la superstición en nuestra ciudad y pueblos.

De la zona de los Montes de Toledo, parece ser que el amuleto que más se usaba era el llamado “*la higa*”, encargado de proteger contra el aojamiento. Este amuleto solía tener forma de mano o de puño cerrado:

En edad adulta se lleva colgado al cuello prendida mediante un cordel o cadena. En algunos casos las higas debían ser confeccionadas y “bendecidas” por saludadoras y curanderas, aunque dada la característica de por sí del amuleto, cualquiera podía realizarlo o bien adquirirlo inclusive en el comercio^[15].

En Guadamur y la Puebla de Montalbán este mismo mal del aojamiento debió causar estragos a juzgar por las notas sobre el trabajo de las saludadoras de estos pueblos que recogió Ismael del Pan:

El paralelismo etnológico de ese rito de magia toledano, con el de las jaulas para la caza de espíritus, es bien palmario, sobre todo si se tiene en cuenta lo que se refiere de la Puebla de Montalbán, en donde las saludadoras echan unas gotas de aceite en un plato, con un poco de agua, y dicen que ven allí la cara de la persona que les hizo el mal de ojo^[16].

Los amuletos elaborados con cuernos de cérvidos para la protección del mal de ojo debieron ser abundantes en los montes, sobre todo por la notable presencia de estos ungulados; al menos esta es la opinión de diversos autores:

Contra el mal de ojo se protegían las gentes con amuletos de diversa índole, como son aquellos fabricados de coral en forma de cuerno, las higas, cintas de colores, collares, las campanillas, chupones de cristal, castañas de indias, escapularios, evangelios, relicarios, cuerno de ciervo

o de chivo negro etc.^[17].

Por su parte Fernández Oxea realizó su investigación en las tierras de Talavera y Puente del Arzobispo. En los pueblos de estas comarcas encontró un frecuente uso de amuletos con formas de lunas, los cuales, obviamente se utilizaban contra el “alunamiento”, “lunario” o “alunado” de bebés lactantes y sus madres. Este mal no es más que problemas gástricos. Nos cuenta este autor que en Lagartera se mantenía el amuleto desde el nacimiento hasta los dos años, en Gamonal los usan solo las madres para que no se les “alunen” los pechos.

Resulta curioso constatar como algunas de las partes del amuleto tienen nombres tales como “corazón de la virgen”, la “cruz”, la “corona” etc, produciéndose por tanto una asimilación cristiana de ritos paganos. Esperanza Sánchez Moreno y Consolación González Casarrubios creen que en bastantes pueblos toledanos la luna influye sobre la concepción:

Lo que todavía perdura es la creencia de que la luna influye sobre la fertilidad de la mujer, y así en Arcicollar para conseguir tener hijos hay que amarse en “las lunas precisas”, y en algunos otros lugares se relaciona la fase de la luna en el momento de la concepción con el sexo de la criatura^[18].

En Sevilleja de la Jara los amuletos llevaban unidos un trozo de cuerno de ciervo o de colmillo de jabalí.

La importancia alcanzada por los amuletos lunares fue tal, que, ante la gran demanda que de ellos había, se llegó a industrializar su fabricación, creándose unos tipos diferentes de los populares hechos por los artesanos herreros^[19].

La creencia en estos “alunamientos” estuvo muy extendida en la parte occidental de la provincia, aunque fuera de esta zona también hemos encontrado información sobre ello:

Para protegerse, colgaban al niño una medialuna que podía presentar más o menos complicación y estar realizada en diferentes metales, pero que, básicamente, era lo que su nombre indica (...) La madre llevaba para el mismo fin una manillera, especie de pulsera realizada en hierro o cobre, en algunos casos lisa y en otros adornada con motivos geométricos^[20].

Parece ser que ambos elementos protectores, para que fueran eficaces debían empezar a construirse el primer viernes de Cuaresma y trabajar un poco cada viernes de cuaresma, para ser terminados el viernes Santo. Remitimos al lector que quiera recopilar más información sobre estos amuletos a las obras citadas de Fernández Oxea y González Casarrubios.

Permítasenos, aunque sea “fuera de juego” copiar una frase de Rafael Alarcón a propósito de nuestros amuletos lunares:

Lo enigmático es que resulta frecuente encontrar escudos templarios donde la cruz griega está asociada con símbolos de viejos cultos ígneos: el creciente lunar, estrellas y soles; siguiendo siempre un esquema compositivo similar: cruz arriba y creciente lunar debajo, con las estrellas entre los brazos de la cruz o bajo la luna. Las más significativas muestras son la citada piedra armera de Fregenal y la de la Iglesia Templaria de San Miguel en Toledo (...) Lo inquietantemente peculiar es que dicho conjunto de símbolos: luna-estrella-soles, se encuentra profundamente extendido por la geografía extremeña y toledana, en forma de amuletos populares protectores contra el “alunado” y otros “males de Luna”^[21].

Un apunte oculto y curioso “lunático” lo recogía Mariano Calvo, para informarnos de que dos ilustres toledanos pusieron su nombre en la luna antes que Neil Armstrong pusiera su pie; Alfonso X el Sabio, y Azarquiel. Ambos han bautizado a sendos cráteres en el satélite, el primero por haber realizado las famosas tablas astronómicas conocidas como “alfonsíes”, y el segundo por ser, entre otras cosas un eminente astrólogo de la corte toledana. No sobre la luna, pero si sobre una estrella será el último referente astral, ya que existe cierta estrellita que posee el toledano nombre de *Avenara*, nombre que en realidad deriva de Abraham Aben Ezra, nacido en nuestra ciudad en 1092 y discípulo de Judá Haleví. Fue matemático, astrónomo y celebrado ajedrecista.

Si el viajero-lector desea ampliar su información sobre la superstición y los amuletos empleados contra el mal de ojo, le recomendamos también consultar la obra de Ismael del Pan, las de Blázquez Miguel y la, también reseñada en la bibliografía de Cirac Estopañan.

ACERCA DE ALGUNOS LIBROS MALDITOS.

Una maldición ancestral pesa sobre algunos libros desde su misma creación, y no han sido pocos los que han intentado acabar con ella de la única manera que se les

ocurría: quemándolos. ¡Cuánto saber del acervo cultural pereció bajo las llamas de los exterminadores, desde que se mandó expurgar en el año 747 a. C. hasta la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, desde la quema de los libros de los califas en la Córdoba del siglo XIII hasta las hogueras de Torquemada!...los ejemplos se multiplican por todas partes.

Libros prohibidos que se editaran en la ciudad ha habido muchos, fundamentalmente a raíz de las traducciones de la Escuela de Traductores y el inmenso bagaje cultural que nos legaron, pero hay dos (además de aquel otro que ya mencionamos en la aventura con el monje Gerberto) que nos han llamado poderosamente la atención: Picatrix, y el Necronomicon (repase el lector-viajero la lista de libros que ofrece Ruiz de la Puerta, y que fueron editados en nuestra ciudad, en las actas del congreso sobre Toledo Mágico para aumentar la lista, que nosotros por nuestra parte tan sólo nos vamos a ocupar de un par de ellos).

Picatrix debió ser un libro ampliamente difundido por Europa, hasta el punto de que Rabelais hace al gigante Pantagruel alumno del reverendo padre diabólico Picatrix en Toledo. Su autor maneja y habla en su obra sobre autoridades y fuentes científicas de las tradiciones grecolatinas, árabes y orientales pre musulmanas.

Tal y como se afirma en el prólogo de la edición actual publicada por la Editora Nacional, Picatrix es un libro de imaginación e invención lleno de magia y horror. Para los amantes de la alquimia este libro tiene una particularidad respecto a otros muchos, y es que sus referencias a estas fuentes que acabamos de mencionar, nos estaría indicando que estamos ante uno de los primeros tratados de alquimia. Para otros autores este libro era conocido como el libro de todos los sabios y de todos los ingenios infernales. Pete Kolosimo nos indica que:

Es un texto árabe que toma su nombre de su presunto autor. Su edad no es calculable ni siquiera por aproximación. Solo se sabe que traducido apareció en nuestro continente hacia 1256^[22].

Picatrix es en realidad el nombre o apodo con el que se conoció, fundamentalmente en occidente a Ahmad al-Magriti, autor de alguna que otra obra, incluso por encargo directo de Alfonso X.

Vayamos con el segundo de los libros malditos el Necronomicom. Se trata de un libro que, según Lovecraft, y otro nutrido grupo de autores, fue escrito por un poeta árabe de nombre Abdul-al Hazred aproximadamente en el siglo VII. Este poeta debió huir de ciertas persecuciones musulmanas y se dedicó a viajar por Yemen, visitando restos de culturas antiguamente florecientes.

Después de su muerte, este extraño libro (existen ediciones actuales fácilmente asequibles) sería traducido al griego por Theodorus Philetas de Constantinopla, quien le daría el nombre por el que hoy lo conocemos. A pesar de que su traducción se hizo

en secreto, pronto se dio a conocer su existencia. Siglos más tarde, el libro sería mandado quemar por parte del papa Gregorio IX, tanto en su versión griega como latina, una de cuyas ediciones se habría elaborado en Toledo, casi con toda seguridad a finales del siglo XIV o comienzos del XV. De este expurgo, y de los pocos ejemplares que se salvaron, nació la fama de libro maldito.

En realidad no es más que uno de tantos libros de alta magia, integrado por manuscritos medievales de magia y por una especie de resumen de otro libro de artes mágicas muy conocido: la Clavícula de Salomón.

A Lovecraft, el Necronomicom le sirvió de base para crear su mitología propia, —más o menos lo mismo que Tolkien— los mitos Cthulhu, a través de relatos de terror llenos de personajes extraños y situaciones misteriosas. Imprescindibles si el viajero-lector es aficionado al género de terror, sin duda.

En Internet leemos que de los textos latinos queda uno del siglo XV en el British Museum bajo llave, y otra copia del siglo XVII se encuentra en la Biblioteca Nacional de París. Parece ser que existen otras cuantas copias que circulan en secreto entre extravagantes millonarios.

Lo cierto es que el libro está, hoy en el tercer milenio, estrictamente prohibido por las autoridades de varios países y por determinadas comunidades religiosas. Al decir de algunos, su lectura conlleva consecuencias terribles, pero quien esto escribe lo ha leído atentamente y no le parece más que un elemental libro de magia, sin que hasta el momento nos haya sucedido nada terrible tras su lectura. Que sigamos así por muchos años.

LOS TOLEDANOS SUEÑOS PROFÉTICOS DE LUCRECIA DE LEÓN.

Nació Lucrecia en Madrid en el año de 1567 y en el seno de una acomodada familia. Al parecer, su posición social cayó en declive —cosa que nunca perdonaría a su padre— a la par que ella sentía una gran atracción por la Corte y los lujos que ostentaban. Gracias a la duquesa de Feria consiguió ser sirvienta de Ana de Mendoza, futura criada del monarca Felipe III.

Sus primeros sueños tuvieron lugar a la edad de 12 años, y desde esa temprana fecha ya no la abandonarías. Entran a escena prontamente dos personajes importantes don Alonso de Mendoza canónigo de la catedral de Toledo y Abad de San Vicente, y fray Lucas de Allende perteneciente a un convento franciscano de Madrid. Ambos serían los encargados de transcribir los sueños de Lucrecia, tarea ardua, si pensamos que recogieron más de 400. Estos píos hombres estaban convencidos de la inspiración divina de los sueños de Lucrecia.

Entre las muchas cosas que predijo esta mujer destacan el desastre de la Armada

Invencible casi un año antes de que esta se creara, así como la muerte de Ana de Austria, mujer de Felipe II. Más interesante para nuestros propósitos es el sueño en el que predijo la llegada masiva de hordas turcas junto a hugonotes que acabarían con la vida de todos aquellos que no estuviesen bajo la protección de las murallas de Toledo, o escondidos en la cueva de Sopena, junto al río Tajo, lugar éste acondicionado por el mismísimo Juan de Herrera, pero que, a pesar de los esfuerzos, todavía no ha podido ser localizado y que ha dado origen a numerosas leyendas sobre su enclave exacto.

Sus sueños terminaron por jugarle una mala pasada y fue acusada ante la Inquisición acusada de traidora, o de sediciosa. En 1590 Lucrecia de León es traída a las cárceles inquisitoriales de Toledo, situadas en ese momento en la Plaza de San Vicente, y aquí comenzaría un proceso que la mantendría cinco años en prisión, hasta julio de 1595, incluso dando a luz a una hija dentro de la cárcel También don Alonso sufriría penas de reclusión en el Monasterio de San Agustín.

Una buena parte de los intentos de los inquisidores consistieron en conseguir confesión, incluso bajo tortura, de que sus sueños tenían intenciones políticas para derrocar a Felipe II. No lo consiguieron. Lucrecia salió en acto público de fe desde la iglesia de San Pedro Mártir, en forma de penitente, con una soga en la garganta, con una vela en la mano que sostuvo mientras le leían la sentencia, que fue, eso sí, bastante benigna, ya que consistió en “abjurar de leví”, cien azotes, dos años de confinamiento en un convento y destierro de Madrid, cosa, que casi con seguridad no cumplió.

Al decir de los creyentes mientras duró el proceso de Lucrecia se produjeron abundantes sucesos paranormales por toda la península: luces misteriosas en los cielos, seres que auguraban desastres en iglesias de Madrid, en Castilla una niña de sólo 78 años dio a luz a otra criatura, en León llovió cera...

En todo caso aquí terminaron los proféticos sueños de Lucrecia de León, y nos quedamos sin saber por qué Toledo fue el lugar elegido como único recinto de salvación ante la llegada de las tropas enemigas, tal vez ¿por la influencia de don Alonso de Mendoza?

Un postrer apunte. En el proceso de Lucrecia el Santo Oficio mandó llamar a Juan de Herrera —al que nos acabamos de referir páginas arriba— para que les ayudara en la interpretación de los sueños, tal era la pública fama de persona versada en las artes mágicas de Herrera, y su protección directa de la realeza.

Bibliografía empleada

Libros

1. ACADEMIA ESPAÑOLA; *Diccionario de Autoridades*, 3 Vol. Gredos. Madrid. 1990.
2. ALARCÓN, R.; *A la sombra de los templarios*. Martínez Roca. Barcelona. 1998.
3. ALARCÓN, R.; *La última Virgen negra del Temple*. Martínez Roca. Barcelona. 1991.
4. ALARCÓN, R.; *La otra España del Temple*. Martínez Roca. Barcelona. 1988.
5. ALCOCER, P.; *Hystoria o descripción de la Imperial Cibdad de Toledo. Con todas las cosas acontecidas en ella, desde su principio y fundación*. (ed. facsímile). IPIET. Toledo. 1973.
6. ALONSO, P.; GIL, A.; *La memoria de las Aljamas*. Ediciones El Viso. Madrid. 1994.
7. ALONSO, P.; GIL, A.; *Historias y leyendas de Castilla La Mancha*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha. Toledo. 1998.
8. ALVAR, C.; *La búsqueda del Santo Grial*. Alianza. Madrid. 1997.
9. ARAGONÉS, A.; *Toledo. páginas de su historia*. Imprenta Gómez-Menor. Toledo. 1928.
10. ARANDA, F.; CARROBLES, J.; ISABEL, J. L.; *El sistema hidráulico romano de abastecimiento a Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1997.
11. ARELLANO, M.; LEBLIC, V.; GÓMEZ-MENOR, J. C.; *Guía de la Heráldica en las iglesias y monasterios toledanos*. Sociedad Toledana de Estudios Heráldicos y Genealógicos. Toledo. 1992.
12. AVILA GRANADOS, J.; *El libro negro de la Historia de España*. Robinbook. Barcelona. 2001.
13. AVILA GRANADOS, J.; *Enclaves mágicos de España. Viajes por la geografía esotérica española*. Planeta. Barcelona. 2002.
14. AVILA GRANADOS, J.; *La mitología templaria*. Martínez Roca. Barcelona. 2003.
15. BAIGNET, M.; LEIGH, R.; LINCOLN, H.; *El enigma sagrado*. Barcelona. Martínez Roca. Barcelona. 1985.
16. BALTRUSAITIS, J.; *La Edad Media fantástica*. Cátedra. Madrid. 1983.
17. BAÑOS VALLEJO, F.; *Las vidas de santos en la literatura medieval española*. Laberinto. Madrid. 2003.
18. BAYARD, J.; *El secreto de las catedrales*. Tikal. Barcelona. 1995.
19. BELTRAN, F.; *Colón, toledano. Misterio aclarado*. Librería española y extranjera. Toledo. 1928.
20. BENITO REVUELTA, V.; *Bécquer y Toledo*. IPIET. Toledo. 1972.
21. BENITO RUANO, E.; *“A Toledo los diablos”*. Universidad de Castilla La Mancha. Ciudad Real. 1995.

22. BENNASSAR, B.; *Inquisición Española: poder político y control social*. Crítica. Barcelona. 1984.
23. BLASCO IBÁÑEZ, V.; *La Catedral*. Plaza Janés. Barcelona. 1990.
24. BLÁZQUEZ, J. M.; *Religiones, ritos y creencias funerarias de la Hispania Prerromana*. Biblioteca Nueva. Madrid. 2001.
25. BLÁZQUEZ, J. M.; *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Istmo. Madrid. 1975.
26. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *La Inquisición en Castilla La Mancha*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. Córdoba. 1986.
27. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *Castilla la Mancha: magia, superstición y leyenda*. Everest. León. 1991.
28. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *Hechicería y superstición en Castilla la Mancha*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha. Toledo. 1985.
29. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *Eros y Tanatos*. Tikal. Barcelona. 1989.
30. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *Inquisición y criptojudasmo*. Madrid. Kaideda. Madrid. 1988.
31. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *Herejía y heterodoxia en Talavera de la Reina y su tierra*. Ediciones Hierba. Toledo. 1989.
32. BLÁZQUEZ MIGUEL, J.; *Toledoth: historia del Toledo judío*. Arcano. Toledo. 1989.
33. BORGES, J. L.; *El libro de los seres imaginarios*. EMECE. Barcelona. 1981.
34. BOUZA, F.; *Locos, enanos y hombres de placer en la Corte de los Austrias*. Temas de Hoy. Madrid. 1991.
35. BURTON RUSSELL, J.; *Lucifer: el diablo en la Edad Media*. Laertes. Barcelona. 1995.
36. CALLE, R.; *Historia de las sociedades secretas*. Temas de hoy. Madrid. 1990.
37. CALLEJO, J.; *Guía de los seres mágicos de España: Gnomos*. Edaf. Madrid. 1995.
38. CALLEJO, J.; *Guía de los seres mágicos de España: Hadas*. Edaf. Madrid. 1995.
39. CALLEJO, J.; CANALES, C.; *Guía de los seres mágicos de España: Duendes*. Edaf. Madrid. 1988.
40. CALLEJO, J.; CANALES, C.; *Seres y lugares en los que usted no cree*. Editorial Complutense. Madrid. 1995.
41. CALLEJO, J.; *Secretos medievales*. Temas de Hoy, Madrid. 2006.
42. CALVO, M.; *Engorro y neuralgia de Toledo*. Zocodover. Toledo. 1992.
43. CALVO, M.; *Teoría de Toledo y otras teorías*. Azacanes. Toledo. 2001.
44. CARDILLAC, L.; *Toledo siglos XII y XIII*. Alianza. Madrid. 1991.
45. CARO BAROJA, J.; *Las brujas y su mundo*. Alianza. Madrid. 1984
46. CARO BAROJA, J.; *Toledo*. Destino. Barcelona. 1988.
47. CARO BAROJA, J.; *Vidas mágicas e inquisición*. Círculo de lectores. Barcelona. 1990.

48. CARO BAROJA, J.; *Inquisición, brujería y criptojudasmo*. Círculo de lectores. Barcelona 1996.
49. CARO BAROJA, J.; *Los judíos en la España Moderna y Contemporánea*. Istmo. Madrid. 1986
50. CARO BAROJA, J.; *De los arquetipos y leyendas*. Istmo. Madrid. 1991.
51. CARO BAROJA, J.; *Algunos mitos españoles: ensayos de mitología popular*. Editora Nacional. Madrid. 1941
52. CARO BAROJA, J.; *Ritos y mitos equívocos*. Istmo. Madrid. 1989.
53. CARO BAROJA, J.; *Del viejo folclore castellano*. Ámbito. Valladolid. 1988.
54. CARO BAROJA, J.; *Algunos mitos españoles y otros ensayos*. Ediciones del Centro. Madrid. 1974.
55. CARO BAROJA, J.; *El estío festivo: fiestas populares del verano*. Círculo de lectores. Barcelona. 1992.
56. CARO BAROJA, J.; *El Carnaval*. Taurus. Madrid. 1989.
57. CARRERAS Y CANDI, M.; *Folklore y costumbres de España*. 3 Tomos. Casa editorial Alberto Martín. Barcelona. 1946.
58. CEDILLO, C.; *Catálogo monumental y artístico de la Catedral de Toledo*. Diputación Provincial. Toledo. 1991.
59. CHARPENTIER, L.; *Los misterios templarios*. Plaza Janés. Barcelona. 1995.
60. CIRAC ESTOPAÑAN, S.; *Los procesos de hechicería en Castilla la Nueva*. CSIC. Madrid. 1942.
61. CIRLOT, J. E.; *Diccionario de símbolos*. Siruela. Barcelona. 1969.
62. CIRUELO, P.; *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*. Glosa. Barcelona. 1977.
63. COSSIO, J. M.; *Fábulas mitológicas en España*. Istmo. Madrid. 1988.
64. COVARRUBIAS OROZCO, S.; *Tesoro de la lengua castellana o española, (red)*. Turner. Madrid. 1979.
65. COX, H.; *Las fiestas de Locos*. Taurus. Madrid. 1983.
66. CRESPI, E.; *Personajes y temas del Graal*. Península. Barcelona. 2002.
67. CUNQUIERO, A.; *Fábulas y leyendas de la mar*. Tusquets Editores. Barcelona. 1988.
68. DAVY, M.; *Iniciación a la simbología románica en el siglo XII*. Akal. Madrid. 1996.
69. D'ARBO, S.; *España mágica y misteriosa*. Ediciones del Serval. Barcelona. 1994.
70. DE HOROZCO, S.; *Relaciones históricas toledanas*. IPIET. Toledo. 1981.
71. DELEITO, J.; *La mala vida en la España de Felipe IV*. Alianza. Madrid. 1989.
72. DELGADO, A.; *Leyendas de la ciudad del Tajo*. Librería editorial Purrua Turanzos. Madrid. 1946.
73. DELGADO VALERO, C.; *Regreso a Tulaytula. Guía del Toledo Islámico*. Junta de

- Comunidades de Castilla la Mancha. Toledo. 1999.
74. DEL PAN, I.; *Folklore toledano: supersticiones y creencias*. Imprenta Medina. Toledo. 1932.
75. DEL RIO, M.; *La magia demoníaca*. Hiperión. Madrid. 1991.
76. DE LOS RÍOS, A.; *Toledo pintoresca*. Albur. Barcelona. 1976.
77. DE MARIANA, J.; *Historia general de España*. Gaspar y Roig Editores. Madrid. 1852.
78. DE PALAZUELOS, V.; *Guía artístico-práctica de Toledo*. Zocodover. Toledo. 1984.
79. DE ROJAS, P.; *Historia de la Imperial y esclarecida cibdad de Toledo*. (ed. facsímile). Zocodover. Toledo. 1994.
80. DESCRIPCIÓN DE ESPAÑA POR XERIF ALEDRIS. Traducción y notas de José Antonio Conde. Ediciones Atlas. Madrid. 1980.
81. DÍEZ DEL CORRAL, R.; *Arquitectura y mecenazgo: la imagen de Toledo en el Renacimiento*. Alianza. Madrid. 1987.
82. DONEZAR DÍEZ, J.; *Toledo según las respuestas generales del Catastro de Ensenada*. Alcabala del viento. Madrid. 1990.
83. DONOVAN, F.; *Historia de la brujería*. Alianza. Madrid. 1995.
84. EIMERIC, N.; PEÑA, N.; *Manual de los Inquisidores*. Muchnick. Barcelona. 1993.
85. ENRIQUE, A.; *Tratado de la Alhambra hermética*. Ediciones Antonio Ubago. Granada. 1988.
86. ENRIQUEZ DE SALAMANCA, C.; *Curiosidades de Toledo*. El País Aguilar. Madrid. 1992.
87. ESCHEMBACH, W.; *Parzival*. Siruela. Madrid. 1998.
88. ESLAVA GALÁN, J.; *Historia de España contada para escépticos*. Planeta. Barcelona. 1998.
89. ESLAVA GALÁN, J.; *El enigma de la mesa de Salomón*. Osuna. Barcelona. 1986.
90. ESLAVA GALÁN, J.; *Templarios y otros enigmas medievales*. Planeta. Barcelona. 1998.
91. ESLAVA GALÁN, J.; *Historias de la Inquisición*. Planeta. Barcelona. 1992.
92. ESLAVA GALÁN, J.; *El fraude de la Sábana Santa y las reliquias de Cristo*. Planeta. Barcelona. 1997.
93. FEIJOO, B.; *Teatro Crítico universal*. Taurus. Madrid. 1985.
94. FERNÁNDEZ, L.; *Los guardianes del Secreto*. Edad. Madrid. 2003.
95. FILÓSTRATO; *Vida de Apolonio de Tiana*. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid. 1979.
96. FLORES ARROYUELO, F.; *El diablo en España*. Alianza. Madrid. 1985.
97. FUENTELEPEÑA, A.; *El ente dilucidado*. Editora Nacional. Madrid. 1978.
98. FULCANELLI.; *El misterio de las catedrales*. Plaza y Janés. Barcelona. 1967.
99. GAMARRA, P.; *Aguafuertes toledanos*. Imprenta Gómez Menor. Toledo. 1972.

100. GARCÍA ATIENZA, J.; *La nueva guía de la España Mágica*. Grijalbo. Barcelona. 2002.
101. GARCÍA ATIENZA, J.; *El cáliz de la discordia: miserias y esplendores del Grial*. Grijalbo. Barcelona. 2001.
102. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía de los recintos sagrados españoles*. Arín. Barcelona. 1986.
103. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía judía de España*. Altalena. Madrid. 1978.
104. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía de la inquisición en España*. Arín. Barcelona. 1988.
105. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía de la España templaria*. Arín. Barcelona. 1985.
106. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía de las leyendas españolas*. Arín. Barcelona. 1985.
107. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía de las brujas en España*. Arín. Barcelona. 1986.
108. GARCÍA ATIENZA, J.; *Guía de la España Mágica*. Martínez Roca. Barcelona. 1981.
109. GARCÍA ATIENZA, J.; *Segunda Guía de la España Mágica*. Martínez Roca. Barcelona. 1982.
110. GARCÍA ATIENZA, J.; *La historia no contada*. Martínez Roca. Barcelona. 1989.
111. GARCÍA ATIENZA, J.; *En busca de la historia perdida*. Martínez Roca. Barcelona. 1983.
112. GARCÍA ATIENZA, J.; *La cara oculta de Felipe II*. Martínez Roca. Barcelona. 1998.
113. GARCÍA ATIENZA, J.; *Montes y simas sagrados de España*. Edaf. Madrid. 2000.
114. GARCÍA ATIENZA, J.; *Leyendas mágicas de España*. Edaf. Madrid. 1997.
115. GARCÍA ATIENZA, J.; *Nuestra Señora de Lucifer*. Martínez Roca. Barcelona. 1991.
116. GARCÍA ATIENZA, J.; *La meta secreta de los templarios*. Martínez Roca. Barcelona. 1989.
117. GARCÍA ATIENZA, J.; *El legado templario*. Robinboock. Barcelona. 1991.
118. GARCÍA ATIENZA, J.; *El misterio de los templarios*. Edaf. Madrid. 2000.
119. GARCÍA ATIENZA, J.; *Los enclaves templarios*. Martínez Roca. Barcelona. 1998.
120. GARCÍA ATIENZA, J.; *Santoral Diabólico*. Martínez Roca. Barcelona. 1988.
121. GARCÍA ATIENZA, J.; *Los santos imposibles*. Martínez Roca. Barcelona. 1989.
122. GARCÍA ATIENZA, J.; *Leyendas históricas de España y América*. Madrid. Edaf. 1999.
123. GARCÍA CRIADO, J.; *Cuatro palabras sobre el libro del Señor Olavarría Tradiciones de Toledo*. Imprenta de Fando e Hijos. Toledo. 1880.
124. GARCÍA DEL REAL, L.; *La noche toledana*. Luis Tasso Editor. Barcelona. 1848.
125. GARCÍA MARTÍN, F.; *Cuevas y Silos: viviendas subterráneas en Castilla La Mancha*. Celeste Ediciones. Madrid. 2001.
126. GARCÍA FONT, J.; *Historia de la Alquimia en España*. Editora Nacional. Madrid.

1976.

127. GODWIN, M.; *El Santo Grial: origen, significado y revelaciones de una leyenda*. EMECE. Barcelona. 1995.

128. GÓMEZ-MENOR, J.; *Santuarios marianos de la provincia de Toledo*. IPIET. Toledo. 1983.

129. GONZÁLEZ CASARRUBIOS, C.; SÁNCHEZ MORENO, F.; *Folclore Toledano: fiestas y creencias*. IPIET. Toledo. 1981.

130. GONZÁLEZ RUIZ, R.; *La navidad en la catedral de Toledo*. Antonio Pareja editor. Toledo. 2002.

131. GRAU RIQUEL, T.; *Toledo mágico: proyecto televisivo*. Toledo. Biblioteca Regional c. b. 1107621. 1990.

132. GUERRA, M.; *Simbología románica*. Fundación Universitaria Española. Madrid, 1978.

133. HANI, J., *El simbolismo del templo cristiano*. José de Olañeta Editor. Palma de Mallorca. 2000.

134. HERREJÓN, M.; *Las ermitas de Toledo*. Imprenta Torres. Toledo. 1997.

135. HUYNEN, J.; *El enigma de las vírgenes negras*. Plaza y Janés. Barcelona. 1972.

136. IBÁÑEZ RAMOS, M.; *La leyenda de la Venta del Alma*. Gráficas Iparragirre. Urretxu. 1999.

137. IMIRIZALDU, J.; *Monjas y beatas embaucadoras*. Editora Nacional. Madrid. 1977.

138. IRVING, W.; *Crónicas moriscas. Leyendas de la conquista de España*. Miguel Sánchez Editor. Granada. 1991.

139. JACQ, C.; *El misterio de las catedrales*. Planeta. Barcelona. 1999.

140. JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.; *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII*. Tomo V. IPIET. Toledo. 1986.

141. JUAN MANUEL; *El Conde Lucanor*. Espasa-Calpe. Madrid. 1971.

142. KAPPLER, C.; *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*. Akal. Madrid. 1986.

143. KOLOSIMO, P.; *Polvo del infierno*. Plaza y Janés. Barcelona. 1977.

144. *Las mil y una noches*; Planeta. Barcelona. 1990.

145. LEBLIC GARCÍA, V.; *Medicina popular en la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo, 1994

146. LEVACK, B.; *La caza de brujas en la Europa Moderna*. Alianza. Madrid. 1995.

147. LISÓN TOLOSANA, C.; *Las brujas en la historia de España*. Temas de hoy. Madrid. 1991.

148. LÓPEZ, V.; *El Templo de Melkart en Toledo*. Imprenta Gómez-Menor. Toledo. 1929.

149. LOZANO, C.; *Los Reyes nuevos de Toledo*. Imprenta de Andrés Ramírez. Madrid. 1764.

150. MADOZ, P.; *Diccionario Geográfico estadístico histórico*. Valladolid. Ámbito Ediciones. Valladolid. 1987.
151. MARAÑÓN, G.; *Elogio y nostalgia de Toledo*. Madrid. Espasa Calpe. 1941.
152. MAROTO GARRIDO, M.; *Fuentes documentales para el estudio de la arqueología en la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1991.
153. MARTÍN GAMERO, A.; *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y monumentos*. Imprenta López Fando. Toledo. 1862.
154. MARTÍN GAMERO, A.; *Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de la muy noble, muy leal e imperial ciudad de Toledo*. Imprenta de José Cea. Toledo. 1858.
155. MARTÍN GAMERO, A.; *Aguas potables de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1997.
156. MARTÍN SÁNCHEZ, M.; *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*. Edaf. Madrid. 2002.
157. MARTÍNEZ ARANCON, A.; *Santoral extravagante: una lectura del Flos Sanctorum de Alonso de Villegas*. Editora Nacional. Madrid. 1978.
158. MARTÍNEZ ARTOLA, M. A.; *La Cueva de Hércules*. Ediciones Libertarias. Madrid. 1997.
159. MARTÍNEZ – BURGOS, P.; *Ídolos e imágenes: la controversia del arte religioso en el siglo XVI español*. Ediciones de la Universidad de Valladolid. Valladolid. 1990.
160. MARTÍNEZ CAVIRO, B.; *Conventos de Toledo*. Ediciones El Viso. Madrid. 1990.
161. MARTÍNEZ GIL, F.; *Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias*. Publicaciones del Ayuntamiento de Toledo. Toledo. 1984.
162. MARTÍNEZ GIL, F.; *La muerte vivida: muerte y sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1996.
163. MATEO GÓMEZ, I.; *La sillería del coro de la catedral*. IPIET. Toledo. 1980.
164. MAYO, M.; *Tradiciones y leyendas de Toledo*.
165. MENDIZABAL, F.; *Romancero de leyenda. Colección Hispania*. Madrid. 1964.
166. MENÉNDEZ PIDAL, R.; *Flor nueva de romances viejos*. Espasa Calpe. Madrid. 1975.
167. MENÉNDEZ PIDAL, R.; *Floresta de leyendas heroicas españolas*. Ediciones la Lectura, Madrid, 3 Vol. 1925.
168. MELVILLE, M.; *Nosotros los templarios*. Girona. Tikal. Barcelona. 1995.
169. MENÉNDEZ PELAYO, M.; *Historia de los Heterodoxos españoles*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1998.
170. MICHELET, J.; *La bruja*. Labor. Barcelona. 1984.
171. MORALEDA Y ESTEBAN, J.; *Tradiciones de Toledo*. Zocodover. Toledo. 1983.
172. MORALEDA Y ESTEBAN, J.; *La Virgen del Sagrario de Toledo y su Basílica*. Imprenta Menor Hermanos. Toledo. 1891.
173. MORALEDA Y ESTEBAN, J.; *Leyendas históricas de Toledo*. Imprenta Hermanos

Menor. Toledo. 1892.

174. MORALEDA Y ESTEBAN, J.; *La cruz y Toledo*. Imprenta de la viuda e hijos de J. Peláez. Toledo. 1913.

175. MORALEDA Y ESTEBAN, J.; *Cristos populares de Toledo*. Imprenta Viuda e Hijos de Peláez. Toledo. 1915.

176. MORALEDA Y ESTEBAN, J.; *Fiestas toledanas: Folletín de La Campana Gorda*. Antonio Pareja Editor. Toledo. 2002.

177. MORALES, G.; *Toledo añoranzas*. Madrid. Gráficas Excelsior. 199.

178. MORALES Y MARÍN, J. L.; *Diccionario de Iconología y simbología*. Taurus. Madrid. 1984.

179. MORENO NIETO, L.; *Toledo: sucesos, anécdotas y curiosidades*. Zocodover. Toledo. 1995.

180. MORENO NIETO, L.; *Antología de leyendas*. Imprenta Serrano. Toledo. 1999.

181. MORENO NIETO, L.; *Toledo en el recuerdo*. Gráficas Cervantes. Toledo. 1989.

182. MORGADO GARCÍA, A.; *Demonios, magos y brujas en la España Moderna*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz. 1999.

183. MUSQUERA, X.; *La espada y la cruz: tras las huellas de los templarios en España*. Nowtilus. Madrid. 2002.

184. MUSQUERA, X.; *La aventura de los templarios en España*. Ediciones Puzzle. Madrid. 2006.

185. NICOLAU CASTRO, J.; *Escultura toledana del siglo XVIII*. IPIET. Toledo. 1991.

186. NIETO, S.; HERMIDA, J.; *Viajes esotéricos: las rutas mágicas de España*. Madrid. Temas de Hoy. Madrid. 1994.

187. OLAVARRIA, E.; *Leyendas y Tradiciones*. Biblioteca Andaluza, 2ª Serie Tomo II. Imprenta de Lucas Polo. Madrid. 19??.

188. OLAVARRÍA, E.; *Tradiciones Toledanas*. Tipografía Montoya. Madrid. 1880.

189. PALAO, P.; *Casas encantadas*. Robinbook. Barcelona. 2001.

190. PASCUAL, C.; *Guía sobrenatural de España*. Al-Borak. Madrid. 1976.

191. PASCUAL, C.; *Guía secreta de Toledo*. Al-Borak. Madrid. 1976.

192. PASSINI, J.; MOLENAT, J. P.; *Toledo a finales de la Edad Media: el barrio de San Antolín y San Marcos*. Colegio Oficial de Arquitectos de Castilla La Mancha. Toledo. 1995.

193. PERALTE, L.; *El esoterismo de Parsifal*. Alcántara. Madrid. 1999.

194. PÉREZ DE GUZMÁN, F.; *Mar de Historias*. Atlas. Madrid. 1994.

195. PÉREZ ESCOHOTADO, J.; *Sexo e Inquisición en España*. Temas de hoy. Madrid. 1992.

196. PÉREZ HIGUERA, T.; *La puerta del Reloj de la Catedral de Toledo*. Caja de Ahorro de Toledo. Toledo. 1987.

197. PÉREZ HIGUERA, T.; *Paseos por el Toledo del siglo XIII*. Ministerio de Cultura.

Madrid. 1989.

198. *Perlesvaus o El alto Libro del Graal*. Siruela. Madrid. 1987.

199. PISA, F.; *Apuntamientos para la II parte de la "Descripción de la Imperial ciudad de Toledo"*. IPIET. Toledo. 1976.

200. PISA, F.; *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*. (Edición Facsímile). Villena. Madrid. 1974.

201. PONSOYE, P.; *El Islam y el Grial*. José de Olañeta Editor. Palma de Mallorca. 1998.

202. PORRES MARTÍN-CLETO, J.; *Historia de las calles de Toledo*. Zocodover. Toledo. 1982.

203. PORRES MARTÍN-CLETO, J.; *Un enigma histórico: el baño de la Cava*. Castalia. Madrid. 1991.

204. PUENTE LÓPEZ, J. L.; *Firmado en la piedra. Marcas, signos lapidarios y símbolos por los maestros canteros medievales*. Edilesa. León, 2006.

205. RAMÍREZ DE ARELLANO, M.; *Las parroquias de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1997.

206. RAMÍREZ DE ARELLANO, R.; *Nuevas tradiciones toledanas. Establecimiento Tipográfico del Hospital Provincial*. Ciudad Real. 1917.

207. RAMÍREZ Y BENITO, P.; *El tesoro de Toledo: verdadera guía de la Imperial ciudad de Toledo*. Imprenta de Ramírez. Toledo. 1891.

208. RAMÓN PARRO, S.; *Toledo en la mano*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1978.

209. RIVERA VIDAL, P.; *Una noche en Toledo*. Imprenta Gómez Menor. Toledo. 1961.

210. RIVERO SAN JOSE, J.; *La España olvidada*. Ediciones de Cámara. Madrid. 1988.

211. RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P.; *Dissertaciones históricas del orden y cavalleria de los Templarios*. Luis Escudero editor. Vigo. 1994.

212. RODRÍGUEZ PORRES, L.; (coord.). *Toledo: ciudad de leyendas*. Imprenta Torres. Toledo. 2001.

213. ROMERO, C. M.; *Extramuros de Toledo*. Ledorma. Toledo. 2000.

214. ROS, C.; *Los fantasmas de las Catedrales de España*. Castillejo. Sevilla. 1999.

215. ROSO DE LUNA, M.; *La Venta del Alma*. Antonio Pareja Editor. Toledo. 2001.

216. ROSO DE LUNA, M.; *Del árbol de las Hespérides*. Editorial Pueyo. Madrid. 1923.

217. RUIZ DE LA PUERTA, F.; *La cueva de Hércules y el Palacio encantado de Toledo*. Editora Nacional. Madrid. 1977.

218. RUIZ VEGA, A.; *Los hijos de Tubal*. La esfera de los libros. Madrid. 2002.

219. SÁNCHEZ-DRAGÓ, F.; *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Planeta. Barcelona. 1983.

220. SÁNCHEZ-DRAGÓ, F.; *La España mágica: epítome de Gárgoris y Habidis*. Alianza. Madrid. 1983.

221. SÁNCHEZ-DRAGÓ, F.; *Discurso numantino*. Planeta. Barcelona. 1995.
222. SÁNCHEZ-DRAGÓ, F.; *Diccionario de la España Mágica*. Espasa Calpe. Madrid. 1997.
223. SANTOS VQUERO, A.; VAQUERO FERNÁNDEZ PRIETO, E.; *Fantasía y realidad de Toledo*. Azacanes. Toledo. 1997.
224. SAN ROMÁ, M.; CARBONERO, L.; *Toledo religiosa*. Imprenta y taller de Juan Moyano. Sevilla. 1852.
225. SEDE, G.; *El misterio gótico*. Plaza y Janés. Barcelona. 1983.
226. SENDÓN DE LEÓN, V.; *La España herética*. Icaria. Barcelona. 1986.
227. SERVENT FORTUNY, C.; *Leyendas toledanas*. Imprenta del Marqués de Santa Ana. Madrid. 1902.
228. SIERRA, J.; CALLEJO, J.; *La España extraña*. Edaf. Madrid. 1997.
229. TELLEZ, G.; *La iglesia toledana*. Gómez-Menor. Toledo. 1953.
230. VALVERDE Y PERALES, F.; *Leyendas de Toledo, Córdoba, Granada*. Imprenta y Librería de la Viuda de Peláez e Hijos. Toledo. 1900.
231. VEGA MERINO, A.; *Introducción al Toledo Filosofal*. Edición del autor. Toledo. 1989.
232. VIÑAS, C.; PAZ, R.; *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II*. Reino de Toledo. C.S.I.C. Madrid. 1951.
233. VIZUETE MENDOZA, J. C.; MARTÍNEZ-BURGOS GARCÍA, P.; *Religiosidad popular y modelos de identidad en España y América*. Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha. Cuenca. 2000.
234. VOLTES, P.; *Rarezas y curiosidades de la Historia de España*. Ediciones Flor del viento. Barcelona. 2001.
235. VORÁGINE, S.; *La leyenda Dorada*. Alianza. Madrid. 2001.
236. VV. AA.; *Guía de los lugares misteriosos y legendarios de España*. Tikal. Barcelona. 1988.
237. VV. AA.; *Arquitecturas de Toledo*. Junta de Comunidades de Castilla La Mancha. Toledo. 1991.
238. VV. AA.; *La Escuela de Traductores de Toledo*. Diputación Provincial. Toledo. 1996.
239. VV. AA.; *Actas del I^{er}. Congreso del Toledo Mágico y Heterodoxo*. Caja de Ahorros de Toledo. Toledo. 1988.
240. VV. AA.; *Guía para visitar los santuarios marianos de Castilla La Mancha*. Encuentro. Madrid. 1995.
241. WILLIAM, A.; CHRISTIAN, J.; *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*. Nerea. Madrid. 1990.
242. YÁNEZ NEIRA, D.; *El Monasterio Cisterciense de San Clemente, de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo. 1977.

Artículos

243. AGUILAR DE MERA, L.; “La fantasma de San Servando”. Toledo. *Revista Ilustrada de Arte* nº 66/, Toledo, 1917.
244. ALARCÓN HERRERA, R.; (1996). “Los templarios españoles no se rinden”, *Año Cero* nº 8, Madrid, 1996.
245. ALVAREZ Y REDONDO, A “Piedra de la calderilla”. Toledo. *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo* nº 8, Toledo, 1901.
246. ALBARRACÍN NAVARRO, J. (1983). “El Sello de Salomón en uno de los manuscritos árabes inéditos de Ocaña”. *Actas del I Congreso Internacional Encuentro de las tres Culturas*. Toledo Ayuntamiento de Toledo
247. ALBARRACÍN NAVARRO, J. (1988). “El trono de Salomón en un manuscrito árabe mudéjar de Ocaña (Toledo)”. *Actas del IV Congreso Internacional de las Tres Culturas*. Toledo. Ayuntamiento de Toledo
248. ALCALDÍA CONSTITUCIONAL DE TOLEDO (1871). “Reglamento de Higiene especial”. Toledo. Imprenta de Cea
249. ANÓNIMO. (1991). “Un experto del Vaticano confirma la existencia de un Papa negro en Toledo”. Toledo. *Bisagra* nº 162.
250. ANÓNIMO (1989). “Una cruz emite extraños efectos luminosos”. Toledo. *El Día de Toledo* 28-1-1989.
251. ANÓNIMO (1989). “El fantasma de Orgaz atemoriza a la población”. Toledo. *El Día de Toledo* 17-2-1989.
252. ANÓNIMO (2002). “Un animal fantástico cargado de leyendas”. Toledo. *ABC*.
253. ANÓNIMO. (1923). “Nuestra Señora de la Bastida Revista”. *Toledo Revista de Arte* nº 199.
254. ANÓNIMO (1988). “El misterio de las momias de San Andrés”. Toledo. *El Día de Toledo* 11-9-88
255. AGUADO VILLALBA, J. (1998). “Secretos de la Catedral”. *Toledo tierras y pueblos* nº 6.
256. AGUILAR CARMENA, F. (1926). “El prado de los ahorcados”. Toledo. *Toledo Arte* nº 259.
257. ASOCIACIÓN CULTURAL MONTES DE TOLEDO, (1988). “Actas de las I Jornadas de etnología de los Montes de Toledo. *Boletín* nº 41. Toledo
258. ASOCIACIÓN CULTURAL MONTES DE TOLEDO (1998). “Vida milagrosa de Santa Quiteria Virgen y Mártir: sus milagros y donde fue su martirio”. Toledo. *Boletín de la Asociación* nº 84.
259. ASOCIACIÓN CULTURAL MONTES DE TOLEDO (1989). “Santuarios en los Montes de Toledo: Nuestra Señora de Gracia o la Aparecida”. Toledo. *Boletín de la Asociación* nº 45.
260. AVILA, S. (1988). “Carta astral de Toledo” en *Toledo Mágico y Heterodoxo*.

Toledo. Caja de Ahorros de Toledo.

261. BARKAI, R. (1988). "Magia oculta y magia popular en la Edad Media y en el Renacimiento". *Actas del III Congreso Internacional de las Tres Culturas. Toledo. Actas del Congreso Internacional Encuentro Tres Culturas*. Toledo Ayuntamiento de Toledo.

262. BLAZQUEZ MIGUEL, J. (1988). "Superstición en Castilla La Mancha". Toledo. *El Día de Toledo* 10-4-1988.

263. BLAZQUEZ MIGUEL, J. (1988). "Superstición, magia y brujería en Toledo" en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo

264. BLAZQUEZ MIGUEL, J. (1988). "Un paseo por el Toledo heterodoxo" en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo

265. CANOSA, A. (2003). "Historia curiosa sobre la cueva de Hércules". *El Día de Toledo* (21-07-2003).

266. CANOVAS, M. A.;(1999). Toledo es leyenda. Revista *Toledo, tierras y pueblos* nº 9.

267. CANTOS, A. (1920). "El callejón de los muertos". Toledo. *Toledo Arte* nº 23.

268. CARO BAROJA, J. (1990). "Localización, personificación y personalización de las leyendas". Madrid. *Gaceta de Antropología* nº 7.

269. CASTAÑOS MONTIJANO, M. (1920). "Subterráneo misterioso". Toledo. *Toledo Revista de Arte* nº 151.

270. CASTAÑOS MONTIJANO, M. (1916). "Nieblas de la primitiva historia de Toledo". *Toledo Revista de Arte* nº 64.

271. CASTAÑOS MONTIJANO, M (1926). "¿La peña del Moro monumento prehistórico?". Toledo. *Toledo revista ilustrada de Arte* nº 234. Año XII.

272. CEBRIÁN, J. A.; "En busca de la Mesa del rey Salomón". *Historia de Iberia Vieja*, nº 4, Madrid. 2006.

273. CHUECA GOITIA, F. (1977). "La catedral de Toledo. Relicario de Arte Mariano". Toledo. *Toletum* nº 11.

274. COBO, J. (1994). "El Toledo oculto". Toledo. *Diario Ya*.

275. COLOMINA TORNER, J. (1990). "La Virgen en la Historia de Toledo: siglos IV-VIII". Salamanca. Separata de Estudios Marianos. Volumen LV

276. CORCUERA Y HERNANDO, A. M. (1984). "Heráldica en los linajes toledanos". Toledo. *Sociedad toledana de Estudios Heráldicos y genealógicos*.

277. CORTES, J. I. (1995). "Leyendas toledanas: aparición de apariciones". Madrid. *España Desconocida*.

278. CRUZADA VILLAAMIL. (1862). "Signos lapidarios del siglo XV en Toledo: la Catedral y San Juan de los Reyes". *El arte en España, t I*. (pág. 210-217). Madrid

279. CUTANDA, V. (1919). "San Miguel el Alto". Toledo. *Toletum* nº 2.

280. CUTANDA, V. (1916). "Cristos del Monasterio de Santa Clara en Toledo". Toledo.

Toledo Arte nº 32.

281. DE CEBALLOS, G. (1622). *Discurso del Licenciado Gerónimo de Ceballos en el que se proponen las causas para manifestar quan conveniente seria que se quiten y prohíban las casas de las públicas meretrices y rameras*. Toledo.

282. DE HOYOS SÁINZ, L (1900). “La arqueología prehistórica en Toledo”. Toledo. *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo* nº 1

283. DE LA CRUZ GUTIÉRREZ, J. (2003). Noche de magia en Toledo I y II. Toledo. *ABC* (16 y 17-09-2003).

284. DE LAS CUEVAS, M. (1980). “Inquisición y hechicería: los procesos inquisitoriales de hechicería en el tribunal de Toledo durante la 1ª mitad del siglo xvii”. Toledo. *Anales Toledanos XIII*. IPIET.

285. DE LOS RÍOS, A. (1870). “De las artes mágicas y de adivinación en el suelo ibérico”. Madrid. *Revista España XVIII*.

286. DE LOS RÍOS, A. (1851). “La cueva de Hércules en Toledo. Las últimas excavaciones de la misma”. Madrid. *Semanario Pintoresco Español*, pág. 382-383.

287. DE PAZ, A. (1916). “Artes mágicas”. Toledo. *Toledo Arte* nº 25.

288. DE PAZ, A. (1889). “Artes mágicas”. Toledo. *El Heraldo Toledano*. Año I. Número IV (15-5.1889

289. DEL CASTILLO, C. (1991). “Masonería en Toledo”. Toledo. *Bisagra* nº 198.

290. DEL CERRO MALAGÓN, R. “Los vértices de un polígono”. Toledo. *La Voz del Tajo*. (11-6-1994).

291. DEL CERRO MALAGÓN, R. (1992). “Cementerios toledanos en el siglo xix”. *Anales Toledanos* nº XXIX. Diputación Provincial de Toledo.

292. DEL CERRO MALAGÓN, R. (1988). “Las cuevas de San Ginés, alejamiento de un mito y aproximación a una realidad” en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo.

293. DEL PAN, I. (1924). “Un curioso amuleto empleado contra el mal de ojo en los borricos de algunas regiones españolas”. Madrid. *Sociedad Española de Antropología, etnografía y prehistoria*. Tomo III.

294. DEL PAN, I. (1928). “Algunas supersticiones y creencias recogidas en los pueblos de Guadamur y Puebla de Montalbán”. Toledo. *Publicaciones de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*.

295. DEL PAN, I. (1944). “Devociones especiales de algunos santos (Toledo)” en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* t I, cuad I

296. DEL RÍO, I. (1992). “El coro de la catedral de Toledo”. Madrid. *Cuadernos de Arte Español* nº 52.

297. DEL RÍO, C “Las sectas en Toledo, un mundo desconocido”. Toledo. *ECOS* nº 157 (27-2-1998).

298. DELGADO VALERO, C / GUERRERO NAVARRETE, Y (1990). “Una versión romántica

- de una vieja leyenda toledana: Algunas hipótesis de investigación”. Toledo. *Simposio Toledo Romántico*. Colegio Universitario de Toledo
299. EFE Toledo. “Defensa tiene informes que narran la presencia de varios ovnis en la Región desde el año 1968”. Madrid. *Diario 16* (25-10-1994).
300. ELESURU, I. (1999). “Toledo”. Madrid. *Viajes National Geographic* nº 2
301. FERNÁNDEZ-LAYOS DE MER, J. (1996). Templarios y Sanjuanistas: Introducción histórica, colonización y repoblación en la provincia de Toledo. *Revista Toledo, tierras y gentes* nº 1.
302. FERNÁNDEZ OXEA, R (1965). “Amuletos lunares toledanos”. Madrid. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* t XXI. pag 143-163
303. FERNÁNDEZ PICKFORD, D. (1968). “El mago Enrique de Villena”. Madrid. *Historia y Vida*. Extra nº. 20
304. FERREIRO ALEMPARTE, J. (1985). “La escuela de nigromancia de Toledo.”. Toledo. *La Voz del Tajo*. (13-4-1985).
305. FERREIRO ALEMPARTE, J. (1983). “La escuela de nigromancia de Toledo”. Madrid. *Anuario de Estudios Medievales* nº 13.
306. FITA, F. (1887). La inquisición toledana. Madrid. *B.R.A.H.* XI.
307. FLORENCIO MORENO, J. (1997). “Erotismo en la catedral”. Toledo. *Revista Ecos*
308. FORTE MUÑOZ, A. (1988). “Las cuevas mágicas de Toledo” en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo
309. GARCÍA AGE, A. (1880). “La venta del alma”. *El Nuevo Ateneo*. Toledo (20-8-1880) pág. 276
310. GARCÍA ATIENZA, J. (1987). “Los lugares mágicos”. Madrid. *Historia 16* nº 136.
311. GARCÍA ATIENZA, J. (1988). “Toledo, cuna de saberes mágicos”, en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo.
312. GARCÍA CALLEJO (1999). “Ruta de los templarios por los montes de Toledo”. Toledo. *Revista Toledo tierras y pueblos* nº 9.
313. GARCÍA CALLEJO (1997). “La iglesia de San Miguel el Alto y la casa del temple”. Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 5.
314. GARCÍA MARTÍN, Fco. (1986). “Prácticas religiosas en lugares subterráneos. Zona de la Mancha toledana”. Toledo. *IV Jornadas de Etnología de Castilla La Mancha*. Junta de Comunidades de Castilla La Mancha
315. GOITIA GRAELLS, M. (1980). “Historias, tradiciones y leyendas de la Catedral toledana”. Toledo. Separata de *Toletum*.
316. GOITIA GRAELLS, M. (1982). “Tradiciones y leyendas toledanas”. Toledo. Separata de *Toletum* nº 13.
317. GOITIA GRAELLS, M (1984). “La imagen de Nuestra Señora del Sagrario en el Puente de San Martín”. Toledo. *Toletum* nº14.
318. GONZÁLEZ CABEZAS, J / BRETANO, J (1991). “Ruta del Toledo Mágico”. Toledo.

Rutas literarias por Toledo. Imprenta Serrano.

319. HERNÁNDEZ, J. M. (2003). “La Roma oculta del subsuelo toledano”. Toledo ABC (19-1-2003) pag 40.
320. HERNÁNDEZ, J. M. (2003). “Cuevas de Hércules, la realidad del mito”. Toledo. ABC (22-9-2003).
321. INFANTE, J. (1987). “Toledo mágico y heterodoxo, conocido por muy pocos”. Toledo. *El Día de Toledo* 15-11-87
322. INFANTE, J. (1988). “El siglo XIII, hito de la España Mágica”. Toledo. *El Día de Toledo*. 15-1-1988
323. INFANTE, J. (1988). “Lucrecia de León, vidente fue procesada en Toledo”. Toledo. *El Día de Toledo* 8-1-1988
324. IZQUIERDO BENITO, R (1982). “Noticias sobre canteros de la Catedral de Toledo en el siglo XV”. En *Actes du colloque International de Glyptographie de Saragosse*. Bélgica
325. JIMÉNEZ, C. (1993). “Las apariciones de El Guerrero del Tajo siguen siendo una incógnita”. Toledo. *El Día de Toledo*.
326. KAGAN, R. (1993). “Lucrecia de León: sueños y política en la España del siglo XVI”. Madrid *Historia* 16 nº 201
327. LEBLIC GARCÍA, V. (1979). “Supersticiones y reliquias de la magia en los Montes de Toledo”. Toledo. *Provincia* nº 108.
328. LEBLIC GARCÍA, V. (1988). “Medicina Popular en los Montes de Toledo”. Toledo. Separata del Centro de Estudios de los Montes de Toledo y la Jara. Homenaje a Fernando Jiménez de Gregorio.
329. LEBLIC GARCÍA, V. (1998). “La medicina popular en Toledo y sus remedios”. Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 7.
330. LEBLIC GARCÍA, V. (1994). “La medicina popular”. Toledo. *La Voz del Tajo*.
331. LEBLIC GARCÍA, V. (1993). “El curanderismo toledano”. Toledo. *La Voz del Tajo*.
332. LEBLIC GARCÍA, V. (1997). “Las momias en Toledo”. Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 3.
333. LEBLIC GARCÍA, V. (1988). “Curanderismo, hechicería y mitos en los Montes de Toledo”. Toledo. *Boletín de la Asociación Cultural Montes de Toledo* nº 42.
334. LEBLIC GARCÍA, V. (1998). “Prostitución en la historia de Toledo”. Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 6
335. LEBLIC GARCÍA, V. (1995). “Plantas medicinales usadas en los Montes de Toledo en el siglo XVIII”. Toledo. *Publicaciones de la Asociación Cultural Montes de Toledo*.
336. LEBLIC GARCÍA, V. (1992). Malamoneda entre la historia y la arqueología. Toledo. *Revista de Estudios Monteños* Nº 58 y 59
337. LEBLIC GARCÍA, V. “La intrahistoria”. Toledo. *La Voz Del Tajo* (7-4-1992).
338. LEBLIC GARCÍA, V. (1986). “La ermita de San Vicente y la cueva de los Santos

- Mártires, un eremitorio del siglo XVII”. Toledo. *Toletum* nº 20.
339. LEBLIC GARCÍA, V. (1997). “La masonería toledana”. Revista *Toledo, tierras y gentes* nº 2
340. LONGOBARDO CARRILLO, J. (1997). “Sobre los milagros del Santísimo. Cristo de la Sangre”. Revista *Toledo tierras y pueblos* nº 4
341. LÓPEZ GÓMEZ, J. E. (1996). “Los gigantones y la Tarasca de Toledo”. Toledo. *Cofradía del Gremio de Artesanos de Toledo*.
342. LORENTE TOLEDO, L. (1984). Un paréntesis socio-jurídico en la vida municipal de Toledo: las mancebías (1840-1844). *Anales Toledanos* nº XX. Diputación Provincial.
343. MAGAN, N. (1840). “Cueva de Hércules y Palacio encantado de Toledo”. Madrid. *Semanario Pintoresco Español* nº 13, pag 100-101
344. MAGAN, N. (1848). “La capilla de Santa Quiteria”. Madrid. *Semanario Pintoresco Español*, pág 57-59
345. MANZANO Y MARTÍN, M (1913). “Historia de María Santísima de Gracia aparecida en el monte de la Morra de los de Toledo, especial protectora de la villa de Ajofrín. Toledo. Imprenta Viuda e Hijos de Peláez.
346. MARTÍN-CARO RODRÍGUEZ, S. (1989). “El Corpus, simbología en el siglo XVI”. Toledo. *El Día de Toledo* 25-5-1989
347. MARTÍNEZ GIL, F. (2000).”Religiosidad e identidad urbana en el Arzobispado de Toledo (siglos XVI y XVII). En *Religiosidad Popular y modelos de identidad en España y América*. Cuenca. Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha
348. MARTÍNEZ GIL, F. (1993). “Las fiestas barrocas de la muerte en el Toledo del siglo XVII”. *Anales Toledanos* nº XXX.
349. MARTÍNEZ PINO, M. (1988). “Diversidad de opiniones en torno a la tradición de la Virgen”. Toledo. *El Día de Toledo* 16-8-1988.
350. MENA PÉREZ, V (1923). “El fantasma del Castillo de San Servando”. Toledo. *Toledo Arte* nº 192.
351. MENA PÉREZ, V. (1925). “Los ojos de Doña Luz”. Toledo. *Revista Ilustrada de Arte* nº 236. Año XII.
352. MENA PÉREZ, V. (1926). “Callejones toledanos”. Toledo. *Revista Ilustrada de Arte* nº 227. Año XII
353. MENA PÉREZ, V. (1926). “El callejón del Infierno”. Toledo. *Revista Ilustrada de Arte* nº 215. Año XI
354. MENÉNDEZ PIDAL, F (1999). “Posibles vestigios en España de la Heráldica artúrica” en *Castillos y Leones*. Madrid. Real Academia de la Historia
355. MORALEDA Y ESTEBAN, J. (1917). “Estatua hechicera.”. Toledo. *Revista Ilustrada de Arte* nº 30.
356. MORALEDA Y ESTEBAN, J (1900). “¿Existieron catacumbas en Toledo?. Toledo.

Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo nº 1

357. MORALEDA Y ESTEBAN, J (1900). “Las calles de Toledo”. Toledo. *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo* nº 2

358. MORALEDA Y ESTEBAN, J. (1915). “La cueva de San Gil”. Toledo. *Toledo Revista Ilustrada de Arte* nº 13.

359. MORENO, J. F. (1998). “Viaje a las mazmorras”. Toledo. *Ecos* (7-8-98).

360. MORENO NIETO, L. (1997). “Leyenda de la casa del Greco”. Toledo. *ABC*.

361. MORENO NIETO, L. (1995). “La Iglesia alerta ante la acción de las sectas”. Toledo. *ABC* (12-3-1995).

362. MORENO NIETO, L “Cristos y cruces”. Toledo. *ABC* (27-3-93).

363. MORENO NIETO, L. “Reliquias”. Toledo. *ABC* (8-11-92).

364. MORENO NIETO, L. “Tópicos típicos”. Toledo. *ABC* (19-7-91).

365. MUÑOZ, M. (1987). “Se investiga una presencia demoníaca en un pueblo”. Toledo. *El Día de Toledo* 2-12-1987.

366. MUÑOZ, M. (1988). “Los espíritus son gente encantadora”. Toledo. *El Día de Toledo* 22-1-1988

367. MUÑOZ VALCARCEL, R. (1920). “Fantasía toledana”. Toledo. *Revista ilustrada de Arte*. Año IV nº 148.

368. NIETO, S. (1994). “España Mágica: guía maestra para visitar cien lugares de leyenda”. Madrid. *Gente y Viajes* nº 76, 77 y 78

369. NODAL, A. (1988). “Toledo por arte de magia”. Toledo. *La Semana*.

370. OLAVARRIA, E (1918). “El palacio encantado”. Toledo. *Revista Ilustrada de Arte* nº 109.

371. PALENCIA HERREJÓN, J (2000) “Contribución de las Órdenes Militares a la definición del espacio toledano (siglos XII al XV)” en *Las órdenes Militares en la Península Ibérica*, vol I Edad Media. Cuenca. Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha

372. PALOMO, D. (1998). “Las cuevas de la Puebla de Montalbán”. Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 6.

373. PARAMO, A. (1925). “La Santa Hermandad Vieja de Toledo y su cárcel Real”. Madrid. *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Tomo XXXIII.

374. POE, E. (1996). “El pozo y el péndulo”. *Cuentos Completos*. Madrid. Alianza

375. PORRES DE MATEO, J. (1984). “Algunas leyendas toledanas y su base histórica”. Toledo. *Anales Toledanos* XIX. Diputación Provincial de Toledo.

376. PORRES MARTÍN-CLETO, J. (1975). “Comentarios al artículo la Cueva de Hércules de José Antonio García publicado en el mes de octubre de 1974”. Madrid. *Revista de Obras Públicas*

377. PORRES MARTÍN-CLETO, J / BLÁZQUEZ MIGUEL, J. (1987). “Un proceso inquisitorial y cuatro conventos toledanos”. Toledo. *Anales Toledanos* nº XXIV.

Diputación Provincial

378. PRADA, V. (1924). "Las cuevas de Olihuela". Madrid. *B.R.A.H.* , tomo XIV.
379. RAMÍREZ, F. (2003). "Fantasmas en la noche toledana". Toledo *ABC* 10.8-2003
380. RISUEÑO, R. (1988). "Mil y una formas de torturar". Toledo. *El Día de Toledo* 2-2-1988
381. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L. (1997). "Notas sobre hechicería en Toledo". Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 5.
382. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L. (1998). "Disquisiciones sobre lo mágico en Toledo", *Toledo, tierras y pueblos* nº 8.
383. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L. (1999). "Una curiosa relación: Toledo y el Santo Grial". Toledo. *Toledo, tierras y pueblos* nº 19.
384. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L. (1995). "La inquisición de Toledo". Madrid. *Diario 16*.
385. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L. (1996). "Hechicería en Toledo". Madrid. *Diario 16*.
386. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L.; "Templos paganos en Toledo". *Tendencias*, 26. Toledo. 2006.
387. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L.; "Espectros y apariciones en tres leyendas toledanas". *Tendencias*, 27. Toledo. 2006.
388. RODRÍGUEZ BAUSÁ, L.; "Lugares de poder de Toledo". *Tendencias*, 28. Toledo. 2006.
389. RUIZ, J. (1983). "Tradición heterodoxa y ocultismo en Castilla La Mancha". Toledo. *Almud*
390. RUIZ DE LA PUERTA, F. (1992). "Toledo mágico". Toledo. *La Voz del Tajo*.
391. RUIZ DE LA PUERTA, F. (1988). "La leyenda mágica de Toledo", en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo.
392. RUIZ DE LA PUERTA, F. (1999). "Leyendas toledanas de origen islámico". Toledo. *Regreso a Tulaytula*. Junta de Comunidades de Castilla La Mancha.
393. RUIZ DE LA PUERTA, F. (1995). "La España Encantada". Barcelona. *Próximo Milenio* nº 20 al 27
394. RUIZ DE LA PUERTA, F. (2001). "Toledo, ciudad museo". *Revista Álbum Letras-Artes*. Madrid.
395. RUIZ GÓMEZ, F. (1997). "Toledo en algunas crónicas medievales: Historia y Leyenda" en *Ensayos humanísticos: Homenaje a Luis Lorente Toledo*. Cuenca. Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.
396. SÁNCHEZ, J. (1989). "Las dos sectas destructivas más peligrosas en Castilla La Mancha". Toledo. *El Día de Toledo* 21-1-1989.
397. SÁNCHEZ-OCAÑA, J. (1935). "Apariciones en Toledo". Madrid. *Revista Estampa*.
398. SANCHO DE SAN ROMAN, R (1983). "Toledo, el Dante y la Poesía". Toledo. Caja de Ahorros Provincial de Toledo
399. SANZ SERRULLA, F. J. (1989). "Una topografía médica de la ciudad de Toledo en

- 1812". Zaragoza. *Congreso de Historia de la Medicina*
400. SEGURA ESCALONILLA, J. (1994). "Cuevas de Toledo". Toledo. *El Día de Toledo*.
401. SEGURA ESCALONILLA, J. (1994). "Misterio de Toledo: el Cristo de las aguas". Toledo. *El Día de Toledo*.
402. TELLEZ GONZÁLEZ, G. (1969). "Tópicos sobre Toledo". Toledo. Separata de *Toletum* nº4.
403. TELLEZ, G. (1962). "Lo toledano: la calle". Toledo. *El Alcázar* (9-3-1962).
404. TELLEZ, G. (1962). "Lo toledano: las plazas". Toledo. *El Alcázar* (2-3-1962).
405. TORMO MARTÍN DE MORALES, P. (1998)"Mito y leyenda. Una visión soñada del árabe toledano". Madrid. *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*. Vol. XXX.
406. TORROMÉ, R. (1920). "La cueva de San Gil". Toledo. *Toledo Arte* nº 176.
407. URÍAS, F. (1995). "Toledo: suspiro de piedra". Toledo. *El Semanal*
408. VILLE SÁNCHEZ (1999). "Magia y leyenda en Toledo". Toledo. *ABC* (12-10-1999).
409. VEGA MERINO, A. (1988). "La cuesta de las Calandrajás". Toledo. *El Día de Toledo*.
410. VEGA MERINO, A. (1988). "La piedra cosmogónica". Toledo. *El Día de Toledo* 17-4-1988.
411. VEGA MERINO, A. (1988). "Toleitola". Toledo. *El Día de Toledo* 28-2-1988.
412. VEGA MERINO, A. (1988). "Toledo, ciudad alquímica" en *Toledo Mágico y Heterodoxo*. Toledo. Caja de Toledo.
413. VEGA, M/ MORENO NIETO, L. (1990). "Curanderos: en la frontera de la devoción y la ciencia". Madrid. *ABC*.
414. VILLARUBIA MAUSO, P. (2002). "La mesa de Salomón". Madrid. *Año Cero* nº 142
415. VIZUETE MENDOZA, C (1997). "Mancebía y Casa de Recogidas en el Toledo del siglo de oro" en *Ensayos humanísticos: Homenaje a Luis Lorente Toledo*. Cuenca. Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha
416. VV. AA. (1995). "Toledo, ciudad para lo imaginario". Toledo. *Ecos* nº 167.

Notas

[1] GARCÍA ATIENZA, J.: “*Los lugares mágicos*”, Historia 16, pág. 50. <<

[2] ENRIQUE, A.: “*El enigma de la mesa de Salomón*”, pág. 18. <<

[3] RUBIERA MATA, M.: “*Los primeros moros conversos o el origen de la tolerancia, Toledo siglos XII y XIII*”, pág. 118. <<

[4] GARCÍA ATIENZA, J.: “*Guía de la España griega*”, pág. 248. <<

[1] FLAVIO JOSEFO: “*Los siete libros de Flavio Josefo los cuales contienen las guerras de los judíos y la destrucción de ierusalem, y del templo*”. <<

[2] TORMO, P.: “*Mito y leyenda, una visión soñada del árabe toledano*”, pág. 23. <<

[3] BENITO RUANO, E.: “*A Toledo los diablos*”, pág. 13. <<

[4] MARTÍN GAMERO, A.: “*Historia de la ciudad de Toledo*”, pág. 13. <<

[5] IBN AL KARDABUS: “*Historia de la ciudad de Toledo*”, pág. 1031. <<

[6] DESCRIPCIÓN... Pág. 26. <<

[7] SEDE, G.; *El misterio gótico*. <<

[8] MARTÍN GAMERO, A.: “*Aguas potables de Toledo*”, pág. 78. <<

[9] GARCÍA ATIENZA, J.: “*La meta secreta de los templarios*”, pág. 143. <<

[10] ANÓNIMO: “*Las mil y una noches*”, pág. 983. <<

[11] ESLAVA GALÁN, J.: “*El enigma de la mesa de Salomón*”, pág. 82. <<

[12] AMADOR DE LOS RÍOS, J.: “*Historia de Toledo*”, pág. 516. <<

[13] IRVING, W.: *Crónicas Moriscas. Leyendas de la conquista de España.* <<

[14] ESLAVA GALÁN, J.: “*El enigma de la mesa de Salomón*”, pág. 40. <<

[15] CARO BAROJA, J.: “*Los judíos en la España Moderna y Contemporánea*”, pág. 47. <<

[16] VOLTES, P.: “*Rarezas y curiosidades de la Historia de España*”, pág. 45-46. <<

[17] ALARCÓN, R.: “*La otra España del Temple*”, pág. 109. <<

[18] ESLAVA GALÁN, J.: “*El enigma de la mesa de Salomón*”, pág. 144. <<

[19] DELGADO VALERO, C.: “*Regreso a Tulaytula*”, pág. 31. <<

[1] GARCÍA ATIENZA, J. *Guía de la España templaria*, pág. 131. <<

[2] DE LOS RIOS, A. *Toledo pintoresca*, pág. 309. <<

[3] RAMON PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 10 y 622. <<

[4] DE PALAZAUELOS, V. *Guía artístico práctica...* pág. 1134. <<

[5] SUÁREZ QUEVEDO, A. (1980). *Arquitectura barroca en Toledo siglo XVII*. Toledo. Obra Cultural Caja de Ahorros de Toledo. <<

[6] RAMÍREZ Y BENITO, P. *El tesoro de Toledo*, pág. 124. <<

[7] CUTANDA, V. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y CC Históricas de Toledo nº 2, pág. 35. <<

[8] PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 225. <<

[9] MADDOZ. *Diccionario...* pág. 369. <<

[10] DE ROJAS, P. *Historia de Toledo*, pág. 77. <<

[11] MUSQUERA, X. *La espada y la cruz*, pág. 81. <<

[12] CHARPENTIER, L. *El misterio de los templarios*, pág. 104. <<

[13] GARCIA ATIENZA, J. *Guía de la España Templaria*, pág. 13. <<

[14] CHARPENTIER, L. *El misterio de Compostela*, pág. 154. <<

[15] SÁNCHEZ DRAGO, F. *Gárgoris y Habidis*, pág. 447. <<

[16] CRESPI, E. *Personajes y temas del Graal* pág. 52. <<

[17] RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P. *Disertaciones históricas de la orden y cavallería de los templarios*, pág. 78. <<

[18] MENÉNDEZ PELAYO, M. *Historia de los heterodoxos españoles*, pág. 589 <<

[19] CHARPENTIER, L. *El misterio de los templarios*, pág. 179 <<

[20] CHARPENTIER, L. *El misterio de los templarios*, pág. 67. <<

[21] FERREIRO ALEMPARTE, J. *La escuela de nigromancia de Toledo*, pág. 245. <<

[22] PÉREZ DE GUZMÁN, F. *Mar de historias*, pág. 189-191 <<

[23] PÉREZ DE GUZMÁN, F. *Mar de historias*, pág. 197. <<

[24] CHARPENTIER, L. *El misterio de los templarios*, pág. 123 <<

[25] GARCÍA ATIENZA, *Santoral diabólico*, pág. 317. <<

[26] PALENCIA HERREJÓN, J. R. *Contribución de las órdenes Militares a la definición del espacio toledano*, pág. 880. <<

[27] AGUILAR, R. *Conocer nuestros castillos*. Boletín de la asociación cultural Montes de Toledo pág. 5. <<

[28] CONDE DE CEDILLO, Catálogo monumental de la Provincia de Toledo pág. 401. <<

[29] CONDE DE CEDILLO, *op. cit.*, pág. 190. <<

[1] CHARPENTIER, L. *El misterio de los templarios*, pág. 235 <<

[2] CRESPI, E. *Personajes y temas del Graal*, pág. 214. <<

[3] GODWIN, M. *El Santo Grial*, pág. 81 <<

[4] ELIADE, M. *Herreros y alquimistas*, pág. 123. <<

[5] MORÍN, J. P. / COBREROS, J. *El camino iniciático de Santiago*, pág. 82 <<

[6] CRESPI, E. *op. cit.*, pág. 160. <<

[7] CALLE, R. *Historia de las sociedades secretas*, pág. 110. <<

[8] PERALTE, L. *El esoterismo de Parsifal*, pág. 22 <<

[9] PÉREZ DE GUZMAN, F. *Mar de Historias*, pág. 185. <<

[10] PONSOYE, P. *El Islam y el grial*, pág. 41 <<

[11] ESCEMBACH, W. *Parzival*, pág. 224. <<

[12] CRESPI, E. *op. cit.*, pág. 282. <<

[13] PONSOYE, P. *El Islam y el grial*, pág. 21. <<

[14] CRESPI, E, *op. cit.*, pág. 283. <<

[15] FERREIRO ALEMPARTE, J. *La escuela de nigromancia de Toledo*, pág. 227. <<

[16] FERREIRO ALEMPARTE, J. *op. cit.*, pág. 230. <<

[17] ESCHENBACH, W. *Parzival*, pág. 42. <<

[18] PONSOYE, P. *El Islam y el grial*, pág. 23. <<

[19] SÁNCHEZ DRAGÓ, F. *Gárgoris y Habidis*, pág. 440. <<

[20] SÁNCHEZ DRAGÓ, F., *op. cit.*, pág. 445. <<

[21] VEGA MERINO, A. *Introducción al Toledo filosofal*, pág. 167. <<

[22] VEGA MERINO, A. *op. cit.*, pág. 167 <<

[23] FERREIRO ALEMPARTE, J. *op. cit.*, pág. 229. <<

[24] ALARCÓN, R. *La otra España del Temple*, pág. 115. <<

[25] GARCÍA ATIENZA, J. *Guía de la España griega*, pág. 247. <<

[26] GARCÍA ATIENZA, J. *op. cit.*, pág. 15. <<

[27] LEBLIC, V / ARELLANO, M. *Armorial de los arzobispos de Toledo*, pág. 13. <<

[28] CRESPI, R. *op. cit.*, pág. 381. <<

[29] PORRES MARTÍN-CLETO, J. *Los Anales toledanos* I y II, pág. 212. <<

[30] GARCÍA ATIENZA, J. *Santoral diabólico*, pág. 50. <<

[31] VORAGINE, S. *La leyenda Dorada*, pág. 461. <<

[32] CRESPI, E. *op. cit.*, pág. 318. <<

[33] VEGA MERINO, A, *Cuesta de la Calandrijas*. <<

[34] CRESPI, E, *Personajes y temas del Graal*, pág. 165. <<

[35] MENÉNDEZ PIDAL, F. *Posible vestigios en España de la Heráldica Artúrica*, pág. 303. <<

[36] DE CÓRCUERA Y HERNANDO, A. M. *Heráldica en los linajes toledanos*, pág. 9. <<

[1] GARCÍA ATIENZA, J. *Claves ocultas de la Historia*, pág. 142. <<

[2] FUENTELAPEÑA, A. *El ente dilucidado*, pág. 277. <<

[3] CARO BAROJA, J. *Algunos mitos españoles*, pág. 95. <<

[4] SANCHEZ DRAGÓ, F. *Diccionario España Mágica*, pág. 228. <<

[5] DEL RIO, M. *Magia demoníaca*, pág. 345. <<

[6] COVARRUBIAS OROZCO, S. *Tesoro de la lengua castellana o española*, pág. 487. <<

[7] DEL PAN, I. *Folclore toledano*, pág. 104. <<

[8] ANÓNIMO “La Campana Gorda” pág. 105. <<

[9] ANÓNIMO “El palacio de Villena” pág. 74. <<

[10] CANALES, C. *Guía de los seres mágicos de España: duendes*, pág. 115. <<

[11] MARTIN SÁNCHEZ, M *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*, pág. 189.

<<

[12] MUÑOZ VALCARCEL, R. “Fantasía toledana” pág. 96. <<

[13] CARO BAROJA, J. *Toledo*. pág. 194. <<

[14] CALLEJO, J. *Guía de los seres mágicos de España: Hadas*, pág. 179. <<

[15] ANÓNIMO Revista *Toledo*, pág. 6. <<

[16] CALLEJO, J. *Guía de los seres mágicos de España: gnomos*, pág. 41. <<

[17] CALLEJO, J.: *op. cit.*, pág. 129. <<

[18] RAMÍREZ, F. *Fantasmas en la noche toledana*, pág. 86. <<

[19] GÓMEZ CAMARERO, A “El día en que se iba a hundir Toledo” pág. 159. <<

[20] MENA PÉREZ, V. “El fantasma del Castillo de San Servando” pág. 548 <<

[21] RUIZ DE LA PUERTA, F. Entrevista *ABC*, 4 de abril 1993. <<

[22] ANÓNIMO, “Diario La Campana Gorda” pág. 1. <<

[23] ANÓNIMO. “El Heraldito Toledano” pág. 4. <<

[24] MARTÍN SÁNCHEZ, M. *Seres míticos*, pág. 416. <<

[25] GONZÁLEZ CASARUBIOS, C / SÁNCHEZ MORENO, *El Folclore toledano: fiestas y creencias*, pág. 127. <<

[26] ÁVILA GRANADOS, J. *Enclaves mágicos de España*, pág. 234. <<

[27] CARO BAROJA, J. *Vidas mágicas e inquisición*, pág. 176. <<

[28] RUIZ DE LA PUERTA, F. “Toledo por arte de magia”, pág. 12. <<

[29] GARCÍA AGE, A. “La venta del Ama” pág. 276. <<

[30] MUÑOZ, M. “Se investiga una presencia demoníaca en un pueblo”. <<

[1] MENA, V. “Callejones toledanos” pág. 1298. <<

[2] GARCÍA ATIENZA, J. *Nueva guía de la España mágica*, pág. 22. <<

[3] DÁRBO, S. *España mágica y misteriosa*, pág. 28. <<

[4] *ALCOCER, P. Libro Segundo de la primera parte de la Historia de la muy noble, leal y imperial ciudad Toledo, pág. 64. <<*

[5] *ALCOCER, op. cit.*, 67. <<

[6] RUIZ GÓMEZ, F. *Toledo en algunas crónicas medievales*, pág. 382. <<

[7] BLAZQUEZ MIGUEL, J. *Castilla La Mancha: magia, superstición y leyenda*, pág. 53.

<<

[8] TELLEZ, G. “Lo toledano: la calle” pág. 13. <<

[9] TELLEZ, G. “Lo toledano: las plazas” pág. 13. <<

[10] ANÓNIMO “Diario El Tajo Año I” pág. 267. <<

[11] CANTOS, A. “El callejón de los muertos” pág. 181. <<

[12] ANÓNIMO. “El nuevo Ateneo” pág. 14. <<

[13] TOLEDO según las respuestas, pág. 122. <<

[14] ANÓNIMO, Diario *El Tajo* 20-3-1867, pág. 21. <<

[15] GAMARRA, P, *Aguafuertes toledanos*, pág. 95. <<

[16] GAMARRA, P, *op. cit.*, pág 135. <<

[17] GAMARRA, P. *op. cit.*, pág 136. <<

[18] DE PAZ, A. *El Tajo* nº 38. Toledo (21.9.1867). <<

[19] BURTON, J. *Lucifer, el diablo en la Edad Media*, pág. 80. <<

[20] GARCÍA ATIENZA, J. *Guía de la España mágica*, pág. 40. <<

[21] PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 3. <<

[22] ANONIMO (1897). *El Día de Toledo*. Año IV, nº 291 (7.8.1897). <<

[1] PASCUAL, C. *Guía sobrenatural de España*, pág. 387 <<

[2] SIERRA, J. / CALLEJO, J. *La España Extraña*, pág. 91. <<

[3] GARCÍA ATIENZA, J. En busca de la Historia perdida, pág. 141 <<

[4] MORALEDA Y ESTEAN. *La cruz y Toledo*, pág. 6 <<

[5] CUTANDA, V. *Cristos del Monasterio de Santa Clara en Toledo*, pág. 256. <<

[6] MARTÍNEZ GIL, F. *Modelos de religiosidad*, pág. 123. <<

[7] MARTÍNEZ GIL, F. *Modelos de religiosidad*, pág. 28. <<

[8] MARTÍNEZ-BURGOS, P. *Ídolos e imágenes*, pág. 119. <<

[9] NIETO, S. *Viajes esotérico*, pág. 104. <<

[10] PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 418. <<

[11] SANCHEZ DRAGÓ, *Gárgoris y Habidis*, pág. 763. <<

[12] MAGÁN, N. “La capilla de Santa Quiteria” pág. 58. <<

[13] MORALEDA Y ESTEBAN, J. “Las calles de Toledo” pág. 21. <<

[14] MORALEDA Y ESTEBÁN, J. “Las calles de Toledo” pág. 21. <<

[15] WILLIAM, A. *Apariciones en Castilla y Cataluña*, pág. 35. <<

[16] MARTÍNEZ GIL, F. “Religiosidad popular y modelos”... pág. 23. <<

[17] MORALEDA Y ESTEBAN, J. *La Virgen del Sagrario de Toledo y su Basílica*, pág. 13. <<

[18] DE LOS RÍOS, A. *Toledo pintoresca*, pág. 323. <<

[19] LOZANO, C. *Los reyes nuevos de Toledo*, pág. 17. <<

[20] BURTON, J. *Lucifer, el diablo en la Edad Media*, pág. 76. <<

[21] LÓPEZ, V. *El Templo de Melkart en Toledo*, pág. 8. <<

[22] LOZANO, C, *op. cit.*, pág. 17. <<

[23] MARTÍN GAMERO, A. *Historia de la ciudad de Toledo*, pág. 187. <<

[24] BLÁZQUEZ, J. M. *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, pág. 93.

<<

[25] CONDE DE MORA, *Historia de la muy noble...* pág. 102. <<

[26] AMADOR DE LOS RIOS, A “La cueva de Hércules en Toledo” pág. 383. <<

[27] MAGAN, N. “Cueva de Hércules y Palacio encantado de Toledo” pág. 101. <<

[28] FORTE MUÑOZ, A. “Las cuevas mágicas de Toledo” pág. 51. <<

[29] BLÁZQUEZ, J. M. *Religiones, ritos y creencias funerarias*, pág. 27. <<

[30] MORALEDA Y ESTEBAN, J. “Estatua hechicera” pág. 541. <<

[31] BAÑOS VALLEJO, F. *Las vidas de santos en la literatura medieval española*, pág. 49. <<

[32] GARCÍA ATIENZA, J. *Nuestra Señora de Lucifer*, pág. 204. <<

[33] HUYNEN, J. *El enigma de las vírgenes negras*, pág. 47. <<

[34] ALARCÓN, R. *La última virgen negra del Temple*, pág. 39. <<

[35] ALARCON, R. *op. cit.*, pág. 79. <<

[36] ESLAVA GALÁN, J. *El enigma de la mesa de Salomón*, pág. 109. <<

[37] GOITIA GRAELLS, M. *Toletum* 14, pág 89. <<

[38] MENA V. (1924). *Toledo* revista ilustrada de Arte nº 207, pág 923. <<

[39] ÁVILA GRANADOS, J. *La mitología templaria*, pág. 106. <<

[40] MORALEDA Y ESTEBAN, J *op. cit.*, pág. 8. <<

[41] PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 424. <<

[1] LEBLIC, V, “Las momias en Toledo”, pág. 7. <<

[2] BELTRÁN, F. *Misterio desvelado: Colón toledano*, pág. 23. <<

[3] ANÓNIMO Revista *Toledo* Año I nº V (8.5-1889) pág. 7. <<

[4] ANÓNIMO El Nuevo Ateneo. Toledo Año I. (15-4-1879) pág. 71. <<

[5] RAMÍREZ DE ARELLANO, R. *Las parroquias de Toledo*, pág. 83. <<

[6] SAN ROMÁN M. / CARBONERO, L. *Toledo religiosa*, pág. 135. <<

[7] GARCÍA ATIENZA, J. *Guía de la España griódica*, pág. 246 <<

[8] GARCÍA MARTÍN. F. *Cuevas y silos: viviendas subterráneas en Castilla La Mancha*, pág. 21. <<

[9] FEIJOO, B. J. *Teatro crítico universal*. Tomo 7, pág. 4. <<

[10] FEIJOO, B. J. *op. cit.*, pág 7 <<

[11] MARTÍN DEL RÍO, *La magia demoniaca*, pág. 109. <<

[12] MENÉNDEZ PELAYO, M. *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo I, pág. 593.

<<

[13] CÁNOSA, A. “Historia curiosa sobre la cueva de Hércules”. *El Día de Toledo*, pág. 10. <<

[14] MORALEDA Y ESTEBAN, J. *¿Existieron catacumbas en Toledo?*, pág. 16. <<

[15] CASTAÑOS, M. “Subterráneo misterioso”. Toledo Arte nº 151, pág. 117. <<

[16] PALAZUELOS, V. *Guía artístico-practica de Toledo*, pág. 1164. <<

[17] ANÓNIMO. *Nuestra Señora de la Bastida*, pág. 745. <<

[18] ANÓNIMO. *El Día de Toledo*. Toledo. Año IV, nº 307 (27-11-1897). <<

[19] TELLEZ, G. *La iglesia toledana*, pág. 30. <<

[20] CASTAÑOS, M. *Nieblas de la primitiva historia de Toledo*, pág. 5. <<

[21] YÁNEZ, D. “El Monasterio cisterciense de San Clemente de Toledo”, pág. 9. <<

[22] VV. AA. *Arquitecturas de Toledo*. pág. 372. <<

[23] POE, E. A. *Cuentos*, pág. 78. <<

[24] MORALEDA Y ESTEBAN, J. *La Virgen del Sagrario de Toledo y su Basílica*, pág. 68. <<

[25] PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 69. <<

[26] DE HOYOS SÁINZ, L. “La arqueología prehistórica en Toledo”, pág. 12. <<

[27] CIRLOT, J. E. *Diccionario de símbolos*, pág. 129. <<

[1] BURTON, J. *Lucifer: el diablo en la Edad Media*, pág. 75. <<

[2] HANI, J. *El simbolismo del templo cristiano*, pág. 76. <<

[3] MARTÍN SÁNCHEZ, M. *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*, pág. 122.

<<

[4] GUERRA, M. *Simbología románica*, pág. 243. <<

[5] GARCÍA ATIENZA, J. *Nuestra Señora de Lucifer*, pág. 155. <<

[6] RAMÍREZ DE ARELLANO, R. *Las parroquias de Toledo*, pág. 46. <<

[7] GARCÍA ATIENZA, J. *Santoral Diabólico*, pág. 563. <<

[8] ESLAVA GALÁN, J. *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del Dragón* pág. 35. <<

[9] ZARCO CUEVAS, J. *Relaciones de los pueblos del Obispado de Cuenca*, pág. 84. <<

[10] ROSO DE LUNA, M. *La venta del alma*, pág. 22. <<

[11] CARO BAROJA, J. *El estío festivo*, pág. 73. <<

[12] PASCUAL, C. *Guía secreta de Toledo*, pág. 125. <<

[13] RAMON PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 722. <<

[14] BORGES, J. L. *El libro de los seres imaginarios*, pág. 83. <<

[15] MARTÍNEZ GIL, F. *La muerte vivida*, pág. 48. <<

[16] MARTÍNEZ GIL, F. *La muerte vivida*, pág. 49. <<

[17] CARO BAROJA, J. *Toledo*, pág. 121. <<

[18] PRRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 263. <<

[19] MENÉNDEZ PIDAL, R. *Primera Crónica General de España*, pág. 13. <<

[20] PÉREZ HIGUERA, T. *La puerta del reloj de la Catedral* pág. 124. <<

[21] RAMÓN PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 720. <<

[22] SÁNCHEZ DRAGÓ, F. *Gárgoris y Habidis*, pág. 170. <<

[23] KAPLER, C. *Monstruos, demonios y maravillas*, pág. 207. <<

[24] FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana*, pág. 217. <<

[25] COVARRUBIAS, S. *Tesoro de la Lengua castellana*, pág. 606. <<

[26] BLASCO IBÁÑEZ, V. *La Catedral*, pág. 115. <<

[27] FEIJOO, B J. *Teatro crítico universal*, pág. 273. <<

[28] PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 302. <<

[29] CHARPENTIER, L. *El misterio de Compostela*, pág. 149. <<

[30] Cox, H. *Las fiestas de locos*, pág. 160. <<

[31] Cox, H. *Las fiestas de locos*, pág. 17. <<

[32] CARO BAROJA, J. *El carnaval*, pág. 294. <<

[33] DIEZ DEL CORRAL, R. *Arquitectura y mecenazgo*, pág. 134. <<

[34] GARCÍA ATIENZA, J. *Santoral diabólico*, pág. 235. <<

[35] COVARRUBIAS, S. *Tesoro de la lengua castellana*, pág. 23. <<

[36] MARTÍNEZ ARANCÓN, A. *Santoral extravagante*, pág. 123. <<

[37] JIMENEZ ROJAS, F. “La opinión”. *Añil* n° 15. Toledo. (17-9-1902) pág. 1. <<

[38] ÁVILA GRANADOS, J. *La mitología templaria*, pág. 140. <<

[39] RAMÓN PARRO, S. *Toledo en la mano*, pág. 74. <<

[40] OLAGUER-FELIU ALONSO, F. *Las rejas de la catedral de Toledo*, pág. 184. <<

[41] ANÓNIMO. *El Eco Toledano* (4-I-1911) pág. 2. <<

[1] DE PAZ, A. *Artes mágicas*, pág. 197. <<

[2] MENENDEZ PELAYO, M. *Historia de los heterodoxos españoles*, pág. 309. <<

[3] DE ROJAS, P. *Historia de la Imperial...* pág. 122. <<

[4] BENITO RUANO, E. “*A Toledo los diablos*”, pág. 9. <<

[5] DE LOS RIOS, A. *De las artes mágicas y de adivinación en el suelo ibérico*, pág. 14.

<<

[6] EYMERIC, N. *Manual de inquisidores*, pág. 151. <<

[7] CIRUELO, P. *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, pág. 50. <<

[8] CIRUELO, P. *op. cit.*,. pág. 53. <<

[9] CIRUELO, P. *op. cit.*,. pág. 92. <<

[10] FERREIRO ALEMPARTE, J. *La escuela de nigromancia de Toledo. op. cit.*, <<

[11] RUIZ, J. Traducción heterodoxa y ocultismo en Castilla La Mancha”. *Añil*, pág. 148. <<

[12] DE PAZ, A. “Artes mágicas”, pág. 2. <<

[13] MICHELET, J. *La bruja*, pág. 84. <<

[14] ANONIMO. “Un experto del vaticano confirma la existencia de un Papa negro en Toledo, *La Tribuna*, pág. 62. <<

[15] DEL RÍO, C. “*Las sectas en Toledo, un mundo desconocido*”, pág. 18. <<

[1] MARTINEZ CABIRO, B. *Conventos de Toledo*, pág. 56. <<

[2] ALARCÓN, R. *La otra España del Temple*, pág. 170. <<

[3] PISA, F. *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, pág. 32. <<

[4] ALCOCER, P. *Descripción...* pág. CXVIII. <<

[5] MARTÍN GAMERO, A. *Ordenanzas para el buen régimen...* pág. 150. <<

[6] ALCALDÍA. *Reglamento de Higiene especial*, pág. 4. <<

[7] TOLEDO según las respuestas... pág. 211. <<

[8] ANÓNIMO. *La Campana Gorda*, (6-8-1897) pág. 2. <<

[9] PAVÓN, N. *Signos lapidarios de los canteros en la catedral de Burgos*, pág. 133.

<<

[10] GARCÍA ATIENZA, J. *Nueva Guía de la España mágica*, pág. 65. <<

[11] CRUZADA VILLAMIL, *op. cit.*,, pág. 215. <<

[12] ÁVILA GRANADOS, J. *La mitología templaria*, pág. 245. <<

[13] LEBLIC GARCÍA, V. *La masonería toledana*, pág. 10. <<

[14] GARCÍA ATIENZA, J. *Guía de la España Templaria*, pág. 225. <<

[15] ACTAS DE LAS PRIMERAS JORNADAS... pág. 10. <<

[16] DEL PAN, I, *Algunas supersticiones y creencias...* pág. 9. <<

[17] LEBLIC, V. *Curanderismo...* pág. 19. <<

[18] GONZÁLEZ CASARRUBIOS, C / SÁNCHEZ MORENO, E. *Folclore toledano: fiestas y creencias*, pág. 63. <<

[19] FERNÁNDEZ OXEA, *Amuletos lunares toledanos*, pág. 157. <<

[20] GONZÁLEZ CASARRUBIOS, C. / SÁNCHEZ MORENO, E. *Folclore toledano: fiestas y creencias*, pág. 86. <<

[21] ALARCÓN, R. *A la sombra de los templarios*, pág. 246. <<

[22] KOLOSIMO, P. *Polvo del infierno*, pág. 87. <<

Notas

[*] Ciertamente en aquel momento el universo mágico toledano era cosa de unos pocos. Hoy, afortunadamente, son legión quienes desean adentrarse por lo que hemos dado en llamar el Toledo mágico. <<

[*] Ahora son ya 35 los años transcurridos <<

[*] De igual manera ahora son ya 24 años los que han pasado <<

[*] Aunque esté mal el decirlo años después este humilde escrito junto a Javier Mateo y Álvarez de Toledo publicarían un volumen sobre este particular: la vuelta a Toledo en 80 leyendas. <<

[*] Y ahora, como ves querido lector en formato digital. Los tiempos cambian, y no siempre a mejor. <<

[*] La demanda se cumplió con creces y fruto de ello se gestó la Guía Mágica de Toledo y su provincia en el año 2011 <<

[*] Recomendamos a nuestros lectores que consulten la web de la asociación cultural Montes de Toledo, donde encontrarán nutrida información sobre este paraje a través de sus boletines <<

[*] No es menos cierto que este arzobispo señaló también como posible ubicación la actual Alcalá de Henares. <<

[*] Invitamos al lector a consultar especialmente nuestro Templarios en Toledo, publicado en el año 2009 por ediciones Covarrubias. <<

[*] En algunas lugares hemos de añadir a esta lista a San Pedro y a San Juan <<

[*] Parece evidente que este tipo de ceremonias debían realizarse —si es que se producían— en lugares discretos, en grupos reducidos y fuera de la vista de profanos.

<<

[*] De hecho, es el único Papa citado y venerado en su regla <<

[*] Insistimos en que el lector interesado revise nuestro “Templarios en Toledo” donde añadimos multitud de datos nuevos a la luz de las últimas investigaciones. <<

[*] Sobre la historia de Consuegra resulta altamente recomendable la lectura de la obra de nuestro buen amigo José García Cano “Consuegra en la Historia”. <<

[*] Hasta la fecha no nos consta que esta publicación exista. <<

[*] Nombre éste típicamente visigodo. Aún existe en la ciudad un paseo que lleva este real nombre. <<

[*] Posteriormente fue un palacete. <<

[*] Sobre esta leyenda véase nuestra obra Templarios en Toledo <<

[*] Sobre la paternidad de esta leyenda existe una amplia discusión, no siendo todos los autores propicios a atribuir a Bécquer su paternidad. Sinceramente, a nosotros tanto nos da. <<

[*] En el momento de escribir estas líneas hemos encontrado una versión fascinante de esta leyenda (aunque situada en tiempos mucho más actuales) en un libro absolutamente desconocido que lleva por título Leyendas de Toledo, fue editado por la Falange Española, y sus autoras fueron dos maestras de primera enseñanza: Mercedes Caudevilla y María Luisa Vallejo. <<

[*] En el año 2012 la lista se ha ampliado. Uno de los espacios donde mayor número de casos se acumulan en los últimos 5-7 años es en la fábrica de Armas, actual Campus tecnológico de la UCLM. <<

[*] Prácticamente, restos visigodos y árabes aparte, tan sólo queda una parte de la sacristía y una pequeña capilla. <<

[*] Nos hemos vuelto a ocupar de ella en nuestra Guía mágica de Toledo y su provincia. <<

[*] Hace un año publicó un libro monográfico con esta hipótesis. <<

[*] Fuente: David Utrilla para “Toledo Secreto”, <http://www.toledosecreto.es> <<

[*] Además de ser un subterráneo son unos restos judíos de inmenso valor arqueológico. <<

[*] Una vez más hemos de referirnos a la Guía mágica de Toledo y su provincia para quienes deseen saber más de este personaje. <<

[*] Existe una curiosa leyenda sobre este animal publicado en nuestra Vuelta a Toledo en 80 leyendas. <<

[*] En la actualidad es parte de la universidad de Castilla la Mancha. <<

[*] Existe una gárgola de un acróbata en San Juan de los Reyes. <<

[*] No falta quien asegura que las gárgolas se ponían en los edificios para ahuyentar a los malos espíritus. <<

[*] Los prostíbulos se llamaban lupanares porque las mancebas aullaban como los lobos (lupus) a los paseantes para atraerlos. <<

[*] Ahora podríamos añadir algunos datos más, básicamente por el inusitado interés que despertó esta cuestión a raíz de nuestra publicación. <<